ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

— LOS CUATRO CLANES —

HUELLAS PELIGROSAS

El Clan de la Sombra tiene un inesperado nuevo líder: Estrella de Tigre, el antiguo lugarteniente expulsado del Clan del Trueno por alta traición. Corazón de Fuego se teme lo peor de este poderoso enemigo, en especial cuando lo asaltan sueños premonitorios de un desastre inminente. Sin embargo, nadie sospecha que la verdadera amenaza que pende sobre los clanes proviene de algo mucho más terrible: una manada de perros salvajes se ha ocultado en el bosque y permanece al acecho, ávida de sangre y destrucción.



Erin Hunter

Huellas peligrosas

Los gatos guerreros: Los cuatro clanes - 5

ePub r1.0
Kars 07.09.14

Título original: *A Dangerous Path*
Erin Hunter, 2004
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Kars
ePub base r1.1



Para el auténtico Zarzo.

Gracias en especial a Cherith Baldry.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

—ESTRELLA AZUL: gata gris azulada con tonos plateados alrededor del hocico.

• Lugarteniente

—CORAZÓN DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

—Aprendiz: NIMBO.

• Curandera

—CARBONILLA: gata gris oscuro.

• Guerreros *(gatos y gatas sin crías).*

—TORMENTA BLANCA: gran gato blanco.

—Aprendiza: CENTELLINA.

—CEBRADO: lustroso gato atigrado negro y gris.

—Aprendiza: FRONDINA.

—ESCARCHA: dotada de un bello pelaje blanco y ojos azules.

—PECAS: bastante atigrada.

—RABO LARGO: gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras.

—Aprendiz: ZARPA RAUDA.

—MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

—Aprendiz: ESPINO.

—FRONDE DORADO: atigrado marrón dorado.

—MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

—Aprendiz: CENICIENTO.

—TORMENTA DE ARENA: gata color melado claro.

• Aprendices *(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros).*

—ZARPA RAUDA: gato blanco y negro.

—NIMBO: gato blanco de pelo largo.

—CENTELLINA: gata blanca con manchas canela.

—ESPINO: atigrado marrón dorado.

—FRONDINA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

—CENICIENTO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

• Reinas *(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas).*

—FLOR DORADA: de pelaje rojizo claro.

—COLA PINTADA: bastante atigrada, y la mayor de las reinas con crías.

—SAUCE: gata gris muy claro, de ojos azules poco comunes.

• Veteranos *(antiguos guerreros y reinas, ya retirados).*

—TUERTA: gata gris claro; es el miembro más anciano del Clan del Trueno; prácticamente ciega y sorda.

—OREJITAS: gato gris con las orejas muy pequeñas; el macho más viejo del Clan del Trueno.

—COLA MOTEADA: en sus tiempos, una bonita gata leonada con un precioso manto moteado.

CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

—ESTRELLA DE TIGRE: enorme gato atigrado marrón oscuro, con garras delanteras inusualmente largas; antiguo miembro del Clan del Trueno.

• Lugarteniente

—PATAS NEGRAS: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache; anteriormente fue un gato proscrito.

• Curandero

—NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris.

• Guerreros

—ROBLEDO: pequeño gato marrón.

—CIRRO: atigrado muy pequeño.

—FLOR OSCURA: gata negra.

—GUIJARRO: gato atigrado plateado; anteriormente, un proscrito.

—BERMEJA: gata de color rojizo oscuro; anteriormente, una proscrita.

—Aprendiz: ZARPA CEDRINA.

—COLMILLO ROTO: enorme gato; anteriormente, un proscrito.

—Aprendiz: ZARPA SERBAL.

• Reinas

—AMAPOLA: atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• Líder

—ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

• Lugarteniente

—RENGO: gato negro con una pata torcida.

• **Curandero**

—CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**

—ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.

—MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

—OREJA PARTIDA: macho atigrado.

—PARDINA: gata marrón dorado.

—BIGOTES: joven atigrado marrón.

—Aprendiz: ERGUINO.

—CORRIENTE VELOZ: atigrada gris claro.

• **Reinas**

—PERLADA: gata gris.

—FLOR MATINAL: reina color carey.

—COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**

—ESTRELLA DOBLADA: enorme gato atigrado de color claro, con la mandíbula torcida.

• **Lugarteniente**

—LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Curandero**

—ARCILLOSO: gato marrón claro de pelo largo.

• **Guerreros**

—PRIETO: macho negro grisáceo.

—PASO POTENTE: corpulento gato atigrado.

—Aprendiz: ZARPA ALBINA.

—PEDRIZO: gato gris con las orejas marcadas con cicatrices de peleas.

—VAHARINA: gata gris oscuro.

—SOMBRA OSCURA: gata gris muy oscuro.

—TRIPÓN: gato marrón oscuro.

—LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo, gris uniforme; antiguo miembro del Clan del Trueno.

• **Reinas**

—MUSGOSA: gata parda.

• Veteranos

—TABORA: gata delgada color gris, con el pelaje parcheado y el hocico lleno de cicatrices.

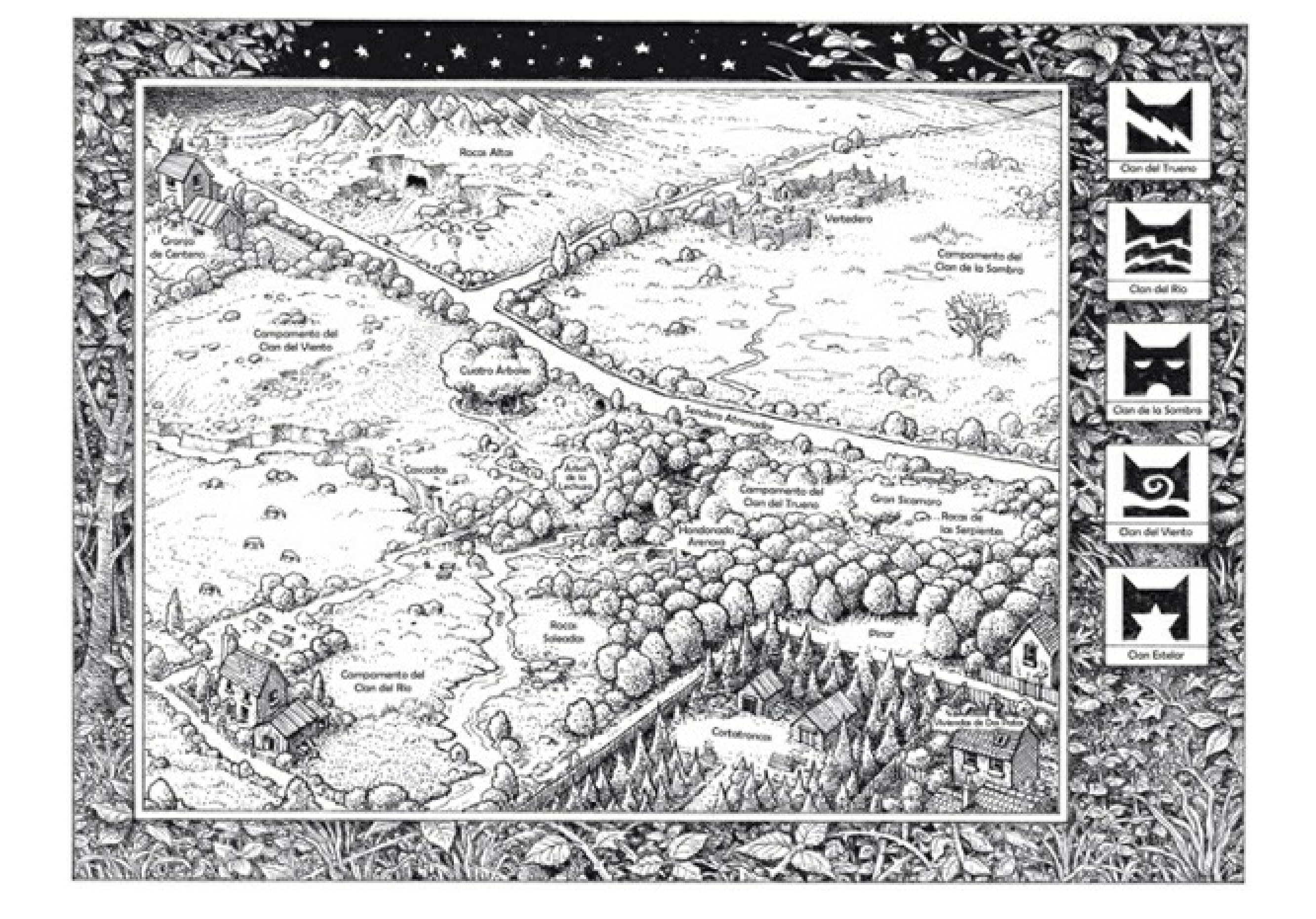
GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

—CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

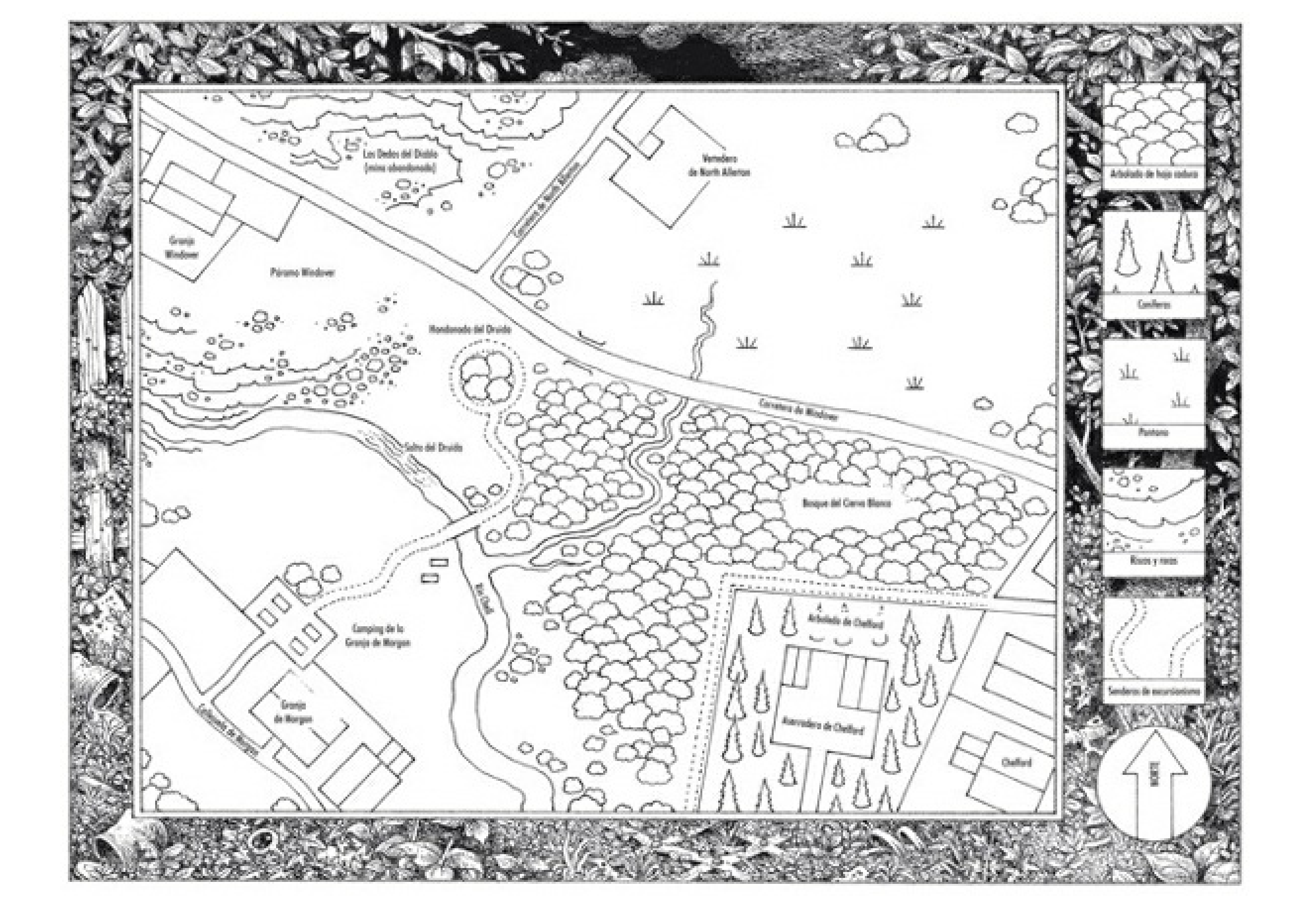
—CUERVO: lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.

—PRINCESA: atigrada marrón claro, con el pecho y las patas blancas; es una gata doméstica.

—TIZNADO: rollizo y afable gato blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque. Es un gato doméstico.



Rocas Altas
Granja de Centeno
Vertedero
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascada
Campamento del Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de las Serpientes
Hondonada Arenosa
Rocas Soleadas
Pinar
Campamento del Clan del Río
Cortatroncos
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar


Los Dedos del Diablo (mina abandonada)
Vertedero de North Allerton
Granja Windover
Páramo Windover
Hondonada del Druida
Salto del Druida
Carretera de Windover
Bosque del Ciervo Blanco
Camping de la Granja de Morgan
Granja de Morgan
Arbolado de Chelford
Aserradero de Chelford
Chelford
Arbolado de hoja caduca
Coníferas
Pantano
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo



Prólogo

En el interior de «la caseta que se mueve» estaba muy oscuro. El líder de la manada oía el sonido de zarpas arañando y sentía el lustroso pelaje del perro que tenía al lado, pero no veía nada. El olor a perro le colmaba las fosas nasales, y más allá percibía también olor a bosque quemado.

Permaneció sentado incómodamente en el vibrante suelo hasta que «la caseta que se mueve» se detuvo de golpe. Oyó voces de hombres fuera. Entendió algunas palabras: «Fuego… ojos bien abiertos… perros guardianes».

Captó el olor a miedo de los hombres, junto con el agridulce de la madera cortada. Recordó haber ido a ese mismo sitio la noche anterior, y la anterior, muchas más noches de las que valía la pena. Había patrullado el recinto con el resto de la manada, inspeccionando los olores en busca de intrusos, listo para expulsarlos.

El perro gruñó bajito, dejando al descubierto sus afilados colmillos. La manada era fuerte. Podían correr y matar. Ansiaban sangre caliente, el olor a terror de las presas antes de morir. Pero en cambio permanecían encerrados, alimentándose con la comida que les lanzaban los hombres, obedeciendo sus órdenes.

El perro se alzó sobre sus potentes patas traseras y sacudió las puertas golpeándolas con su enorme cabeza negra y marrón. Levantó la voz en un ladrido que retumbó en aquel espacio cerrado:

—¡Fuera! ¡Fuera, manada! ¡Fuera ya!

El resto de los perros unieron su voz a la suya:

—¡Fuera, manada! ¡Corre, manada!

Como en respuesta, las puertas de «la caseta que se mueve» se abrieron de par en par. A la luz del anochecer, el líder de la manada vio al hombre plantado allí, bramando una orden.

El líder fue el primero en saltar al suelo, cerca de un montón de troncos apilados en el centro del recinto. Sus patas levantaron pequeñas nubes de ceniza y hollín. El resto de los perros lo siguieron, formando un torrente de cuerpos negros y marrones.

—¡Adelante, manada! ¡Adelante, manada! —ladraban.

El líder se paseó con impaciencia a lo largo de la valla que los separaba del bosque. Al otro lado de la valla, árboles con el tronco carbonizado se apoyaban unos contra otros o reposaban en el suelo. Más lejos, una barrera de árboles intactos susurraban movidos por la brisa.

De las sombras vegetales manaban aromas tentadores. Los músculos del líder se tensaron. Ahí fuera, en el bosque repleto de presas, la manada podría correr en libertad. No habría hombres que los encadenaran ni les dieran órdenes. Se alimentarían siempre que quisieran, porque ellos serían los más fuertes.

—¡Libres! —ladraba el líder—. ¡Manada libre! ¡Libre pronto!

Se acercó a la verja y pegó el hocico a la malla metálica, aspirando profundamente los aromas del bosque. Muchos olores eran nuevos para él, pero había uno que conocía bien, más intenso que los demás: el olor de su enemigo y su presa.

¡Gatos!

Había caído la noche; las ramas peladas de los árboles ennegrecidos se recortaban contra el claro de luna. En la penumbra, los perros se movían de un lado a otro, como sombras oscuras en la noche. Las patas pisaban silenciosamente entre hollín y serrín. Los músculos se tensaban bajo sus relucientes pelajes. Los ojos centelleaban. Las mandíbulas abiertas mostraban dientes afilados y lenguas colgando.

El líder olfateaba a lo largo de la valla, buscando un lugar concreto situado en el extremo opuesto de donde el hombre pasaba las noches. Tres días atrás, el perro había descubierto un estrecho agujero que llevaba al otro lado de la verja. Al instante supo que aquélla sería la ruta hacia la libertad.

—Agujero. ¿Dónde agujero?

Entonces encontró el sitio en que la tierra del recinto se hundía formando un hueco. Arañó el suelo con una de sus grandes zarpas y luego levantó la cabeza para ladrar a sus seguidores:

—Aquí. Agujero, agujero. Aquí.

Notaba la ansiedad de sus compañeros, una ansiedad tan afilada como las espinas y tan acre como la carroña. Todos se acercaron entonces deprisa a su líder, respondiendo a su ladrido:

—Agujero. Agujero.

—Más grande, agujero más grande —prometió el líder—. Pronto huir.

Empezó a arañar de nuevo el suelo con toda la fuerza de su musculoso cuerpo. La tierra volaba por los aires a medida que el agujero debajo de la valla metálica se volvía más ancho y profundo. Los demás perros daban vueltas alrededor, olisqueando el aire nocturno que arrastraba los aromas del bosque. Babeaban ante la idea de hincar los colmillos en presas vivas.

El líder se detuvo e irguió las orejas, por si el hombre iba a ver qué hacían. Pero no había peligro: su olor llegaba de muy lejos.

El perro pegó la barriga al suelo y se retorció a través del agujero. La valla le arañó el lomo. Hizo fuerza con las patas traseras, impulsándose, hasta que logró salir al bosque, fuera del recinto.

—Libres ya —ladró—. ¡Vamos! ¡Vamos!

El agujero se hacía más grande con cada perro que se abría paso para llegar junto a su líder, entre los árboles quemados. Se paseaban arriba y abajo, metiendo el hocico en los huecos que formaban las raíces de los árboles, escudriñando la oscuridad con ojos que brillaban con un fuego frío.

Cuando el último perro se arrastró por debajo de la valla, el líder de la manada levantó la cabeza

y soltó un ladrido triunfal.

—Correr. Manada libre. ¡Correr ya!

Y se volvió hacia los árboles para alejarse dando saltos; sus potentes músculos se movían con un ritmo fluido. La manada fue tras él; sus oscuras formas destellaban a través de la noche forestal. «Manada, manada —pensaban—. Correr, manada».

El bosque entero era de ellos, y en sus pensamientos había un único instinto: «Matar, matar».



1

A Corazón de Fuego se le erizó el pelo de incredulidad y furia al ver al nuevo líder del Clan de la Sombra erguido en la Gran Roca. Contempló cómo el atigrado movía su enorme cabeza de un lado a otro. Bajo su reluciente pelaje se tensaban los músculos, y sus ojos ámbar parecían centellear de triunfo.

—¡Garra de Tigre! —bufó.

Su viejo enemigo, el gato que había intentado matarlo más de una vez, era ahora uno de los felinos más poderosos del bosque.

La luna llena estaba justo encima de los Cuatro Árboles, proyectando su fría luz sobre los miembros de los cuatro clanes, reunidos allí para la Asamblea. A todos les había impactado conocer la muerte de Estrella Nocturna, el líder del Clan de la Sombra, pero ningún gato se esperaba que su sucesor pudiera ser Garra de Tigre, el antiguo lugarteniente del Clan del Trueno.

Junto a Corazón de Fuego, Cebrado estaba rígido de expectación, con los ojos brillantes. El lugarteniente se preguntó qué pensamientos pasarían por la cabeza de su compañero. Cuando fue expulsado del Clan del Trueno, Garra de Tigre invitó a su viejo amigo a irse con él, pero Cebrado lo rechazó. ¿Estaría arrepintiéndose ahora de esa decisión?

Corazón de Fuego vio que Tormenta de Arena se encaminaba hacia él.

—Pero ¿qué está pasando? —siseó la gata canela al llegar—. Garra de Tigre no puede liderar el Clan de la Sombra. ¡Es un traidor!

Corazón de Fuego vaciló unos segundos. Poco después de unirse al Clan del Trueno había descubierto que Garra de Tigre había asesinado al lugarteniente Cola Roja. Más tarde, ya convertido en lugarteniente, Garra de Tigre condujo a un grupo de gatos proscritos a atacar el campamento del Clan del Trueno, y él mismo trató de matar a la líder, Estrella Azul, para poder ocupar su puesto. Como castigo, lo habían desterrado de su propio clan y del bosque. Desde luego, no era una historia muy noble para el líder de ningún clan.

—Pero el Clan de la Sombra no sabe nada de todo eso —le recordó Corazón de Fuego a la gata, hablando en voz baja—. Ninguno de los otros clanes lo sabe.

—Entonces, ¡tú deberías contárselo!

Corazón de Fuego miró a Estrella Alta y Estrella Doblada, los líderes del Clan del Viento y el

Clan del Río respectivamente, que se hallaban sobre la Gran Roca junto a Garra de Tigre. ¿Le harían caso si les contaba lo que sabía? Además, el propio Clan de la Sombra había sufrido tanto por el sangriento liderazgo de Cola Rota, seguido por una devastadora enfermedad, que probablemente no les importaría el oscuro pasado de su nuevo líder, siempre que éste pudiera convertirlos de nuevo en un clan fuerte.

Por otro lado, Corazón de Fuego sentía cierta satisfacción culpable porque Garra de Tigre hubiese saciado su sed de poder en un clan diferente. Quizá, a partir de ahora, el Clan del Trueno ya no tendría que vivir temiendo que los atacara, y Corazón de Fuego podría pasear por el bosque sin tener que mirar a sus espaldas continuamente.

Aun así, mientras debatía con sus sentimientos encontrados, supo que jamás se perdonaría si dejaba que Garra de Tigre se alzara con el poder sin protestar siquiera.

—¡Corazón de Fuego!

Nimbo, su peludo aprendiz blanco, se acercaba a toda prisa seguido por la fibrosa guerrera marrón Musaraña.

—Corazón de Fuego, ¿vas a quedarte ahí y permitir que ese caca de zorro asuma el poder?

—Silencio, Nimbo —ordenó—. Lo sé. Voy a…

Se interrumpió al ver que Garra de Tigre se adelantaba en lo alto de la Gran Roca.

—Me complace estar con vosotros en la Asamblea esta noche. —El enorme atigrado hablaba con sosegada autoridad—. Y me presento ante todos como el nuevo líder del Clan de la Sombra. Estrella Nocturna murió de la enfermedad que se llevó a muchos de mi clan, y el Clan Estelar me ha nombrado a mí como su sucesor.

Estrella Alta, el líder blanco y negro del Clan del Viento, se volvió hacia él y lo saludó llamándolo por su nuevo nombre.

—Bienvenido, Estrella de Tigre —maulló, asintiendo respetuosamente—. Que el Clan Estelar camine a tu lado.

Estrella Doblada se sumó a sus palabras mientras el nuevo líder del Clan de la Sombra inclinaba la cabeza agradecido.

—Os doy las gracias por vuestro recibimiento —contestó Estrella de Tigre—. Es un honor hallarme aquí con vosotros, aunque desearía que las circunstancias hubieran sido diferentes.

—Esperad un momento —lo interrumpió Estrella Alta—. Deberíamos ser cuatro. —Miró hacia la multitud de gatos que había a sus pies—. ¿Dónde está la líder del Clan del Trueno?

—Vamos. —Tormenta Blanca se había unido a los demás guerreros del Clan del Trueno, y dio un empujoncito a Corazón de Fuego—. Vas a representar a Estrella Azul, ¿recuerdas?

Corazón de Fuego asintió, repentinamente incapaz de hablar. Tensó los músculos, preparándose para saltar. Un segundo después estaba trepando a la cima de la Gran Roca para situarse al lado de los otros líderes. Durante un momento, la nueva perspectiva de la hondonada lo dejó sin aliento. Le dio la impresión de estar muy por encima, observando el cambiante diseño de luces y sombras de los gatos congregados, mientras la luna brillaba entre las ramas de los cuatro gigantescos robles. Se estremeció al captar el pálido fulgor de incontables pares de ojos.

—¿Corazón de Fuego?

Levantó la vista al oír la voz de Estrella Alta.

—¿Por qué estás tú aquí? ¿Le ha sucedido algo a Estrella Azul?

El joven lugarteniente inclinó la cabeza respetuosamente.

—Nuestra líder inhaló humo durante el incendio y todavía no está lo bastante bien para viajar. Pero se recuperará —se apresuró a añadir—; no es nada grave.

Estrella Alta asintió, y Estrella Doblada repuso malhumorado:

—¿Vamos a empezar o no? Estamos desperdiciando la luz de la luna.

Sin aguardar respuesta, el atigrado líder del Clan del Río emitió el gañido que señalaba el inicio de la reunión. Cuando se apagaron los murmullos de los gatos congregados, maulló:

—Gatos de todos los clanes, bienvenidos a la Asamblea. Esta noche se nos une un nuevo líder, Estrella de Tigre. —Apuntó al enorme guerrero con una sacudida de la cola—. Estrella de Tigre, ¿estás preparado para hablar ahora?

Dándole las gracias con un gesto cortés, Estrella de Tigre se adelantó para dirigirse a los asistentes.

—Estoy aquí, ante vosotros, por deseo del Clan Estelar. Estrella Nocturna era un noble guerrero, pero era viejo y no tuvo fuerzas para combatir la enfermedad cuando ésta llegó. Su lugarteniente, Rescoldo, también murió.

Mientras escuchaba esas palabras, Corazón de Fuego notó un hormigueo de inquietud. Los líderes de clan recibían nueve vidas cuando iban a compartir lenguas con el Clan Estelar en la Boca Materna, y Estrella Nocturna se había convertido en líder hacía apenas unas estaciones. ¿Qué había ocurrido con sus nueve vidas? ¿La enfermedad del Clan de la Sombra había sido tan violenta que se las había arrebatado todas?

Bajó la vista y reparó en Nariz Inquieta, el curandero del Clan de la Sombra, que estaba cabizbajo. No podía verle la cara, pero su postura encorvada sugería que estaba sumido en la tristeza. Debía de resultarle muy duro el hecho de que sus conocimientos no hubieran bastado para salvar a su líder.

—El Clan Estelar me condujo al Clan de la Sombra cuando mayor era su necesidad —continuó Estrella de Tigre desde lo alto—. No habían sobrevivido gatos suficientes para cazar para las reinas y los veteranos, o para defender al clan, y no había ningún guerrero preparado para ocupar el lugar del líder. Entonces el Clan Estelar mandó una profecía a Nariz Inquieta: que surgiría otro gran líder. Y yo os juro por todos nuestros antepasados guerreros que seré ese líder.

Con el rabillo del ojo, Corazón de Fuego advirtió que Nariz Inquieta se rebullía con desazón. Por algún motivo, parecía triste ante la mención de la profecía.

De pronto, Corazón de Fuego comprendió que su propia tarea se había vuelto mucho más difícil. Si había una profecía, entonces el Clan Estelar debía de haber escogido a Estrella de Tigre como el nuevo líder del Clan de la Sombra. Sin duda, ni él ni otro gato podían cuestionar las decisiones de sus antepasados. ¿Qué podía decir ahora sin que pareciese que desafiaba el deseo de sus ancestros guerreros?

—Gracias al Clan Estelar —prosiguió Estrella de Tigre—, pude contar con otros gatos dispuestos a cazar para su nuevo clan y luchar por él.

Corazón de Fuego sabía exactamente de qué gatos hablaba: ¡la banda de proscritos que había atacado el campamento del Clan del Trueno! Vio a uno de ellos justo al pie de la Gran Roca, un enorme atigrado rojizo, sentado con la cola enroscada alrededor de las patas. La última vez que lo había visto estaba enzarzado con Pecas, intentando colarse en la maternidad del Clan del Trueno. Irónicamente, algunos de esos proscritos habían crecido en el Clan de la Sombra y apoyado al tiránico Cola Rota. Habían sido desterrados junto con su líder cuando el Clan del Trueno fue en ayuda del oprimido clan.

Estrella Alta dio un paso adelante, con expresión dubitativa.

—Los aliados de Cola Rota eran crueles y sangrientos, al igual que él. ¿Es sensato dejar que regresen al clan?

Corazón de Fuego comprendía los temores de Estrella Alta, pues aquellos mismos gatos habían expulsado a los miembros del Clan del Viento de su propio territorio y casi habían acabado con ellos. Se preguntó cuántos guerreros del Clan de la Sombra compartirían su inquietud. Después de todo, el clan de Cola Rota había sufrido casi tanto como el Clan del Viento bajo su sanguinario mandato. Le sorprendía que hubieran aceptado de nuevo a los desterrados.

—Los guerreros de Cola Rota lo obedecían a él —respondió Estrella de Tigre con calma—. ¿Quién de vosotros no haría lo mismo por su líder? El código guerrero dice que la palabra de un líder es ley. —Se lamió el hocico antes de continuar—. Estos gatos eran leales a Cola Rota. Ahora me serán leales a mí. Patas Negras, que fue el lugarteniente de Cola Rota, es ahora mi lugarteniente.

Estrella Alta seguía receloso, pero Estrella de Tigre le sostuvo la mirada sin vacilar.

—Estrella Alta, tienes razón al odiar a Cola Rota. Él le hizo mucho daño a tu clan. Pero déjame recordarte que no fue decisión mía admitirlo en el Clan del Trueno y cuidar de él. Yo estuve en contra de eso desde el principio, pero cuando Estrella Azul insistió en darle asilo, la lealtad a mi líder me dijo que tenía que apoyarlo.

El líder del Clan del Viento dudó, y al cabo inclinó la cabeza.

—Eso es cierto —maulló.

—Lo único que os pido es que confiéis en mí, que deis a mis guerreros la oportunidad de demostrar que pueden honrar el código guerrero y probar de nuevo su lealtad al Clan de la Sombra. Con la ayuda del Clan Estelar, mi primera tarea es lograr que el clan vuelva a estar fuerte y en condiciones.

Esperanzado, Corazón de Fuego pensó que quizá ahora que Estrella de Tigre había conseguido lo que ambicionaba, llegaría a convertirse de verdad en un gran líder. Había dicho que los desterrados merecían otra oportunidad; tal vez eso sirviera también para el propio Estrella de Tigre. Aun así, Corazón de Fuego sentía un incómodo picor por todo el cuerpo. Todavía quería dejarle claro al nuevo líder que el Clan del Trueno no era algo al alcance de sus garras.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Estrella de Tigre había terminado de dirigirse a los clanes reunidos.

—¿Corazón de Fuego? —maulló Estrella Alta—. ¿Quieres hablar tú ahora?

El joven lugarteniente tragó saliva con nerviosismo y avanzó por la roca fresca y lisa. En el claro podía ver a Tormenta de Arena y los otros miembros del Clan del Trueno mirándolo con

expectación; la gata canela lo observaba con un brillo de admiración en los ojos.

Sintiéndose respaldado, Corazón de Fuego empezó a hablar. No iba a fingir que el campamento del Clan del Trueno no había sido arrasado por el reciente incendio, pero no quería dar la impresión de que el clan estaba debilitado. Leopardina, la lugarteniente del Clan del Río, estaba escuchando con atención. Cuando Corazón de Fuego le lanzó una mirada, ella entornó los ojos como si fuera a sopesar sus palabras cuidadosamente. El Clan del Río había ayudado al Clan del Trueno a escapar del fuego, y ningún gato sabía mejor que Leopardina lo vulnerables que eran ahora.

—Hace unas cuantas auroras —explicó Corazón de Fuego—, se originó un incendio en el Cortatroncos que barrió nuestro campamento. Medio Rabo y Centón murieron, y el clan los honró. Y honramos en especial a Fauces Amarillas. Ella regresó al campamento en llamas para rescatar a Medio Rabo. —Bajó la cabeza; los recuerdos de la vieja curandera amenazaban con abrumarlo—. Yo la encontré en su guarida, y estuve con ella cuando murió.

Maullidos de pesadumbre se elevaron entre los asistentes. El Clan del Trueno no era el único con razones para lamentar la pérdida de Fauces Amarillas. Corazón de Fuego advirtió que Nariz Inquieta se erguía mirando hacia lo alto, con los ojos empañados de aflicción. Él había sido aprendiz de Fauces Amarillas cuando la gata era la curandera del Clan de la Sombra, antes de que Cola Rota la expulsara.

—Nuestra nueva curandera será Carbonilla —anunció Corazón de Fuego—. Estrella Azul sufrió por la inhalación de humo, pero se está recuperando. Ninguno de nuestros cachorros resultó herido. Estamos reconstruyendo el campamento. —No mencionó la escasez de presas en la zona quemada del bosque, ni que el campamento seguía desprotegido ante un ataque, pese a los esfuerzos por rehacer los muros—. Debemos dar las gracias al Clan del Río —añadió con una mirada respetuosa a Estrella Doblada—. Ellos nos acogieron en su campamento durante el incendio. Sin su ayuda podrían haber muerto más gatos de nuestro clan.

Mientras Estrella Doblada reconocía sus palabras con un movimiento de la cabeza, Corazón de Fuego no pudo resistirse a mirar de reojo a Leopardina. La lugarteniente del Clan del Río no había apartado ni un instante su mirada ámbar de él.

Tras hacer una pausa para respirar hondo, Corazón de Fuego se volvió hacia Estrella de Tigre.

—El Clan del Trueno acepta que el Clan Estelar haya aprobado tu liderazgo —maulló—. Como proscritos, tus seguidores robaron a los cuatro clanes mientras merodeaban por el bosque, de modo que es bueno que vuelvan a tener su propio clan. Confiamos en que se atengan al código guerrero y se limiten a su territorio. —Le pareció ver un destello de sorpresa en los ojos de Estrella de Tigre, y continuó con firmeza—: Pero no toleraremos ninguna intrusión en las tierras del Clan del Trueno. A pesar del incendio, somos lo bastante fuertes para echar a cualquier gato que ponga una zarpa en nuestro territorio. No tenemos miedo al Clan de la Sombra.

Gañidos de aprobación brotaron entre sus guerreros. Estrella de Tigre inclinó levemente la cabeza y habló en un susurro ronco que sólo oyeron los gatos que estaban sobre la Gran Roca:

—Valientes palabras, Corazón de Fuego. No tienes nada que temer del Clan de la Sombra.

Corazón de Fuego deseó poder creerlo. Tras inclinar la cabeza, retrocedió. Se le alisó el pelo de alivio por haber finalizado su turno de palabra, y escuchó cómo Estrella Alta y Estrella Doblada

informaban sobre las novedades: nombramientos de nuevos aprendices y guerreros, y una mayor presencia de Dos Patas junto al río.

Cuando concluyó la parte formal de la reunión, Corazón de Fuego se unió al grupo de guerreros del Clan del Trueno, al pie de la roca.

—Has hablado muy bien —maulló Tormenta Blanca.

Tormenta de Arena lo miró con ojos centelleantes y restregó el hocico contra su cuello.

Corazón de Fuego le dio un leve lametón en la mejilla.

—Es hora de marcharse —anunció—. Despedíos, y si algún gato os pregunta, decidle que al Clan del Trueno le está yendo bien.

Por todo el claro, los grupos de gatos se iban disolviendo conforme los cuatro clanes se preparaban para partir. Corazón de Fuego empezó a mirar alrededor en busca del resto de sus guerreros. Reparó en una conocida figura gris azulado y cruzó la hondonada para reunirse con ella.

—Hola, Vaharina —saludó—, ¿cómo estás? ¿Y Látigo Gris? No lo he visto por aquí esta noche.

Látigo Gris había sido el primer amigo de Corazón de Fuego en el Clan del Trueno; habían entrenado juntos como aprendices. Pero luego se enamoró de Corriente Plateada, una joven guerrera del Clan del Río que acabó muriendo al dar a luz a sus cachorros. Látigo Gris abandonó su clan para irse con sus hijos al Clan del Río. Aunque habían pasado algunas estaciones, Corazón de Fuego todavía lo echaba de menos.

—Látigo Gris no ha venido. —La reina del Clan del Río se sentó y enroscó pulcramente la cola alrededor de las patas—. Leopardina no se lo ha permitido. Está furiosa por la manera en que se comportó durante el incendio. Dice que en su corazón Látigo Gris sigue siendo leal al Clan del Trueno.

Corazón de Fuego debía admitir que probablemente Leopardina tenía razón. Látigo Gris le había preguntado a Estrella Azul si podía regresar al Clan del Trueno, pero la líder se lo había negado.

—¿Cómo está? —repitió Corazón de Fuego.

—Bien —respondió Vaharina—. Y los cachorros también. Me ha pedido que te pregunte cómo os está yendo después del incendio. Has dicho que lo de Estrella Azul no es grave, ¿verdad?

—Así es. Pronto estará mejor.

Intentó sonar seguro y confiado. Era cierto que Estrella Azul se estaba recuperando de los efectos de inhalar humo, pero hacía varias lunas que la mente de la líder estaba confundida. La gata había empezado a dudar de su propio juicio, e incluso se cuestionaba la lealtad de sus guerreros. Descubrir la traición de Garra de Tigre la había trastornado profundamente, y a Corazón de Fuego le preocupaba cómo reaccionaría ante la noticia de que el lugarteniente al que había desterrado era ahora el líder del Clan de la Sombra.

—Me alegra que Estrella Azul esté recuperándose.

La voz de Vaharina interrumpió sus pensamientos. Corazón de Fuego agitó las orejas.

—¿Cómo se encuentra Estrella Doblada? —preguntó a su vez, cambiando de tema.

El líder del Clan del Río le había parecido frágil cuando permitió que el Clan del Trueno se refugiara en su campamento, y esa misma noche, al lado de Estrella de Tigre, aún le había parecido más mayor de lo que recordaba, aunque quizá no fuera extraño. El líder del Clan del Río había tenido

que enfrentarse a unas inundaciones que desplazaron a sus gatos del campamento, y a la escasez de presas porque los residuos de los Dos Patas habían envenenado el río. Además, Corriente Plateada, la amada de Látigo Gris, era la hija de Estrella Doblada, y su muerte le había causado un gran dolor.

—Se encuentra bien —respondió Vaharina—. Últimamente ha pasado por muchas cosas, ya lo sabes. A mí me preocupa más Tabora —añadió, refiriéndose a su madre—. Ahora parece muy anciana. Temo que se irá pronto con el Clan Estelar.

A Corazón de Fuego le habría gustado consolarla con un lametón amistoso, pero no estaba seguro de cómo reaccionaría la reina del Clan del Río ante un gesto así de un gato de otro clan.

Aparte de Tabora, él era el único que sabía que la anciana veterana del Clan del Río no era la verdadera madre de Vaharina y su hermano Pedrizo. Su padre, Corazón de Roble, los había llevado al Clan del Río cuando eran recién nacidos, y Tabora había accedido a cuidar de ellos. Su verdadera madre era Estrella Azul.

Mientras murmuraba unas palabras de ánimo y se despedía de Vaharina, no pudo evitar pensar que a los dos clanes aún les aguardaban muchos problemas a causa del secreto de Estrella Azul.



2

El cielo se iba aclarando con las primeras luces de la aurora cuando Corazón de Fuego y sus guerreros regresaron al campamento. Aunque sabía lo que iba a encontrar, todavía le impactaba llegar a lo alto del barranco y contemplar aquella devastación a sus pies. Toda la cubierta de aulagas y helechos había sido engullida por el fuego. El suelo del campamento estaba totalmente expuesto, rodeado por los restos ennegrecidos del muro de espinos que habían empezado a reparar con ramas.

—¿Alguna vez volverá a ser como era? —maulló suavemente Tormenta de Arena, situándose junto a él.

Una oleada de agotamiento inundó a Corazón de Fuego al pensar cuánto tiempo y trabajo harían falta antes de que el campamento estuviera completamente reconstruido.

—Algún día —prometió—. Ya hemos pasado por otros momentos malos. Sobreviviremos.

Pegó el hocico al flanco de Tormenta de Arena, buscando consuelo en su tranquilizador ronroneo antes de abrir la marcha barranco abajo.

El arbusto donde dormían los guerreros seguía allí, pero el espeso dosel de ramas había ardido. Sólo quedaban unas cuantas ramitas carbonizadas; los huecos entre ellas estaban parcheados con palitos. Fronde Dorado estaba sentado delante, mientras que Rabo Largo montaba guardia cerca de la entrada de la maternidad, y Manto Polvoroso se paseaba de un lado a otro ante la guarida de los veteranos.

Fronde Dorado se levantó de un salto cuando aparecieron Corazón de Fuego y los demás, pero se relajó de inmediato.

—Sois vosotros —maulló con alivio—. Hemos pasado toda la noche esperando a Garra de Tigre.

—Bueno, pues ya podéis dejar de preocuparos —contestó Corazón de Fuego—. Está demasiado entretenido para pensar en nosotros. Ahora se llama Estrella de Tigre y es el nuevo líder del Clan de la Sombra.

Fronde Dorado se quedó boquiabierto.

—¡Por el Clan Estelar! —exclamó con voz ahogada—. ¡No puedo creerlo!

—¿Qué has dicho? —Rabo Largo cruzó el claro a grandes saltos—. ¿He oído bien?

—Así es. —Corazón de Fuego advirtió la conmoción en el rostro del atigrado—. Garra de Tigre

se ha hecho con el mando del Clan de la Sombra.

—¿Y se lo han permitido? —preguntó Rabo Largo—. ¿Están locos?

—En absoluto —respondió Tormenta Blanca, colocándose junto al lugarteniente.

El viejo guerrero arañó la tierra desnuda y se sentó con un suspiro cansado. Su espeso pelaje blanco estaba manchado de hollín después del viaje a través del bosque.

—La enfermedad casi terminó con los gatos del Clan de la Sombra. Estaban desesperados por encontrar un líder fuerte —prosiguió—. Garra de Tigre debió de parecerles un regalo del Clan Estelar.

—Parece que fue exactamente así —coincidió Corazón de Fuego, muy serio—. Por lo visto, el Clan Estelar mandó una profecía a Nariz Inquieta para decirle al Clan de la Sombra que surgiría un gran líder.

—Pero ¡si Estrella de Tigre es un traidor! —protestó Fronde Dorado.

—El Clan de la Sombra no sabe nada de eso —señaló su lugarteniente.

Se acercaron otros gatos. Centellina y Zarpa Rauda corrieron desde la guarida de los aprendices; Manto Polvoroso se aproximó con Frondina, la aprendiza de Cebrado; Cola Pintada se asomó con curiosidad desde la maternidad. Cuando empezaron a bombardear a Corazón de Fuego con preguntas, él tuvo que levantar la voz para que lo oyeran.

—¡Escuchadme todos! —pidió—. Hay algo que debéis saber. —«Y que yo debo contar a Estrella Azul», añadió para sus adentros, preparándose para el encuentro—. Tormenta Blanca os contará lo que ha sucedido en la Asamblea —continuó—, y luego quiero una patrulla matinal.

Vaciló, mirando a los gatos congregados. Todos los guerreros estaban exhaustos; los que no habían asistido a la Asamblea habían tenido que permanecer despiertos para vigilar el campamento.

Antes de que pudiera decidir a quién enviar, Manto Polvoroso habló:

—Iremos Ceniciento y yo.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza agradecido. El guerrero marrón nunca había sido afable con él, pero era un gato leal al clan y parecía aceptar la autoridad de Corazón de Fuego como lugarteniente.

—Yo también iré —se ofreció Musaraña.

—Y yo —se sumó Nimbo.

Corazón de Fuego ronroneó agradecido ante la oferta de su aprendiz. Le complacía que el hijo de su hermana estuviera trabajando duro y mostrando un mayor compromiso con la vida del clan; sobre todo después del desastroso episodio en que unos Dos Patas se lo llevaron y hubo que ir a rescatarlo.

—Manto Polvoroso, Musaraña, Nimbo y Ceniciento, de acuerdo —maulló—. Los demás, id a dormir un poco. Luego necesitaremos patrullas de caza.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Cebrado.

Corazón de Fuego respiró hondo.

—Voy a hablar con Estrella Azul.

El incendio había devorado la cortina de liquen que cubría la entrada de la guarida de Estrella Azul, en la base de la Peña Alta. Al acercarse, Corazón de Fuego vio que Carbonilla, la curandera, salía de la cueva y se detenía a desperezarse. Su pelo oscuro estaba alborotado, y parecía agotada

por la tensión de cuidar del clan tras el paso del incendio, pero la fuerza de su temple seguía brillando en sus ojos azules. Corazón de Fuego se acordó de cuando era su ansiosa aprendiza, hasta que se acercó demasiado al Sendero Atronador, víctima de una trampa que Garra de Tigre le había tendido a Estrella Azul. La pata de la joven gata quedó destrozada irremediablemente, de modo que no pudo convertirse en guerrera, pero ella siempre había mantenido su compromiso de servir al clan.

Fue hacia ella.

—¿Cómo se encuentra Estrella Azul hoy? —le preguntó en voz baja.

Carbonilla lanzó una mirada de inquietud a la guarida.

—Esta noche no ha dormido —contestó—. Le he dado bayas de enebro para tranquilizarla, pero no sé si servirán de algo.

—Necesito contarle lo que ha ocurrido en la Asamblea. Y no va a gustarle.

Carbonilla entornó los ojos.

—¿Por qué no?

Él se lo contó tan deprisa como pudo.

La curandera lo escuchó muda de asombro, con las pupilas dilatadas por la impresión.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó al lugarteniente cuando terminó su relato.

—No hay mucho que yo pueda hacer. Además, quizá esto sea bueno para nuestro clan. Ahora Estrella de Tigre tiene lo que quería y, con un poco de suerte, estará demasiado atareado recomponiendo su nuevo clan como para molestarse por nosotros. —Al ver que Carbonilla parecía incrédula, se apresuró a añadir—: A quién elija el Clan de la Sombra como líder es asunto suyo. Tendremos que vigilar nuestras fronteras, pero no creo que Estrella de Tigre vaya a ser una amenaza, al menos durante un tiempo. Me preocupa más cómo va a tomárselo Estrella Azul.

—Esto empeorará su estado —aseguró Carbonilla nerviosa—. Sólo espero encontrar las hierbas apropiadas para ayudarla. Ojalá Fauces Amarillas estuviera aquí.

—Lo sé. —Y se restregó contra la gata para consolarla—. Pero lo harás bien. Eres una gran curandera.

—No se trata sólo de eso. —La voz de Carbonilla se convirtió en un susurro apenado—. ¡Es que la echo tanto de menos, Corazón de Fuego! Siempre estoy esperando que refunfuñe que tengo el sentido común de un recién nacido… Cuando me alababa, por lo menos sabía que me lo decía en serio. Querría tenerla a mi lado… añoro su olor, el tacto de su pelo, su voz.

—Lo sé —murmuró el lugarteniente.

Sintió un vacío interior ante el torrente de recuerdos de la vieja curandera. Había sido muy amigo de Fauces Amarillas desde que la descubrió viviendo en el territorio del clan como una proscrita.

—Pero ahora está cazando con el Clan Estelar —añadió.

«Y quizá haya encontrado por fin la paz», reflexionó, recordando el sufrimiento en la voz de Fauces Amarillas al morir pensando en su hijo, Cola Rota, el cruel gato al que ella jamás había dejado de amar, aunque él había crecido sin saber quién era su madre. Al final, ella tuvo que matarlo para salvar a su clan de adopción del sanguinario plan que él había tramado. El dolor de Fauces Amarillas había terminado, pero Corazón de Fuego no se imaginaba que un día pudiera dejar de echarla de menos.

—Tienes que ir a las Rocas Altas dentro de poco, ¿verdad? —le preguntó a Carbonilla—. A conocer a los demás curanderos, ¿no? Creo que entonces te sentirás muy cerca de Fauces Amarillas.

—Quizá tengas razón. —La gata se apartó de él—. Puedo oírla reprendiéndome: «¿Por qué estás parada lloriqueando cuando hay tanto trabajo que hacer?». Tú ve a hablar con Estrella Azul. Yo pasaré a verla más tarde.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. —Carbonilla le dio un lametón en la oreja—. Sé fuerte por Estrella Azul. Ella te necesita más que nunca.

El lugarteniente se quedó observando cómo la curandera se alejaba cojeando deprisa, y luego se volvió hacia la guarida de Estrella Azul. Tras tomar aire, saludó en voz alta y atravesó el hueco donde antes crecía el liquen.

La venerable gata estaba acomodada en un montón de musgo al fondo de la cueva, con las patas delanteras dobladas debajo del pecho. Tenía la cabeza levantada, pero no miraba a Corazón de Fuego. Sus ojos azules parecían ausentes, clavados en algo que sólo ella podía ver. Su pelaje estaba áspero y desaliñado, y había adelgazado mucho. Al joven se le encogió el corazón de lástima por su líder, y de temor por el resto de su clan. Estrella Azul había quedado reducida a una gata vieja y enferma, vencida por los problemas e incapaz de defenderse a sí misma, y aún más incapaz de defender a su clan.

—¿Estrella Azul? —maulló dubitativo.

Al principio creyó que la gata no lo había oído. Luego, al adentrarse más en la guarida, ella giró la cabeza. Su turbia mirada azul se centró en él y pareció confundida, como si no lograra recordar quién era.

Después irguió las orejas, y la inteligencia regresó a sus ojos.

—¿Corazón de Fuego? ¿Qué quieres?

Él inclinó la cabeza respetuosamente.

—Acabo de regresar de la Asamblea. Me temo que traigo malas noticias. —Hizo una pausa.

—¿Y bien? —inquirió la gata con tono irritado—. ¿Qué ocurre?

—El Clan de la Sombra tiene un nuevo líder —empezó. Y fue directo al grano—: Se trata de Garra de Tigre… ahora, Estrella de Tigre.

Estrella Azul se levantó de un salto. En sus ojos llameaba un fuego frío, y el joven se estremeció al recordar a la formidable gata que había sido una vez.

—¡Eso es imposible! —bufó.

—Es cierto, lo he visto con mis propios ojos. Estrella de Tigre ha hablado desde la Gran Roca, junto con los otros líderes.

Estrella Azul guardó silencio y se paseó por la guarida, una y otra vez, sacudiendo la cola. Corazón de Fuego retrocedió hasta la entrada, no muy seguro de que la líder no lo atacara por haberle llevado aquella terrible noticia.

—¿Cómo se atreve el Clan de la Sombra a hacer algo así? —espetó ella al fin—. ¿Cómo se atreven a dar cobijo al gato que intentó asesinarme… y convertirlo en su líder?

—Estrella Azul, ellos no lo saben… —empezó Corazón de Fuego, pero la líder no estaba

escuchándolo.

—¿Y los otros líderes? —quiso saber—. ¿En qué pensaban? ¿Cómo han podido permitir que sucediera esto?

—Ningún gato sabe lo que Estrella de Tigre le hizo a nuestro clan. —El lugarteniente intentaba que la gata razonara—. Estrella Doblada no ha dicho gran cosa, pero a Estrella Alta le ha disgustado que Estrella de Tigre hubiese llevado de vuelta al clan a los seguidores de Cola Rota.

—¡Estrella Alta! —escupió la gata—. A estas alturas ya deberíamos saber que no podemos fiarnos de él. Al fin y al cabo, no le costó demasiado olvidar lo que habíamos hecho por su clan, después de que Látigo Gris y tú arriesgarais la vida para encontrarlos y conducirlos de nuevo a su hogar.

Él empezó a protestar, pero ella no le hizo el menor caso.

—¡El Clan Estelar me ha abandonado! —exclamó sin dejar de pasearse con furia—. Me dijo que el fuego salvaría al clan, pero el fuego casi nos destruye. ¿Cómo puedo volver a confiar en el Clan Estelar… especialmente ahora? Le han concedido las nueve vidas de un líder a ese traidor. ¡No se preocupan nada por mí ni por el Clan del Trueno!

Corazón de Fuego se estremeció.

—Estrella Azul, escucha…

—No, escucha tú. —La líder se le acercó. Tenía el pelo erizado y mostraba los colmillos con rabia—. Nuestro clan está maldito. Estrella de Tigre guiará al Clan de la Sombra para destruirnos… y no podemos esperar ninguna ayuda del Clan Estelar.

—Estrella de Tigre no se ha mostrado hostil. —Corazón de Fuego intentaba hacerla entrar en razón—. Cuando ha hablado, lo único que parecía importarle era liderar su nuevo clan.

Estrella Azul soltó una carcajada ronca y quebrada.

—Si te crees eso, es que eres un idiota. Estrella de Tigre estará aquí antes de la estación de la caída de la hoja; recuerda estas palabras. Pero nos encontrará esperándolo. Si vamos a morir todos, nos llevaremos con nosotros a unos cuantos del Clan de la Sombra.

Empezó a pasearse de nuevo a paso rápido, mientras el lugarteniente la observaba consternado.

—Dobla las patrullas —ordenó la gata—. Pon guardias en el campamento. Manda gatos a vigilar las fronteras con el Clan de la Sombra.

—No tenemos suficientes guerreros para todo eso —protestó él—. Los gatos están agotados por el trabajo extra de reconstruir el campamento. Lo único que podemos hacer es continuar con las patrullas regulares.

—¿Estás cuestionando mis órdenes? —Se volvió en redondo hacia él, mostrando los colmillos con un gruñido, y entornó los ojos con recelo—. ¿O es que tú también vas a traicionarme?

—¡No, Estrella Azul, no! Puedes confiar en mí. —Tensó los músculos, casi temiendo tener que esquivar un zarpazo de su líder.

De pronto, la vieja gata se relajó.

—Lo sé, Corazón de Fuego. Tú siempre has sido leal, no como esos otros. —Como si la potencia de su ira la hubiera dejado exhausta, regresó a su lecho cojeando—. Organiza las patrullas —ordenó, derrumbándose en el blando colchón de musgo y brezo—. Hazlo ahora mismo, antes de que el Clan

de la Sombra nos haga picadillo a todos.

—Muy bien, Estrella Azul.

Corazón de Fuego vio que ya no tenía sentido seguir discutiendo. Inclinó la cabeza y salió de la guarida. La mirada de la gata volvía a estar fija en algo invisible. El lugarteniente se preguntó si estaría viendo el futuro, y la destrucción de su clan.



3

Abrió los ojos y bizqueó ante la brillante luz, que resultaba muy molesta. Seguía sin acostumbrarse al modo en que el sol entraba directamente en la guarida de los guerreros, ahora que la tupida cubierta de hojas había desaparecido. Bostezando, se desenroscó y se sacudió los trocitos de musgo que se le habían pegado al pelo.

Cerca de él, Tormenta de Arena aún dormía; Manto Polvoroso y Cebrado estaban ovillados un poco más lejos. Corazón de Fuego salió al claro. Habían pasado tres días desde la Asamblea y el descubrimiento del nuevo liderazgo de Estrella de Tigre, y no había señales del ataque que Estrella Azul temía. El clan había empleado el tiempo en reconstruir el campamento, y aunque todavía les quedaba mucho por delante, Corazón de Fuego se sentía complacido al ver cómo los umbrosos muros de helechos empezaban a crecer de nuevo alrededor, y el zarzal se iba rellenando firmemente con ramitas para proteger a las reinas y sus crías.

Mientras se encaminaba al montón de carne fresca, vio que regresaba la patrulla del alba, con Tormenta Blanca al frente. Se detuvo a esperar a que el guerrero blanco llegara hasta él.

—¿Algún rastro del Clan de la Sombra?

Tormenta Blanca negó con la cabeza.

—Nada —maulló—. Sólo las habituales marcas olorosas a lo largo de su frontera. Pero había una cosa…

Corazón de Fuego irguió las orejas.

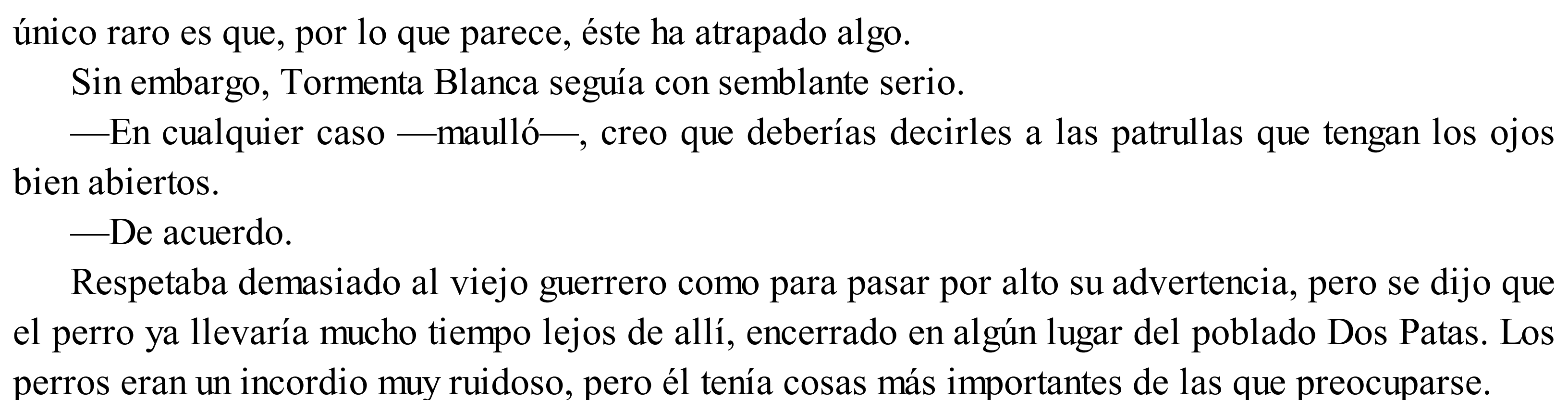
—¿Qué?

—No muy lejos de las Rocas de las Serpientes, hemos encontrado una franja de vegetación pisoteada, y plumas de tórtola esparcidas por todas partes.

—¿Plumas de tórtola? Hace días que no veo una tórtola. ¿Hay algún otro clan cazando en nuestro territorio?

—Creo que no. Todo el lugar apestaba a perro. —Tormenta Blanca arrugó la nariz con asco—. También había excrementos de perro.

—Oh, un perro. —El lugarteniente sacudió la cola desdeñosamente—. Bueno, todos sabemos que los Dos Patas siempre traen sus perros al bosque. Los chuchos corren por ahí, persiguen a las ardillas, y luego los Dos Patas se los llevan a su casa de nuevo. —Soltó un ronroneo divertido—. Lo



único raro es que, por lo que parece, éste ha atrapado algo.

Sin embargo, Tormenta Blanca seguía con semblante serio.

—En cualquier caso —maulló—, creo que deberías decirles a las patrullas que tengan los ojos bien abiertos.

—De acuerdo.

Respetaba demasiado al viejo guerrero como para pasar por alto su advertencia, pero se dijo que el perro ya llevaría mucho tiempo lejos de allí, encerrado en algún lugar del poblado Dos Patas. Los perros eran un incordio muy ruidoso, pero él tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Al seguir a Tormenta Blanca hasta el montón de carne fresca, se reavivó su inquietud por las provisiones de comida. Centellina, la aprendiza de Tormenta Blanca, y Nimbo, que habían formado parte de la última patrulla, ya estaban allí.

—¡Mira esto! —se lamentó Nimbo cuando llegó Corazón de Fuego, girando un campañol con una pata—. ¡Aquí apenas hay un bocado decente!

—Las presas escasean —le recordó el lugarteniente, advirtiendo que no había más que unas pocas piezas en el montón—. Ninguna de las criaturas que sobrevivieron al incendio puede encontrar mucho que comer.

—Necesitamos cazar de nuevo —maulló Nimbo, que dio un mordisco al campañol y lo engulló—. Saldré en cuanto me acabe esto.

—Puedes venir conmigo —repuso Corazón de Fuego, escogiendo una urraca para él—. Voy a encabezar una patrulla dentro de poco.

—No, no puedo esperar —masculló el aprendiz con la boca llena—. Tengo tanta hambre que podría comerte. Centellina, ¿quieres acompañarme?

Centellina, que estaba devorando un ratón delicadamente, miró a su mentor buscando consentimiento. Cuando Tormenta Blanca asintió, la aprendiza se levantó de un salto.

—Estoy lista cuando tú lo estés —maulló.

—Perfecto, entonces —dijo Corazón de Fuego, algo molesto porque Nimbo no le hubiera pedido permiso como mentor, cosa que sí había hecho Centellina, pero lo cierto es que el clan necesitaba carne fresca y los dos aprendices eran buenos cazadores—. No os alejéis demasiado del campamento —les avisó.

—Pero las mejores presas están lejos, donde no llegó el incendio —protestó Nimbo—. No te preocupes, Corazón de Fuego —le dijo—, cazaremos primero para los veteranos.

Tras engullir el resto de su campañol, el joven se dirigió a la entrada del campamento, seguido por Centellina.

—¡No os acerquéis al poblado Dos Patas! —exclamó Corazón de Fuego, recordando los días en que a Nimbo le encantaba visitar a los Dos Patas.

El aprendiz había pagado un precio muy alto cuando los Dos Patas se lo llevaron a su casa, en el extremo opuesto del territorio del Clan del Viento. A medida que la estación de la hoja verde tocaba a su fin, y con la perspectiva de un invierno con escasa comida, Corazón de Fuego esperaba que no se viera tentado de volver a las andadas.

—¡Aprendices! —ronroneó Tormenta Blanca al ver cómo los jóvenes se alejaban corriendo—.

Han salido con la patrulla del alba y ahora se marchan a cazar. Quién tuviera su energía.

Separó un mirlo del montón de carne fresca y se acomodó para comérselo.

Mientras se terminaba su urraca, Corazón de Fuego vio que Tormenta de Arena salía de la guarida de los guerreros. El sol brillaba sobre ella, y el lugarteniente admiró cómo se ondulaba su pelaje anaranjado con cada paso.

—¿Quieres venir a cazar conmigo? —le preguntó cuando llegó a su lado.

—Parece que nos hace falta —contestó Tormenta de Arena, examinando las penosas piezas que quedaban en el montón de carne fresca—. Vamos ahora mismo… Puedo esperar a comer hasta que cacemos algo.

Corazón de Fuego miró alrededor buscando otro gato que se les uniera, y reparó en que Rabo Largo estaba ante el dormitorio de los aprendices, llamando a Zarpa Rauda.

—¡Eh, Rabo Largo! —lo avisó cuando los dos gatos cruzaron el claro—. Venid a nuestra partida de caza.

Rabo Largo vaciló, como si no estuviera seguro de si era una orden de su lugarteniente.

—Nos vamos a la hondonada de entrenamiento —explicó—. Zarpa Rauda tiene que practicar las posiciones de defensa.

—Podéis hacerlo más tarde. —Esta vez, Corazón de Fuego dejó claro que estaba dando una orden—. Lo primero es conseguir carne fresca.

Rabo Largo sacudió la cola con irritación, pero no respondió. Zarpa Rauda mostró más entusiasmo; le brillaban los ojos. El lugarteniente reparó en que el joven blanco y negro había crecido, ya era casi tan grande como su mentor. Zarpa Rauda era el mayor de los aprendices y pronto se convertiría en guerrero.

«Debo hablar con Estrella Azul sobre su ceremonia de nombramiento —pensó Corazón de Fuego—. También en la de Nimbo, Centellina y Espino. El clan necesita más guerreros».

Dejando que Tormenta Blanca se tomara un descanso bien merecido, condujo su grupo de caza hasta lo alto del barranco. Una vez allí, giró hacia las Rocas Soleadas. Haciendo lo posible por cumplir la orden de Estrella Azul de doblar las patrullas, había aleccionado a las partidas de caza para que también vigilaran las fronteras, manteniéndose alerta en busca de olores de otro clan o señales de presencia enemiga. En particular, les había advertido que tuvieran los ojos bien abiertos en la frontera con el Clan de la Sombra, pero él había decidido no descuidar la frontera con el Clan del Río.

Tenía una sensación inquietante sobre sus vecinos. Con Estrella Doblada cada vez más mayor, la lugarteniente Leopardina tendría más autoridad, y Corazón de Fuego seguía esperando que les pidiera algo en pago por su ayuda la noche del incendio.

Mientras encabezaba la marcha hacia el río, advirtió que había plantas abriéndose paso a través del suelo ennegrecido. Comenzaban a desplegarse nuevos helechos, y zarcillos verdes se extendían para cubrir la tierra. El bosque estaba empezando a recuperarse, pero cuando se acercara la estación de la caída de la hoja, el crecimiento iría más despacio. A Corazón de Fuego todavía le preocupaba que su clan se encaminara a una estación sin hojas fría y ardua.

Cuando llegaron a las Rocas Soleadas, Rabo Largo guió a Zarpa Rauda a una de las torrenteras

que había entre las rocas.

—Puedes intentar captar los ruidos de los ratones y los campañoles —le dijo a su aprendiz—. A ver si consigues cazar algo antes que nosotros.

Corazón de Fuego los vio marchar. El atigrado claro era un mentor concienzudo, y entre él y Zarpa Rauda se había forjado un sólido vínculo.

Bordeó las Rocas Soleadas por el lado que daba al río, donde la mayor parte de la hierba y la vegetación habían sobrevivido. No tardó mucho en descubrir a un ratón correteando entre unos tallos resecos. Cuando el roedor se sentó a mordisquear una semilla que sujetaba con las patas delanteras, Corazón de Fuego dio un salto y acabó con él rápidamente.

—Buen trabajo —murmuró Tormenta de Arena apareciendo a su lado.

—¿Lo quieres? —le preguntó el lugarteniente, empujando el ratón hacia ella—. Todavía no has comido.

—No, gracias —contestó la gata con aspereza—. Puedo cazar mi propia comida.

Y desapareció bajo la sombra de un avellano. Corazón de Fuego se quedó mirándola, preguntándose si la habría ofendido, y luego empezó a cubrir con tierra a su presa para recuperarla más tarde.

—Será mejor que vayas con patas de plomo con ella —maulló una voz a sus espaldas—. Te arrancará las orejas si no tienes cuidado.

Corazón de Fuego se volvió en redondo. Su viejo amigo Látigo Gris estaba en la frontera con el Clan del Río, al pie de la ladera que llevaba al río. El agua resplandecía sobre su espeso pelaje gris.

—¡Látigo Gris! —exclamó—. ¡Me has asustado!

El gato se sacudió, esparciendo gotitas por el aire.

—Te he visto desde la otra orilla —maulló—. Nunca pensé que te encontraría cazando para Tormenta de Arena. Ella es especial para ti, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando —protestó Corazón de Fuego, pero notó que la piel le picaba, como si estuviera cubierto de hormigas—. Tormenta de Arena sólo es una amiga.

Látigo Gris soltó un ronroneo risueño.

—Oh, claro que sí. Lo que tú digas. —Subió la ladera y le dio un cabezazo afectuoso en el omóplato—. Tienes suerte, Corazón de Fuego. Es una gata impresionante.

El joven abrió la boca, pero volvió a cerrarla. No podría convencer a su viejo amigo, dijera lo que dijese… y, además, quizá tuviera razón. Quizá Tormenta de Arena estaba convirtiéndose en algo más que una amiga.

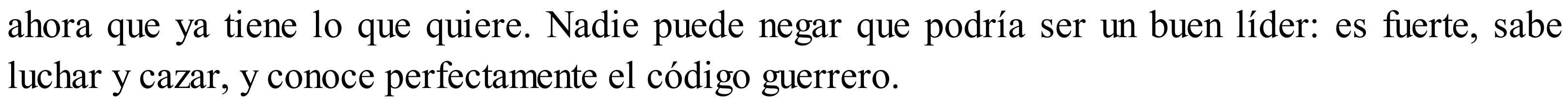
—Dejémoslo estar —maulló, y cambió de tema—. Cuéntame cómo te va. ¿Qué novedades hay en el Clan del Río?

La alegría se esfumó de los ojos amarillos de Látigo Gris.

—No muchas. Todos hablan de Estrella de Tigre.

Cuando Látigo Gris era guerrero del Clan del Trueno, él y Corazón de Fuego eran los únicos que conocían la verdad sobre la ambición criminal de Estrella de Tigre, y los únicos que sabían que había asesinado al lugarteniente Cola Roja.

—No sé qué pensar de eso —admitió Corazón de Fuego—. Quizá Estrella de Tigre sea diferente


ahora que ya tiene lo que quiere. Nadie puede negar que podría ser un buen líder: es fuerte, sabe luchar y cazar, y conoce perfectamente el código guerrero.

—Pero nadie puede confiar en él —gruñó Látigo Gris—. ¿De qué sirve conocer el código guerrero si lo único que haces es saltarte sus disposiciones?

—Ahora no es asunto nuestro confiar en él. Estrella de Tigre tiene un nuevo clan, y Nariz Inquieta desveló una profecía que parecía decir que el Clan Estelar iba a mandarles un gran nuevo líder. Debían de saber que el Clan de la Sombra necesitaba un guerrero fuerte para recomponerse después de la epidemia.

Látigo Gris no parecía convencido.

—¿Que el Clan Estelar lo envió? —Soltó un resoplido—. Lo creeré cuando los erizos vuelen.

Corazón de Fuego sabía que costaría mucho confiar en Estrella de Tigre. Lograr que su clan se recuperara podría tenerlo ocupado durante una estación o dos, pero después… La idea de un fiero guerrero a la cabeza de un clan fuerte hizo que se estremeciera. No creía que Estrella de Tigre se conformara con una vida pacífica en el bosque, respetando los derechos de los otros tres clanes. Tarde o temprano, querría extender su territorio, y su primer objetivo sería el Clan del Trueno.

—Si yo estuviera en tu lugar —maulló Látigo Gris, haciéndose eco de sus pensamientos—, vigilaría mis fronteras.

—Sí. Yo…

Se interrumpió al ver que Tormenta de Arena iba hacia ellos, con un joven conejo en la boca. La gata avanzó sobre los guijarros y dejó la pieza a los pies de Corazón de Fuego. Con aspecto más relajado, como si ya hubiera olvidado su irritación, saludó al guerrero del Clan del Río.

—Hola, Látigo Gris. ¿Cómo están tus cachorros?

—Están bien, gracias. —Sus ojos centellearon de orgullo—. Pronto se convertirán en aprendices.

—¿Y tú serás mentor de alguno de los dos? —preguntó Corazón de Fuego.

Para su sorpresa, Látigo Gris se mostró inseguro.

—No lo sé. Si la decisión dependiera de Estrella Doblada, quizá… pero últimamente no hace casi nada excepto dormir. Leopardina organiza la mayor parte de las cosas ahora, y ella jamás me perdonará la forma en que murió Garra Blanca. Creo que lo más probable es que confíe los cachorros a otros guerreros.

Bajó la cabeza. Corazón de Fuego notó que su amigo aún se sentía culpable por la muerte del guerrero del Clan del Río que cayó por el despeñadero cuando su patrulla atacó a una partida de guerreros del Clan del Trueno.

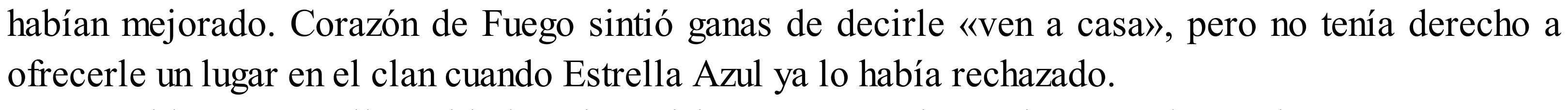
—Eso es muy duro —maulló Corazón de Fuego, restregándose contra su amigo para consolarlo.

—Pero tienes que entenderla —señaló Tormenta de Arena delicadamente—. Leopardina querrá asegurarse de que los cachorros se críen siendo leales al Clan del Río.

Látigo Gris se volvió hacia ella de golpe, con el pelo erizado.

—¡Eso es lo que yo haría! No quiero que mis hijos crezcan sintiéndose divididos entre dos clanes. —Se le empañaron los ojos—. Yo sé cómo es eso.

A Corazón de Fuego lo inundó una gran pena por su amigo. Después del incendio, Látigo Gris había dejado traslucir lo infeliz que era en su nuevo clan, y resultaba evidente que las cosas no


habían mejorado. Corazón de Fuego sintió ganas de decirle «ven a casa», pero no tenía derecho a ofrecerle un lugar en el clan cuando Estrella Azul ya lo había rechazado.

—Habla con Estrella Doblada —le sugirió—. Pregúntale tú mismo por los cachorros.

—Y procura estar a buenas con Leopardina —añadió Tormenta de Arena—. No dejes que te pille cruzando la frontera del Clan del Trueno.

Látigo Gris se estremeció.

—Puede que tengas razón. Será mejor que vuelva. Adiós, Tormenta de Arena, Corazón de Fuego.

—Intenta venir a la próxima Asamblea —le instó su amigo.

Látigo Gris sacudió la cola como respuesta y empezó a bajar la pendiente. A medio camino del río, se volvió y exclamó:

—¡Esperad un momento!

Y corrió hasta la orilla del agua. Permaneció unos instantes inmóvil sobre una piedra plana, inspeccionando la escasa corriente.

—¿Qué se trae entre patas ahora? —masculló Tormenta de Arena.

Antes de que el lugarteniente pudiera responder, Látigo Gris estiró rápidamente una zarpa. Un pez plateado salió disparado del agua y aterrizó en la orilla, donde se quedó retorciéndose. El gato acabó con él de un solo zarpazo y lo llevó hasta la cima de la ladera, desde donde lo observaban sus amigos.

—Tomad —maulló, dejando la pieza a sus pies—. Sé que las presas escasean desde el incendio. Esto os ayudará un poco.

—Gracias —maulló Corazón de Fuego, y añadió con admiración—: Qué truco tan bueno.

Látigo Gris ronroneó muy ufano.

—Vaharina me enseñó a hacerlo.

—Lo aceptamos encantados —dijo la gata—, pero si Leopardina descubre que has dado de comer a otro clan, no le gustará nada.

—Leopardina puede ir a cazarse su propia cola —gruñó Látigo Gris—. Si dice algo, le recordaré cómo Corazón de Fuego y yo ayudamos al Clan del Río durante las riadas de la última estación de la hoja nueva.

Y a continuación dio media vuelta para dirigirse de nuevo al río. Corazón de Fuego sintió una punzada en el pecho al ver cómo su amigo se lanzaba al agua y nadaba hacia la ribera opuesta. Habría dado cualquier cosa por tener a Látigo Gris de nuevo en el Clan del Trueno, pero era bastante improbable que el guerrero gris volviera a ser aceptado en él.

Cargó penosamente con el resbaladizo pez de vuelta al campamento; la boca se le hacía agua mientras aquel olor poco familiar le llenaba las fosas nasales. Cuando entró en el claro con el grupo de caza, vio que el montón de carne fresca parecía más grande. Nimbo y Centellina habían regresado, y estaban a punto de salir de nuevo con Musaraña y Espino.

—¡Ya hemos llevado comida a los veteranos! —informó Nimbo por encima del hombro mientras corría en dirección al barranco.

—¿Y a Carbonilla? —preguntó Corazón de Fuego.

—¡Todavía no!

El lugarteniente vio cómo su joven pariente desaparecía como un rayo, y se acercó al montón de carne fresca. Pensó que quizá el pez de Látigo Gris podría tentar a la joven curandera. Sospechaba que la gata no estaba comiendo suficiente debido a su tristeza por Fauces Amarillas, y también porque estaba muy ocupada cuidando de Estrella Azul y los gatos intoxicados por el humo del incendio.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Tormenta de Arena, depositando la última pieza sobre el montón de carne fresca. Finalmente, había esperado a llevar las presas al campamento para comer, y estaba examinándolas con avidez—. Si te apetece, podríamos comer juntos.

—De acuerdo. —La urraca que se había zampado por la mañana se le antojaba muy lejana—. Pero primero llevaré esto a Carbonilla.

—No tardes —maulló la gata.

Corazón de Fuego agarró el pez con los dientes y se encaminó a la guarida de la curandera. Antes del incendio, estaba separada del resto del campamento por un frondoso túnel de helechos. Ahora, del suelo sólo sobresalían tallos ennegrecidos, y vio perfectamente la hendidura en la roca que daba acceso a la guarida.

Se detuvo delante, dejó el pez y llamó:

—¡Carbonilla!

Al cabo de un momento, la joven curandera asomó la cabeza por la grieta.

—¿Qué? Oh, eres tú.

Salió de la guarida para reunirse con él. Tenía el pelo alborotado y sus ojos no brillaban con su viveza habitual. Parecía distraída y preocupada. El joven guerrero supuso que estaba pensando en Fauces Amarillas.

—Me alegro de verte —maulló la gata—. Hay una cosa que quiero contarte.

—Primero come algo —la instó él—. Mira, Látigo Gris ha atrapado este pez para nosotros.

—Gracias, pero esto es urgente. Anoche, el Clan Estelar me mandó un sueño.

El modo en que lo dijo le provocó un escalofrío. Aún no se había acostumbrado a que su antigua aprendiza se convirtiera en una auténtica curandera, con una vida sin pareja ni hijos, reuniéndose en secreto con otros curanderos, a los que la unía su vínculo con los espíritus guerreros del Clan Estelar.

—¿De qué trataba? —preguntó.

Él mismo había tenido sueños de ese tipo más de una vez. Eso lo ayudaba a imaginarse, mejor que la mayoría de los gatos de clan, la mezcla de temor reverencial y perplejidad que Carbonilla debía de sentir en esos instantes.

—No estoy segura. —La curandera parpadeó—. Creo que estaba en el bosque y oía algo grande moviéndose entre los árboles, pero no podía ver qué era. Y oía voces… voces rudas, en un lenguaje que no era felino. Pero comprendía lo que estaban diciendo…

Su voz se apagó. Se quedó con la vista clavada en la distancia, con los ojos vidriosos, mientras amasaba el suelo con las patas delanteras.

—¿Qué decían? —inquirió Corazón de Fuego.

Carbonilla se estremeció.

—Era extraño. Gritaban: «Manada, manada» y «Matar, matar».

El gato se sintió algo decepcionado. Había esperado que el mensaje del Clan Estelar les diera alguna indicación de cómo lidiar con todos sus problemas: la reaparición de Estrella de Tigre, la enfermedad de Estrella Azul, las consecuencias del incendio…

—¿Sabes qué significa? —preguntó.

Carbonilla negó con la cabeza, con una persistente expresión de horror, como si se enfrentara a una gran amenaza que él no lograba ver.

—Todavía no —respondió—. Quizá el Clan Estelar me muestre más cosas cuando haya estado en las Rocas Altas. Pero se trata de algo malo, estoy segura.

«Como si no tuviéramos ya bastante de lo que preocuparnos», reflexionó el lugarteniente, y dijo:

—No sé qué puedo hacer, a menos que averigüemos algo más. Necesito hechos. ¿Estás segura de que eso fue todo lo que te dijo el sueño?

Con los ojos todavía dilatados de angustia, la gata asintió. Corazón de Fuego le dio un lametón consolador en la oreja.

—No te preocupes, Carbonilla. Si es una advertencia sobre el Clan de la Sombra, ya estamos vigilándolos. En cuanto recuerdes más detalles, dímelo.

Dio un respingo cuando un aullido irritado sonó a sus espaldas.

—Corazón de Fuego, ¿vas a tardar todo el día?

Al volverse, vio a Tormenta de Arena esperándolo en la entrada del túnel de helechos carbonizados.

—Tengo que irme —le dijo a Carbonilla.

—Pero…

—Pensaré en lo que me has contado, ¿vale? —la interrumpió el lugarteniente; el rugido de sus tripas lo empujaba a reunirse con Tormenta de Arena—. Si tienes otros sueños, cuéntamelos de inmediato.

Carbonilla agitó las orejas, molesta.

—Se trata de un mensaje del Clan Estelar, no de una simple raíz enganchada en mi pelo o un trozo de carne atascado en mi garganta. Esto podría afectar a todo el clan. Necesitamos descifrar su significado.

—Bueno, tú lo harás mejor que yo —replicó el lugarteniente, alejándose de la guarida de Carbonilla.

Mientras cruzaba el claro hacia Tormenta de Arena, se preguntó brevemente qué significaría aquel sueño. No sonaba como un ataque de otro clan, y no se le ocurría otra cosa que pudiera suponer una amenaza. Cuando empezó a devorar el campañol que Tormenta de Arena le había reservado, consiguió sacarse de la cabeza el sueño de Carbonilla.



4

Corazón de Fuego resollaba intentando recuperar el aliento, y le dolía la mejilla por el zarpazo que había recibido. Mientras se levantaba tambaleante, Centellina retrocedió un par de pasos.

—No te he hecho daño, ¿verdad? —preguntó nerviosa la aprendiza canela y blanca.

—No; estoy bien —contestó Corazón de Fuego con voz ahogada—. ¿Tormenta Blanca te ha enseñado ese movimiento? No lo he visto venir. Bien hecho.

Intentando no cojear, cruzó la hondonada de entrenamiento hacia Zarpa Rauda, Espino y Nimbo, que presenciaban la escena. Había estado evaluando las técnicas de lucha de los aprendices, y todos habían resistido bien frente a él.

—Me alegro de que estéis en mi bando —maulló—. No me gustaría enfrentarme a vosotros en una batalla. He hablado con vuestros mentores, y creen que estáis preparados, así que voy a preguntarle a Estrella Azul si podéis convertiros en guerreros.

Tres aprendices intercambiaron miradas de emoción. Nimbo procuró aparentar indiferencia, pero en sus ojos también había un brillo de expectación.

—De acuerdo —continuó Corazón de Fuego—. Cazad en el camino de vuelta al campamento y encargaos de que coman los veteranos y las reinas. Después podéis comer vosotros.

—Si es que queda algo —maulló Zarpa Rauda.

El lugarteniente lo miró. En ocasiones, Zarpa Rauda imitaba las muestras de descontento de su mentor Rabo Largo, que había sido íntimo aliado de Garra de Tigre, pero esta vez el aprendiz parecía bromear. Los cuatro jóvenes se levantaron de un salto y salieron disparados de la hondonada de entrenamiento. Corazón de Fuego oyó cómo Centellina le gritaba a Nimbo:

—¡Te apuesto lo que sea a que cazo más presas que tú!

Mientras los seguía más despacio, pensó que había pasado una eternidad desde los días en que él se sentía así de despreocupado. Bajo el peso de sus responsabilidades como lugarteniente, en ocasiones se sentía más viejo que los veteranos. El clan estaba sobreviviendo, consiguiendo encontrar comida y reconstruir el campamento arrasado, pero todos los guerreros estaban trabajando al límite de sus fuerzas. Corazón de Fuego estaba atareado desde el alba hasta la noche, y todos los días se iba a dormir con tareas pendientes. «¿Cuánto tiempo podremos seguir así? —se preguntó—. Y no será más fácil cuando llegue la estación sin hojas, sino más difícil». Las pocas hojas que el

incendio había dejado en los árboles ya estaban volviéndose rojas y doradas. Al detenerse en lo alto de la hondonada, notó que una brisa fría le alborotaba el pelo, aunque el sol brillaba con intensidad.

Regresó silenciosamente al campamento y se quedó un momento en la entrada, mirando alrededor. Cebrado, que estaba al mando de la reconstrucción, había empezado a rellenar los huecos entre las ramas de la guarida de los guerreros. Con él estaban trabajando Manto Polvoroso y los dos aprendices más jóvenes, Frondina y Ceniciento.

En el otro extremo del campamento, vio a Carbonilla de camino a la guarida de los veteranos, cargada con unas hierbas.

En el centro del claro, los dos cachorros de Flor Dorada estaban jugando con el de Cola Pintada. Las dos reinas los observaban cerca de la entrada de la maternidad. Sauce también estaba allí, protegiendo a su camada, casi recién nacida, de los rudos juegos de los mayores.

Los ojos de Corazón de Fuego se posaron en Pequeño Zarzo, el hijo mayor de Flor Dorada. Su cuerpo fuerte y musculoso y su pelaje marrón oscuro resultaban perturbadoramente familiares; ningún gato que lo viera dudaría de que Estrella de Tigre era su padre. Esa idea siempre incomodaba a Corazón de Fuego, así que trató de apartarla. Lógicamente, debería sentir el mismo recelo hacia la hermana del cachorro, Pequeña Trigueña, pero, aunque eran del mismo padre, la gata no compartía la desgracia de parecerse a él como dos gotas de agua. El lugarteniente sabía que era injusto culpar a Pequeño Zarzo por los crímenes de su padre.

Por otro lado, no podía olvidar la imagen del cachorro aferrado a la rama de un árbol en llamas, aullando de terror mientras él intentaba alcanzarlo. Y tampoco podía olvidar que, mientras estaba rescatando a Pequeño Zarzo, el fuego atrapó a Fauces Amarillas en el campamento. ¿Había sacrificado a Fauces Amarillas por salvar al hijo de Garra de Tigre?

De pronto, un chillido agudo sonó en el grupo de cachorros. Pequeño Zarzo se había abalanzado sobre Copito de Nieve y lo tenía clavado al suelo con sus garras. El chillido procedía del robusto cachorro blanco, que ni siquiera parecía estar defendiéndose.

Corazón de Fuego se acercó como un rayo y embistió a Pequeño Zarzo para separarlo de su víctima.

—¡Ya basta! —gruñó—. ¿Qué pretendes?

El pequeño atigrado oscuro se levantó; sus ojos ámbar llameaban de asombro e indignación.

—¿Y bien? —quiso saber el lugarteniente.

Pequeño Zarzo se sacudió la tierra de encima.

—No pasa nada, Corazón de Fuego. Sólo estábamos jugando.

—¿Sólo jugando? Entonces, ¿por qué ha chillado así el hijo de Cola Pintada?

La ira desapareció de los ojos de Pequeño Zarzo y se encogió de hombros.

—Y yo qué sé. No sabe jugar.

—¡Pequeño Zarzo! —Flor Dorada se acercó a su hijo—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Si alguien chilla, suéltalo. Y no seas grosero con Corazón de Fuego. Recuerda que es nuestro lugarteniente.

Pequeño Zarzo miró a Corazón de Fuego y luego apartó la vista.

—Lo siento —mascculló.

—Bien, pues que no vuelva a pasar —le espetó Corazón de Fuego.

Pequeño Zarzo fue hasta Copito de Nieve, todavía encogido en el suelo. Cola Pintada estaba lamiendo briosamente su pelaje blanco.

—Vamos, levántate —maulló la reina—. No estás herido.

—Sí, vamos, Copito de Nieve —dijo Pequeño Zarzo, pasando la lengua por la oreja del cachorro—. No lo he hecho aposta. Vamos a jugar, y esta vez tú puedes ser el líder de clan.

Pequeña Trigueña estaba sentada a unas colas de distancia, con el rabo enroscado en las patas.

—Copito de Nieve no es nada divertido —intervino—. Nunca se le ocurren buenos juegos.

—¡Pequeña Trigueña! —Flor Dorada le dio una leve colleja—. No seas tan desagradable. No sé qué os pasa hoy a vosotros dos.

Copito de Nieve seguía echado en el suelo, y se levantó sólo cuando su madre lo puso en pie a empujones.

—Quizá deberíais ir a que lo examinara Carbonilla —le sugirió Corazón de Fuego a la reina atigrada.

Cola Pintada se volvió hacia él, fulminándolo con la mirada.

—¡A mi cachorro no le pasa nada malo! —gruñó—. ¿Acaso estás diciendo que no sé cuidar de él?

Luego le dio la espalda y guió a Copito de Nieve de vuelta a la maternidad.

—Es muy protectora con su hijo —explicó Flor Dorada—. Seguramente porque sólo tiene uno. —Miró afectuosamente a sus dos cachorros, que ahora correteaban juntos.

Corazón de Fuego fue a sentarse a su lado, incómodo por la dureza con que había hablado a Pequeño Zarzo.

—¿Les has contado que su padre es ahora el líder del Clan de la Sombra? —le preguntó en voz baja.

La reina lo miró de soslayo.

—No, todavía no —admitió—. Se pondrían a alardear, y entonces alguien les contaría el resto de la historia.

—Acabarán enterándose antes o después.

Durante unos momentos, la reina rojiza se limpió el pecho vigorosamente.

—He visto cómo los miras —dijo entonces—. Sobre todo a Pequeño Zarzo. No es culpa suya si parece una copia de Garra de Tigre. Pero otros gatos también lo miran así. Quiero que mis hijos crezcan felices, sin sentirse culpables por algo que sucedió cuando ellos eran apenas unos recién nacidos. Quizá sea más fácil ahora, si Estrella de Tigre se convierte en un gran líder. Puede que al final incluso se sientan orgullosos de él.

Corazón de Fuego agitó las orejas, incómodo, incapaz de compartir el optimismo de la gata.

—Los dos te respetan, ¿sabes? —continuó ella—. Y más desde que salvaste a Pequeño Zarzo del fuego.

El lugarteniente no sabía qué decir. Se sentía culpable por su hostilidad hacia Pequeño Zarzo, porque, por mucho que lo intentara, no podía evitar ver en el cachorro a su asesino padre.

—A mí me parece que eres tú quien debería contarles lo de Garra de Tigre —maulló Flor

Dorada, mirándolo con vehemencia—. Después de todo, eres el lugarteniente. Viniendo de ti, se lo tomarían bien… y yo sé que les dirías la verdad.

—¿Crees… crees que debería contárselo ahora? —balbuceó Corazón de Fuego. Flor Dorada hablaba de un modo que sonaba a desafío.

—No, ahora no —contestó la gata con calma—. Solamente cuando te sientas preparado. Y cuando consideres que ellos lo están —añadió—. Pero no dejes pasar demasiado tiempo.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza.

—Lo haré —prometió—. E intentaré que les resulte lo más fácil posible.

Antes de que la reina pudiera contestar, Pequeño Zarzo llegó patinando hasta ellos con su hermana a la zaga.

—¿Podemos ir a ver a los veteranos? —preguntó con ojos centelleantes—. ¡Tuerta nos prometió contarnos grandes historias!

Flor Dorada ronroneó con indulgencia.

—Sí, por supuesto. Llevadle algo del montón de carne fresca… hay que ser educados. Y volved antes de que se ponga el sol.

—¡Volveremos! —exclamó Pequeña Trigueña, y echó a correr por el claro, gritando por encima del hombro—: ¡Voy a escoger un ratón para Tuerta!

—¡No, de eso nada; lo haré yo! —chilló Pequeño Zarzo, corriendo tras ella.

—Bueno —dijo Flor Dorada, volviéndose hacia Corazón de Fuego—, si ves algo malo en esos cachorros, dímelo, porque yo no lo veo.

Se levantó y sacudió una pata tras otra antes de entrar en la maternidad. Corazón de Fuego la observó marcharse. De algún modo, había conseguido enfadar a Cola Pintada y Flor Dorada a la vez. Aunque ésta confiaba en él, era evidente que le costaba perdonarle sus sentimientos encontrados hacia Pequeño Zarzo… sentimientos que él no estaba cerca de lograr superar.

Suspirando, se levantó y se dio cuenta de que era hora de organizar la patrulla del atardecer. Al alejarse de la maternidad, reparó en Fronde Dorado, que estaba rondando como si quisiera hablar con él.

—¿Algún problema? —le preguntó al joven guerrero.

—No lo sé. Es sólo que he visto lo sucedido con el hijo de Cola Pintada y…

—No irás a decirme que he sido demasiado duro con Pequeño Zarzo, ¿verdad?

—No, Corazón de Fuego, por supuesto que no. Pero… creo que podría haber algún problema con Copito de Nieve.

Corazón de Fuego sabía que el guerrero marrón dorado no se lo diría por una nimiedad.

—Sigue —lo animó.

—He estado observándolo. —Arañó el suelo con expresión de apuro—. Yo… bueno, tenía la esperanza de que Estrella Azul me escogiera para ser su mentor, así que quise conocerlo. Y creo que a Copito de Nieve le ocurre algo. No juega como los demás. No parece reaccionar cuando algún gato le habla. Ya conoces a los cachorros, fisgonean en todo… pero Copito de Nieve no es así. Creo que Carbonilla debería examinarlo.

—Yo le he sugerido eso mismo a Cola Pintada y casi me arranca las orejas.

Fronde Dorado se encogió de hombros.

—A lo mejor no quiere admitir que a su hijo le pasa algo.

Corazón de Fuego se quedó pensando un momento. Copito de Nieve parecía lento y apático comparado con los demás cachorros. Era mucho mayor que los hijos de Flor Dorada, pero no estaba igual de desarrollado.

—Déjamelo a mí —decidió—. Hablaré con Carbonilla. Ella encontrará la manera de examinar al pequeño sin disgustar a Cola Pintada.

—Gracias. —Fronde Dorado parecía aliviado.

—Mientras tanto, ¿puedes encabezar la patrulla del atardecer? Pide a Musaraña y Pecas que vayan contigo.

Fronde Dorado se cuadró.

—Desde luego. Iré a buscarlas de inmediato.

El joven cruzó el claro con la cola erguida. Cuando estaba a unos zorros de distancia, el lugarteniente lo llamó de nuevo.

—¡Por cierto, Fronde Dorado! —maulló, contento de dar buenas noticias por una vez—, cuando Copito de Nieve esté preparado hablaré con Estrella Azul para que te deje ser su mentor.

Antes de ir a ver a Carbonilla visitó a Estrella Azul para informarle del examen a los aprendices. La líder estaba sentada fuera de su guarida, en una zona soleada, y Corazón de Fuego pensó esperanzado que a lo mejor volvía a ser la misma de antes. Pero sus ojos azules parecían cansados cuando lo saludó, y a su lado había una pieza de carne fresca devorada sólo a medias.

—Dime, Corazón de Fuego —maulló cuando él se acercó—, ¿qué puedo hacer por ti?

—Tengo buenas noticias, Estrella Azul. —El lugarteniente intentó sonar alegre—. Hoy he evaluado a los cuatro aprendices mayores. Lo han hecho muy bien. Creo que ha llegado la hora de nombrarlos guerreros.

—¿Los aprendices mayores? —Sus ojos se llenaron de confusión—. ¿Quieres decir Fronde y… y…?

A Corazón de Fuego se le cayó el alma a los pies. ¡La líder ni siquiera recordaba qué gatos eran aprendices!

—No —maulló con paciencia—. Me refiero a Nimbo, Centellina, Zarpa Rauda y Espino.

La gata cambió de postura.

—Eso es lo que pretendía decir —espetó—. ¿Y quieres que sean guerreros? Eh… recuérdame quiénes son sus mentores, por favor.

—El mentor de Nimbo soy yo —empezó, procurando que su voz no reflejara su creciente abatimiento—. Los demás son Rabo Largo…

—Rabo Largo —lo interrumpió—. Ah, sí… uno de los amigos de Garra de Tigre. ¿Por qué le adjudicamos un aprendiz si no podemos fiarnos de él?

—Rabo Largo escogió quedarse en el Clan del Trueno cuando Garra de Tigre se marchó.

Estrella Azul soltó un resoplido.

—Eso no significa que podamos fiarnos de él. No podemos fiarnos de ninguno de ellos. Son traidores, y entrenarán a más traidores. ¡No nombraré guerrero a ninguno de sus aprendices! —Hizo una pausa mientras el lugarteniente la miraba horrorizado, y luego añadió—: Sólo al tuyo, Corazón de Fuego. Únicamente tú me eres fiel. Nimbo puede convertirse en guerrero, pero los demás no.

El joven no sabía qué decir. Aunque el clan parecía contento de tener a Nimbo de vuelta tras su huida con los Dos Patas, Corazón de Fuego preveía problemas si su aprendiz llegaba a ser guerrero y los otros no. Además, a Nimbo no le haría ningún bien recibir un honor que los otros se merecían tanto como él.

Corazón de Fuego reprimió un creciente pánico al comprender que eso significaba que, de momento, ninguno de los aprendices sería guerrero, aunque el clan los necesitaba desesperadamente. Se dio cuenta de que no se podía razonar con la líder en su estado.

—Eh… gracias, Estrella Azul —maulló al cabo, disponiéndose a marcharse—. Creo que podemos esperar un poco. Más entrenamiento no les hará ningún daño.

Y finalmente se fue, dejando a la líder con la misma mirada ausente.



5

Cuando fue en busca de Carbonilla, el sol estaba descendiendo y proyectaba largas sombras a través del claro. Encontró a la curandera en su guarida, revisando sus provisiones de hierbas curativas, y se sentó justo en la boca de la cueva para hablar con ella.

—¿El hijo de Cola Pintada? —maulló la gata cuando él terminó de contarle las sospechas de Fronde Dorado. Entornó los ojos pensativa—. Sí, creo que sé a qué se refiere. Le echaré un vistazo.

—Deberás tener mucho cuidado con Cola Pintada —le advirtió Corazón de Fuego—. Cuando le he sugerido que examinaras a Copito de Nieve, prácticamente me ha arrancado la nariz.

—No me extraña. Ninguna reina quiere pensar que sus cachorros no son perfectos. Yo me encargaré de eso, no te preocupes. Pero no enseguida —añadió mientras disponía su reserva de bayas de enebro en un pulcro montón—. Ya es demasiado tarde para molestarla hoy, y mañana tengo que ir a las Rocas Altas.

—¿Tan pronto? —se sorprendió él. No se había dado cuenta de lo deprisa que habían pasado los días.

—Mañana por la noche es luna nueva. Todos los curanderos estarán allí. El Clan Estelar me entregará todos mis poderes al completo. —Carbonilla vaciló antes de agregar—: Fauces Amarillas debería haber venido conmigo, para presentarme al Clan Estelar como una curandera totalmente instruida. Ahora tendré que pasar por toda la ceremonia sin ella.

Mientras hablaba, su mirada se volvió más distante. Corazón de Fuego sintió que la gata estaba alejándose de él, moviéndose hacia una tierra de sombras y sueños a la que no podía seguirla.

—Tendrás que llevarte a un guerrero contigo —maulló—. La última vez que Estrella Azul intentó ir a las Rocas Altas, el Clan del Viento no le permitió atravesar su territorio.

Carbonilla lo miró con calma.

—Me gustaría ver a la patrulla que se atreva a impedirle el paso a un curandero. El Clan Estelar jamás perdonaría algo así. —Su expresión cambió y sus ojos destellaron con picardía—. Puedes acompañarme hasta los Cuatro Árboles, si te apetece y si puedes pasar un rato sin Tormenta de Arena.

El joven guerrero se sintió incómodo.

—No te entiendo —masculló, pero recordó que se había ido a comer con Tormenta de Arena

mientras Carbonilla estaba contándole su sueño, y la curandera se habría sentido injustamente despreciada—. Tormenta de Arena puede dirigir la patrulla del alba sin mí —añadió—. Yo iré contigo a los Cuatro Árboles.

El día siguiente amaneció húmedo y brumoso. Volutas de niebla se ondulaban entre los árboles cuando Corazón de Fuego y Carbonilla emprendieron la marcha hacia los Cuatro Árboles. Las pegajosas nubes blancas atenuaban el sonido de sus pasos y perlaban sus pelajes de diminutas gotitas. En medio del silencio, el lugarteniente dio un brinco al oír la llamada de alarma de un pájaro. Tenía cierto temor a perderse en aquel bosque de aspecto desconocido y fantasmagórico.

Para cuando cruzaron el arroyo y empezaron a subir la cuesta que llevaba a los Cuatro Árboles, la niebla ya se estaba disipando, y en lo alto de la hondonada los recibió un radiante sol. Los cuatro gigantescos robles se alzaban justo delante de ellos; sus hojas se estaban volviendo de un dorado rojizo con la cercanía de la estación de la caída de la hoja.

Carbonilla soltó un resoplido y se sacudió la humedad del pelo.

—¡Qué bien! Ya estaba empezando a pensar que tendría que encontrar el camino a las Rocas Altas siguiendo mi olfato, y solamente he estado allí una vez, con Fauces Amarillas.

Corazón de Fuego también agradeció el calor del sol. Se estiró con deleite y olfateó el aire para captar olor a presas. En vez de eso, lo rodeó el olor de otros gatos. «¡Gatos del Clan de la Sombra!», pensó, tensando los músculos mientras miraba a uno y otro lado. Se relajó al cabo de un instante al ver al curandero Nariz Inquieta, que subía desde la hondonada procedente del territorio del Clan de la Sombra, acompañado de otro gato. Aquél no era un guerrero hostil. El Clan Estelar inculcaba a los curanderos que estuvieran por encima de la rivalidad entre clanes.

—Parece que, después de todo, no vas a tener que viajar sola —le dijo a Carbonilla.

Esperaron a que los gatos llegaran hasta ellos. Conforme se acercaban, Corazón de Fuego reconoció al acompañante. Se trataba de Cirro, un pequeño atigrado que había estado a punto de morir por la reciente enfermedad. Él y otro guerrero, Cuello Blanco, habían intentado buscar asilo en el Clan del Trueno. Estrella Azul se negó a acogerlos, pero Carbonilla los refugió en secreto y cuidó de ellos hasta que estuvieron en condiciones de regresar a su propio territorio.

Cuello Blanco había muerto poco después de que Estrella de Tigre y sus proscritos atacaran a una patrulla del Clan del Trueno. Un monstruo pasó por encima del guerrero cuando éste huía del combate. Al revivir el impacto de ese momento, Corazón de Fuego se alegró de ver que al menos Cirro parecía sano y fuerte de nuevo.

—¡Hola! —Nariz Inquieta saludó alegremente a los dos gatos del Clan del Trueno—. Qué alegría encontrarte, Carbonilla. Hace un día estupendo para viajar.

Cirro saludó respetuosamente a Corazón de Fuego con la cabeza y entrechocó su nariz con la de Carbonilla.

—Me alegro de verte en forma otra vez —maulló la gata.

—Es todo gracias a ti —contestó Cirro. Y, con una pizca de orgullo, añadió—: Ahora soy el aprendiz de Nariz Inquieta.

—¡Felicidades! —ronroneó la curandera.

—Y eso también se debe a ti —continuó el atigrado—. Cuando estábamos enfermos, tú supiste qué hacer exactamente. Y luego nos diste las hierbas curativas para que las lleváramos al clan… ¡y funcionaron! Quiero hacer más cosas como ésa.

—Tiene talento de verdad —intervino Nariz Inquieta—. Y fue muy valiente al regresar al clan con las hierbas. Sólo lamento que Cuello Blanco no volviera con él.

—¿No volvió? —preguntó Corazón de Fuego, aprovechando la ocasión para averiguar qué sabía el Clan de la Sombra sobre el destino del joven guerrero.

Cirro negó con la cabeza tristemente.

—No quiso regresar conmigo al campamento. Le daba miedo contraer de nuevo la enfermedad, incluso a pesar de que tuviéramos las hierbas curativas. —Cerró los ojos un instante, como si el recuerdo le resultara doloroso—. Al cabo de unos días encontramos su cuerpo al lado del Sendero Atronador.

—Lo siento —maulló Corazón de Fuego.

Se preguntó si debía contarle la verdad sobre la muerte de Cuello Blanco, pero decidió que sería demasiado penoso revelarle que el nuevo líder del Clan de la Sombra era responsable en parte de la muerte de su amigo. Parecía claro que Cuello Blanco se había unido a la banda de proscritos durante un breve tiempo y lo había pagado con la vida.

Carbonilla restregó el hocico contra el costado de Cirro para consolarlo. Tras sentarse sobre la cálida hierba, indicó con la cola al aprendiz de curandero que se sentara a su lado y empezó a hacerle preguntas sobre su entrenamiento.

—¿Las cosas van mejor ahora? —le preguntó Corazón de Fuego a Nariz Inquieta.

Le habría gustado advertirle sobre Estrella de Tigre, pero no había mucho que pudiera decir sin revelar lo que había sucedido en el Clan del Trueno.

—Eso parece —maulló el curandero, igualmente cauteloso—. Por primera vez en muchas lunas, los aprendices están recibiendo un entrenamiento apropiado, y siempre tenemos el estómago lleno.

—Ésas son buenas noticias —repuso Corazón de Fuego, y se obligó a añadir—: ¿Y qué tal con los proscritos?

Nariz Inquieta frunció la frente.

—Su llegada al clan no gustó a todos los gatos —admitió—. A mí, por ejemplo, no me hizo gracia. Pero no han causado ningún problema… y son guerreros fuertes, nadie puede negarlo.

—Entonces, es posible que Estrella de Tigre se convierta en un gran líder, tal como anunció la profecía —maulló el lugarteniente.

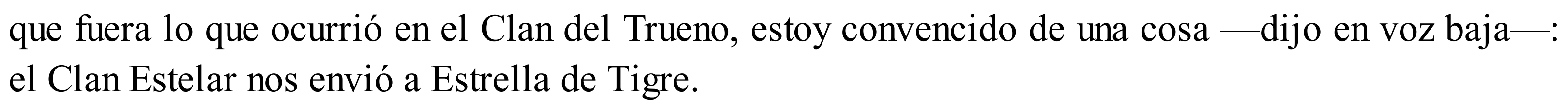
El curandero lo miró sin pestañear.

—Resulta extraño que el Clan del Trueno se desprendiera de un guerrero tan fuerte como él.

Corazón de Fuego respiró hondo. A lo mejor debía aprovechar la ocasión para contarle a Nariz Inquieta la verdad sobre Estrella de Tigre.

—Es una larga historia… —empezó.

—No —lo interrumpió el curandero—. No te estoy pidiendo que reveles los secretos de tu clan. —Se arrimó más al lugarteniente, amasó el suelo con las patas y se acomodó junto a él—. Fuera lo


que fuera lo que ocurrió en el Clan del Trueno, estoy convencido de una cosa —dijo en voz baja—: el Clan Estelar nos envió a Estrella de Tigre.

—¿Te refieres a la profecía?

—En realidad, hay algo más. —Nariz Inquieta le lanzó una mirada de reojo—. Nuestro último líder jamás fue aceptado por el Clan Estelar —confesó—. Cuando Estrella Nocturna se convirtió en líder, el Clan Estelar no le concedió las nueve vidas.

—¿Qué? —Corazón de Fuego se quedó mirándolo con incredulidad. Si Estrella Nocturna sólo tenía una vida, era comprensible que la enfermedad hubiese podido con él tan fácilmente. Entonces, recuperó el habla—: ¿Por qué no obtuvo las nueve vidas?

—El Clan Estelar no me lo explicó. No sé si se debía a que Cola Rota aún estaba vivo y el Clan Estelar seguía reconociéndolo como líder del clan. Para cuando nos enteramos de que Cola Rota había muerto, Estrella Nocturna estaba demasiado débil para viajar hasta la Piedra Lunar y recibir sus nueve vidas. Desde la llegada de Estrella de Tigre, pienso que quizá él haya sido siempre la elección del Clan Estelar para nuestro clan. Estrella Nocturna no era el gato adecuado.

—Y, aun así, ¿el clan lo aceptó como líder?

—El clan nunca supo que no le habían concedido las nueve vidas —admitió Nariz Inquieta—. Estrella Nocturna era un gato noble y leal a su clan. Decidimos mantener en secreto el rechazo del Clan Estelar. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? No había otro guerrero en condiciones de ser líder. Si hubiéramos contado la verdad, el clan habría sido presa del pánico.

Mientras contaba la historia, su voz reveló cierto alivio. Corazón de Fuego supuso que el curandero se alegraba de poder compartir por fin ese secreto.

—Los miembros del clan creyeron que la enfermedad era tan letal que se había llevado todas las vidas de Estrella Nocturna de una sola vez —continuó Nariz Inquieta—. Estaban asustados… muy asustados. Nunca habían tenido más necesidad de un líder fuerte.

«Así que aceptaron a Estrella de Tigre sin cuestionárselo», pensó Corazón de Fuego, añadiendo lo que el curandero había omitido. Pero no había necesidad de que Nariz Inquieta expresara sus dudas hacia su nuevo líder.

—¿Estrella de Tigre ha dicho algo sobre atacar al Clan del Trueno? —preguntó Corazón de Fuego.

El curandero soltó un ronroneo risueño.

—¿De verdad esperas que te responda a eso? Traicionaría a mi clan si te lo contase. Por lo que yo sé, no tienes de qué preocuparte, pero creerme o no es cosa tuya.

Y Corazón de Fuego lo creía. Al menos, creía que Nariz Inquieta no sabía nada sobre los planes de Estrella de Tigre. Sin embargo, si el curandero tenía razón era harina de otro costal.

—¡Corazón de Fuego!

Era la voz de Carbonilla. La gata se había puesto en pie y estaba mirando más allá de la hondonada, hacia los ondulados páramos. Aquél era el territorio del Clan del Viento que los curanderos tendrían que atravesar para llegar hasta las Rocas Altas y la ceremonia.

—¿Nariz Inquieta y tú vais a quedaros todo el día cotilleando como un par de veteranos?

Sus zarpas amasaban el suelo con impaciencia. Cirro estaba a su lado, con la cabeza erguida y

los ojos brillantes de ansiedad.

—De acuerdo —maulló Nariz Inquieta, levantándose para reunirse con ellos—. Tenemos todo el día, ¿sabéis? Las Rocas Altas no van a marcharse a ningún sitio.

Los cuatro gatos bordearon la hondonada hasta alcanzar el inicio del páramo barrido por el viento. Carbonilla se detuvo para entrechocar las narices con Corazón de Fuego.

—Estaré bien —maulló—. Gracias por acompañarme hasta aquí. Estaré de regreso mañana por la noche.

—Ten cuidado —repuso Corazón de Fuego.

Ya había estado allí en otra ocasión para despedirse de Carbonilla: la primera vez que ella fue a enfrentarse a los misterios de la Piedra Lunar. Lo recorrió un escalofrío al pensar en su amiga, internándose en los pasadizos subterráneos hasta la resplandeciente roca cristalina, para su comunión silenciosa con el Clan Estelar. No dijo nada más; se limitó a darle un rápido lametón en la oreja a modo de despedida y luego se quedó observando cómo se alejaba cojeando entre la vegetación del páramo seguida por los dos gatos del Clan de la Sombra.

6

El bosque estaba oscuro. Aquella noche no brillaba la luna, y cuando Corazón de Fuego miró hacia arriba sólo vio un difuso entramado de ramas contra el cielo. Los árboles parecían más altos de lo que recordaba, y lo rodeaban. Zarzas y hiedra se enrollaban en sus zarpas.

—¡Jaspeada! —maulló—. Jaspeada, ¿dónde estás?

No hubo respuesta; sólo el sonido del agua desde algún lugar más adelante. Temía dar un paso más y no encontrar otra cosa que oscuridad bajo las patas cuando el estruendoso torrente lo arrastrara.

En alguna parte de su mente, Corazón de Fuego sabía que estaba soñando. Se había acostado en la guarida de los guerreros con la esperanza de encontrarse con Jaspeada en sueños. Cuando el lugarteniente llegó por primera vez al Clan del Trueno, Jaspeada era la curandera, pero fue asesinada por uno de los sanguinarios seguidores de Cola Rota. Desde entonces la gata visitaba a Corazón de Fuego en sueños, de modo que él podía encontrar en su dulce sabiduría las respuestas a sus problemas.

Pero ahora, aunque buscaba más y más por el oscuro bosque, no lograba dar con ella.

—¡Jaspeada! —chilló de nuevo.

No era la primera vez que la gata era invisible para él. En la última ocasión, Corazón de Fuego sólo pudo oír su voz, y se enfrentó al espantoso miedo de que la curandera estuviera alejándose de él.

—¡Jaspeada, no me abandones! —suplicó.

Un gran peso aterrizó sobre él desde atrás. Corazón de Fuego se retorció sobre el suelo forestal, intentando liberarse. Luego percibió el olor de otro gato, y al abrir los ojos descubrió que estaba debatiéndose sobre su lecho de musgo, mientras Manto Polvoroso lo inmovilizaba por los omóplatos.

—¿Qué diantre te pasa? —gruñó Manto Polvoroso—. ¡No hay quien pegue ojo con esos gritos tuyos!

—Déjalo en paz. —Tormenta de Arena levantó la cabeza desde su lecho, parpadeando para espabilarse—. Sólo estaba soñando. No es culpa suya.

—Porque tú lo digas —resopló Manto Polvoroso.

Les dio la espalda y salió de la guarida.

Corazón de Fuego se incorporó y empezó a quitarse trocitos de musgo del pelo. Entre las chamuscadas ramas que los cubrían vio que el sol ya estaba alto. Tormenta Blanca debía de haber salido con la patrulla del alba; no había más guerreros durmiendo en la guarida.

La oscuridad de su sueño iba desvaneciéndose, pero no lograba olvidarlo. ¿Por qué el bosque parecía tan negro y aterrador? ¿Por qué Jaspeada no había acudido en su ayuda? ¿Por qué no había captado siquiera su olor o su voz?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Tormenta de Arena, con preocupación en sus ojos verdes.

Corazón de Fuego se sacudió.

—Estoy bien —maulló—. Vámonos a cazar.

Hacía un día radiante, aunque el frío de la estación de la caída de la hoja ya se notaba. A Corazón de Fuego lo alivió ver que la hierba y los helechos iban creciendo más espesos conforme el bosque se recuperaba. ¡Ojalá durara el buen tiempo! Así, el crecimiento proseguiría y las presas regresarían.

Encabezó la marcha hacia lo alto del barranco y a través del bosque, en dirección al pinar. Desde el incendio, casi todos los gatos habían evitado la franja de territorio más cercana al Cortatroncos, donde la destrucción era mayor. El fuego había comenzado allí, y zonas enteras de bosque habían quedado reducidas a poco más que ceniza gris salpicada de tocones de árboles. Se preguntó si ya habría posibilidades de encontrar presas por allí, pero cuando se acercaron al lindero del pinar supuso que iba a llevarse una decepción.

Los pinos, convertidos en estrechos troncos carbonizados, seguían formando un revoltijo, con árboles caídos y enganchados a otros que seguían en pie. Las pocas ramas que quedaban se mecían a duras penas en la brisa. El suelo estaba negro y no se oía el trino de ningún pájaro.

—Es inútil buscar aquí —maulló Tormenta de Arena—. Vamos a…

Se interrumpió al ver aparecer otro felino entre los árboles, una pequeña figura blanca y atigrada que avanzaba nerviosamente sobre los restos del incendio. Con un respingo de asombro, Corazón de Fuego reconoció a su hermana Princesa.

Ella lo vio en el mismo momento y corrió hacia él gritando:

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego!

—¿Quién es ésa? —bufó Tormenta de Arena—. Espantará a todas las presas desde aquí hasta los Cuatro Árboles.

Antes de que él pudiera contestar, su hermana llegó. La gata ronroneaba como si no fuera a parar jamás, mientras le restregaba la cara con la suya y se la cubría de lametones.

—¡Corazón de Fuego, estás vivo! —maulló—. ¡Me asusté muchísimo cuando vi el incendio! Pensaba que Nimbo y tú estabais muertos.

—Bueno, yo estoy bien —contestó él, un poco azorado, dando un rápido lametazo a Princesa y retrocediendo, consciente de la mirada inquisitiva de Tormenta de Arena—. Y Nimbo también.

Miró de soslayo a Tormenta de Arena y vio su expresión de desagrado; tenía el pelo erizado.

—Ésta es una minina casera —gruñó la guerrera canela—. Huele a mascota de la cabeza a la cola.

Princesa la miró asustada y se pegó más a Corazón de Fuego.

—¿Es… es amiga tuya, hermano? —musitó.

—Sí, es Tormenta de Arena. Tormenta de Arena, ésta es mi hermana Princesa, la madre de Nimbo.

La guerrera se separó un paso.

—¿La madre de Nimbo? —repitió—. Entonces, ¿seguís viéndola? —Lanzó una mirada a Corazón de Fuego, preguntándose cuánto le habría contado él a Princesa sobre la escapada de Nimbo con los Dos Patas.

—A Nimbo le va todo de maravilla —maulló el lugarteniente—. ¿Verdad que sí? —Clavó sus ojos en los de Tormenta de Arena, rogando que la guerrera no soltara ninguna indiscreción sobre el desobediente aprendiz.

—Caza muy bien —admitió ella—. Y tiene potencial para convertirse en un buen guerrero.

Princesa no advirtió cuántas cosas se estaba callando la otra gata. Sus ojos centellearon de orgullo y dijo:

—Sé que será un gran guerrero, con Corazón de Fuego como mentor.

—Pero no me has dicho qué estás haciendo aquí —maulló él, impaciente por cambiar de tema—. Estás muy lejos de tu hogar Dos Patas.

—Estaba buscándote. Tenía que saber qué os había pasado a Nimbo y a ti. Vi las llamas desde mi jardín, y como después no vinisteis a verme, pensé que…

—Lo lamento —maulló él—. Habría ido, pero he estado muy ocupado desde el incendio. Tenemos que reconstruir todo el campamento, y en el bosque no quedan muchas presas. Y yo tengo más obligaciones desde que me nombraron lugarteniente.

—¿Ahora eres lugarteniente? ¿De todo el clan? ¡Corazón de Fuego, eso es fantástico!

Él se sintió arder de vergüenza bajo la mirada de su hermana.

Tormenta de Arena se aclaró la garganta.

—Hay presas que cazar, Corazón de Fuego…

—Tienes razón. Princesa, eres muy valiente al haber llegado tan lejos, pero ahora será mejor que vuelvas a tu casa. El bosque puede ser peligroso si no estás acostumbrada a él.

—Sí, lo sé, pero…

La interrumpió el rugido de un monstruo de Dos Patas. En ese instante, Corazón de Fuego notó en la nariz el impacto de su áspera pestilencia. El rugido se volvió más intenso, y al cabo de un momento el monstruo irrumpió entre los árboles, traqueteando por la vereda llena de surcos.

Instintivamente, los dos gatos guerreros se agazaparon bajo un tronco carbonizado, a la espera de que el monstruo pasara de largo. Princesa se limitó a observarlo con curiosidad.

—¡Agáchate! —le bufó Tormenta de Arena.

Princesa pareció desconcertada, pero se pegó al suelo junto a su hermano, obediente.

En vez de seguir adelante, el monstruo se detuvo. El rugido se cortó de golpe. Una parte del monstruo se desplegó, y de sus entrañas saltaron tres Dos Patas.

Corazón de Fuego intercambió una mirada con Tormenta de Arena, y se agachó más. Quizá Princesa se sintiera cómoda con los Dos Patas y su monstruo, pero éstos estaban demasiado cerca para su gusto, y la vegetación era demasiado escasa como para proporcionarles un refugio decente.

El impulso de Corazón de Fuego era echar a correr, pero la curiosidad lo mantuvo clavado al suelo.

Los Dos Patas llevaban pelajes idénticos color azul oscuro. No iban acompañados de cachorros Dos Patas ni perros, al contrario que la mayoría de los que aparecían por el bosque. Se separaron entre los árboles quemados, gritando y avanzando pesadamente; sus patas levantaban polvo y ceniza. Tormenta de Arena bajó la cabeza y reprimió un estornudo cuando uno de ellos pasó a un zorro de distancia.

—¿Qué están haciendo? —murmuró el lugarteniente.

—Ahuyentar las presas —siseó Tormenta de Arena, escupiendo polvo—. Pero ¿a quién le importa lo que hagan los Dos Patas? Están todos locos.

—No lo sé…

Corazón de Fuego sospechaba que aquellos Dos Patas tenían un objetivo, aunque él no supiera cuál. La manera en que señalaban con las zarpas y se gritaban unos a otros parecía indicar que estaban moviéndose con un propósito concreto.

Otro Dos Patas pasó cerca pisando con fuerza. Había tomado una rama y la usaba para hurgar en huecos y debajo de matas carbonizadas. Casi daba la impresión de que estaba buscando presas, excepto porque con el ruido que estaba haciendo habría espantado hasta al conejo más sordo.

—¿Tú sabes de qué va todo esto? —le preguntó Corazón de Fuego a Princesa.

—No estoy segura —respondió su hermana—. Comprendo un poco su habla Dos Patas, pero no dicen palabras de las que usan mis amos. Creo que están llamando a alguien, pero no sé a quién.

Mientras Corazón de Fuego lo observaba, el Dos Patas tiró la rama. Había frustración en ese movimiento. Gritó de nuevo, y los otros Dos Patas aparecieron entre los árboles. Los tres regresaron de nuevo al monstruo y se metieron en su interior. El rugido volvió a sonar y el monstruo se puso en marcha con una sacudida y desapareció entre los pinos.

—¡Bien! —Tormenta de Arena se incorporó de un salto y empezó a lamerse meticulosamente el pelo manchado de ceniza—. ¡Gracias al Clan Estelar que se han ido!

Corazón de Fuego se levantó, con la vista fija en el punto por el que había desaparecido el monstruo. El sonido se había apagado, y el olor acre se estaba dispersando.

—No me gusta —maulló.

—¡Oh, vamos, Corazón de Fuego! —Tormenta de Arena se le acercó y le dio un empujoncito—. ¿Por qué te preocupas por los Dos Patas? Son raros, eso es todo.

—No. Creo que saben lo que están haciendo, aunque a nosotros nos parezca raro. Normalmente vienen al bosque con sus cachorros o sus perros… pero éstos no. Si Princesa tiene razón y estaban buscando algo, no lo han encontrado. Me gustaría saber qué es. —Hizo una pausa antes de añadir—: Además, habitualmente no vemos Dos Patas por esta parte del bosque. Para mi gusto, están demasiado cerca del campamento.

La expresión de impaciencia de Tormenta de Arena se suavizó. La gata le restregó el hocico contra el omóplato para tranquilizarlo.

—Puedes decirles a las patrullas que estén ojo avizor —le recordó.

—Sí. —Corazón de Fuego asintió pensativo—. Eso haré.

Mientras se despedía de Princesa, intentó dejar a un lado su creciente nerviosismo. En el bosque

estaba sucediendo algo que no comprendía, y temía que pudiera suponer un peligro para su clan.

Tras dejar los lindes del pinar, se encaminaron hacia el río y las Rocas Soleadas. No había ni rastro de presas entre los chamuscados árboles; ésa era la consecuencia del ruido que habían hecho los Dos Patas.

—Seguiremos la frontera con el Clan del Río hasta los Cuatro Árboles —decidió Corazón de Fuego—. Puede que allí haya algo que cazar.

Pero, cuando tuvieron las Rocas Soleadas a la vista, Corazón de Fuego se detuvo al oír que lo llamaba una voz familiar. Levantó la cabeza y vio a Látigo Gris en lo alto de la roca más cercana. El guerrero gris bajó de un salto para reunirse con él.

—¡Corazón de Fuego! Tenía la esperanza de encontrarte.

—Pues menos mal que no te ha encontrado a ti una patrulla —gruñó Tormenta de Arena—. Para ser un guerrero del Clan del Río, te sientes muy cómodo en nuestro territorio.

—¡Anda ya, Tormenta de Arena! —maulló él, dándole un empujoncito juguetón—. Soy yo, tu amigo Látigo Gris, ¿recuerdas?

—Demasiado bien —replicó la guerrera, que se sentó, se lamió una pata y empezó a limpiarse la cara.

—¿Qué problema hay? —preguntó Corazón de Fuego, temiendo que su viejo amigo se hubiera aventurado en el territorio del Clan del Trueno sin una buena razón.

—No es exactamente un problema —contestó el guerrero gris—. Por lo menos, espero que no lo sea. Sólo se trata de algo que pensaba que deberías saber.

—Pues suéltalo de una vez —maulló Tormenta de Arena.

Látigo Gris sacudió la cola.

—Estrella Doblada tuvo una visita ayer —le dijo a Corazón de Fuego, entornando sus ojos ámbar —. Era Estrella de Tigre.

—¿Q… qué? ¿Y qué quería?

Látigo Gris negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero Estrella Doblada está muy débil. Todo el clan sabe que está viviendo su última vida. Estrella de Tigre pasó muy poco tiempo con él, pero mantuvo una larga conversación con Leopardina.

La mención de la lugarteniente del Clan del Río incrementó los temores de Corazón de Fuego. ¿Qué tendrían que decirse la gata y Estrella de Tigre? Le pasaron por la mente visiones de alianza entre el Clan de la Sombra y el del Río, con el del Trueno atrapado en medio. Luego se dijo que estaba exagerando. No tenía ninguna razón para creer que los dos gatos estaban planeando algo.

—No es una novedad que los líderes se visiten entre sí —señaló—. Si Estrella Doblada se está muriendo, quizá Estrella de Tigre quiera presentarle sus respetos por última vez.

—Sí, es posible —resopló Látigo Gris—. Pero entonces, ¿por qué estuvo tanto tiempo con Leopardina? Intenté acercarme para escucharlos, y oí que Estrella de Tigre comentaba algo sobre volver a nuestro campamento en otra ocasión.

—¿Eso es todo lo que dijo?

—Es todo lo que yo oí. —Látigo Gris bajó la cabeza, apurado—. Leopardina me vio y dijo que no le buscara las cosquillas.

—A lo mejor Estrella de Tigre sólo pretendía conocerla —aventuró Corazón de Fuego—. Al fin y al cabo, pronto será la líder del clan, cuando muera Estrella Doblada.

Se volvió al oír que otro gato lo llamaba y vio a Vaharina, que estaba saliendo del río.

—¡Oh, loado sea el gran Clan Estelar! —exclamó Tormenta de Arena—. ¿Es que vamos a tener aquí a todo el Clan del Río?

—¡Corazón de Fuego! —lo llamó Vaharina resollando, y luego se dio una buena sacudida. Tormenta de Arena retrocedió malhumorada cuando unas gotas de agua le salpicaron las patas—. Corazón de Fuego, ¿has visto a Tabora por alguna parte?

—¿Tabora? —repitió el joven, recordando a la irascible veterana a la que Vaharina creía su madre. Él todavía sentía gratitud hacia la vieja gata del Clan del Río, por haberle contado la verdad sobre los dos cachorros del Clan del Trueno que ella había criado como si fueran suyos, pero hacía mucho tiempo que no la veía—. ¿Qué iba a andar haciendo Tabora por aquí?

—No lo sé. —Vaharina ascendió la ribera con la cara crispada de ansiedad—. No logro encontrarla en el campamento. Últimamente está muy débil y confundida, y me da miedo que se haya perdido y no sepa qué está haciendo.

—No estará aquí —intervino Látigo Gris—. No es lo bastante fuerte para cruzar el río a nado.

—Entonces, ¿adónde ha ido? —La voz de Vaharina se convirtió en un lamento—. He buscado en todos los lugares que se me han ocurrido cerca del campamento, y no está en ninguno. Además, ahora el río tiene poco caudal y no es difícil de vadear.

Corazón de Fuego pensó a toda prisa. Si Tabora había logrado cruzar el río hasta el territorio del Clan del Trueno, habría que localizarla lo antes posible. Los miembros de su clan ya tenían suficiente miedo a una invasión. No quería ni imaginarse qué sucedería si el primero en encontrar a Tabora era un gato agresivo como Cebrado.

—De acuerdo —maulló—. Yo seguiré la frontera hasta los Cuatro Árboles para ver si ha ido por ahí. Tormenta de Arena, tú regresa al campamento. Cuenta a los demás lo que ha ocurrido, y adviérteles que no ataquen a Tabora si la ven.

La gata puso los ojos en blanco.

—Está bien —maulló incorporándose—. Pero cazaré en el camino de vuelta. Ya es hora de que alguien lleve algo de carne fresca al clan. —Y, con la cola bien erguida, se encaminó hacia los árboles.

Agradecida, Vaharina inclinó la cabeza ante Corazón de Fuego.

—Gracias —maulló—. No olvidaré esto. Y una cosa… si necesitas internarte en el territorio del Clan del Río para llevar a Tabora a casa, dile a cualquiera que te encuentres que yo te he dado permiso.

El lugarteniente se lo agradeció. No quería imaginarse qué sucedería si una patrulla del Clan del Río con Leopardina a la cabeza lo pillaba al otro lado de la frontera.

—Vamos, Vaharina —maulló Látigo Gris para animarla—. Yo regresaré contigo. Registraremos

el campamento de nuevo.

—Gracias, Látigo Gris.

Vaharina apretó el hocico contra el pelaje del guerrero gris, y ambos gatos bajaron juntos hasta la orilla.

Látigo Gris miró atrás para despedirse con un gañido y acto seguido se lanzó al agua detrás de Vaharina. Corazón de Fuego se quedó mirando cómo llegaban a la ribera opuesta antes de dirigirse hacia los Cuatro Árboles.

Siguió la frontera, renovando las marcas olorosas sobre la marcha, hasta que no estuvo lejos de los Cuatro Árboles. Le costaba creer que la frágil veterana hubiese logrado llegar hasta allí. Pero entonces, al mirar hacia una pendiente rocosa que descendía hasta el río, captó una escuálida figura gris: avanzaba muy despacio por el puente Dos Patas que cruzaba el río, cojeando, en la ruta que seguían los gatos del Clan del Río hacia los Cuatro Árboles.

¡Era Tabora!

El lugarteniente abrió la boca para llamarla, pero volvió a cerrarla sin emitir ningún sonido. La vieja gata había atravesado el puente y seguía adelante por el mismo borde del río. Si oía que la llamaba un desconocido, pensó Corazón de Fuego, podía asustarse y caer al agua. Así que decidió descender la pendiente, arrastrándose con cuidado entre las piedras para que no lo viera.

Al cabo de unos momentos, Tabora se separó del río e intentó subir la escarpada ladera que llevaba a los Cuatro Árboles. Sus zarpas se agarraban débilmente a los guijarros, y Corazón de Fuego se preguntó qué se proponía. ¿Se imaginaría que era luna llena e iba de camino a una Asamblea?

Se incorporó y abrió la boca de nuevo para llamarla, pero volvió a morderse la lengua y corrió a ocultarse tras la roca más cercana. Había aparecido otro gato, con pasos muy seguros, procedente de los Cuatro Árboles. Su enorme y musculoso cuerpo, junto con su oscuro pelaje atigrado, resultaban inconfundibles.

¡Estrella de Tigre!



7

Corazón de Fuego se asomó por detrás de la roca. Estrella de Tigre había reparado en Tabora y se dirigía hacia ella. Al verlo acercarse, la veterana gata retrocedió de un salto por la sorpresa y cayó, pero consiguió ponerse en pie de nuevo y se encaró al gran gato. El nuevo líder del Clan de la Sombra le dijo algo, pero Corazón de Fuego estaba demasiado lejos para oírlo.

Pegando la barriga al suelo, se arrastró hacia ellos, empleando todas sus técnicas de caza para que no lo detectaran. Afortunadamente tenía el viento de cara, de modo que era improbable que Estrella de Tigre captara su olor. No quería vérselas con él a menos que fuera inevitable. Con un poco de suerte, Estrella de Tigre iría de camino a visitar a Leopardina y ayudaría a Tabora a regresar al campamento del Clan del Río.

Con sigilo y aplastado contra la hierba, se aproximó más hasta refugiarse tras otra roca muy cerca de los dos gatos. Según Látigo Gris, Estrella de Tigre había visitado el Clan del Río el día anterior. ¿Por qué necesitaría volver tan pronto?

—No finjas que no me conoces —dijo la temblorosa voz de Tabora, que Corazón de Fuego conocía bien—. Sé de sobra quién eres. Eres Corazón de Roble.

El joven lugarteniente se quedó helado. Corazón de Roble era el padre de Vaharina y Pedrizo, el gato que había llevado los cachorros al Clan del Río cuando Estrella Azul renunció a ellos. Había muerto en una batalla justo antes de que Corazón de Fuego se uniera al Clan del Trueno, pero se parecía un poco a Estrella de Tigre: era un macho enorme de pelo oscuro.

Con infinita precaución, levantó la cabeza para mirar por encima de la roca que le servía de escondrijo. Tabora estaba sentada en una pequeña extensión de hierba, justo por encima de un afloramiento rocoso. Miraba a Estrella de Tigre, que se erguía sobre ella a apenas un par de colas de distancia.

—Hacía lunas que no te veía —continuó la veterana—. ¿Dónde te escondías?

Estrella de Tigre se quedó mirándola con los ojos entornados. Corazón de Fuego esperaba que le dijese que se trataba de una confusión, pero se le heló la sangre cuando el atigrado se limitó a contestar:

—Bueno… aquí y allá.

«Por el Clan Estelar, ¿a qué está jugando?», se preguntó el lugarteniente.

—Por lo menos podrías haber venido a verme —se quejó Tabora—. ¿No quieres saber cómo les va a los cachorros?

El enorme gato irguió las orejas y sus ojos ámbar brillaron con interés.

—¿Qué cachorros?

—¡Qué cachorros, dice! —Tabora se echó a reír—. ¡Como si no lo supieras! Los dos cachorros del Clan del Trueno que me pediste que cuidara.

Corazón de Fuego se quedó de piedra. ¡Tabora acababa de revelar el secreto mejor guardado de Estrella Azul!

Estrella de Tigre se tensó y observó a la veterana con mayor atención; todos los músculos de su cuerpo reflejaban su interés. Adelantó la cabeza y dijo algo tan bajito que Corazón de Fuego no logró captarlo.

—Hace muchas estaciones —contestó Tabora con voz confundida—. No me digas que lo habías olvidado. Tú… No, Corazón de Roble no necesitaría hacerme esa pregunta. —Tambaleándose, retrocedió unos pasos para examinar mejor a Estrella de Tigre—. ¡Tú no eres Corazón de Roble! —exclamó.

—Eso no importa —maulló el gato tranquilizadoramente—. Todavía puedes contármelo. ¿Qué cachorros del Clan del Trueno? ¿Quién era su verdadera madre?

Corazón de Fuego estaba lo bastante cerca para ver la expresión desconcertada de Tabora. La veterana ladeó la cabeza, mirando confundida al líder del Clan de la Sombra.

—Eran unos cachorros hermosos —respondió vagamente—. Y ahora son unos buenos guerreros.

Se interrumpió cuando Estrella de Tigre pegó el hocico a su cara.

—Dime quiénes eran esos cachorros, montón de carroña —exigió el atigrado, perdiendo la paciencia.

Corazón de Fuego vio con espanto cómo Tabora daba un paso atrás, aturullada. Las patas le fallaron y resbaló. Cayó rodando por la escarpada pendiente y aterrizó duramente contra una de las rocas que asomaban entre la vegetación. Se quedó quieta y no volvió a moverse.

Corazón de Fuego se sintió abatido y furioso. Mientras Estrella de Tigre se acercaba a olfatear el cuerpo inmóvil de Tabora, el lugarteniente se puso en pie y echó a correr por la ladera. Pero, antes de que alcanzase al líder del Clan de la Sombra, éste dio media vuelta, sin ver a su antiguo enemigo, y se alejó en dirección a los Cuatro Árboles, su propio territorio.

Corazón de Fuego llegó hasta Tabora y se quedó mirándola. De la pequeña cabeza gris brotaba un hilo de sangre. Sus ojos miraban ciegamente hacia el cielo. La gata estaba muerta.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza.

—Adiós, Tabora —maulló bajito—. El Clan Estelar te honrará.

Permaneció en un doloroso silencio, deseando haber conocido mejor a Tabora. Su lengua afilada y su noble corazón le recordaban a Fauces Amarillas, y jamás dejaría de agradecerle que hubiera compartido su mayor secreto con él, que procedía de otro clan.

Sus tristes pensamientos se vieron interrumpidos por las voces de dos gatos. Al alzar la mirada, vio que Vaharina y Látigo Gris corrían hacia él desde el río. La joven guerrera soltó un aullido de desesperación al descubrir el cadáver de la veterana, y se lanzó sobre ella para restregar la nariz

contra su costado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Látigo Gris.

Corazón de Fuego decidió guardar silencio sobre Estrella de Tigre. Cualquier mención al líder del Clan de la Sombra podría poner en peligro la verdad sobre los hijos de Estrella Azul, y él sabía que Tabora no querría que saliera a la luz, ni siquiera dentro de su propio clan. Miró el inerte cuerpo gris y pidió perdón al Clan Estelar por la media mentira que iba a contar.

—He visto a Tabora subiendo la pendiente —contestó—. Ha resbalado y no he conseguido alcanzarla a tiempo. Lo lamento.

—No es culpa tuya. —Vaharina lo miró con tristeza—. Llevo un tiempo temiendo que pudiera ocurrir algo así.

Volvió a inclinar la cabeza hacia el cuerpo de la veterana. Corazón de Fuego sintió una gran compasión dentro del pecho. Tabora había aceptado a Vaharina y Pedrizo cuando Estrella Azul, su auténtica madre, renunció a ellos. Sin Tabora, los dos hermanos habrían muerto. Ella los había amamantado y criado hasta que estuvieron listos para convertirse en aprendices. Era la única madre que habían conocido, y ningún otro gato podría haber hecho más por ellos.

—Vamos, Vaharina. —Látigo Gris le dio un suave empujoncito—. Tenemos que llevarla de vuelta al campamento.

—Yo os ayudaré —se ofreció el lugarteniente.

Vaharina se incorporó.

—No —maulló—. Tú ya has hecho bastante, Corazón de Fuego. Gracias, pero esto es algo que debe hacer el clan de Tabora.

Y con gran cuidado agarró a la veterana por el pescuezo. Látigo Gris la agarró por otro lado, y juntos la bajaron por la cuesta hacia el puente de Dos Patas. El cadáver desmadejado de Tabora se tambaleaba entre ambos, con la cola arrastrándose por el suelo.

Cuando alcanzaron el otro lado del río, Corazón de Fuego se volvió hacia su territorio. Su mente daba vueltas sin parar. ¡Estrella de Tigre había descubierto que dos guerreros del Clan del Río procedían del Clan del Trueno! No tenía ni idea de qué haría el atigrado con esa información, pero sí sabía, tan claro como que el sol saldría por la mañana, que la utilizaría, y tuvo la espantosa sensación de que las consecuencias podrían ser desastrosas para Estrella Azul y todo el clan.

En el camino de vuelta a casa se detuvo a cazar y llegó a lo alto del barranco con un conejo en la boca. Al mirar hacia la entrada del campamento, vio que Flor Dorada había sacado a sus cachorros al pie del barranco. Los dos pequeños estaban persiguiéndose entre las rocas, y fingieron atacar a Centellina, que agitó la cola y se puso fuera de su alcance. Cuando el lugarteniente bajó y dejó el conejo un momento para echar una ojeada, Pequeño Zarzo se le acercó saltando y depositó un ratón ante él.

—¡Mira, Corazón de Fuego! —exclamó triunfalmente—. ¡Lo he cazado yo solo!

—Su primera presa —explicó Flor Dorada, lanzando una mirada afectuosa a su hijo.

Los ojos ámbar del cachorro centelleaban de emoción.

—Mamá dice que seré tan buen cazador como mi padre.

Corazón de Fuego sintió un desagradable vuelco en el estómago. Entornó los ojos y miró a Flor Dorada. La reina mantuvo la vista clavada en su cachorro, pero por el movimiento de su cola el lugarteniente supo que ella sabía que estaba mirándola.

—¿Corazón de Fuego? —Pequeño Zarzo parecía confundido—. ¿Puedo dar mi ratón a los veteranos?

El lugarteniente se sacudió, enfadado consigo mismo. El cachorro lo había hecho muy bien al cazar un ratón y se merecía algún elogio. Aun así, no podía evitar recordar a Estrella de Tigre inclinado sobre el cuerpo inmóvil de Tabora, y tuvo que hacer un esfuerzo para no desahogar su furia con el inocente Pequeño Zarzo.

—Sí, por supuesto —maulló—. Y muy bien por cazarlo. Mira si a Tuerta le apetece. Quizá crea que vale por una historia.

A Pequeño Zarzo se le iluminaron los ojos.

—¡Buena idea! —chilló.

Recogió el ratón y salió disparado hacia la entrada del campamento. Su hermana corrió tras él.

Flor Dorada estaba mirando ferozmente a Corazón de Fuego, y él supo que la gata había notado lo forzada que había sido su alabanza.

—Ya te lo dije —maulló la reina con frialdad—: no pienso contarles a mis hijos nada malo sobre su padre. Somos leales al clan… todos nosotros.

Dio media vuelta, pasándole la cola por la cara, y regresó al campamento.

El lugarteniente recogió su conejo y la siguió con intención de llevarle la presa a Carbonilla y, de paso, aprovechar para hablar con ella sobre Pequeño Zarzo. Quizá la curandera tuviera alguna idea sobre cómo tratar al cachorro. La gata gris había regresado al campamento a altas horas de la noche, tras la reunión de curanderos en las Rocas Altas; Corazón de Fuego sabía que estaba exhausta, pero le había parecido que el resplandor de la Piedra Lunar seguía reluciendo en sus ojos.

Cuando llegó al claro del campamento a través del túnel de aulagas, que ya estaba rebrotando, vio a Carbonilla sentada con Cola Pintada delante de la maternidad. La curandera estaba observando a Copito de Nieve, que toqueteaba algo del suelo a unas pocas colas de su madre. «Bien —pensó—. Ahora sabremos si a Copito de Nieve le ocurre algo». Se acercó a las dos gatas y dejó el conejo al lado de Carbonilla.

—Esto es para ti —maulló—. ¿Cómo te sientes después de tu viaje?

La curandera se volvió hacia él. Sus ojos azules reflejaban tranquilidad.

—Me encuentro bien —ronroneó—. Gracias por el conejo. Cola Pintada y yo estábamos charlando sobre Copito de Nieve.

—No hay nada de qué charlar —masculló la reina, encorvando los omóplatos.

Sonó malhumorada, pero en Carbonilla había una nueva aura de autoridad, y Corazón de Fuego supuso que la gata mayor no se había atrevido a negarse en redondo a hablar con ella.

Carbonilla inclinó la cabeza.

—Sólo tienes que llamarlo, ¿quieres? —le pidió.

Cola Pintada soltó un resoplido y obedeció:

—¡Copito de Nieve! ¡Copito de Nieve, ven aquí!

Agitó la cola mientras lo llamaba. El cachorro se levantó, abandonando la bola de musgo con la que estaba jugando, y fue hasta su madre. Ella le dio un lametón en la oreja.

—Bien —maulló Carbonilla—. Ahora, Corazón de Fuego, ve hasta allí y llámalo tú, por favor. —Señaló un punto a unos zorros de distancia. En un susurro, añadió—: No te muevas. Emplea solamente la voz.

Desconcertado, el lugarteniente lo hizo. Pero en esta ocasión, y aunque estaba mirando en su dirección, Copito de Nieve no se movió. No hubo ninguna reacción por su parte, ni siquiera cuando Corazón de Fuego lo llamó repetidas veces.

Algunos gatos que iban de camino al montón de carne fresca se acercaron a ver qué estaba sucediendo. Estrella Azul, seguramente atraída por las voces, salió de su cueva y se sentó a mirar al pie de la Peña Alta. Cola Moteada, que se encaminaba a la guarida de los veteranos, se detuvo junto a Cola Pintada y le dijo algo. La reina le soltó una réplica irritada, pero el lugarteniente estaba demasiado lejos para oír qué se habían dicho. La veterana hizo caso omiso del mal humor de Cola Pintada y se sentó al lado de Carbonilla para observar bien la escena.

Corazón de Fuego siguió llamando al cachorro hasta que su madre le dio un empujón, señalando al lugarteniente, y entonces el joven corrió hacia él.

—Bien hecho —maulló Corazón de Fuego. Y repitió la alabanza cuando vio que el gatito se quedaba mirándolo inexpresivamente.

Tras una pausa, el cachorro maulló:

—Está bien. —Pero sus palabras sonaron tan desentonadas que al lugarteniente le costó entenderlas.

Acompañó a Copito de Nieve de nuevo hasta su madre y Carbonilla. A esas alturas, sospechaba cuál era el problema, y no se sorprendió cuando la curandera se volvió hacia Cola Pintada y le dijo:

—Lo siento mucho, Cola Pintada… Copito de Nieve es sordo.

La reina arañó el suelo con las zarpas. Su expresión era una mezcla de congoja y rabia.

—¡Ya sé que es sordo! —espetó por fin—. Soy su madre. ¿Crees que yo no lo sabría?

—A menudo, los gatos blancos con ojos azules son sordos —informó Cola Moteada a Corazón de Fuego—. Recuerdo uno de mi primera camada… —Suspiró.

—¿Qué le sucedió? —preguntó el lugarteniente, aliviado porque Nimbo, que también era blanco con ojos azules, tuviese buen oído.

—Nadie lo sabe —contestó la veterana con tristeza—. Desapareció cuando tenía tres lunas. Pensamos que se lo habría llevado un zorro.

Cola Pintada atrajo a Copito de Nieve hacia sí, fieramente protectora.

—¡Bueno, pues ningún zorro se llevará a mi hijo! —exclamó—. Yo puedo cuidar de él.

—Estoy segura de que puedes —maulló Estrella Azul, acercándose al grupo—. Pero me temo que nunca será guerrero.

Corazón de Fuego advirtió que la líder tenía uno de sus días buenos. Su voz sonaba compasiva pero resuelta, y sus ojos tenían una mirada clara.

—¿Por qué no puede ser guerrero? —quiso saber Cola Pintada—. No le pasa nada malo. Es un

cachorro bueno y fuerte. Hace las cosas como es debido si le indicas qué tiene que hacer.

—Eso no es suficiente —replicó Estrella Azul—. Ningún mentor podría enseñarle a pelear ni a cazar guiándose por las señales. No oiría las órdenes en una batalla, ¿y cómo atraparía presas si no puede oír ni captar el sonido de sus propios pasos?

Cola Pintada se levantó de un brinco con el pelo erizado. Por un momento, Corazón de Fuego pensó que saltaría sobre Estrella Azul, pero dio media vuelta, obligó a Copito de Nieve a ponerse en pie y desapareció con él en la maternidad.

—Se lo está tomando muy mal —maulló Cola Moteada.

—¿Y cómo esperas que se lo tome? —repuso Carbonilla—. Está haciéndose mayor. Éste tal vez sea su último cachorro, y ahora descubre que ni siquiera podrá ser guerrero.

—Carbonilla, debes hablar con ella —ordenó la líder—. Debes entender que las necesidades del clan son lo primero.

—Sí, por supuesto, Estrella Azul —respondió la curandera con un gesto respetuoso—. Pero creo que es mejor que antes pase un tiempo a solas con Copito de Nieve, para que vaya acostumbrándose a que el resto del clan sabe lo de su sordera.

Estrella Azul accedió con un gruñido y regresó a su guarida. El lugarteniente no pudo evitar sentirse decepcionado. No mucho tiempo atrás, la líder habría hablado personalmente con Cola Pintada, y quizá habría considerado algunas posibilidades para el futuro de Copito de Nieve en el clan. «¿Qué ha sido de su compasión y comprensión?», se preguntó. Se le erizó el pelo al reparar en que a su líder parecían no importarle el cachorro sordo ni su madre.

8

El sol se elevaba por encima de los árboles mientras Corazón de Fuego y su patrulla se aproximaban a las Rocas de las Serpientes, en el extremo opuesto del territorio cercano al río. El incendio no había llegado hasta allí; la vegetación seguía siendo frondosa y verde, aunque las hojas habían empezado a caer.

—Espera —le dijo Corazón de Fuego a Espino cuando éste salió disparado hacia las rocas—. No olvides que por aquí hay víboras.

El aprendiz frenó en seco.

—Lo siento, Corazón de Fuego.

Desde que Estrella Azul se había negado a nombrarlos guerreros, el lugarteniente había tomado la decisión de dedicar tiempo a todos los aprendices por turnos, y de incluir al menos uno en cada patrulla, para demostrarles que el clan los valoraba. El ceño de Zarpa Rauda sugería que le disgustaba el retraso, pero a Espino no parecía importarle la espera para obtener el estatus de guerrero.

Musaraña, la mentora de Espino, se acercó al joven.

—Dime qué hueles.

El aprendiz se colocó con la cabeza erguida y la boca abierta, paladeando el aire.

—¡Ratón! —exclamó, y se pasó la lengua por la boca.

—Sí, pero ahora no estamos cazando —le recordó Musaraña—. ¿Qué más?

—El Sendero Atronador… hacia allá. —Espino señaló con la cola—. Y a perro.

Corazón de Fuego, que estaba bebiendo agua de un hueco del suelo, irguió las orejas. Al olfatear el aire, se dio cuenta de que Espino tenía razón. Había un fuerte olor a perro, y era reciente.

—Qué extraño —comentó—. A menos que los Dos Patas se hayan levantado muy temprano, el olor debería ser rancio. De anoche, como mínimo.

Recordó que Tormenta Blanca había encontrado vegetación aplastada y plumas de tórtola cerca de las Rocas de las Serpientes. Entonces el lugar también olía a perro, pero ese olor no habría permanecido tanto tiempo.

—Será mejor que echemos un buen vistazo —maulló.

Tras ordenar a Espino que no se separara de su mentora, los mandó hacia los árboles mientras él

se acercaba sigilosamente a las rocas. Antes de llegar, oyó que Musaraña lo llamaba.

—¡Ven a ver esto!

Bordeando una mata de zarzas, Corazón de Fuego se unió a la guerrera marrón y miró hacia abajo, hacia un pequeño claro de lados escarpados. Al fondo había un charco de agua estancada y verdosa, lleno de hojas caídas. El intenso olor a helechos aplastados alcanzó las glándulas olfativas del lugarteniente, pero apenas se notaba bajo la abrumadora pestilencia a perro. Había plumas de tórtola esparcidas por todas partes, y retazos de piel que podrían ser de ardilla o de conejo. Ladera abajo, Espino olfateó un montón de excrementos caninos y retrocedió con un bufido de asco.

Corazón de Fuego se obligó a examinar todos los detalles de la escena. Los Dos Patas no podían haber dejado tantos rastros, ni tampoco pisotear la vegetación de aquel modo y esparcir restos de presas como si fuera la madriguera de un zorro. Al verlo con sus propios ojos, fue consciente de que realmente había algo que no marchaba bien.

—¿Qué piensas? —le preguntó Musaraña.

—No lo sé. —El lugarteniente se sentía reacio a expresar sus temores—. Es como si hubiera un perro suelto por el bosque, sin Dos Patas.

«¿Era eso lo que los Dos Patas estaban buscando?», se preguntó, recordando a los tres Dos Patas que habían aparecido en su monstruo cuando estaban en el pinar con Tormenta de Arena. Pero eso había sucedido lejos de allí, en el otro lado del territorio del clan.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Espino, inusualmente serio.

—Informaré a Estrella Azul —decidió Corazón de Fuego—. Si hay un perro deambulando por nuestro territorio, tendremos que hacer algo al respecto. Quizá consigamos alejarlo de aquí de algún modo.

Era evidente que el perro estaba cazando presas muy valiosas para el clan, y Corazón de Fuego no quiso pensar qué podría suceder si el animal se encontraba con algún guerrero.

Mientras se alejaban del claro de regreso al campamento, tuvo la sensación de que el bosque se había vuelto extrañamente hostil. Conocía cada uno de los árboles y piedras, pero, sin embargo, en sus profundidades había algo (no una esencia ni un sonido: más bien un eco remoto) que no comprendía. ¿Se trataría sólo de un perro? ¿O es que, después de todo, iban a cumplirse los temores de Estrella Azul? ¿Acaso el Clan Estelar tenía previsto otro desastre para el Clan del Trueno?

La patrulla casi había alcanzado el campamento cuando Corazón de Fuego captó el olor de gatos a sus espaldas. Al volverse, vio a Tormenta Blanca, Centellina y Nimbo, avanzando entre los restos ennegrecidos del bosque. Todos ellos venían cargados con carne fresca.

—¿Buena caza? —preguntó el lugarteniente cuando llegaron a su altura.

Tormenta Blanca dejó en el suelo el conejo que llevaba en la boca.

—No ha estado mal —contestó—, pero hemos tenido que ir hasta los Cuatro Árboles para encontrarla.

—Aun así, son piezas buenas y rollizas —maulló Corazón de Fuego con aprobación—. Bien hecho —añadió a los aprendices, que arrastraban un par de ardillas.

—Hemos visto algo que deberías saber —maulló Tormenta Blanca—. Volvamos al campamento.

El guerrero blanco recogió su conejo y siguió a Corazón de Fuego barranco abajo. En cuanto depositaron las presas en el montón de carne fresca, el lugarteniente mandó a los aprendices a llevar comida a los veteranos, luego escogió una pieza para él y se acomodó junto a Tormenta Blanca. Musaraña tomó un mirlo del montón y se unió a los dos guerreros.

—¿Qué es lo que has visto? —preguntó Corazón de Fuego, después de dar unos mordiscos a su campañol para acallar su estómago vacío.

La expresión de Tormenta Blanca se ensombreció, y el joven supo la respuesta antes de que le contestara.

—Más restos esparcidos de presas —maulló el viejo guerrero—. Trozos de pelaje de conejo. Y más olor a perro. Esta vez, no muy lejos de los Cuatro Árboles, cerca de la frontera con el Clan del Río.

—¿Olor reciente?

—De ayer, me parece.

Corazón de Fuego asintió, con un hormigueo de ansiedad en las zarpas. Era obvio que el perro había llegado más lejos de lo previsible. Tras engullir el resto del campañol, le contó a Tormenta Blanca lo que había encontrado su patrulla esa mañana.

—Todo el lugar apestaba —añadió Musaraña, levantando la vista de su comida—. En nuestro territorio hay un perro que está matando nuestras presas, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. —Corazón de Fuego se volvió hacia Tormenta Blanca—. Cuando me dijiste por primera vez que habías captado su olor, imaginé que el perro ya habría vuelto a su casa de Dos Patas. Pero es evidente que no ha sido así.

—Tendremos que deshacernos de él de alguna manera —maulló Tormenta Blanca muy serio.

—Lo sé. Voy a informar a Estrella Azul. Probablemente quiera convocar una reunión de clan.

Corazón de Fuego cruzó el claro hacia la Peña Alta. Mientras el sol llegaba a su cénit, la vida del campamento continuaba pacíficamente. Ceniciento y Zarpa Rauda correteaban delante del dormitorio de los aprendices. Cerca de la guarida de los guerreros, Escarcha y Pecas compartían lenguas, las dos con aspecto soñoliento por haber montado guardia esa noche. En el centro del claro, Cola Pintada hacía señas a su cachorro con las patas y la cola, mientras Fronde Dorado los observaba. Corazón de Fuego sintió una punzada de miedo al pensar en los estragos que podría causar el perro descarriado si encontraba el campamento.

Ya casi había llegado a la cueva de Estrella Azul cuando Fronde Dorado se levantó y fue hacia él.

—Corazón de Fuego, ¿puedo comentarte una cosa?

El lugarteniente se detuvo.

—Si lo haces rápido. Tengo que hablar con Estrella Azul.

—Se trata de Cola Pintada —explicó el joven guerrero—. Estoy preocupado por ella. Considera que Copito de Nieve debería convertirse en aprendiz y está intentando entrenarlo ella misma, como si fuera su mentora. Cree que, si Estrella Azul ve que el cachorro puede aprender, tendrá que nombrarlo guerrero.

Corazón de Fuego prestó más atención a la gata y su hijo, y advirtió que no estaban jugando sin más… por lo menos ella. Cola Pintada estaba enseñándole la postura de acecho. El cachorro parecía divertirse, rodando sobre sí mismo y golpeando a su madre con las zarpas, pero no imitaba sus movimientos con ninguna exactitud. Siguió mirándolos con creciente tristeza.

—Quizá sea lo mejor. —Al cabo de un momento, suspiró—. Si Cola Pintada se da cuenta por sí misma de que Copito de Nieve no puede aprender, quizá pueda aceptar que jamás será guerrero.

—Quizá. —Fronde Dorado no sonó muy convencido—. En cualquier caso, me gustaría seguir observándolos, a ver si puedo ayudar en algo.

Corazón de Fuego lo miró con aprobación. Aunque no hacía muchas lunas que era guerrero, Fronde Dorado tenía el aire serio de un gato mayor. Estaba preparado para tener un aprendiz, y Corazón de Fuego estaba convencido de que sería un buen mentor… paciente y responsable. Pero no para Copito de Nieve. El lugarteniente sabía que el cachorro sordo jamás tendría un mentor, jamás asistiría a las Asambleas, ni conocería la intensa alegría de ser un guerrero al servicio de su clan. Sin embargo, mientras no hubiera otros cachorros necesitados de mentor, no haría ningún daño que Fronde Dorado se interesara por Copito de Nieve.

—Está bien, siempre que eso no interfiera con tus obligaciones guerreras —respondió—. Si se te ocurre algo, comunícamelo. Yo volveré a hablar con Carbonilla.

—Gracias, Corazón de Fuego —maulló el joven, y se acomodó en el suelo, doblando las patas pulcramente bajo el pecho, para seguir observando a Cola Pintada y Copito de Nieve.

El lugarteniente vaciló, sintiendo lástima por el cachorro sordo y su madre, y por Fronde Dorado, cuyas esperanzas de convertirse en mentor se verían frustradas en esa ocasión. A continuación dio media vuelta y fue en busca de Estrella Azul.

La líder estaba tumbada en su lecho, en el rincón más profundo de la guarida. La luz del sol no llegaba hasta allí, y la gata parecía una sombra gris. Pero los restos de una ardilla demostraban que había comido, y cuando Corazón de Fuego se detuvo en el umbral, ella giró la cabeza para limpiarse el lomo. El lugarteniente se sintió animado por esas señales de una rutina normal.

Arañó el suelo para atraer su atención, y cuando la gata se volvió a mirar, él dijo:

—Estrella Azul, ¿puedo pasar? Tengo algo que contarte.

—Nada bueno, supongo —maulló la líder con amargura. El joven se estremeció ante su tono, y ella pareció aplacarse—. Está bien, entra y cuéntame.

—Creemos que hay un perro suelto en el bosque.

Le describió la primera vez que Tormenta Blanca descubrió restos de presas cerca de las Rocas de las Serpientes, lo que su patrulla había visto esa misma mañana, y los restos de conejo que Tormenta Blanca había encontrado cerca de los Cuatro Árboles.

La gata permaneció en silencio, contemplando la pared, hasta que el lugarteniente terminó. Entonces se volvió de golpe hacia él.

—¿Cerca de los Cuatro Árboles? ¿Dónde?

—Tormenta Blanca dice que junto a la frontera con el Clan del Viento.

Estrella Azul soltó un gruñido y clavó las garras en el suelo.

—Sí… ¡ya lo veo! —bufó—. El Clan del Viento ha estado cazando en nuestro territorio.

El joven se quedó mirándola.

—Disculpa, Estrella Azul. No lo comprendo.

—Entonces ¡eres idiota! —gruñó la líder. De pronto pareció relajarse—. No, Corazón de Fuego; tú eres un guerrero bueno y noble. No es culpa tuya que no puedas imaginarte la traición de los otros.

«¿De qué está hablando? —pensó él—. ¿Es que ha olvidado que fui yo quien le contó lo de Garra de Tigre?». Desde luego, aquél no era uno de los días buenos de Estrella Azul. La gata tenía la mirada desorbitada y el pelo erizado, como si ante ella hubiera filas de enemigos. Quizá, en su confusión, creía que así era.

—Pero, Estrella Azul —protestó—, en todos los sitios donde hemos encontrado restos de presas olía a perro. No hay ninguna razón para pensar que el responsable es otro clan.

—¡Cerebro de ratón! —siseó la gata, sacudiendo la cola—. Los perros no se comportan así. Vienen aquí con sus Dos Patas, y sus Dos Patas se los llevan otra vez. ¿Quién ha oído hablar de un perro deambulando solo por el bosque?

—Que no haya sucedido antes no significa que no pueda suceder ahora —razonó Corazón de Fuego—. ¿Por qué crees que se trata del Clan del Viento?

—¿Es que no lo ves? —La voz de Estrella Azul estaba teñida de ira—. Sus guerreros estaban cazando conejos, y éstos debieron de cruzar la frontera con el Clan del Río a la altura de los Cuatro Árboles. Allí, el territorio del Clan del Río es estrecho. Los guerreros persiguieron a sus presas traspasando ambas fronteras, hasta nuestras tierras, antes de conseguir cazar los conejos. —La líder hablaba con convicción, como si lo hubiera presenciado con sus propios ojos—. Bien, ¡pues será mejor que el Clan del Viento se ande con cuidado!

Al lugarteniente le dio un vuelco el corazón. Sonaba como si Estrella Azul estuviera planeando atacar al clan vecino. «¡No podremos afrontar más problemas!», pensó. Una imagen brotó en su cabeza: Estrella de Tigre, de camino a visitar a Estrella Doblada y Leopardina. Con la perspectiva de una posible alianza entre el Clan del Río y el de la Sombra, lo último que necesitaban era una guerra con el Clan del Viento.

—Quizá tengas razón, Estrella Azul —admitió diplomáticamente—, pero no podemos culpar al Clan del Viento sin auténticas pruebas. Podría haber sido el Clan del Río, ¿no?

—¡Tonterías! —espetó la líder—. Los gatos del Clan del Río jamás cruzarían una frontera en busca de presas. Conocen perfectamente el código guerrero. ¿Es que has olvidado cómo nos ayudaron durante el incendio? De no haber sido por ellos, todos habríamos acabado quemados o ahogados.

«Sí, y Leopardina no dejará que nos olvidemos de eso», pensó el lugarteniente. A lo mejor, el Clan del Río creía que unos cuantos conejos sólo eran el principio del pago por su ayuda. Sacudió la cabeza para apartar esas ideas. No tenía ningún sentido culpar al Clan del Río. Sabía con certeza qué olores había captado. El responsable de las presas muertas era un perro, y tenía que convencer de ello a la líder.

—Estrella Azul, de verdad creo… —empezó.

Ella lo interrumpió con un movimiento de la cola.

—¡No! —insistió—. Eres tú, Corazón de Fuego, quien vino a verme tras la última Asamblea para

contarme cómo Estrella Alta había dado la bienvenida a Estrella de Tigre como líder del Clan de la Sombra.

—¡Lo hizo a regañadientes! —intentó protestar el lugarteniente, pero la líder no lo escuchó.

—¿Acaso has olvidado cómo los guerreros del Clan del Viento me impidieron viajar a las Rocas Altas? ¿Y cómo te atacaron cuando traías a Nimbo de vuelta a casa? No mostraron ninguna gratitud cuando Látigo Gris y tú los devolvisteis a su hogar tras el exilio. ¡Estrella Alta está trabajando junto al Clan Estelar en mi contra! Se ha aliado con mi mayor enemigo, y ahora él y sus guerreros invaden mi territorio. Es una vergüenza de guerrero; él… —Los ojos se le desorbitaron y su voz se convirtió en un ronquido ahogado, como si apenas pudiera pronunciar las palabras.

Atónito, Corazón de Fuego se dispuso a marcharse.

—Estrella Azul… —dijo suplicante—. Has estado enferma; será mejor que vaya a buscar a Carbonilla.

Antes de que pudiera salir, un estridente aullido resonó en el claro. Era el sonido de muchos gatos elevando su voz en un espantoso grito de terror. Corazón de Fuego dio un brinco y salió corriendo de la guarida.

El centro del claro estaba prácticamente desierto, bañado por una brillante luz, pues el dosel de hojas habitual había ardido en el incendio. Había gatos agazapados en el lindero, en los escasos refugios que proporcionaban los muros de helechos carbonizados. Corazón de Fuego entrevió a Flor Dorada y Sauce, metiendo a sus cachorros en la maternidad. Fronde Dorado estaba empujando a un par de veteranos hacia su guarida, instándolos a apresurarse.

Los gatos agazapados miraban hacia el cielo con los ojos dilatados de miedo. Corazón de Fuego oyó un batir de alas y vio un halcón volando en círculos por encima de los árboles; sus ásperos chillidos reverberaban. Al mismo tiempo, reparó en que un gato no había buscado refugio: Copito de Nieve seguía revolcándose y jugando en medio del claro.

—¡Copito de Nieve! —aulló Cola Pintada.

La gata acababa de aparecer por detrás de la maternidad, el lugar donde las reinas hacían sus necesidades, y en cuanto comprendió lo que estaba pasando salió disparada hacia su cachorro. En el mismo instante, el halcón se lanzó en picado. Copito de Nieve chilló cuando las crueles garras se hincaron en su lomo. El ave batió sus grandes alas. Corazón de Fuego echó a correr, pero Cola Pintada fue más rápida que él. Cuando el halcón levantó el vuelo, la gata dio un salto y clavó las uñas en el pelaje del cachorro blanco.

Durante unos momentos agónicos, madre e hijo quedaron colgando de las garras del halcón. El propio Corazón de Fuego se impulsó hacia arriba, pero estaban demasiado altos. Entonces, el ave liberó una de sus garras para herir a Cola Pintada en la cara. La gata se soltó y cayó al suelo, donde aterrizó duramente. Sin el peso de la reina, el halcón se elevó velozmente y desapareció en dirección a los Cuatro Árboles. Los aullidos despavoridos de Copito de Nieve se perdieron a lo lejos.

—¡No! —Cola Pintada soltó un aullido de pura desesperación—. ¡Mi cachorro! ¡Oh, mi cachorro!

Fronde Dorado pasó corriendo junto a Corazón de Fuego, saltó el muro del campamento por un punto donde la reconstrucción apenas había comenzado y se internó en el bosque. Aunque el

lugarteniente sabía que la persecución sería inútil, se volvió en busca del gato más cercano.

—Zarpa Rauda, ve con él.

El aprendiz abrió la boca para protestar, consciente de que seguir al halcón no serviría de nada, pero volvió a cerrarla y fue tras Fronde Dorado.

—Copito de Nieve no podía oír —murmuró Tormenta de Arena, tocando la mejilla de Corazón de Fuego con la nariz—. No ha oído al halcón, y tampoco nuestros gritos de advertencia.

—¡Es culpa mía! —se lamentó Cola Pintada—. Yo lo he dejado solo y ahora… ¡El halcón debería haberme llevado en su lugar!

Tormenta de Arena se acercó a la reina atigrada para consolarla, y Carbonilla le dio un tierno lametón en las orejas.

—Ven a mi guarida —dijo la curandera dulcemente—. Cuidaremos de ti. No te abandonaremos.

Pero Cola Pintada se negaba a aceptar el consuelo.

—Copito de Nieve se ha ido, y es culpa mía —gimió.

—No es culpa tuya —declaró Estrella Azul.

El lugarteniente se volvió y vio que su líder se dirigía hacia ellos. La corpulenta gata gris parecía fuerte y decidida, con más aspecto de guerrera que los demás gatos, que estaban destrozados por haber perdido a Copito de Nieve.

—No es culpa tuya —repitió la líder—. ¿Quién iba a pensar que un halcón se abalanzaría en medio de un campamento para llevarse a un cachorro, con tantos gatos alrededor? Esto es una señal del Clan Estelar. No puedo seguir negando la verdad más tiempo. —Estrella Azul observó al petrificado clan, y su voz vibró de furia—. ¡El Clan Estelar está en guerra con el Clan del Trueno!



9

Mientras el clan la miraba horrorizado, Estrella Azul dio media vuelta y se encaminó a su guarida. Corazón de Fuego fue tras ella, pero la líder le espetó sin volver la cabeza:

—¡Déjame en paz!

Había tanto veneno en su voz que el lugarteniente frenó en seco. «¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?», se preguntó. Era consciente de que el clan estaba al borde del pánico. La conmoción por el ataque del halcón y la interpretación que Estrella Azul había hecho del suceso estaba convirtiéndolos en cachorros atemorizados. A él mismo le temblaban las patas, pero dejó sus miedos a un lado y saltó a la Peña Alta.

—¡Escuchad! —llamó—. Reuníos aquí todos.

Poco a poco, los gatos obedecieron, apiñándose encorvados al pie de la roca. Algunos lanzaban miradas asustadas al cielo, como si temieran el regreso del halcón. Corazón de Fuego reparó en que Frondina se pegaba a Manto Polvoroso. Cebrado estaba agazapado como si creyera que el Clan Estelar iba a lanzarles una lluvia de fuego. También se fijó en Nimbo. El aprendiz miraba alrededor con incredulidad.

—¿A qué viene tanto alboroto? —le preguntó a Centellina—. Todos sabemos que el Clan Estelar no es más que un cuento para cachorros. En realidad no pueden hacernos nada.

Centellina se volvió hacia él escandalizada.

—¡Nimbo, eso no es cierto! —exclamó.

—¡Oh, vamos! —El aprendiz blanco le dio un coletazo afectuoso—. Tú no te creerás ese montón de paparruchas, ¿verdad? —Y demostró su indiferencia sentándose para limpiarse las patas.

Corazón de Fuego se quedó mirando a su aprendiz mientras un temor frío le helaba la sangre. Sabía desde hacía tiempo que Nimbo no respetaba el código guerrero, pero ignoraba que tampoco creyera en la existencia del Clan Estelar.

Al otro lado del claro, Carbonilla y Pecas guiaban delicadamente a Cola Pintada a la guarida de la curandera. Carbonilla se detuvo de pronto, le dijo algo a Pecas y regresó cojeando a la Peña Alta.

—Quizá me necesites, Corazón de Fuego —maulló—. Pero sé rápido. Tengo que cuidar de Cola Pintada.

El lugarteniente asintió.

—Gatos del Clan del Trueno —empezó, levantando la voz—, acabamos de presenciar algo espantoso; nadie puede negarlo. Pero debemos tener cuidado con el significado que demos a esta tragedia. Carbonilla, ¿Estrella Azul está en lo cierto? ¿Significa que el Clan Estelar nos ha abandonado?

Carbonilla habló con voz clara desde el pie de la roca.

—No —respondió—. El Clan Estelar no me ha mostrado nada que sugiera eso. El campamento está más expuesto desde el incendio, de modo que no es extraño que el halcón haya visto a su presa.

—Entonces, que hayamos perdido a Copito de Nieve… ¿es sólo un accidente? —preguntó Corazón de Fuego.

—Sólo un accidente —aseguró la curandera—. No tiene nada que ver con el Clan Estelar.

Corazón de Fuego advirtió que el clan empezaba a relajarse: la seguridad de Carbonilla los había tranquilizado. Los gatos estaban impactados y apenados por la pérdida de Copito de Nieve, pero las miradas de terror iban desapareciendo.

Sin embargo, junto con el alivio, Corazón de Fuego sintió inquietud: cuando los miembros del clan se recuperaran de la impresión, empezarían a preguntarse por qué Estrella Azul había ido tan lejos como para proclamar la guerra a sus antepasados guerreros.

—Gracias, Carbonilla —maulló.

La gata sacudió la cola y se dirigió cojeando a su guarida.

Corazón de Fuego dio un paso adelante en lo alto de la roca y miró a los gatos que lo observaban.

—Hay algo más que debo contaros —comenzó. No estaba muy seguro de decir aquello, ya que Estrella Azul insistía en que el Clan del Viento era el responsable de los conejos muertos, pero no podía guardar silencio si lo que estaba en juego era la seguridad del clan—. Creemos que hay un perro suelto en nuestro territorio. No lo hemos visto, pero hemos detectado su olor en las Rocas de las Serpientes y en los Cuatro Árboles.

Un murmullo de ansiedad brotó entre los congregados. Tormenta de Arena preguntó:

—¿Y qué hay de los perros de la granja situada más allá del territorio del Clan del Viento? Quizá sea uno de ésos.

—Quizá —concedió Corazón de Fuego, recordando a las salvajes criaturas que los habían perseguido a Tormenta de Arena y a él cuando fueron a buscar a Nimbo—. Hasta que se vaya lejos de aquí —continuó—, tendremos que ser especialmente cuidadosos. Los aprendices no deben salir sin un guerrero. Y todos los gatos que salgan del campamento tendrán una tarea extra: buscar rastros de ese perro… olor, huellas, restos de presas…

—Y excrementos —intervino Musaraña—. A esas criaturas asquerosas ni se les ocurre enterrarlos.

—Bien —maulló el lugarteniente—. Si descubrís cualquiera de esas cosas, informadme de inmediato. Necesitamos averiguar dónde tiene su madriguera ese perro.

Mientras daba las órdenes, se esforzó por disimular su creciente temor. No lograba mitigar la sensación de que el bosque estaba observándolo, escondiendo un enemigo mortal entre sus árboles. Por lo menos, la amenaza de Estrella de Tigre era un peligro real. Pero aquel perro oculto era otra cuestión, invisible e impredecible.

Tras despachar al clan, Corazón de Fuego saltó de la Peña Alta y se dirigió a la guarida de Carbonilla. De camino, vio que Fronde Dorado entraba en el campamento cojeando, con Zarpa Rauda a la zaga. El guerrero tenía el pelaje ralo en algunos puntos, pues había atravesado zarzales y maleza persiguiendo al halcón. Al ver su cabeza gacha y su expresión abatida, Corazón de Fuego supo todo lo que necesitaba saber, pero esperó a que el joven se acercara para informarle.

—Lo lamento, Corazón de Fuego. Hemos intentado seguirlo, pero lo hemos perdido.

—Has hecho todo lo posible —contestó el lugarteniente, restregando la cabeza contra el omóplato del joven guerrero—. No había demasiadas esperanzas.

—Ha sido una pérdida de tiempo y energía —gruñó Zarpa Rauda, aunque sus ojos revelaban su frustración por no haber salvado al cachorro.

—¿Dónde está Cola Pintada? —preguntó Fronde Dorado.

—Con Carbonilla. Ahora voy a ver cómo se encuentra. Vosotros dos, comed algo y luego id a descansar.

Esperó a que los dos gatos obedecieran antes de continuar hacia la guarida de Carbonilla. Tormenta de Arena se le unió. Cuando llegaron al claro de la curandera, encontraron a Cola Pintada tumbada en el suelo, con Pecas a su lado, lamiéndola con dulzura.

Carbonilla apareció por la grieta de la roca con una hoja doblada en la boca, que dejó delante de Cola Pintada.

—Semillas de adormidera —dijo—. Cómetelas, Cola Pintada, te ayudarán a dormir.

Al principio, Corazón de Fuego creyó que la reina no la había oído, pero luego la gata se incorporó un poco, dobló la cabeza y empezó a lamer las semillas de la hoja.

—No tendré más cachorros —maulló con voz ronca—. Ahora me uniré a los veteranos.

—Y ellos te recibirán con los brazos abiertos —murmuró Tormenta de Arena a su lado mientras las semillas iban surtiendo efecto.

Corazón de Fuego miró a la gata con admiración; era una guerrera diestra, y él conocía de sobra lo afilada que era su lengua, pero también tenía un lado tierno.

Volvió a la realidad cuando Carbonilla se puso a carraspear. La curandera se había situado junto a él. Por la forma en que estaba mirándolo, el lugarteniente supuso que le había dicho algo y estaba esperando una respuesta.

—Perdona… ¿qué? —maulló.

—Si no estás demasiado ocupado para escuchar —replicó Carbonilla secamente—, he dicho que Cola Pintada se quedará conmigo esta noche.

—Buena idea, gracias. —Recordó que la curandera estaba con Cola Pintada mientras él le contaba al clan lo del perro suelto por el bosque—. Hay algo que debes saber, y también me gustaría que examinaras de nuevo a Estrella Azul.

—Oh. ¿Qué le ocurre?

Hablando bajito para que Tormenta de Arena no lo oyera, le explicó lo del perro que merodeaba por el bosque, y que Estrella Azul estaba convencida de que era el Clan del Viento.

—Está muy confundida —concluyó—. Debe de estarlo para declararle la guerra al Clan Estelar de esa manera. Y hay una Asamblea dentro de unas pocas noches. ¿Qué sucederá si se pone a acusar

al Clan del Viento delante de los demás gatos?

—Espera un momento —maulló Carbonilla—. Estás hablando de tu líder. Deberías respetar sus opiniones, incluso aunque no estés de acuerdo con ellas.

—¡No se trata tan sólo de un desacuerdo! —protestó él—. No hay la menor prueba de lo que ella insinúa. —Tormenta de Arena y Cola Pintada irguieron las orejas, así que bajó el tono para añadir—: Estrella Azul ha sido una gran líder. Todos los gatos lo saben. Pero ahora… me temo que no puedo confiar en su buen juicio, no cuando hace cosas sin sentido.

—Aun así, deberías intentar entenderla. Por lo menos, muestra un poco de comprensión hacia ella. Se lo merece de todos nosotros.

Durante unos segundos, Corazón de Fuego se sintió indignado porque Carbonilla, que había sido su aprendiza, estuviera hablándole así. No era Carbonilla quien había defendido las decisiones de Estrella Azul, ni ocultado la confusión de su mente para que su clan siguiera confiando en ella. Por no mencionar las excusas que había tenido que inventar ante el clan para que nadie adivinara su debilidad.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? —le espetó—. ¡Si soy más comprensivo me quedaré sin pelo!

—A mí me parece que tu pelo está perfectamente —replicó Carbonilla.

—Mira… —Corazón de Fuego hizo un último esfuerzo por reprimir su irritación—. Estrella Azul faltó a la última Asamblea. Si no asiste a la próxima, todos los gatos del bosque sabrán que algo va mal. ¿No puedes darle algún remedio para que se vuelva más razonable?

—Lo intentaré, pero hay un límite para lo que pueden lograr mis plantas. Estrella Azul se ha recuperado de los efectos del fuego, ya lo sabes. Su problema empezó mucho antes de eso, cuando descubrió la verdad sobre Garra de Tigre. Es mayor, está cansada y cree que está perdiendo todo aquello en lo que creía, incluido el Clan Estelar.

—Especialmente el Clan Estelar —coincidió él—. Y si Estrella Azul… —Se interrumpió al ver que Tormenta de Arena había dejado a Cola Pintada y se dirigía hacia ellos.

—¿Ya habéis acabado de contaros secretos? —maulló la guerrera con voz cortante. Señalando a Cola Pintada con la cola, añadió—: Está dormida. Ahora la dejaré a tu cargo, Carbonilla.

—Gracias por tu ayuda, Tormenta de Arena.

Las dos gatas estaban siendo educadas, pero Corazón de Fuego percibió que no les costaría mucho sacar las uñas. Se preguntó por qué, pero no tenía tiempo para preocuparse por riñas insignificantes.

—Entonces, iremos a comer —maulló.

—Y después necesitas descansar —dijo Tormenta de Arena—. Llevas levantado desde el alba. —Y le dio un empujoncito, impulsándolo hacia el claro principal.

Antes de que hubiera avanzado dos pasos, Carbonilla lo llamó.

—Manda algo de carne fresca para Cola Pintada y para mí. Si tienes tiempo, claro.

—Por supuesto que tengo tiempo. —Corazón de Fuego se sentía desconcertado por la tensión que helaba el aire—. Me ocuparé de eso de inmediato.

—Bien.


Carbonilla asintió bruscamente, y él notó sus ojos azules clavados en el lomo mientras cruzaba el claro.



10

Las estrellas del Manto Plateado titilaban en un cielo despejado y la luna llena se hallaba en lo alto. Corazón de Fuego se agazapó en la cima de la ladera que llevaba a los Cuatro Árboles. Bajo los cuatro grandes robles, el suelo estaba alfombrado de hojarasca que relucía con la primera escarcha de la estación de la caída de la hoja. Negras siluetas felinas se movían de un lado a otro contra el pálido resplandor.

En esa ocasión, Estrella Azul había insistido en guiar al clan hasta la Asamblea. Corazón de Fuego aún no estaba seguro de si era algo bueno o malo. Por un lado, no tendría que inventarse excusas sobre ella, pero también le preocupaba lo que pudiera decir. A medida que aumentaban los problemas del Clan del Trueno, se volvía más y más difícil dar la cara ante los clanes rivales. Sintió una punzada de temor al admitir para sí que ya no confiaba en el juicio de su líder.

Se inclinó hacia la gata, bajando la voz para que no lo oyeran Nimbo y Musaraña.

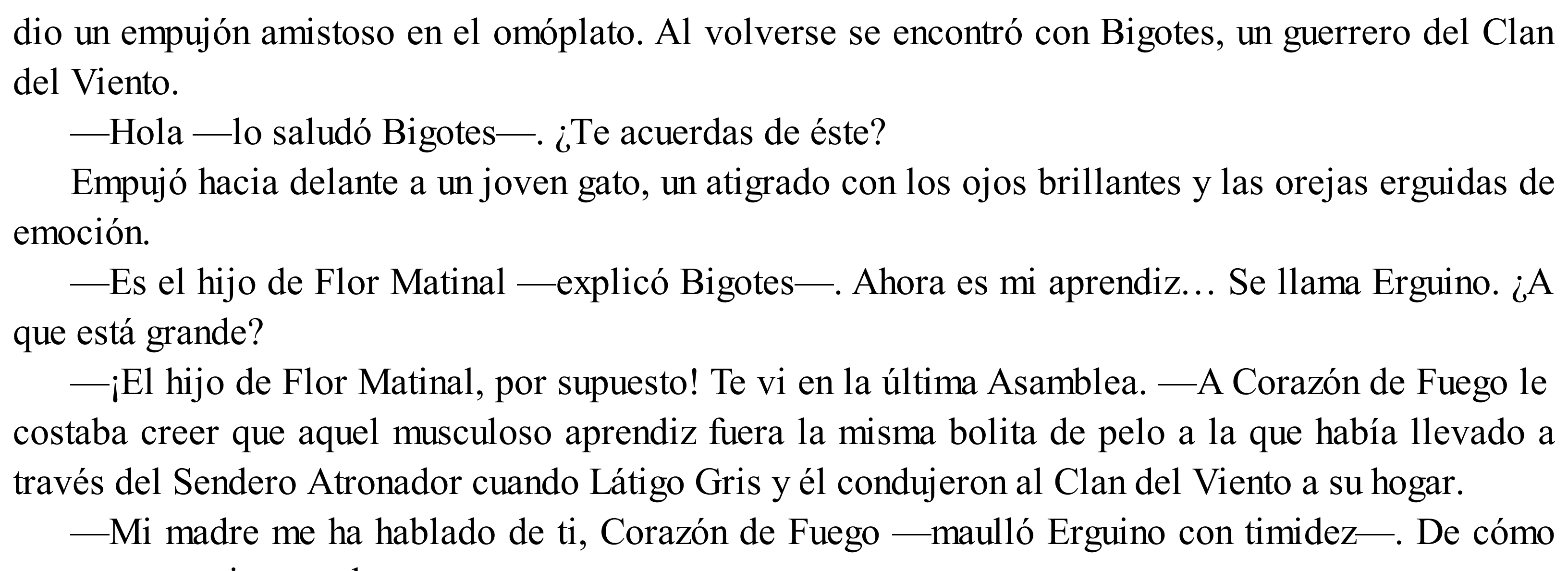
—Estrella Azul —murmuró—, ¿qué vas a…?

Como si no lo hubiera oído, la líder hizo una señal con la cola; los gatos del clan se pusieron en pie para descender deprisa entre los arbustos hacia la hondonada. Corazón de Fuego no tuvo más remedio que seguirlos. Antes de abandonar el campamento, la líder se había negado a hablar de la Asamblea, y ahora se había esfumado su última oportunidad de hacerlo.

En la hondonada había menos gatos de los que esperaba, y advirtió que eran todos del Clan del Viento y el de la Sombra. Reparó en Estrella Alta y Estrella de Tigre, sentados juntos al pie de la Gran Roca. Estrella Azul fue derecha hacia ellos, con la cola tan rígida como si se dirigiera al enemigo. Sin saludarlos siquiera con un movimiento de bigotes, subió a la Gran Roca de un salto y se acomodó allí, con su pelaje gris azulado brillando al claro de luna.

Corazón de Fuego respiró hondo e intentó calmar sus temores. Estrella Azul ya se había convencido de que Estrella Alta era su enemigo; ver al líder del Clan del Viento charlando en privado con Estrella de Tigre, el traidor al que ella más temía, la habría reafirmado en sus convicciones.

El lugarteniente observó que Estrella Alta se inclinaba hacia Estrella de Tigre para decirle algo; el nuevo líder del Clan de la Sombra sacudió la cola con desdén. Corazón de Fuego quiso acercarse disimuladamente para escuchar qué estaban diciendo, pero, antes de que pudiera moverse, alguien le



dio un empujón amistoso en el omóplato. Al volverse se encontró con Bigotes, un guerrero del Clan del Viento.

—Hola —lo saludó Bigotes—. ¿Te acuerdas de éste?

Empujó hacia delante a un joven gato, un atigrado con los ojos brillantes y las orejas erguidas de emoción.

—Es el hijo de Flor Matinal —explicó Bigotes—. Ahora es mi aprendiz… Se llama Erguino. ¿A que está grande?

—¡El hijo de Flor Matinal, por supuesto! Te vi en la última Asamblea. —A Corazón de Fuego le costaba creer que aquel musculoso aprendiz fuera la misma bolita de pelo a la que había llevado a través del Sendero Atronador cuando Látigo Gris y él condujeron al Clan del Viento a su hogar.

—Mi madre me ha hablado de ti, Corazón de Fuego —maulló Erguino con timidez—. De cómo cargaste conmigo y todo eso.

—Bueno, me alegro de no tener que cargar contigo ahora. Si creces más, ¡podrás unirte al Clan del León!

Erguino ronroneó complacido. Corazón de Fuego notó la cálida amistad que sentía por aquellos gatos, una amistad que había sobrevivido a todas las refriegas y desacuerdos desde aquel lejano viaje.

—Deberíamos empezar la reunión —maulló Bigotes—, pero no hay ni rastro del Clan del Río.

Apenas había pronunciado esas palabras, hubo un movimiento entre los arbustos al otro lado del claro y apareció un grupo de gatos del Clan del Río. Caminando orgullosamente a la cabeza iba Leopardina.

—¿Dónde está Estrella Doblada? —se preguntó Bigotes en voz alta.

—He oído que está enfermo —maulló Corazón de Fuego, al que no había sorprendido que Leopardina ocupara el lugar de su líder.

Por lo que Látigo Gris le había contado junto al río hacía media luna, no esperaba que su líder estuviera lo bastante bien para asistir a la Asamblea.

Leopardina fue directa al pie de la Gran Roca, donde se hallaban Estrella Alta y Estrella de Tigre. Inclinó la cabeza cortésmente y se sentó junto a ellos.

Corazón de Fuego, demasiado lejos para oír lo que decían, vio que un guerrero gris se acercaba cruzando el claro.

—¡Látigo Gris! —maulló calurosamente—. Creía que no te permitían acudir a las Asambleas.

—Así era —contestó su amigo, entrechocando la nariz con la suya—. Pero Pedrizo ha dicho que debía tener la oportunidad de demostrar mi lealtad.

—¿Pedrizo? —Había visto a los dos hijos de Estrella Azul, Pedrizo y su hermana Vaharina, entre los gatos que seguían a Leopardina—. ¿Y qué tiene él que decir?

—Pedrizo es nuestro nuevo lugarteniente —maulló Látigo Gris, y frunció el entrecejo—. Ah, claro, tú no lo sabes. Estrella Doblada murió hace dos noches. Ahora nuestra líder es Estrella Leopardina.

Corazón de Fuego guardó silencio un momento, recordando al solemne anciano que había ayudado al Clan del Trueno durante el incendio. La noticia de su muerte no lo pilló por sorpresa,

pero aun así sintió una punzada de desazón. Estrella Leopardina sería una líder fuerte, buena para el Clan del Río, pero no sentía ningún aprecio por el Clan del Trueno.

—Estrella Leopardina ya ha empezado a reorganizar el clan, aunque apenas ha pasado un día desde que fue a la Piedra Lunar para hablar con el Clan Estelar —continuó Látigo Gris, haciendo una mueca—. Está supervisando el entrenamiento de los aprendices, disponiendo más patrullas. Ah… —Se interrumpió y empezó a amasar el suelo con las patas.

—¡Látigo Gris! —Corazón de Fuego se alarmó ante la evidente agitación de su amigo—. ¿Qué sucede?

El guerrero gris lo miró con angustia en sus ojos amarillos.

—Hay algo que deberías saber, Corazón de Fuego. —Lanzó una mirada alrededor para asegurarse de que no había gatos del Clan del Río cerca—. Desde el incendio, Estrella Leopardina está planeando recuperar las Rocas Soleadas.

—Yo… yo creo que no deberías contarme eso —balbuceó Corazón de Fuego.

Las Rocas Soleadas eran un territorio largamente disputado en la frontera entre los dos clanes. Corazón de Roble y Cola Roja, antiguo lugarteniente del Clan del Trueno, habían muerto en una batalla por esa zona. Que su amigo le contara las intenciones de la nueva líder era un acto de traición que iba en contra del código guerrero.

—Lo sé. —Látigo Gris no podía mirarlo a los ojos, y su voz temblaba por la gravedad de lo que estaba haciendo—. He intentado ser leal al Clan del Río… ¡ningún gato lo habría intentado con más ahínco! —Su tono iba subiendo por la desesperación, pero consiguió controlarse y continuar en voz más baja—. Pero no puedo quedarme de patas cruzadas mientras Estrella Leopardina planea atacar al Clan del Trueno. Si esto culmina en una batalla, no sé qué voy a hacer.

Corazón de Fuego se le arrimó, procurando reconfortarlo. Desde que Látigo Gris cruzó el río, él había sabido que tarde o temprano su amigo tendría que afrontar la dura prueba de luchar contra su clan de nacimiento. Ahora parecía que ese día estaba muy cerca.

—¿Cuándo se producirá el ataque? —preguntó.

Látigo Gris negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Aunque Estrella Leopardina lo hubiera decidido ya, no me lo diría. Yo sólo conozco sus planes por lo que dicen otros guerreros. Pero, si quieres, veré qué puedo averiguar.

A Corazón de Fuego lo entusiasmaba la idea de tener un espía en el campamento del Clan del Río, pero comprendió el espantoso riesgo que estaría corriendo su amigo. No podía ponerlo en semejante peligro, ni empeorar su problema de lealtades divididas. A menos que el Clan del Trueno atacara primero —cosa que él no quería hacer—, tendrían que lidiar con esa amenaza cuando se presentara.

—No; es demasiado peligroso —contestó por fin—. Te agradezco la advertencia, pero piensa en qué te haría Estrella Leopardina si se enterara. Ya no le caes demasiado bien. Les diré a las partidas de caza que inspeccionen las Rocas Soleadas en busca de olores del Clan del Río, y me aseguraré de que nuestras marcas olorosas sean fuertes por allí.

Lo interrumpió un maullido en lo alto de la Gran Roca. Al volverse, vio que los otros tres líderes se habían unido a Estrella Azul, que se negaba a mirar a Estrella de Tigre, y estaban esperando a que

empezara la reunión. Cuando los gatos congregados guardaron silencio, Estrella de Tigre hizo una seña a Estrella Leopardina para que hablase en primer lugar. La atigrada dorada avanzó hasta el borde de la roca y miró hacia abajo.

—Nuestro antiguo líder, Estrella Doblada, ha ido a unirse con el Clan Estelar —anunció—. Fue un líder noble, y todo el clan lamenta su muerte. Ahora la líder del Clan del Río soy yo, y Pedrizo es mi lugarteniente. Anoche viajé hasta las Rocas Altas y recibí las nueve vidas que concede el Clan Estelar.

—Felicidades —maulló Estrella de Tigre.

—Todos los clanes echarán de menos a Estrella Doblada —dijo Estrella Alta—. Es mi deseo, por el Clan Estelar, que el Clan del Río prospere bajo tu liderazgo.

Estrella Leopardina les dio las gracias a los dos y miró expectante a Estrella Azul, pero ésta tenía la vista fija en la hondonada. Mostraba una expresión de orgullo; al seguir su mirada, Corazón de Fuego descubrió que estaba contemplando a Pedrizo. Al lugarteniente lo impactó la obvia admiración de Estrella Azul por su hijo, y se le heló la sangre al recordar que Estrella de Tigre sabía que un par de cachorros del Clan del Río procedían del Clan del Trueno. Y en ese momento el enorme atigrado estaba observando a la líder con expresión pensativa. ¿Cuánto tardaría en adivinar quién era la madre de esos cachorros?

—Tengo una noticia más —continuó Estrella Leopardina, decidiendo que ya había esperado bastante a que hablara Estrella Azul—. Ha muerto nuestra veterana Tabora.

Corazón de Fuego irguió las orejas. Se preguntó qué habrían contado Vaharina y Látigo Gris a su líder sobre la muerte de Tabora, y si él mismo habría dejado su olor en el cadáver. Estrella Leopardina podría utilizar eso para acusar al Clan del Trueno de haber asesinado a la vieja gata, y así su clan tendría una excusa para atacar.

Pero la nueva líder se limitó a decir:

—Fue una guerrera valiente y tuvo muchos cachorros. —Hizo una pausa para mirar con afecto a Vaharina y Pedrizo—. El Clan del Río lamenta su pérdida —concluyó.

Corazón de Fuego se relajó, pero volvió a ponerse tenso cuando Estrella de Tigre dio un paso adelante. ¿Iría a anunciar que sabía lo de los dos hijos de Tabora?

Para su alivio, Estrella de Tigre no mencionó el secreto. En vez de eso, contó las novedades de su clan: cachorros que se habían convertido en aprendices y el nacimiento de una nueva camada, detalles que mostraban cómo el Clan de la Sombra empezaba a recuperar su fuerza, pero nada que sugiriera hostilidad hacia ningún otro clan.

Corazón de Fuego se sintió esperanzado de nuevo. A lo mejor no había necesidad de preocuparse por Estrella de Tigre. Sería un alivio olvidarse de él y concentrarse en la amenaza del perro suelto que acechaba en el bosque. Pero luego recordó el brutal trato de Estrella de Tigre a Tabora, que había desembocado en su muerte, y sus recelos regresaron.

Cuando el líder del Clan de la Sombra terminó de hablar, Estrella Alta se dispuso a ocupar su lugar, pero Estrella Azul se colocó delante de él.

—Yo hablaré ahora —gruñó la gata, mirándolo con dureza. Y avanzó hasta el borde de la roca —. Gatos de todos los clanes —empezó con voz fríamente iracunda—, traigo noticias de un robo.

Guerreros del Clan del Viento han estado cazando en el territorio del Clan del Trueno.

A Corazón de Fuego se le encogió el estómago cuando un aullido furioso brotó en la hondonada. Los gatos del Clan del Viento se levantaron de un salto, negando rabiosamente la acusación de la líder.

Nimbo rodeó a dos grandes guerreros y se detuvo al lado de Corazón de Fuego; sus ojos azules estaban dilatados de asombro y nerviosismo.

—¡El Clan del Viento! —maulló—. ¿De qué está hablando Estrella Azul?

—¡Silencio! —le espetó el lugarteniente, y miró de reojo a Bigotes, temiendo que hubiera oído a Nimbo, pero el guerrero atigrado se había levantado, gañendo desafiante a Estrella Azul.

—¡Demuéstralo! —exclamó Bigotes con el pelo erizado—. ¡Demuestra que el Clan del Viento se ha llevado siquiera un ratón!

—Tengo pruebas. —Los ojos de la líder ardían con un fuego frío—. Nuestras patrullas han encontrado restos de conejos esparcidos no muy lejos de aquí.

—¿Y a eso lo llamas pruebas? —Estrella Alta se abrió paso hasta encararse con ella—. ¿Acaso has visto a mis gatos en tu territorio? ¿Han captado tus patrullas olor del Clan del Viento?

—No necesito ver ni oler a los ladrones para saber lo que han hecho —replicó la líder—. Todos los gatos saben que sólo el Clan del Viento caza conejos.

Corazón de Fuego tensó los músculos y sacó las uñas instintivamente.

—No son más que patrañas —insistió Estrella Alta. Su pelo blanco y negro estaba erizado, y mostró los colmillos con un gruñido—. El Clan del Viento también ha perdido presas. Nosotros también hemos encontrado restos de conejo en nuestro territorio. Y hay muchos menos conejos de lo habitual en esta estación. ¡Yo te acuso a ti, Estrella Azul, de permitir que tus guerreros cacen en mis tierras y de lanzar acusaciones falsas a fin de encubrir el robo!

—Eso parece mucho más probable —intervino Estrella de Tigre, con un fulgor en sus ojos ámbar —. Todos saben que en el territorio del Clan del Trueno escasean las presas desde el incendio. Tu clan está hambriento, Estrella Azul, y algunos de tus guerreros conocen muy bien las tierras del Clan del Viento.

Corazón de Fuego sintió la mirada del líder del Clan de la Sombra, y supo que se estaba refiriendo a Látigo Gris y a él.

Estrella Azul se volvió en redondo para enfrentarse a Estrella de Tigre.

—¡Silencio! —bufó—. Mantente alejado de mí y de mi clan. Esto no es asunto tuyo.

—Es asunto de todos los gatos del bosque —contestó Estrella de Tigre con calma—. Se supone que la Asamblea es un momento de paz. Si el Clan Estelar se disgusta, todos sufriremos.

—¡El Clan Estelar! —resopló la gata—. El Clan Estelar nos ha dado la espalda, y lucharé contra él si tengo que hacerlo. Lo único que me importa es alimentar a mi clan, y no me quedaré de brazos cruzados mientras otro clan roba nuestras presas.

Su discurso casi quedó ahogado por los gritos atónitos de los presentes, que escuchaban espantados. Corazón de Fuego miró hacia arriba, temiendo que el Clan Estelar mostrara su furia con una nube que cubriera la Asamblea, como ya había hecho en una ocasión. Pero el cielo seguía despejado. ¿Significaba eso que el Clan Estelar había aceptado la declaración de guerra de Estrella

Azul?

Látigo Gris le dio un empujoncito.

—¿Qué le ocurre a Estrella Azul? ¿Es que quiere pelear con el Clan del Viento? ¿Y qué es todo eso de luchar contra el Clan Estelar?

—No sé qué es lo que quiere —contestó el lugarteniente entre dientes.

—Pues yo creo que tiene razón con lo de los conejos, ¿y a quién le importa esa estúpida tradición de mantener la paz en las Asambleas? —maulló Nimbo—. Afrontémoslo, el Clan Estelar no es más que la invención de un líder que quería que los otros gatos obedecieran por temor.

Corazón de Fuego miró con desaprobación a su aprendiz, pero no había tiempo de discutir sobre sus antepasados guerreros. El corazón le martilleaba como en los prolegómenos de una batalla. Ahora ya no había manera de ocultar a los otros clanes la locura de Estrella Azul… y la vulnerabilidad del Clan del Trueno. Estrella Alta tenía el pelo erizado de rabia. Y en cuanto a Estrella Leopardina, aunque no se había sumado a la discusión, tenía la expresión de un felino a punto de clavar los colmillos en una jugosa pieza de carne.

Cuando el murmullo de la hondonada se apagó, Estrella Alta logró que se oyera su voz:

—Estrella Azul, yo te juro, por el Clan Estelar, que ningún gato del Clan del Viento ha cazado en tu territorio —aseguró, sacudiendo la cola—. Pero, si insistes en pelear con nosotros, estaremos preparados.

Dicho eso, se retiró al borde de la roca dándole la espalda a Estrella Azul, como una tajante negativa a seguir defendiéndose.

Antes de que la líder del Clan del Trueno pudiera replicar, Estrella Leopardina dio un paso adelante.

—El incendio fue una desgracia espantosa —maulló—. Todos los gatos del bosque lo saben, pero el tuyo, Estrella Azul, no es el único clan que está sufriendo. Vuestro bosque volverá a ser tan abundante en presas como siempre ha sido, pero los Dos Patas han invadido nuestras tierras y no dan señales de ir a abandonarlas. En la última estación sin hojas, el río fue envenenado y los gatos que comían pescado enfermaban. ¿Quién puede asegurarnos que eso no sucederá de nuevo? No puedo hablar por las necesidades del Clan del Viento, pero el del Río tiene más necesidad de mejores terrenos de caza que el del Trueno.

Algunos miembros del Clan del Río aullaron con aprobación, y a Corazón de Fuego se le erizó el pelo de inquietud. Lanzó una mirada a Látigo Gris, recordando su advertencia sobre las Rocas Soleadas. Su nueva líder pretendía ampliar su territorio, y la dirección lógica era cruzar el río hasta las tierras del Clan del Trueno. El desfiladero le cortaba el paso al terreno del Clan del Viento, y todas sus demás fronteras limitaban con granjas de Dos Patas.

Pero Estrella Azul no había captado la amenaza encubierta. En cambio, inclinó la cabeza con elegancia.

—Tienes razón, Estrella Leopardina —maulló—. El Clan del Río ha vivido momentos difíciles. Aun así, tus gatos son tan fuertes y nobles que sé que sobreviviréis.

La atigrada pareció desconcertada, y Corazón de Fuego pensó que era lógico. La antigua Estrella Azul jamás habría pasado por alto la amenaza que encerraban las palabras de Estrella Leopardina.

Estrella de Tigre avanzó para situarse junto a la gata gris.

—Antes de amenazar al Clan del Viento, piénsalo con cuidado, Estrella Azul —le advirtió—. Nunca habrá paz en el bosque si…

Ella le enseñó los dientes gruñendo, con el pelaje erizado de furia.

—¡No me hables de paz! —bufó—. Te he dicho que te mantuvieras al margen de esto. A menos que te hayas aliado con ese ladrón de ahí.

Estrella Alta se acercó a la enfurecida líder, y Corazón de Fuego supuso que Estrella Azul estaba haciendo un gran esfuerzo para no lanzarse a la yugular de la gata.

—Si quieres pelea, la tendrás, Estrella Azul —gruñó, y sin esperar respuesta, bajó de la roca de un salto.

Estrella de Tigre intercambió una mirada con Estrella Leopardina, y ambos siguieron al líder del Clan del Viento, dejando sola a Estrella Azul. Corazón de Fuego miró de nuevo hacia el cielo, incapaz de creer que el Clan Estelar permaneciera impasible. ¿Significaría eso que el Clan Estelar deseaba una guerra entre clanes?

Cuando Estrella Azul descendió de la roca, el lugarteniente miró alrededor en busca de sus guerreros.

—Nimbo —le ordenó con urgencia—, localiza a tantos de nuestros guerreros como puedas y mándalos al pie de la Gran Roca. Estrella Azul necesitará una escolta.

Su aprendiz asintió y desapareció entre la multitud. Corazón de Fuego vio cómo Pedrizo se abría paso entre los congregados hacia Látigo Gris.

—¿Estás listo? —maulló el lugarteniente del Clan del Río—. Estrella Leopardina quiere partir de inmediato.

—Sí —respondió el guerrero gris, poniéndose en pie. Le tembló la voz al añadir—: Adiós, Corazón de Fuego.

—Adiós —contestó.

Había muchas cosas que quería decir, pero de nuevo tuvo que afrontar el hecho de que su amigo pertenecía a otro clan y de que la próxima vez que se vieran podría ser en un combate.

Antes de que los dos gatos del Clan del Río se marcharan, Corazón de Fuego buscó desesperadamente las palabras adecuadas para dirigirse a Pedrizo.

—Felicidades —le dijo por fin—. Me alegra saber que Estrella Leopardina te ha escogido como lugarteniente. El Clan del Trueno no quiere problemas, ¿lo sabes, verdad?

Pedrizo le sostuvo la mirada.

—Yo tampoco —maulló—. Pero en ocasiones los problemas llegan sin quererlos.

Corazón de Fuego los observó mientras se encaminaban al borde del claro, y advirtió, con un sobresalto, que otro gato tenía los ojos clavados en el lugarteniente del Clan del Río. ¡Estrella de Tigre, nada menos! Se preguntó qué significaría la mirada pensativa del atigrado. ¿Estaría evaluando a un futuro aliado? ¿O sospechaba que Pedrizo era uno de los cachorros de los que había hablado Tabora, los que procedían del Clan del Trueno? Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que Tabora había criado a Pedrizo y Vaharina, de modo que Estrella de Tigre no tardaría en comprender quién era su verdadera madre. Los dos hermanos se parecían muchísimo a Estrella Azul.

Corazón de Fuego estaba tan absorto que tardó unos instantes en darse cuenta de que el gato sentado en las sombras junto a Estrella de Tigre era Cebrado. Claro, era lógico que el amigo más antiguo del atigrado lo hubiera buscado en la Asamblea, pero no le hacía ninguna gracia. Todavía no estaba seguro de la lealtad de Cebrado.

Se levantó de un salto y se dirigió hacia ellos. Al acercarse, oyó que Estrella de Tigre le preguntaba a su compañero:

—¿Mis hijos están bien?

—Muy bien. Se están haciendo grandes y fuertes… sobre todo Pequeño Zarzo.

—¡Cebrado! —lo interrumpió Corazón de Fuego—. La Asamblea ha concluido, ¿o es que no te has enterado? Estrella Azul querrá partir enseguida.

—No te sulfures, Corazón de Fuego —repuso con tono insolente—. Ya voy.

—Vamos, Cebrado, no debes hacer esperar a tu lugarteniente —maulló Estrella de Tigre, inclinando la cabeza ante Corazón de Fuego; su mirada ámbar era cuidadosamente neutra.

El lugarteniente cruzó el claro para reunirse con Estrella Azul, con Cebrado a la zaga. El resto de los guerreros del Clan del Trueno estaban apiñados alrededor de la líder, resguardándola de las miradas hostiles y las murmuraciones del Clan del Viento. Los ojos azules de la gata seguían centelleando desafiantes, y Corazón de Fuego comprendió con desazón que la guerra entre ambos clanes podría no estar lejos.



11

El sol se elevaba sobre los árboles cuando Corazón de Fuego salió de la guarida de los guerreros. Tras sacudirse un trozo de hoja del pelo, inspiró el aire frío y estiró las patas delanteras.

Después de la Asamblea de la noche anterior, casi se sorprendió al ver que la vida del campamento se desarrollaba como de costumbre. Ceniciento y Nimbo estaban atareados rellenando con palitos el muro exterior. Flor Dorada y Sauce observaban a sus cachorros desde la entrada de la maternidad, donde Centellina se había detenido a jugar con ellos. Y Tormenta Blanca estaba entrando en el claro con la boca llena de carne fresca. Corazón de Fuego podía notar la tensión en el aire, pero de momento sus temores a un ataque parecían haber quedado en nada.

Miró alrededor buscando a Tormenta de Arena, que había encabezado la patrulla del alba, pero por lo visto aún no había regresado. La guerrera no había formado parte de los asistentes a la Asamblea, y Corazón de Fuego anhelaba contarle lo que había sucedido.

—¡Corazón de Fuego! —Era Estrella Azul, que estaba cruzando el claro desde su guarida.

—¿Qué ocurre?

La gata hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos a mi guarida. Tenemos que hablar.

Mientras la seguía, el joven reparó en sus nerviosos pasos y en las sacudidas de su cola. Daba la impresión de que estuviera a punto de librar una batalla, aunque no había ningún enemigo a la vista.

Al llegar a la cueva, la gata gris se dirigió a su lecho y se sentó allí frente a Corazón de Fuego.

—Anoche oíste al hipócrita de Estrella Alta —bufó—. Se negó a admitir que sus gatos han estado robando nuestras presas, de modo que sólo hay una cosa que el Clan del Trueno pueda hacer. ¡Debemos atacar!

El joven gato se quedó boquiabierto.

—Pe… pero, Estrella Azul —tartamudeó—, ¡no podemos hacer eso! Nuestro clan no está lo bastante fuerte. —Recordó que podrían tener cuatro guerreros más si la líder hubiera accedido a ascender a los aprendices, pero no se atrevió a mencionarlo—. No podemos permitirnos tener guerreros heridos, o incluso muertos.

La gata clavó sus ojos en él con fiera hostilidad.

—¿Estás diciendo que el Clan del Trueno es demasiado débil para defenderse?

—Defenderse es muy distinto de lanzar un ataque. Además, no hay auténticas pruebas de que el Clan del Viento haya robado…

Estrella Azul enseñó los colmillos. Se le erizó el pelo al levantarse y dar un paso amenazador hacia el lugarteniente.

—¿Me estás cuestionando? —gruñó.

Corazón de Fuego aguantó el tipo con esfuerzo.

—No quiero un derramamiento de sangre innecesario —dijo quedamente—. Todos los indicios nos dicen que hay un perro suelto en el bosque y que es él quien ha estado cazando conejos.

—¡Y yo te digo que los perros no se pasean por ahí solos! Vienen y se van con sus Dos Patas.

—Entonces, ¿de dónde procede el olor a perro?

—¡Silencio! —Estrella Azul blandió una zarpa, y no hirió a Corazón de Fuego en la nariz por los pelos. El joven intentó no moverse—. Viajaremos esta noche y atacaremos al Clan del Viento al amanecer.

Al lugarteniente le dio un vuelco el corazón. Para un guerrero era un honor luchar por su clan, pero nunca se había visto ante una batalla tan injusta como la que proponía su líder. No quería que se derramara sangre de ningún clan sin una buena razón.

—¿Me has oído, Corazón de Fuego? Escoge a los guerreros y dales las órdenes necesarias. Deben estar preparados para cuando se ponga la luna.

Sus ojos eran llamas azules, y el joven casi temió que pudieran convertirlo en un montón de cenizas, al igual que el incendio que había destruido el bosque.

—Sí, Estrella Azul, pero… —empezó.

—¿Acaso tienes miedo del Clan del Viento? —le espetó la vieja líder—. ¿O es que estás tan acostumbrado a achicarte ante el Clan Estelar que no deseas desafiarlo para luchar por los derechos de tu clan? —Se encaminó a un extremo de la guarida, dio media vuelta y retrocedió de nuevo para acercar la cara a su lugarteniente—. Me decepcionas, tú, precisamente. ¿Cómo voy a creer que combatirás con todas tus fuerzas si cuestionas mis órdenes de esta manera? —bufó—. No me dejas opción, Corazón de Fuego. Yo misma dirigiré el ataque.

El joven parpadeó desconcertado. Estrella Azul estaba envejeciendo y perdiendo fuerza, se hallaba en su última vida, no pensaba con claridad. Pero frente a su furia fue incapaz de decir nada y se limitó a bajar la cabeza respetuosamente.

—Como prefieras, Estrella Azul.

—Entonces ve a hacer lo que te he ordenado.

La líder mantuvo su fiera mirada clavada en el joven mientras éste salía de la guarida.

—Vendrás con nosotros, pero recuerda que estaré observándote —gruñó a sus espaldas.

Una vez en el claro, Corazón de Fuego se estremeció como si acabara de emerger de aguas heladas. Su obligación era elegir a los guerreros para el ataque al Clan del Viento y explicarles las órdenes de Estrella Azul, para que estuviesen listos para partir en cuanto se escondiera la luna. Sin embargo, todos y cada uno de sus pelos protestaban por aquello. Era un perro el que había robado los conejos, no el Clan del Viento. ¡El Clan Estelar no podía querer que se atacara a un clan inocente! Estrella Azul estaba completamente equivocada.

Sus pasos lo llevaron a la guarida de Carbonilla. A lo mejor ella podía aconsejarlo. Con su sabiduría y su vínculo especial con el Clan Estelar, quizá la curandera podría ver el mejor camino a seguir. Pero cuando llegó al claro de Carbonilla y la llamó no obtuvo respuesta. Se asomó por la grieta de la roca: la guarida estaba vacía, excepto por los pulcros montones de hierbas a lo largo de una pared.

Al salir por el túnel de helechos, no muy seguro de qué hacer a continuación, vio a Espino cargado con musgo para el lecho de los veteranos. El aprendiz dejó su carga en el suelo al verlo y maulló:

—Carbonilla ha salido a recolectar hierbas, Corazón de Fuego.

—¿Adónde? —preguntó él. Si era cerca del campamento, podría ir a buscarla.

Pero Espino se encogió de hombros.

—No lo sé, lo siento. —Y recogió el musgo para seguir su camino.

Corazón de Fuego se quedó allí unos instantes, con la cabeza dándole vueltas de temor y confusión. No podía pedir consejo a ningún otro gato, porque un lugarteniente jamás debía poner en duda las órdenes de su líder. Ni siquiera podía hablar con Tormenta de Arena, por mucho que lo quisiera, porque el código guerrero la obligaba a obedecer a su líder. Sólo quedaba una esperanza.

Se encaminó despacio a la guarida de los guerreros y se encontró con Pecas, que estaba saliendo en ese momento.

—Voy a dormir un poco —explicó Corazón de Fuego al percibir su mirada inquisitiva—. Quiero estar fresco para la patrulla nocturna. —Se sintió incapaz de contarle lo que en realidad estaba planeado para esa noche.

Los ojos de Pecas se dulcificaron, comprensivos.

—Pareces un poco cansado —maulló—. Estás trabajando demasiado, Corazón de Fuego.

La gata le dio un lametazo en la oreja y se dirigió al montón de carne fresca. Para su alivio, no había ningún otro guerrero en la guarida, así que no tuvo que responder a más preguntas mientras se ovillaba sobre musgo y helecho. Si lograba dormir un poco, a lo mejor conseguía contactar con Jaspeada y pedirle que lo guiara.

Entonces recordó su anterior sueño, cuando buscaba a Jaspeada en la oscuridad de un temible bosque sin dar con ella.

—Oh, Jaspeada, ven a mí ahora —murmuró—. Te necesito, tengo que averiguar qué quiere el Clan Estelar que haga.

Se hallaba en la frontera del territorio del Clan del Viento, contemplando la extensión de páramo desierto. Una fría brisa ondulaba la hierba, alborotando el pelo del joven lugarteniente. El páramo estaba limitado por una misteriosa luz que ocultaba el horizonte y las tierras a espaldas de Corazón de Fuego. Éste miraba hacia atrás, esperando ver los robles de los Cuatro Árboles —aunque no recordaba haber atravesado el bosque—, pero no había nada más que aquel débil resplandor amarillo. No se veía ningún gato.

—¿Jaspeada? —maullaba vacilante.

No había respuesta, pero creía percibir un leve rastro del dulce aroma de la gata que siempre anunciaba su presencia. Se ponía tenso, alzando la cabeza y abriendo la boca para absorber el adorado olor.

—¡Jaspeada! —repetía—. Por favor, ven… te necesito muchísimo.

Lo invadía una súbita calidez, y una delicada voz le susurraba:

—Estoy aquí, Corazón de Fuego.

Sentía que Jaspeada estaba detrás de él y que si giraba la cabeza la vería. Pero no podía moverse. Era como si lo inmovilizaran unas frías mandíbulas, forzándolo a mirar el páramo barrido por el viento.

Mientras permanecía inmóvil, percibía poco a poco que Jaspeada no estaba sola. Hasta su nariz llegaba otro olor, dolorosamente familiar.

—¿Fauces Amarillas? —musitaba—. ¿Eres tú?

Notaba en el pelo un leve suspiro y creía oír el ronco ronroneo de Fauces Amarillas.

—¡Oh, Fauces Amarillas! —exclamaba—. Cuánto te he echado de menos. ¿Te encuentras bien? ¿Has visto lo bien que lo está haciendo Carbonilla?

Las palabras le salían a borbotones de la emoción, contento de reunirse con su vieja amiga, pero no había respuesta, aunque le parecía que el ronroneo se volvía más intenso.

Entonces la voz de Jaspeada le susurraba suavemente al oído:

—Te he traído aquí por una razón, Corazón de Fuego. Mira este lugar; recuérdalo. Aquí es donde no se librará una batalla, donde no se derramará sangre.

—Entonces dime cómo impedirlo —suplicaba él, consciente de que la gata se refería a los planes de Estrella Azul.

Pero no había respuesta, sólo un breve suspiro que se desvanecía en el viento. La parálisis que lo atenazaba comenzaba a desaparecer y Corazón de Fuego se volvía en redondo, pero Jaspeada y Fauces Amarillas se habían marchado. Olisqueaba el aire, ansioso por percibir el último rastro de su aroma, pero no había nada.

—¡Jaspeada! —aullaba—. ¡Fauces Amarillas! ¡No os vayáis!

La luz empezaba a cambiar, para convertirse en la habitual luz diurna de una mañana otoñal; y, en vez del páramo, Corazón de Fuego vio sobre él un desigual entramado de ramas contra el cielo: la cubierta de la guarida de los guerreros dañada por el incendio. Estaba de costado sobre el musgo, resollando.

—¿Corazón de Fuego? —preguntó una voz angustiada a sus espaldas, y al volverse se encontró con Tormenta de Arena.

La gata le lamió las orejas.

—¿Estás bien?

—Sí… sí. Estoy bien. —Se incorporó a duras penas y agitó las orejas para sacudirse los restos de musgo—. Sólo estaba soñando, nada más.

—Te estaba buscando —maulló Tormenta de Arena—. No hemos visto nada sospechoso en la patrulla del alba. Musaraña me ha contado lo que sucedió en la Asamblea. Y el montón de carne fresca está prácticamente vacío. He pensado que podríamos ir a cazar.

—No puedo, ahora mismo no. Tengo cosas que hacer. Pero puedes organizar una partida de caza; sería estupendo.

La guerrera se quedó mirándolo mientras su expresión preocupada se desvanecía.

—Vale, muy bien, si estás demasiado ocupado… —Sonó ofendida, pero Corazón de Fuego no sabía cómo explicarse—. Me llevaré a Pecas y Fronde Dorado.

La gata se levantó y salió de la guarida sin mirarlo de nuevo.

Corazón de Fuego se lamió una pata y se la pasó por la cara, aferrándose al preciado recuerdo de su sueño. «No se librará una batalla, no se derramará sangre», se repitió. ¿Estaría Jaspeada intentando decirle que no se inquietara? ¿Que de algún modo el Clan Estelar impediría el enfrentamiento? ¿O estaba diciéndole que era él quien debía encargarse de que no se derramara sangre?

Se sintió tentado de dejarlo todo en manos del Clan Estelar. ¿Qué podía hacer él, cuando su líder le había dado órdenes concretas? Pero, si obedecía a Estrella Azul, ¿no estaría yendo en contra de la voluntad del Clan Estelar? Y más aún, ¿contra todos sus instintos de lo que era correcto para su clan?

Corazón de Fuego tomó una decisión. Fuera lo que fuese lo que tuviera que hacer, el Clan del Trueno no debía luchar contra el Clan del Viento.



12

Corazón de Fuego se dispuso a salir rápidamente del campamento, con la esperanza de que ningún gato lo viera y le preguntase adónde iba. El código guerrero decía que las órdenes del líder de un clan debían obedecerse sin rechistar. Hasta ahora, Corazón de Fuego siempre había aceptado eso. Jamás había imaginado que alguna vez desobedecería, pero había llegado la hora en que debía desafiar las órdenes de su líder o contemplar la destrucción de su clan. La única forma que veía de evitar la batalla era que Estrella Alta y Estrella Azul se reunieran para hablar sobre las pruebas de presas robadas en sus dos territorios. En cuanto Estrella Azul comprendiera que el Clan del Viento estaba sufriendo del mismo modo que el Clan del Trueno, Corazón de Fuego estaba seguro de que suspendería el ataque.

Ignoraba qué haría la líder después de eso si descubría que él había ido a ver a Estrella Alta sin su permiso. Ojalá entendiese que lo había hecho por el bien de su clan.

En la entrada del túnel de aulagas, se volvió para echar un último vistazo al campamento. Vio a Centellina practicando la posición de caza por su cuenta delante de la guarida de los aprendices. La gata se aproximó sigilosamente a una hoja seca y saltó sobre ella para atraparla con las zarpas extendidas.

—¡Bien hecho! —exclamó el lugarteniente.

Centellina levantó la vista con ojos brillantes.

—¡Gracias, Corazón de Fuego!

Él asintió con la cabeza y se internó en el túnel de aulagas. El breve intercambio con Centellina había reforzado su decisión: el entusiasmo de la joven aprendiza representaba lo que era importante en el clan. No podía permitir que eso fuera destruido.

Cuando el sol llegó a su cénit, Corazón de Fuego estaba acercándose al arroyo que había de camino a los Cuatro Árboles. Hizo un alto para descansar. Con tanta ansiedad y confusión, no se había parado a comer antes de salir del campamento, y un ruido en el sotobosque le recordó el hambre que tenía. Adoptó la posición de acecho, pero tras unos segundos advirtió que el sonido no procedía de una posible presa. Entrevió un conocido pelaje oscuro y captó el olor de gatos del Clan del Trueno.

Desconcertado, se pegó al suelo detrás de una mata de helechos. No había mandado ninguna

patrulla en aquella dirección, de modo que ¿por qué aquellos gatos estaban allí? Entonces se separó la maleza y apareció Cebrado, maullando por encima del hombro:

—Seguidme. Intentad ir a mi ritmo, ¿podréis?

Dos pequeñas figuras surgieron entre los helechos. A Corazón de Fuego se le salieron los ojos de las órbitas al reconocer a los dos cachorros de Flor Dorada. Pequeño Zarzo dio un salto para atrapar una hoja caída, mientras Pequeña Trigueña lo seguía más despacio.

—Estoy cansada. Me duelen las zarpas —se quejó la gatita.

—¿Qué? —replicó Cebrado—. ¿Una cachorrita fuerte como tú? No seas boba. Ya no está lejos.

«¿Qué es lo que no está lejos? —se preguntó Corazón de Fuego alarmado—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera y adónde llevas a esos cachorros?». Esperó ver a Flor Dorada con ellos —seguro que sus hijos nunca habían estado tan lejos de la maternidad—, pero no había ni rastro de la gata.

Pequeño Zarzo corrió hasta su hermana y le dio un empujoncito.

—Venga… —la animó—. ¡Valdrá la pena!

Los dos gatitos siguieron deprisa a Cebrado hasta un punto poco profundo del arroyo. Lo vadearon, chillando de miedo y emoción mientras el agua les mojaba las patas. Una vez al otro lado del arroyo, Cebrado giró en dirección contraria a los Cuatro Árboles, tomando una vereda más estrecha que serpenteaba entre los árboles. Corazón de Fuego sintió una oleada de indignación. Sabía perfectamente adónde conducía ese camino. Cebrado estaba guiando a los cachorros a la frontera con el Clan de la Sombra.

Esperó a que el grupo ascendiese la ladera que había después del arroyo antes de atreverse a salir de entre los helechos y seguirlos. Cuando los vio de nuevo, estaban aproximándose a la frontera. Lo alcanzó el intenso hedor del Clan de la Sombra, y advirtió que los cachorros se detenían a olfatear el aire.

—Puaj, ¿qué es eso? —exclamó Pequeña Trigueña.

—¿Es un zorro? —preguntó Pequeño Zarzo.

—No; es el olor del Clan de la Sombra —les explicó Cebrado—. Vamos, que casi hemos llegado.

Llevó a los cachorros al otro lado de la frontera, mientras la gatita se quejaba de que aquel espantoso olor se le estaba pegando a las patas.

Cada vez más furioso, Corazón de Fuego se ocultó en un arbusto espinoso justo en el lado del Clan del Trueno, desde donde podría observar sin ser visto.

Cebrado se había detenido cerca de allí. Los cachorros se derrumbaron sobre la hierba, agotados, pero se levantaron de un brinco un instante después, cuando hubo un sonido en una mata de helechos, por la que apareció otro gato…

¡Estrella de Tigre!

Corazón de Fuego dio un respingo, pero en realidad se lo esperaba. Había supuesto que Cebrado podría intentar ganarse el favor de Estrella de Tigre llevándole a sus hijos para que los viera, pero la repentina aparición del líder del Clan de la Sombra indicaba que el encuentro estaba planeado.

Se preguntó si Flor Dorada estaría al tanto. La gata no estaba allí con sus cachorros, de modo que a lo mejor ignoraba que se habían ido con Cebrado. Quizá incluso creyera que se habían perdido.

«Debe de estar loca de inquietud», pensó. Tensó los músculos, listo para saltar y encararse a Cebrado, pero se quedó en su escondrijo y se obligó a concentrarse en la escena.

Estrella de Tigre avanzó —sus músculos se marcaban bajo su oscuro pelaje atigrado— hasta colocarse frente a sus dos hijos. Los examinó durante un momento y luego bajó la cabeza para entrechocar narices con ellos, primero con Pequeño Zarzo y luego con Pequeña Trigueña. Aunque jamás habían tenido delante a un gato tan grande, ambos cachorros aguantaron el tipo con valentía y le sostuvieron la mirada sin pestañear.

—¿Sabéis quién soy? —maulló Estrella de Tigre.

—Cebrado ha dicho que nos llevaría a conocer a nuestro padre —contestó Pequeño Zarzo.

—¿Eres tú nuestro padre? —quiso saber Pequeña Trigueña—. Hueles un poquito como nosotros.

Estrella de Tigre asintió.

—Sí.

Los cachorros intercambiaron una mirada de asombro cuando Cebrado añadió:

—Éste es Estrella de Tigre, el líder del Clan de la Sombra.

Se les pusieron los ojos como platos, y Pequeño Zarzo exclamó casi sin aliento:

—¡Uau! ¿De verdad eres líder de un clan?

Estrella de Tigre asintió con la cabeza y Pequeña Trigueña maulló emocionada:

—¿Por qué no podemos ir a vivir contigo en tu clan? Debes de tener una guarida muy bonita.

El gran atigrado negó con la cabeza.

—De momento, vuestro lugar está con vuestra madre —respondió—. Pero eso no significa que yo no esté orgulloso de vosotros. —Volviéndose hacia Cebrado, añadió—: Parecen cachorros sanos y fuertes. ¿Cuándo se convertirán en aprendices?

—Dentro de una luna más o menos. Es una lástima que yo ya tenga una aprendiza; de lo contrario, podría ser el mentor de uno de tus hijos.

Corazón de Fuego hundió las garras en la tierra mientras lo recorría una oleada de rabia. «¡Estrella Azul y yo elegimos a los mentores, Cebrado, no tú! —Casi escupió esas palabras en voz alta—. Y tú eres el último al que escogeríamos».

Estrella de Tigre se volvió hacia sus cachorros.

—¿Sabéis cazar? —les preguntó—. ¿Y pelear? ¿Queréis ser buenos guerreros?

Los dos gatitos asintieron briosamente.

—¡Yo voy a ser el mejor guerrero del clan! —fanfarroneó Pequeño Zarzo.

Pequeña Trigueña no quería a ser menos que su hermano.

—¡Y yo, la mejor cazadora!

—Bien, bien. —Estrella de Tigre les dio un breve lametón en la cabeza.

Corazón de Fuego no pudo evitar acordarse de Látigo Gris y de cómo su amigo había abandonado su clan de nacimiento para poder estar con sus amados hijos. ¿Sería posible que Estrella de Tigre estuviera sufriendo igualmente por estar separado de sus cachorros?

Pero luego se le heló la sangre cuando Pequeño Zarzo preguntó:

—Estrella de Tigre, ¿por qué eres el líder del Clan de la Sombra cuando nuestra madre es del Clan del Trueno?

—¿No lo saben? —le preguntó Estrella de Tigre a Cebrado, y éste negó con la cabeza—. Bien —maulló, volviéndose hacia los cachorros—. Ésa es una larga historia. Sentaos y os la contaré.

Corazón de Fuego comprendió que era el momento de interrumpirlos. Lo último que quería era que Estrella de Tigre les contase un relato tendencioso de por qué había dejado el Clan del Trueno. Una cosa era segura: jamás admitiría ser un asesino y un traidor.

Tras ponerse en pie, el lugarteniente salió del abrigo del arbusto espinoso.

—Buenos días, Estrella de Tigre —maulló—. Estás muy lejos de tu campamento. Y tú también, Cebrado —añadió con tono más cortante—. ¿Qué estás haciendo aquí con estos cachorros?

Tuvo la satisfacción de ver que ambos se quedaban atónitos ante su aparición. Lo miraron boquiabiertos mientras los cachorros saltaban sobre la hierba para ir a su encuentro.

—¡Éste es nuestro padre! —anunció Pequeña Trigueña entusiasmada—. Hemos venido a conocerlo.

—¿Por qué nadie nos había dicho que era líder de un clan? —quiso saber Pequeño Zarzo.

Corazón de Fuego no deseaba responder a esa pregunta, así que se encaró a Cebrado entornando los ojos.

—¿Y bien?

—¿Cómo has sabido que estábamos aquí? —le espetó el guerrero.

—Os he visto cruzando el arroyo. Hacíais el ruido suficiente para despertar a todo el bosque.

—Corazón de Fuego. —Estrella de Tigre inclinó la cabeza, con el cortés saludo de un líder al lugarteniente de otro clan. No había hostilidad en su tono—. Cúlpame a mí, no a Cebrado. Quería ver a mis hijos. Tú no me negarías eso, ¿verdad?

—Todo eso está muy bien —contestó Corazón de Fuego confundido—, pero Cebrado no debería habérselos llevado sin permiso. Es peligroso dejar que los cachorros deambulen tan lejos del campamento. —«Especialmente con ese perro suelto por el bosque», añadió para sus adentros.

—No estaban deambulando… están conmigo —protestó Cebrado.

—¿Y si ataca un halcón? Algunas zonas del bosque todavía ofrecen poca protección. ¿Ya te has olvidado de Copito de Nieve? —Uno de los cachorros soltó un gemido, y Corazón de Fuego enmudeció; no quería asustarlos—. Llévatelos de vuelta al campamento, Cebrado. Ahora mismo.

El guerrero intercambió una mirada con Estrella de Tigre y se encogió de hombros. Luego les dijo a los gatitos:

—Vamos. Corazón de Fuego ha hablado y nosotros debemos obedecer.

Los dos pequeños se separaron de su padre para reunirse con Cebrado.

—Despedíos de vuestro padre antes de partir —dijo el lugarteniente, obligándose a emplear un tono amigable—. Volveréis a verlo cuando seáis aprendices y podáis asistir a las Asambleas.

Los dos cachorros se volvieron para despedirse.

—Adiós —contestó Estrella de Tigre—. Trabajad duro y yo estaré orgulloso de vosotros.

Corazón de Fuego y él se quedaron inmóviles mientras Cebrado guiaba a los gatitos ladera abajo y a través del arroyo. Cuando desaparecieron en el sotobosque, el líder maulló:

—Cuida de esos cachorros, Corazón de Fuego. Estaré vigilándolos.

El joven tenía el corazón desbocado. Cuando había descubierto la traición del anterior

lugarteniente, éste amenazó con matarlo. Ahora volvían a estar a solas, sin ayuda cerca si el flamante líder del Clan de la Sombra lo atacaba. Tensó los músculos, pero Estrella de Tigre no hizo ningún movimiento hacia él.

—Me aseguraré de que estén bien atendidos —maulló—. Estoy seguro de que serán leales a su clan. El Clan del Trueno cuida de todos sus cachorros.

—¿En serio? —Estrella de Tigre entornó sus ojos ámbar—. Me alegra oírlo.

Con un sobresalto, Corazón de Fuego recordó que Estrella de Tigre sabía lo de los cachorros que había criado Tabora. Esperó a que el atigrado lo desafiara a tocar ese tema, pero éste no le hizo ninguna pregunta, aunque su mirada de complicidad lo dejó helado. Era como si el líder supiera que él podía revelarle ciertas cosas.

Pero Estrella de Tigre inclinó la cabeza y maulló:

—Volveremos a vernos en la próxima Asamblea. Ahora debo regresar con mi clan. —Y dio media vuelta para alejarse.

Corazón de Fuego se aseguró de que se había ido de verdad antes de ponerse en marcha, siguiendo la frontera hacia los Cuatro Árboles. Por mucho que odiara admitirlo, no creía que Cebrado hubiese hecho algo realmente malo al sacar a los cachorros de la maternidad. Él mismo habría tenido que acabar por contarles que su padre era el líder del Clan de la Sombra. Y Estrella de Tigre había actuado con más sensatez de la esperada.

Así pues, Corazón de Fuego apartó con firmeza ese episodio de su mente. Se estaba agotando el tiempo. Antes de que se pusiera el sol tenía que hablar con Estrella Alta y encontrar la forma de resolver la disputa por las presas robadas.



13

Corazón de Fuego iba corriendo de una mata de aulagas a la siguiente mientras atravesaba el páramo en dirección al campamento del Clan del Viento. Corría con la barriga pegada a la corta hierba, intentando mantenerse fuera de la vista y echando de menos el frondoso sotobosque de su propio territorio. La última vez que había visitado el campamento vecino, cuando el Clan del Trueno ayudó al del Viento en una batalla contra los otros dos clanes, no había tenido la necesidad de ocultarse. Ahora no se atrevía a dar señales de su presencia hasta llegar a Estrella Alta, o hasta encontrar a algunos gatos que pudiese considerar amigos… eso si seguían siendo amigables con él, después de la reciente y desastrosa Asamblea.

Lo rodeaba el olor del Clan del Viento, pero hasta el momento no había visto a ningún gato. El sol ya casi había terminado de cruzar el cielo, pero procuró no pensar en eso. El pánico lo acechaba cada vez que recordaba el poco tiempo que quedaba para que Estrella Azul lanzara su ataque.

Estaba cruzando uno de los arroyos poco profundos del páramo —saltando de una roca a otra—, cuando captó un fuerte olor a Clan del Viento, junto con olor a conejo.

El estómago le rugió de hambre, pero no le hizo caso. De ninguna manera iba a atrapar una presa del Clan del Viento… Además, olía como si hubiera un grupo de caza no muy lejos de allí. Tras internarse en una mata de helechos al borde del agua, buscó cautelosamente el origen del olor.

Tres gatos se encaminaban hacia él bordeando el arroyo. En cabeza iba su viejo amigo Bigotes, y Corazón de Fuego se sintió más animado. Erguino acompañaba a su mentor; ambos llevaban conejos. Pero a Corazón de Fuego se le cayó el alma a los pies al ver que el tercer gato era Enlodado: el oscuro guerrero moteado que había impedido el paso a Estrella Azul cuando ella intentaba cruzar el territorio del Clan del Viento para llegar a las Rocas Altas. Ese gato jamás le permitiría llevar su mensaje a Estrella Alta.

No obstante, parecía que la suerte —o el favor del Clan Estelar— estaba de su lado, ya que, al llevar las presas entre las fauces, los gatos del Clan del Viento no captaron su olor a Clan del Trueno, aunque pasaron a apenas unas colas de donde se encontraba. Entonces Erguino, que cargaba a duras penas con un conejo casi tan grande como él, se paró para agarrar mejor la presa y se quedó algo rezagado.

Corazón de Fuego aprovechó la oportunidad.

—¡Erguino!

El joven gato levantó la cabeza con las orejas tiesas.

—Aquí, en los helechos.

El aprendiz se volvió y abrió unos ojos como platos al ver que Corazón de Fuego asomaba la cabeza entre las resecas frondas. Abrió la boca, pero el lugarteniente le indicó que guardara silencio.

—Escúchame, Erguino —maulló quedamente—. Quiero que le digas a Bigotes que estoy aquí, pero sin que Enlodado se entere, ¿de acuerdo?

El aprendiz vaciló, aún desconcertado, y Corazón de Fuego lo apremió:

—Tengo que hablar con él. Es importante para nuestros dos clanes. Debes confiar en mí.

Erguino advirtió la ansiedad de su voz y, tras una pequeña pausa, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Corazón de Fuego. Espera aquí.

Recogió el conejo y corrió en pos de los dos guerreros. Corazón de Fuego se ocultó entre los helechos y se agazapó allí a esperar. Al cabo de un rato oyó que un gato se acercaba y susurraba:

—¿Corazón de Fuego? ¿Eres tú?

Aliviado, reconoció la voz de Bigotes. Se asomó cuidadosamente entre los helechos y se incorporó en cuanto vio que su amigo estaba solo.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó—. Creía que no ibas a venir.

—Será mejor que esto sea por algo importante, Corazón de Fuego —maulló Bigotes. Lo miraba con dureza, sin rastro de su habitual cordialidad—. Me ha costado deshacerme de Enlodado. Si él supiera que estás en nuestro territorio te haría picadillo, y lo sabes. —Se acercó al lugarteniente—. Estoy jugándome el pellejo por ti —gruñó—. Espero que valga la pena.

—Vale la pena, te lo aseguro. He venido a decirte que necesito hablar con Estrella Alta. Es importante —añadió, pues Bigotes seguía mirándolo sin pestañear.

Durante unos segundos, temió que su amigo se negara, o incluso que lo atacara para echarlo del territorio del Clan del Viento.

Sin embargo, Bigotes habló por fin y, para alivio de Corazón de Fuego, sonaba menos hostil, como si empezara a comprender la urgencia de su petición.

—¿De qué se trata? Estrella Alta me desollará si llevo a un guerrero del Clan del Trueno al campamento sin una buena razón.

—No puedo contártelo, Bigotes. No puedo contárselo a nadie excepto a Estrella Alta. Pero, créeme, es por el bien de nuestros clanes.

Bigotes dudó una vez más.

—Yo no haría esto por ningún gato excepto por ti, Corazón de Fuego —maulló por fin.

Tras dar media vuelta, le hizo una señal con la cola y emprendió la marcha por el páramo.

Corazón de Fuego corrió detrás de él. Bigotes se detuvo en lo alto de una pendiente a mirar el campamento del Clan del Viento, a sus pies. El sol poniente proyectaba largas sombras sobre las aulagas que bordeaban la hondonada. Mientras los dos amigos estaban allí, una patrulla pasó por su lado. Corazón de Fuego notó sus miradas, en las que se mezclaban curiosidad y hostilidad.

—Vamos —maulló Bigotes.

Descendió a través de los duros tallos de aulaga hasta un claro arenoso en mitad de los arbustos.

Al salir por una estrecha abertura entre las espinosas ramas, Corazón de Fuego vio a Estrella Alta en un extremo del claro, cerca de un montón de carne fresca. Estaba rodeado de guerreros. Fue el lugarteniente Rengo el que primero levantó la vista; entonces dio un toque a su líder y le dijo algo al oído a toda prisa.

Estrella Alta se puso en pie y cruzó el claro hasta donde aguardaban Corazón de Fuego y Bigotes. Rengo fue tras él, seguido por otros gatos. Corazón de Fuego reconoció a Cascarón, el curandero del clan, y a Enlodado, que enseñaba los colmillos gruñendo.

—Bien, Bigotes. —La voz de Estrella Alta sonó neutra; no revelaba nada—. ¿Por qué has traído a Corazón de Fuego aquí?

Bigotes inclinó la cabeza.

—Dice que tiene que hablar contigo.

—¿Y eso significa que puede venir a nuestro campamento como si nada? —bufó Enlodado—. ¡Pertenece a un clan enemigo!

Estrella Alta agitó la cola, indicándole a Enlodado que guardara silencio, mientras miraba al intruso.

—Aquí estoy —se limitó a decir—. Habla.

Corazón de Fuego miró alrededor. Los curiosos se iban sumando, a medida que los gatos se enteraban de su inesperada presencia.

—Lo que tengo que decir no es para todos los oídos, Estrella Alta —repuso.

Creyó oír un leve gruñido en la garganta del líder, pero éste asintió despacio.

—Muy bien. Iremos a mi guarida. Rengo, ven con nosotros… y tú, Bigotes.

Dio media vuelta para ir hacia la roca que había en el extremo más alejado del claro, con la cola bien erguida, mientras los dos guerreros conducían a Corazón de Fuego tras él.

La guarida de Estrella Alta estaba resguardada por un profundo saliente rocoso, lejos del claro principal. El líder entró y se acomodó en un lecho de brezo, ante Corazón de Fuego.

—¿Y bien? —maulló.

Las sombras iban invadiendo la guarida y el joven percibía, más que veía, las formas de los gatos que lo flanqueaban. La tensión era palpable, como si estuvieran esperando la mínima excusa para atacarlo. Durante el trayecto a través del páramo había pensado en qué diría, pero aún no tenía muy claro si conseguiría convencer a Estrella Alta de que había un modo de evitar el ataque de Estrella Azul.

—Ya sabes que Estrella Azul está descontenta por la pérdida de presas —empezó.

Al líder del Clan del Viento se le erizó el lomo.

—¡El Clan del Viento no ha robado presas de vuestro clan! —espetó.

—Nosotros también hemos encontrado restos de conejos —intervino Rengo, pegando casi el hocico a la cara de Corazón de Fuego—. ¿Estás seguro de que tu clan no ha estado robando presas nuestras?

El joven lugarteniente se obligó a no amilanarse.

—¡Sí! —dijo—. Creo que ningún gato ha robado esas presas.

—¿Qué les ha pasado, entonces? —preguntó Bigotes.

—Creo que hay un perro viviendo en el bosque. Hemos captado su olor y hemos visto sus excrementos.

—¡Un perro! —repitió Bigotes, y entrecerró los ojos pensativo—. ¿Cómo, separado de sus Dos Patas?

—Estoy convencido de eso —afirmó.

—Podría ser… —maulló Estrella Alta. Para alivio de Corazón de Fuego, su pelo volvía a estar liso—. Es cierto que recientemente hemos olido a perro en nuestro territorio, pero en realidad suben a menudo hasta aquí con sus Dos Patas. —Con tono menos dubitativo, continuó—: Sí, podría ser un perro el que estuviera matando los conejos. Ordenaré a mis patrullas que estén ojo avizor.

—Pero tú no has venido hasta aquí para contarnos eso, Corazón de Fuego —dijo Rengo—. ¿Qué te ronda por la cabeza?

El joven lugarteniente respiró hondo. No quería traicionar a Estrella Azul revelando sus planes de ataque, pero debía sugerir que se podría evitar un futuro enfrentamiento si hablaba con la líder sobre el robo de presas.

—No consigo convencer a Estrella Azul de lo del perro —dijo—. Ella se siente amenazada por vuestro clan, y, tarde o temprano, esto terminará en batalla a menos que hagamos algo. —No podía explicarles lo inminente que era esa batalla si fracasaba en su intento—. Habrá gatos heridos, quizá incluso muertos, por nada.

—Bueno, ¿y qué esperas que haga? —preguntó Estrella Alta, malhumorado—. Ella es tu líder, Corazón de Fuego. Eso es problema tuyo.

El joven se atrevió a dar unos pasos hacia el líder.

—He venido a pedirte que tengas una reunión con Estrella Azul. Si podéis debatir las cosas en privado, quizá logres la paz.

—¿Estrella Azul quiere una reunión? —inquirió Rengo, incrédulo—. La última vez que la vimos daba la impresión de querer rebanarnos la yugular.

—Esto no es idea de ella… sino mía —reveló Corazón de Fuego.

Los tres gatos se quedaron mirándolo sin parpadear. Al final, Bigotes rompió el silencio.

—¿Significa eso que estás actuando a espaldas de tu líder?

—Es por el bien de nuestros clanes —insistió.

Casi esperaba que lo echaran del campamento, pero, afortunadamente, Estrella Alta pareció reflexionar.

—Lo cierto es que yo preferiría hablar a pelear —maulló el líder al cabo—. Pero ¿cómo vamos a arreglarlo? ¿Crees que Estrella Azul estará dispuesta a escuchar si se entera de que tú has hablado primero con nosotros, sin su conocimiento? —Sin esperar respuesta, prosiguió—: Quizá sería mejor si enviara un mensajero para pedirle que se reúna conmigo en los Cuatro Árboles… Pero ¿puedes garantizar la seguridad de un miembro del Clan del Viento en tu territorio?

Corazón de Fuego guardó silencio, lo cual ya era una respuesta.

Estrella Alta se encogió de hombros.

—Lo lamento, pero no voy a poner en peligro a uno de mis guerreros. Si Estrella Azul decide que quiere hablar, ya sabe dónde encontrarnos. Bigotes, será mejor que acompañes a Corazón de Fuego

de vuelta a los Cuatro Árboles.

—¡Espera! —exclamó el joven lugarteniente. Acababa de ocurrírsele una idea… o tal vez se la había inspirado el Clan Estelar—. Ya sé qué puedes hacer.

Los ojos de Estrella Alta relucieron en la creciente oscuridad.

—¿Qué?

—Conocéis a Cuervo, ¿verdad? Es un gato solitario que vive en una granja al borde de vuestro territorio, cerca de las Rocas Altas. Nos ayudó a buscar refugio en nuestro viaje de regreso a casa… ¿os acordáis?

—Lo conozco —maulló Bigotes—. Es un gato decente aunque no sea guerrero. ¿Qué pasa con él?

Corazón de Fuego se volvió hacia Bigotes.

—Él podría llevar el mensaje de vuestra parte. Estrella Azul le ha dado permiso para entrar en el territorio del Clan del Trueno, pues antes era miembro de nuestro clan.

Estrella Alta se movió en su lecho de brezo.

—Eso podría funcionar. Rengo, ¿tú qué opinas?

Algo reacio, el lugarteniente emitió un sonido afirmativo.

—Entonces, ¡ve! —instó Corazón de Fuego a Bigotes, consciente de lo deprisa que se agotaba el tiempo—. Ve ahora mismo. Dile que le pida a Estrella Azul que se reúna con Estrella Alta en los Cuatro Árboles al amanecer.

Apenas había tiempo para que Bigotes encontrara a Cuervo, y para que éste llevara el mensaje hasta el campamento antes de que Estrella Azul saliera para atacar al clan vecino. Corazón de Fuego rogó en silencio al Clan Estelar que Bigotes lograse localizar enseguida a Cuervo en la granja de Dos Patas.

Bigotes miró a su líder, que asintió. De inmediato, el guerrero marrón salió de la guarida y desapareció en las sombras nocturnas.

Estrella Alta se quedó mirando a Corazón de Fuego con los ojos entornados.

—Me huelo que hay algo que no me estás contando —maulló, pero, para alivio del joven, no lo presionó—. Bien, es hora de que te vayas —continuó—. Rengo, escóltalo hasta la frontera de nuestro territorio. Y, Corazón de Fuego… yo estaré en los Cuatro Árboles al amanecer, pero eso es lo único que puedo hacer. Si Estrella Azul quiere paz, deberá acudir allí.

—En los Cuatro Árboles al amanecer —repitió el joven, y salió tras el lugarteniente del Clan del Viento.

No tardó demasiado en llegar a los Cuatro Árboles y regresar a su territorio. No había comido desde antes de la Asamblea de la noche anterior. Le dolía el estómago de hambre y notaba que las patas le temblaban, así que se obligó a detenerse para cazar.

Se paró a escuchar al llegar al arroyo, y captó el sonido de un campañol correteando entre los juncos de la orilla. Tras levantar la cabeza, localizó a la criatura más con el olfato que con la vista. Atacó, y sus colmillos se clavaron en la presa. La engulló deprisa y notó que recobraba la energía. Retomó el camino hacia el campamento con velocidad renovada. Para cuando descendió el barranco,

la luna se había alzado por encima de los árboles, y eso le recordó que tenía hasta la puesta de la luna para escoger a los guerreros para el plan de ataque de Estrella Azul. Ahora se sentía más optimista. Estrella Alta había aceptado hablar; seguro que Estrella Azul comprendería que la guerra con sus vecinos era innecesaria.

Casi había llegado a la entrada del claro cuando oyó que lo llamaban. Era Tormenta Blanca, que estaba descendiendo el barranco al frente de la patrulla del anochecer. Lo acompañaban Centellina, Nimbo y Escarcha.

—¿Todo en calma? —preguntó Corazón de Fuego cuando Tormenta Blanca lo alcanzó.

—Tan en calma como un cachorro dormido —contestó—. Ni rastro del perro. Puede que, después de todo, sus Dos Patas lo hayan encontrado.

—Quizá. —De repente, decidió contarle al viejo guerrero dónde había estado. Quería que al menos un amigo compartiera la esperanza de que tal vez no combatieran contra el Clan del Viento—. En realidad, Tormenta Blanca, querría decirte algo sobre eso. ¿Tienes un momento?

—Por supuesto… si no te importa que coma mientras te escucho.

Mandó a los aprendices que fueran por una presa para cada uno; los dos saltaron sobre el montón de carne fresca y se disputaron una urraca. Escarcha se marchó a la guarida de los guerreros con un ratón de agua, mientras Tormenta Blanca escogía una ardilla y se la llevaba a un rincón tranquilo, al lado de las nuevas matas de ortigas.

Corazón de Fuego lo siguió.

—Tormenta Blanca, nuestra líder me ha llamado esta mañana…

En voz baja, le contó toda la historia, desde la creencia obsesiva de Estrella Azul de que el Clan del Viento estaba robando presas y su orden de atacar, hasta la decisión que él había tomado de solicitar un encuentro al Clan del Viento.

—¿Qué? —Tormenta Blanca se quedó mirándolo incrédulo—. ¿Has ido a espaldas de Estrella Azul? —Se le quebró la voz y negó con la cabeza, desconcertado.

Corazón de Fuego se puso a la defensiva.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Deberías haberme consultado. —A Tormenta Blanca se le erizó el pelo de furia—. O a algún otro guerrero veterano. Te habríamos ayudado a encontrar una solución.

—Lo lamento. —Al lugarteniente le martilleaba el corazón—. No quería que nadie más se metiese en problemas. He hecho lo que creía mejor. —Había actuado solo debido al código guerrero; no podía pedir a ningún otro gato que desafiara las órdenes de Estrella Azul de aquella manera.

La mirada de Tormenta Blanca era reflexiva.

—Creo que debemos contárselo a los demás guerreros —maulló entonces—. Deberán estar preparados para seguir el plan de Estrella Azul en caso de que Cuervo no aparezca… e incluso aunque Estrella Azul acepte reunirse con Estrella Alta, seguramente querrá ir acompañada de una patrulla. Me apostaría una luna de patrullas matutinas a que Estrella Alta sospecha que ocurre algo. No podemos estar seguros de que no nos tienda una emboscada.

Corazón de Fuego asintió respetuosamente.

—Tienes razón, Tormenta Blanca. Yo confío en el Clan del Viento, pero deberíamos estar preparados.

—Buscaré a unos cuantos aprendices para que guarden el campamento. Tú reúne a los guerreros.

Corazón de Fuego cruzó el claro en dirección a la guarida de los guerreros. La mayoría ya estaban allí, ovillados en sus lechos y dormidos. El joven dio un empujoncito a Tormenta de Arena para despertarla. La gata lo miró bizqueando.

—¿Qué pasa?

—Despierta a los otros. Tormenta Blanca y yo tenemos algo importante que contaros.

La guerrera se puso en pie torpemente.

—¿A qué te refieres con algo importante? ¡Estamos en plena noche!

Corazón de Fuego volvió a salir sin contestar, en busca de los demás guerreros. Encontró a Pecas visitando a las reinas en la maternidad, y Musaraña acababa de llegar al campamento con la boca llena de carne fresca después de una batida nocturna. Se preguntó si llamar a Carbonilla, pero decidió que sería mejor explicarle la situación individualmente.

Cuando regresó a la guarida de los guerreros, todos los demás estaban bien despiertos. Al cabo de un momento entró Tormenta Blanca y se sentó al lado de Corazón de Fuego.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Cebrado con malas pulgas, sacudiéndose un poco de musgo de una oreja—. Más vale que sea importante.

A Corazón de Fuego se le revolvía el estómago por los nervios. ¿Cómo reaccionarían sus compañeros de clan al enterarse de lo que había hecho? Tormenta Blanca le dio un empujoncito, instándolo a hablar.

Tras respirar hondo, empezó. Explicó el plan de ataque de Estrella Azul, y cómo él había intentado buscar una solución pacífica. Sus compañeros escuchaban en silencio, atónitos. Corazón de Fuego era plenamente consciente de sus ojos clavados en él, relucientes a la luz de la luna que se filtraba por la cubierta de la guarida. En particular era consciente de la mirada verde claro de Tormenta de Arena, que estaba sentada cerca de la entrada, pero era incapaz de mirarla directamente. Sólo esperaba que los guerreros comprendiesen que lo había hecho por la mejor de las razones: evitar la batalla y salvar vidas.

—Y Estrella Alta ha accedido a hablar con Estrella Azul en los Cuatro Árboles —concluyó—. Cuervo debería llegar de un momento a otro para decirle lo de la reunión.

Se preparó para una descarga de reproches, pero ninguno parecía saber qué decir; se limitaron a mirarse unos a otros con perplejidad.

Al final, Musaraña preguntó:

—Tormenta Blanca, ¿tú estás de acuerdo con lo que ha hecho Corazón de Fuego?

El lugarteniente esperó mirándose las patas. Necesitaba desesperadamente el apoyo de Tormenta Blanca por el respeto que inspiraba en los otros guerreros, aunque sabía que no aprobaba del todo sus acciones, por muy bien intencionadas que fueran.

—Yo no lo habría hecho. —El viejo guerrero habló con su habitual autoridad pausada—. Pero pienso que tiene razón en que no debemos atacar al Clan del Viento. Yo no creo que se hayan llevado nuestras presas. Hay un perro suelto… yo mismo lo he olido.

—Y yo también, cerca de las Rocas de las Serpientes —confirmó Musaraña.

—Y también en los Cuatro Árboles —maulló Fronde Dorado—. No podemos culpar al Clan del Viento por eso.

—Pero ¡nos estás pidiendo que ocultemos cosas a Estrella Azul! —Tormenta de Arena se levantó, y al final Corazón de Fuego tuvo que enfrentarse a su desafiante mirada verde.

Se sintió abatido. No esperaba que Tormenta de Arena fuera la primera en poner objeciones a su proceder.

—Lo lamento —maulló—. Pensaba que no tenía elección.

—Es justo lo que me esperaría de un minino casero —gruñó Cebrado—. ¿Tienes idea de lo que significa el código guerrero?

—Sé muy bien lo que significa —se defendió Corazón de Fuego—. Y precisamente por mi lealtad al clan no deseo entablar un combate innecesario. Y respeto al Clan Estelar tanto como cualquier otro gato. No creo que nuestros antepasados quieran que ataquemos esta noche.

Cebrado agitó las orejas despectivamente, pero no dijo nada más. Corazón de Fuego miró alrededor, preguntándose si había conseguido el apoyo de sus guerreros. Incómodo, pensó que, cuando Estrella Azul consumiera su última vida y fuera a unirse al Clan Estelar, posiblemente él tendría que liderar al clan, y si no lograba ganarse su lealtad y respeto, la tarea sería imposible.

—Lo importante es esto —continuó—. El Clan del Viento no ha hecho nada malo. Y nosotros ya tenemos bastantes problemas, reconstruyendo el campamento y manteniendo las patrullas, para enfrentarnos a una batalla peligrosa e innecesaria. ¿Cómo conseguiremos estar alimentados y listos para la estación sin hojas con guerreros heridos o incluso muertos?

—Corazón de Fuego tiene razón —declaró Pecas, y los demás se volvieron hacia ella—. Nuestros hijos entrarían en combate —continuó en voz queda—. No queremos que resulten heridos por nada.

Escarcha coincidió con ella, pero el resto de los guerreros seguían murmurando entre sí. Corazón de Fuego volvía a ser consciente de la mirada de Tormenta de Arena y de la angustia de sus ojos verdes. Comprendía lo dividida que debía de sentirse la guerrera, entre su lealtad a Estrella Azul y su vínculo con él. En esos instantes, Corazón de Fuego sólo deseaba restregarse contra el costado de la gata y olvidarse de todo con el dulce aroma de su piel, pero tenía que seguir dando la cara ante sus guerreros, a la espera de su veredicto, de si lo apoyarían o no.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Rabo Largo al fin.

—Necesitaré un grupo de guerreros listos para ir con Estrella Azul a los Cuatro Árboles —contestó—. Si Cuervo no aparece, o si Estrella Azul no acepta la reunión, nuestra líder nos guiará a la batalla. Y si eso sucede… —Le falló la voz, y tragó saliva.

—Sí, ¿qué pasa en ese caso? —preguntó Tormenta de Arena—. ¿Quieres que desobedezcamos las órdenes directas de Estrella Azul? ¿Que demos media vuelta y corramos en dirección contraria? Manto Polvoroso, ¡dile a Corazón de Fuego que es una idea de ratón descerebrado!

Manto Polvoroso movió las orejas, sorprendido. Corazón de Fuego sabía que, en parte, la hostilidad del guerrero marrón hacia él se debía a que Tormenta de Arena lo prefería claramente. Se preparó para más críticas, pero Manto Polvoroso respondió vacilante:

—No sé, Tormenta de Arena. Corazón de Fuego tiene razón en que es un mal momento para un combate, y, además, ningún gato puede creer en serio que el Clan del Viento esté robándonos presas. Si Estrella Azul piensa eso, entonces… bueno… —Se interrumpió, moviendo las patas confundido.

—Es comprensible que Estrella Azul no confíe en el Clan del Viento —maulló Corazón de Fuego, defendiendo instintivamente a su líder—. Es así desde que le impidieron viajar a las Rocas Altas. Y nunca habíamos visto un perro suelto en el bosque hasta ahora. Pero no hay ninguna prueba de que el Clan del Viento se llevara esos conejos, y hay muchas pruebas de que lo hizo un perro.

—¿Y qué propones que hagamos si nos enfrentamos a una batalla? —preguntó Musaraña—. ¿Regresar al campamento cuando Estrella Azul dé la orden de atacar?

—No. Estrella Alta parecía dispuesto a reunirse con Estrella Azul en paz, y si tenemos suerte, sólo llevará consigo a uno o dos guerreros. La cosa no terminará en pelea.

—¡Eso es mucho suponer! —exclamó Musaraña, sacudiendo la cola con escepticismo—. ¿Y si el Clan del Viento se imagina lo mismo y nos tiende una emboscada? Nos destrozarían.

Corazón de Fuego hizo una mueca cuando la guerrera expresó las mismas dudas que tenía Tormenta Blanca sobre si podían confiar en Estrella Alta.

—Yo no voy a ir —anunció Rabo Largo—. ¿Y dejar que el Clan del Viento nos despedace? ¡No soy un cerebro de ratón!

Manto Polvoroso, que estaba sentado a su lado, se volvió hacia él con una penetrante mirada de desprecio.

—No; lo que eres es un cobarde —le espetó.

—¡No lo soy! —protestó Rabo Largo—. ¡Soy un miembro leal del Clan del Trueno!

—Muy bien, Rabo Largo —intervino Corazón de Fuego—. No necesitamos que vayan todos los guerreros. Puedes quedarte a proteger el campamento. Y eso sirve para el resto —añadió—. Si no queréis participar en esto, quedaos aquí.

Esperó tenso la respuesta de sus guerreros, mirando sus caras preocupadas a la escasa luz de la guarida.

—Yo iré —maulló al cabo Tormenta Blanca—. Creo que podemos confiar en que Estrella Alta desista de atacar si hay una alternativa.

Corazón de Fuego le dirigió una mirada de agradecimiento mientras los demás dudaban, murmurando o moviéndose inquietos entre los lechos musgosos.

—Yo también iré. —Fronde Dorado sonó nervioso al tener que hablar entre tantos guerreros mayores que él.

—Y yo —se sumó Manto Polvoroso, y sacudió la cola en dirección a Corazón de Fuego—. Pero si el Clan del Viento ataca, yo pelearé. No voy a dejar que otro gato me destroce.

El resto de los guerreros dio su respuesta. Para asombro de Corazón de Fuego, Cebrado accedió a ir, mientras que Musaraña se negó.

—Lo lamento, Corazón de Fuego —dijo la gata—. Lo que dices tiene sentido, pero ésa no es la cuestión. El código guerrero no es algo a lo que ceñirse cuando a uno le apetece. No creo que pudiera desobedecer a mi líder si me ordenara atacar.

—Bueno, pues yo sí iré —afirmó Pecas—. No quiero ver a mis hijos víctimas de una batalla que

no debemos librar.

Por fin, Corazón de Fuego tuvo que encararse a Tormenta de Arena, que no había dicho nada. No se imaginaba qué haría si ella rechazaba apoyarlo.

—¿Tormenta de Arena? —maulló dubitativo.

La gata estaba sentada con la cabeza gacha, sin mirarlo a los ojos.

—Iré contigo, Corazón de Fuego —musitó—. Sé que tienes razón en lo del perro… pero, aun así, no soporto mentirle a Estrella Azul.

El lugarteniente se le acercó para darle un lametón de agradecimiento en la oreja, pero ella apartó la cabeza sin mirarlo.

—¿Y qué pasa con los aprendices? —preguntó Cebrado—. ¿Quieres que vengan con nosotros? Frondina es demasiado joven para participar.

—Estoy de acuerdo —se apresuró a maullar Manto Polvoroso.

A pesar de la tensión, Corazón de Fuego tuvo que reprimir un ronroneo divertido al percibir la ternura que sentía Manto Polvoroso hacia la aprendiza de Cebrado.

—Yo preferiría dejar a Centellina fuera de esto —dijo Tormenta Blanca.

—Pero ¿a Estrella Azul no le parecerá que pasa algo raro si no llevamos a ningún aprendiz? —preguntó Fronde Dorado.

—Es cierto —contestó Corazón de Fuego—. De acuerdo. Nos acompañarán Zarpa Rauda y Nimbo, pero sólo si Estrella Azul quiere llevarse a tantos gatos, y a ellos les contaremos lo que ocurre después de partir. De lo contrario, las novedades se propagarán por el campamento.

Para su sorpresa, Corazón de Fuego advirtió que tenía más guerreros de su lado de los que necesitaba. Si Cuervo llegaba al campamento a tiempo y Estrella Azul accedía a hablar con Estrella Alta, parecería extraño que toda una patrulla de combate se ofreciera a ir con ella. Además, no quería dejar el campamento desprotegido ante posibles ataques, menos aún en esos momentos.

—Escarcha y Fronde Dorado, ¿por qué no os quedáis a guardar el campamento? —sugirió—. Agradezco vuestro apoyo, pero a lo mejor sois más necesarios aquí.

Los aludidos intercambiaron una mirada y asintieron.

—Bien, será mejor que los demás duerman un poco —continuó—. Partiremos cuando se esconda la luna.

Observó cómo los guerreros se acomodaban en sus lechos, pero no se les unió. Sabía que no podría pegar ojo, y quería contarle a Carbonilla lo que estaba sucediendo antes de que se enterara por otro gato. De no ser por su fe en Jaspeada, habría dudado de que lograra impedir aquella batalla. Daba la impresión de que podían salir mal muchas cosas: Cuervo podría no llevar el mensaje a tiempo; Estrella Azul podría negarse a hablar con Estrella Alta; el Clan del Viento podría tenderles una emboscada en los Cuatro Árboles…

Tras sacudirse, Corazón de Fuego salió al claro. Miró alrededor en busca de señales de Cuervo, pero el campamento estaba en silencio a la luz de la luna. Un par de ojos relucían en la entrada del túnel de aulagas. Al acercarse, Corazón de Fuego distinguió la pálida silueta de Ceniciento, que estaba de guardia.

—¿Sabes quién es Cuervo? —preguntó al aprendiz, que asintió—. No ha estado aquí esta noche,

¿verdad?

Ceniciento negó con la cabeza.

—Si viene, déjalo entrar y llévalo directamente a Estrella Azul, ¿entendido?

—De acuerdo, Corazón de Fuego. —A Ceniciento le picó la curiosidad, pero no hizo preguntas.

Corazón de Fuego fue en busca de Carbonilla. Cuando entró en el claro de la curandera, la encontró sentada delante de su guarida, hablando acaloradamente con Musaraña.

Las dos gatas alzaron la vista al oírlo acercarse.

—¿Corazón de Fuego? —maulló Carbonilla, levantándose despacio—. ¿Qué es lo que me está contando Musaraña? ¿Por qué no me has convocado a la reunión? —Sus ojos azules chispeaban de enfado.

—Sólo era para guerreros —contestó, aunque la explicación le pareció floja incluso a él.

—Oh, perfecto —repuso Carbonilla secamente—. Has pensado que a mí no me interesaría ocultarle cosas a Estrella Azul, ¿verdad?

—¡No es así! Precisamente venía a contártelo. Musaraña —añadió, mirando iracundo a la gata marrón—, ¿no se supone que deberías estar descansando?

La guerrera le devolvió una mirada igualmente furibunda, y luego dio media vuelta para desaparecer en la oscuridad.

—¿Y bien? —quiso saber Carbonilla.

—Parece que Musaraña ya te lo ha contado todo. A mí no me gusta esta situación más que a ti, pero ¿qué opción tenía? ¿De verdad crees que el Clan Estelar desea una guerra entre clanes… especialmente una guerra injusta?

—El Clan Estelar no me ha mostrado nada sobre batallas —admitió la curandera—. Y no quiero que se derrame sangre, pero ¿es ésta la única manera de impedirlo?

—Si se te ocurre una idea mejor, cuéntamela.

Carbonilla negó con la cabeza. El resplandor lunar brillaba en su pelaje gris, dándole una apariencia fantasmal, como si estuviera a medias en el mundo del Clan Estelar.

—Hagas lo que hagas, Corazón de Fuego, ten cuidado con Estrella Azul. Sé amable con ella. Ha sido una gran líder… y podría volver a serlo.

Él deseó creer en las palabras de la curandera, pero Estrella Azul parecía sumirse cada día más en la confusión. La sabia mentora que había respetado tanto a su llegada al Clan del Trueno parecía muy lejana.

—Haré todo lo que pueda —le prometió—. No deseo engañar a Estrella Azul, y por eso he organizado el encuentro con Estrella Alta. Quiero que ella comprenda que no tenemos que pelear. —Tensamente, añadió—: ¿Crees que me equivoco?

—No soy quién para decirlo. —Carbonilla le sostuvo la mirada—. Esto es decisión tuya, Corazón de Fuego. Nadie puede hacerlo por ti.



14

Cuando regresó al claro principal, no había ni rastro de Cuervo. Se le encogió el estómago. La luna estaba muy alta en el cielo. Al cabo de no mucho, Estrella Azul guiaría a sus guerreros a combatir contra el Clan del Viento, y todas las esperanzas de una solución pacífica se habrían perdido.

¿Dónde estaba Cuervo? Tal vez Bigotes no había logrado dar con él. O tal vez no iba a ir… o estaba de camino pero llegaría demasiado tarde. A Corazón de Fuego le entraron ganas de salir corriendo al bosque en busca de Cuervo, pero eso no serviría de nada.

Entonces captó un movimiento en la entrada del campamento y oyó un maullido desafiante de Ceniciento. Otro gato respondió, y Corazón de Fuego se estremeció de alivio al reconocer la voz de Cuervo. Cruzó el claro a toda velocidad.

—Muy bien, Ceniciento —le dijo al aprendiz—. Yo me encargaré de Cuervo. Tú sigue de guardia. —Entrechocó narices con el lustroso gato que apareció en el túnel de aulagas—. Me alegro de verte, Cuervo. ¿Cómo estás?

El antiguo aprendiz tenía buen aspecto. Su pelo negro relucía a la luz de la luna y sus fuertes músculos se marcaban bajo la piel.

—Estoy bien —contestó Cuervo, y miró el claro, con los ojos ámbar muy dilatados—. Me resulta extraño estar aquí de nuevo. Lamento saber que tenéis problemas con el Clan del Viento. Bigotes me lo ha contado todo y me ha jurado que ellos no han robado ninguna presa.

—Intenta convencer de eso a Estrella Azul —maulló Corazón de Fuego muy serio—. Mira, detesto meterte prisa, pues seguro que has corrido como el viento para llegar aquí tan rápido, pero es que no tenemos mucho tiempo. Sígueme.

Lo guió hasta la guarida de la líder. La gata estaba ovillada en su lecho, pero cuando Corazón de Fuego aguzó la vista vislumbró un brillo reflejado en sus ojos entrecerrados. La gata no estaba dormida.

—¿Qué ocurre, Corazón de Fuego? —preguntó con tono irritado—. Todavía no es hora de partir… ¿Quién viene contigo?

—Soy Cuervo —se presentó el solitario, adelantándose—. Traigo un mensaje del Clan del Viento.

—¡El Clan del Viento! —La líder se levantó de un salto—. ¿Qué quiere decirme ese clan de

ladrones?

Cuervo mantuvo el tipo sin encogerse siquiera, aunque debía de recordar los días en que él era un aprendiz del clan y la ira de Estrella Azul era algo temible.

—Estrella Alta quiere reunirse contigo para hablar de la pérdida de presas —anunció.

—¿En serio?

Miró iracunda a su lugarteniente, con los ojos ardiendo. Durante un segundo, Corazón de Fuego estuvo seguro de que ella había adivinado lo que había hecho. Hubo una pausa tensa.

—Estrella Azul, sin duda sería mejor hablar que pelear —se atrevió a decir.

—No me digas qué hacer —le espetó la líder. La punta de su cola se sacudía con irritación—. Sal de aquí. Cuervo y yo discutiremos el asunto.

Corazón de Fuego no tuvo más remedio que abandonar la guarida. Se quedó paseándose en el exterior, escuchando los murmullos pero sin distinguir qué estaban diciéndose.

Al cabo de un momento, Tormenta Blanca salió del dormitorio de los guerreros y se le acercó.

—La luna está empezando a descender —maulló—. Estrella Azul querrá partir dentro de poco. ¿Cuervo ya ha llegado?

—Sí. Pero no sé si… —Se interrumpió al percibir un movimiento en el interior de la guarida.

Un segundo después apareció Estrella Azul con Cuervo a la zaga. La líder se detuvo delante del lugarteniente sacudiendo la cola.

—Forma una patrulla —le ordenó—. Nos vamos a los Cuatro Árboles.

—¿Significa eso que vas a hablar con Estrella Alta? —preguntó él con valentía.

La gata sacudió la cola de nuevo.

—Hablaré —declaró—. Pero, si no hay acuerdo, lucharemos.

La noche seguía oscura cuando Estrella Azul condujo a sus guerreros a la hondonada en que se alzaban los cuatro robles. Corazón de Fuego iba justo detrás de ella; un leve rumor le indicaba que los otros gatos los seguían. Le dio un vuelco el corazón cuando un búho ululó a lo lejos. Apenas había tenido tiempo de dar las gracias a Cuervo por transmitir el mensaje de Estrella Alta. El gato negro tomaría una ruta diferente para regresar a su granja, manteniéndose lejos de los Cuatro Árboles.

Estrella Azul se detuvo en lo alto de la ladera mientras los demás guerreros la alcanzaban. La luz de las estrellas daba un tenue lustre a su pelaje, tocando sus orejas erguidas y reflejándose en sus ojos dilatados. Corazón de Fuego casi podía percibir la expectación de la gata.

Cuando miró al otro lado de la frontera, hacia el territorio del Clan del Viento, al principio le pareció que el páramo estaba desierto. El viento susurraba entre los robles de la hondonada. Entonces Corazón de Fuego captó un movimiento en lo alto de la pendiente y reparó en una hilera de gatos, con Estrella Alta en el centro. Se le encogió el estómago al descubrir que Estrella Alta también había llevado a sus guerreros consigo.

—¿Qué es eso? —bufó Estrella Azul—. ¿Tantos gatos del Clan del Viento? Creía que había venido aquí a hablar. —Fulminó a Corazón de Fuego con la mirada; su agudo instinto la había hecho

comprender—. Esto parece más una emboscada que un encuentro de líderes.

Sacudió la cola y, en silencio, los guerreros del clan rodearon protectoramente a su líder. El aire estaba cargado de tensión y sería muy fácil que estallara una pelea, aunque el Clan del Viento no atacara primero. ¿Mantendría Estrella Alta su palabra e intentaría dialogar con Estrella Azul en vez de luchar?

—Estrella Alta —maulló la líder fríamente—. ¿Qué tienes que decirme?

Mientras aguardaba la respuesta, Corazón de Fuego metía y sacaba las garras nerviosamente. No sabía si la formación aguantaría firme. Sólo con que un gato se moviera hacia delante, podrían verse envueltos en una batalla. Vio que Manto Polvoroso intercambiaba una mirada tensa con Pecas, como si ambos estuvieran pensando lo mismo que él. A su lado, Tormenta de Arena tenía la vista clavada en los gatos vecinos, con las orejas pegadas al cráneo. Zarpa Rauda miraba nerviosamente a su líder, pero siguió en su sitio. Nimbo, al otro lado de Corazón de Fuego, había adoptado la posición de acecho y movía las ancas como a punto de saltar.

—¡Quieto! —siseó Corazón de Fuego.

A unos pocos zorros de distancia se hallaba Estrella Alta, unos pasos por delante de sus guerreros. Cuando la primera luz del alba empezó a ascender, Corazón de Fuego pudo distinguirlo más claramente. El líder tenía ahuecado el pelaje blanco y negro, y la cola erguida. Detrás de él vio a Bigotes y Flor Matinal, y al joven aprendiz Erguino. «No quiero luchar contra estos gatos», pensó, y esperó, sintiendo que el corazón le latía como el de un pájaro atrapado.

—Que nadie se mueva —ordenó Estrella Alta a sus guerreros por fin; su voz se oyó perfectamente en el silencioso aire.

—¡Debes de estar loco! —exclamó Enlodado, colocándose al lado de su líder—. Estrella Azul ha traído consigo un batallón. ¡Tenemos que atacar!

—¡No! —Estrella Alta dio un paso adelante, agitando la cola para que lo acompañara su lugarteniente, Rengo. Mirando a Estrella Azul, inclinó la cabeza—. Hoy no habrá ninguna batalla aquí. Dije que vendría a hablar, y eso es lo que pretendo.

La líder no respondió. Se agazapó con el pelo erizado, enseñando los colmillos con un gruñido desafiante. De pronto, Corazón de Fuego temió que hubiera cambiado de opinión, y se preguntó qué pasaría si la gata se abalanzaba contra el líder del Clan del Viento. Rogó fervientemente al Clan Estelar que Estrella Azul conservara la mesura.

Mientras tanto, Bigotes se acercó a Enlodado y lo obligó a volver a la fila con un brusco empujón. Durante un instante que a Corazón de Fuego se le antojó tan largo como varias lunas, las dos hileras de gatos quedaron frente a frente, con el pelo alborotado por el viento y los ojos relucientes, con una tensión que amenazaba con transformarse en una ira tempestuosa.

—Estrella Azul —maulló Estrella Alta—, ¿aceptas venir hasta aquí, en medio de nuestros guerreros? Ven con tu lugarteniente y veamos si podemos hacer las paces.

—¡Las paces! —bufó la gata—. ¿Cómo voy a hacer las paces con ladrones de presas y canallas?

Brotaron aullidos de protesta entre los gatos del Clan del Viento. Enlodado saltó hacia delante, pero Bigotes logró derribarlo y lo inmovilizó sobre la hierba. Corazón de Fuego vio que Cebrado sacudía la cola nerviosamente; si Enlodado atacaba, Cebrado saldría a su encuentro y toda esperanza

de paz se desvanecería.

—Haz lo que dice Estrella Alta —le rogó a Estrella Azul—. Para eso estamos aquí. El Clan del Viento ha sufrido por las presas robadas tanto como nuestro clan.

Estrella Azul se volvió hacia él, con un odio venenoso llameando en sus ojos azules.

—Parece que no tengo elección —bufó—. Pero habrá un castigo por esto, Corazón de Fuego. Puedes estar seguro.

Con las patas rígidas y el pelo erizado, dio unos pasos hasta quedar delante de Estrella Alta, justo en la frontera de ambos territorios. Corazón de Fuego la siguió tras murmurarle a Tormenta de Arena:

—No pierdas de vista a Cebrado.

Estrella Alta observó con frialdad a Estrella Azul. Corazón de Fuego percibió que jamás la había perdonado por haber dado asilo a su viejo enemigo Cola Rota, pero también que tenía la sabiduría suficiente para no permitir que su rencor lo influyera ahora.

—Estrella Azul —maulló el líder—, juro por el Clan Estelar que el Clan del Viento no ha cazado en tu territorio.

—¡El Clan Estelar! —exclamó la gata con desdén—. ¿Qué valor tiene un juramento por el Clan Estelar?

El gato blanco y negro pareció desconcertado y su mirada se desvió hacia Corazón de Fuego, como buscando una explicación.

—Entonces juraré por cualquier cosa que tú consideres sagrada —contestó al cabo—. Por nuestros cachorros, por las esperanzas de nuestros clanes, por nuestro honor como líderes. El Clan del Viento no es culpable de lo que lo acusas.

Por primera vez, sus palabras parecieron hacer mella en Estrella Azul. Corazón de Fuego vio que el pelo se le empezaba a alisar.

—¿Cómo puedo creerte? —preguntó la gata con voz ronca.

—Nosotros también hemos perdido presas —le contó Estrella Alta—. Puede ser obra de perros, o de gatos proscritos. No tiene nada que ver con el Clan del Viento.

—Eso es lo que tú dices —maulló la líder, aunque sonaba menos segura.

Corazón de Fuego pensó que Estrella Alta estaba empezando a convencerla, pero que ella no sabía cómo desdecirse sin perder la dignidad.

—Estrella Azul —dijo con urgencia—, un líder noble no conduce a sus guerreros a la batalla sin necesidad. Si hay una mínima duda de que…

—¿Crees que sabes mejor que yo cómo liderar un clan? —lo interrumpió la gata.

Se le erizó el pelo de nuevo, pero Corazón de Fuego advirtió que esta vez era él el blanco de su furia. Entrevió a la antigua y formidable líder del Clan del Trueno, e hizo lo que pudo para no encogerse ante ella.

—Los jóvenes creen que lo saben todo —intervino Estrella Alta. En su voz había un matiz de humor cómplice, y Corazón de Fuego sintió una oleada de gratitud hacia el líder por su delicadeza ante los temores de Estrella Azul—. Pero en ocasiones tenemos que escucharlos. No hay necesidad de entablar una batalla.

La gata agitó las orejas irritada.

—Muy bien —maulló a su pesar—, acepto tu palabra… por ahora. Pero si mis patrullas captan el olor del Clan del Viento a una cola de nuestra frontera… —Se volvió de golpe para llamar a sus gatos—. ¡Volvemos al campamento! —ordenó, poniéndose en cabeza de un salto.

Cuando Corazón de Fuego se disponía a seguirla, Estrella Alta inclinó la cabeza ante él.

—Gracias, Corazón de Fuego. Lo has hecho muy bien, y mi clan aprecia tu valentía al evitar la lucha… pero ahora mismo no te envidio.

El lugarteniente se encogió de hombros y siguió al resto de su clan. Justo antes de descender a la hondonada de los Cuatro Árboles, miró atrás: los gatos del Clan del Viento corrían por el páramo en dirección a su campamento. La hierba brillaba levemente a la suave luz del amanecer, sin haberse manchado con la sangre de ningún gato.

—Gracias, Jaspeada —murmuró al darse la vuelta.

Estrella Azul condujo a los guerreros de regreso al campamento en un tenso silencio. A la entrada del claro, Corazón de Fuego se adelantó para hablar con Musaraña, que estaba sentada ante la guarida de los guerreros.

—¿Algún problema? —le preguntó.

Musaraña negó con la cabeza.

—Ninguno en absoluto —informó—. Escarcha ha salido al frente de la patrulla al alba, con Fronde Dorado y un par de aprendices. —Tras mirarlo de arriba abajo, añadió—: No parece que te falte ni un pelo. Supongo que la reunión de paz ha funcionado.

—Así ha sido. Gracias por ocuparte de todo aquí, Musaraña.

Ella inclinó la cabeza y maulló:

—Voy a dormir un poco. Tendrás que mandar algunos gatos a cazar. Apenas queda carne fresca.

—Saldré con un grupo de caza —prometió él.

—No, no lo harás. —Estrella Azul apareció a sus espaldas. Sus ojos parecían de hielo azul—. Quiero verte en mi guarida, ahora mismo.

Dicho esto, cruzó el claro a grandes zancadas, sin volverse a mirar si él la seguía.

El joven sintió un hormigueo de miedo, pues se esperaba algún tipo de recriminación por parte de su líder.

—Yo organizaré la partida de caza —maulló Tormenta Blanca, que se había acercado junto con Tormenta de Arena y Manto Polvoroso, mirándolo comprensivo.

Corazón de Fuego le dio las gracias con un gesto y se encaminó a la guarida de Estrella Azul.

Cuando llegó, la vieja gata estaba sentada en su lecho con las patas bajo el cuerpo. La punta de su cola se sacudía de un lado a otro.

—Corazón de Fuego —empezó con voz queda. El lugarteniente se habría sentido menos asustado si le hubiera hablado a gritos—. Estrella Alta no podría haber escogido un momento más conveniente para hablar conmigo del robo de presas, ni aunque se lo hubiera dicho el mismísimo Clan Estelar. Todo esto ha sido cosa tuya, ¿verdad? Tú eres el único que sabía mi plan de atacar al Clan del

Viento. Sólo tú podrías habernos traicionado.

Sonaba como si tuviera las ideas más claras que en los últimos tiempos, como si el instinto que había agudizado sus sentidos en el páramo hubiera cuajado en una dura certeza. Estaba comportándose como la noble líder que Corazón de Fuego había respetado tanto; el joven sintió un dolor aún mayor por lo que habían perdido. Seguía creyendo que él no había traicionado a su clan, aunque había arruinado la ventaja de la sorpresa, pues Estrella Alta había sido lo bastante listo como para comprender que la batalla debía de estar cerca. ¿Estrella Azul lo mandaría al exilio? Se estremeció ante la idea de verse forzado a vivir como un proscrito, robando presas y sin pertenecer a ningún clan.

Se plantó ante su líder e inclinó la cabeza.

—Pensé que era lo correcto —maulló en voz baja—. A ninguno de los clanes le convenía combatir.

—Yo confiaba en ti, Corazón de Fuego —repuso Estrella Azul con voz áspera—. En ti, entre todos mis guerreros.

Él se obligó a enfrentarse a su despiadada mirada.

—Lo hice por el bien del clan, Estrella Azul. Y no le conté a Estrella Alta lo del ataque. Sólo le pedí que intentara hacer las paces. Pensaba…

—¡Silencio! —bufó la gata sacudiendo la cola—. Eso no es una razón. ¿Y por qué debería preocuparme que todo el clan fuera aniquilado? ¿Por qué debería preocuparme lo que les suceda a unos traidores?

En sus ojos empezó a surgir de nuevo un brillo desquiciado, y Corazón de Fuego comprendió que el momento de lucidez había terminado.

—Ojalá me hubiera quedado con mis hijos —susurró la líder—. Vaharina y Pedrizo son gatos nobles. Mucho más nobles que esta chusma del Clan del Trueno. Mis hijos jamás me habrían traicionado.

—Estrella Azul… —intentó interrumpirla, pero ella prosiguió.

—Renuncié a ellos para convertirme en lugarteniente, y ahora el Clan Estelar está castigándome. ¡Oh, el Clan Estelar es muy astuto, claro que sí! Sabe cuál es la forma más cruel de hundirme. Primero me hace líder, ¡y luego deja que mis gatos me traicionen! ¿De qué vale ahora ser líder de este clan? ¡De nada! Está todo vacío, todo…

Se puso a arañar el musgo con furia. Tenía los ojos vidriosos, mirando al infinito, y se quedó con la boca abierta en un aullido mudo.

Corazón de Fuego se estremeció angustiado.

—Iré a buscar a Carbonilla —maulló.

—Quédate… donde… estás —ordenó Estrella Azul con voz entrecortada y ronca—. Tengo que castigarte, Corazón de Fuego. Dime un buen castigo para un traidor.

Con el estómago revuelto de miedo y conmoción, el joven se obligó a responder:

—No lo sé, Estrella Azul.

—Pero yo sí. —Su voz se transformó en un quedo ronroneo, con una extraña nota risueña. Sus ojos se clavaron en Corazón de Fuego—. Sé cuál es el peor castigo. No haré nada. Dejaré que sigas

siendo lugarteniente, y así serás líder después de mí. Oh, eso debería complacer al Clan Estelar… ¡un traidor liderando un clan de traidores! Espero que el Clan Estelar te permita disfrutarlo, Corazón de Fuego. Ahora, ¡fuera de mi vista! —bufó.

El lugarteniente regresó al claro. Se sentía como si, al final, hubiera participado en una batalla. La desesperación de Estrella Azul lo desgarraba como zarpas afiladas. Pero no pudo evitar pensar que la líder también lo había decepcionado, pues ni siquiera había intentado entender sus motivos: lo había calificado de traidor sin pararse a considerar qué habría sucedido si hubieran luchado contra el Clan del Viento.

Cruzó el claro cabizbajo, sin advertir siquiera que alguien se aproximaba hasta que oyó la voz de Tormenta de Arena.

—¿Qué ha pasado? ¿Estrella Azul te ha expulsado?

El lugarteniente levantó la vista. Tormenta de Arena lo miraba con preocupación, aunque no se acercó lo suficiente para reconfortarlo con su contacto.

—No —contestó—. No ha hecho nada.

—Entonces todo está bien. —En la voz de la guerrera sonaba un optimismo forzado—. ¿Por qué tienes esa cara?

—Estrella Azul está… enferma. —Era incapaz de describir lo que acababa de presenciar en la guarida de la líder—. Voy a pedirle a Carbonilla que la visite. Luego podríamos comer juntos.

—No; yo… he dicho que iría a cazar con Nimbo y Pecas. —Tormenta de Arena movió las patas delanteras, sin mirarlo—. No te preocupes por Estrella Azul. Estará bien.

—No lo sé. —Corazón de Fuego no logró contener un escalofrío—. Creía que podría conseguir que me entendiera, pero piensa que la he traicionado.

Tormenta de Arena no dijo nada. Él vio que lo miraba y luego apartaba la vista. Había añoranza en sus ojos, pero mezclada con desasosiego, y Corazón de Fuego recordó cuánto le había dolido a la gata engañar a Estrella Azul.

«¿Es que Tormenta de Arena también cree que soy un traidor?», pensó.

Después de decirle a Carbonilla que fuera a ver a Estrella Azul, se encaminó a la guarida de los guerreros. Las patas apenas lograban sostenerlo, y no podía pensar en otra cosa que en sumirse en la dulce oscuridad del sueño. Por desgracia, vio que Rabo Largo se dirigía hacia él.

—Quiero hablar contigo, Corazón de Fuego —gruñó el guerrero.

El lugarteniente se sentó.

—Dime.

—Anoche ordenaste a mi aprendiz que fuera contigo.

—Sí, y te dije por qué.

—A él no le hizo gracia, pero cumplió con su deber —maulló Rabo Largo con rudeza.

Eso era cierto. Corazón de Fuego había admirado la valentía del aprendiz en una situación tan difícil, pero no estaba seguro de por qué Rabo Largo lo mencionaba ahora.

—Me parece que ya es hora de que lo nombren guerrero —continuó el atigrado—. De hecho,

debería ser guerrero desde hace mucho tiempo.

—Sí, lo sé; debería serlo. Tienes razón, Rabo Largo.

El guerrero pareció confundido por su rápida conformidad.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto? —le espetó.

—Ahora mismo, nada. No pongas esa cara, Rabo largo. Piensa un poco, ¿quieres? Estrella Azul está disgustada en estos momentos. No le ha hecho gracia lo sucedido este amanecer, y no querrá pensar en los aprendices. Será mejor que esperes. —Sacudió la cola para acallar al atigrado, que había abierto la boca para protestar—. Déjamelo a mí. Al final, Estrella Azul comprenderá que lo que ha pasado es lo mejor. Entonces le comentaré que nombre guerrero a Zarpa Rauda, te lo prometo.

Rabo Largo sorbió por la nariz. Corazón de Fuego notó que no estaba contento, pero que tampoco se le ocurría nada que objetar.

—De acuerdo —maulló el atigrado al fin—. Pero más vale que sea pronto.

Se alejó a grandes pasos, dejando que Corazón de Fuego fuera a acostarse. Al ovillarse sobre el blando musgo, cerrando los ojos con fuerza a la luz matinal, no pudo evitar preocuparse por los cuatro aprendices de más edad. Nimbo, Centellina y Espino se merecían ser guerreros tanto como Zarpa Rauda. Y el clan necesitaba que se ocuparan de tareas propias de guerreros. Pero en su actual estado de ánimo, convencida de hallarse rodeada de traidores, Estrella Azul jamás accedería a darles estatus de guerreros.

Sus sueños fueron oscuros y confusos, y se despertó cuando alguien se puso a sacudirlo.

—¡Despierta, Corazón de Fuego!

Parpadeando, distinguió la cara de Carbonilla. La gata tenía el pelo alborotado y los ojos dilatados de ansiedad. El joven se espabiló al instante.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Estrella Azul. ¡No la encuentro por ningún lado!



15

Corazón de Fuego se levantó de un salto.

—Cuéntame qué ha sucedido.

—Después de verla esta mañana, le he llevado semillas de adormidera para tranquilizarla —explicó Carbonilla—. Pero cuando he vuelto a su cueva hace un rato ella no estaba, y no se había comido las semillas de adormidera. La he buscado en la guarida de los veteranos y en la maternidad. No está en ningún lugar del campamento.

—¿Alguien la ha visto marcharse?

—Aún no he preguntado a nadie. He venido a contártelo primero.

—Entonces encargaré a los aprendices que la busquen, y averiguaremos…

—Estrella Azul no es una cachorrita, ¿verdad? —La interrupción procedía de Tormenta Blanca, que había entrado en la guarida a tiempo de oír las noticias de Carbonilla—. Puede haber salido a patrullar. Por lo que sabéis, podría haber otros gatos con ella —dijo con calma. Luego abrió la boca en un gran bostezo y se acomodó en su lecho.

Corazón de Fuego asintió no muy convencido. Lo que decía Tormenta Blanca tenía sentido, pero le gustaría estar seguro. Considerando el estado en que se hallaba Estrella Azul por la mañana, podría estar en cualquier parte del bosque. Incluso podría haber ido al Clan del Río en busca de sus hijos.

—Probablemente no haya por qué preocuparse —tranquilizó a Carbonilla, esperando sonar más seguro de lo que se sentía—. Pero echaremos una ojeada igualmente, y averiguaremos si alguien la ha visto.

Al salir de la guarida, reparó en Frondina y Ceniciento, que estaban compartiendo lenguas cerca del carbonizado tocón de árbol que había delante de la guarida de los aprendices. Corazón de Fuego les explicó deprisa que tenía un mensaje para Estrella Azul, pero que no sabía dónde estaba. Los dos aprendices corrieron a buscarla de buena gana.

—Tú ve a preguntar si alguien la ha visto —le sugirió a Carbonilla, que lo había seguido—. Yo subiré a lo alto del barranco a ver si puedo captar su olor. A lo mejor consigo rastrearla.

En realidad, no tenía demasiadas esperanzas. Mientras dormía, el cielo se había cubierto de nubes y ahora estaba lloviznando. No hacía buen tiempo para seguir un olor. Antes de marcharse, vio

que Tormenta de Arena acababa de entrar en el campamento junto con Nimbo y Pecas. Los tres iban cargados de presas, que dejaron en el montón de carne fresca.

Corazón de Fuego corrió hacia ellos, con Carbonilla cojeando a la zaga.

—Tormenta de Arena —maulló—, ¿habéis visto a Estrella Azul?

La guerrera se pasó la lengua por el hocico para limpiarse el jugo de la presa.

—No. ¿Por qué?

—No está aquí —contestó Carbonilla.

A Tormenta de Arena se le pusieron los ojos como platos.

—¿Y eso os extraña después de lo sucedido esta mañana? Debe de sentir que está perdiendo el control de su clan.

Eso estaba tan cerca de la verdad que Corazón de Fuego no supo qué responder.

—Vamos a salir de nuevo —intervino Nimbo—. Estaremos pendientes por si la vemos.

—De acuerdo. —Corazón de Fuego hizo un guiño agradecido a su aprendiz.

El joven gato blanco salió disparado, con las dos guerreras siguiéndolo más despacio. Entonces Pecas se detuvo para maullar:

—Estoy convencida de que Estrella Azul estará bien, Corazón de Fuego.

Tormenta de Arena, por su parte, no volvió la vista atrás.

El lugarteniente sintió que los problemas estaban a punto de desbordarlo, pero entonces notó el suave aliento de Carbonilla en la oreja.

—No te preocupes, Corazón de Fuego —murmuró la curandera—. Tormenta de Arena sigue siendo tu amiga. Debes aceptar que ella no siempre vea las cosas como tú.

—Tú tampoco las ves como yo —suspiró él.

Carbonilla soltó un ronroneo afectuoso.

—Yo también sigo siendo tu amiga —aseguró—. Y sé que has hecho lo que creías correcto. Ahora, veamos cómo podemos encontrar a Estrella Azul.

Para cuando se puso el sol, la líder continuaba desaparecida. Corazón de Fuego había seguido su rastro hasta lo alto del barranco, pero después, con la lluvia arreciando, el rastro se perdía entre el olor a ramas carbonizadas y el mohoso de las hojas caídas.

Demasiado nervioso para dormir, se quedó de guardia. La noche ya estaba tocando a su fin y la luna se estaba ocultando, cuando advirtió un movimiento en la entrada del campamento. Los últimos rayos de luna incidieron en el pelaje gris de Estrella Azul, que apareció cojeando. Tenía el pelo empapado y adherido al cuerpo, y la cabeza gacha. Parecía vieja, exhausta y derrotada.

Corazón de Fuego corrió hacia ella.

—Estrella Azul, ¿dónde has estado?

La líder levantó la cabeza y lo miró. El joven se sobresaltó; los ojos de la gata, que relucían levemente en la penumbra, estaban despejados y brillantes a pesar de su agotamiento.

—Suenas como una reina regañando a sus cachorros —repuso con voz ronca y con un deje de humor. Luego señaló hacia su guarida con la cabeza—. Ven conmigo.

Corazón de Fuego obedeció, aunque deteniéndose a recoger un campañol del montón de carne fresca. Estrella Azul necesitaba comer, sin importar dónde hubiera estado. Cuando llegó a la guarida, ella ya estaba en su lecho musgoso, lavándose con lametazos largos y esmerados. A Corazón de Fuego le habría gustado sentarse a su lado para compartir lenguas con ella, pero después de su último encontronazo, no se atrevió. En vez de eso, dejó el campañol delante de la gata e inclinó la cabeza respetuosamente.

—¿Qué ha ocurrido, Estrella Azul? —le preguntó.

La líder estiró el cuello para olfatear el campañol y luego empezó a engullirlo, como si de repente se hubiera dado cuenta del hambre que tenía. No contestó hasta que hubo terminado.

—He ido a hablar con el Clan Estelar —anunció, limpiándose los restos de campañol del hocico.

Corazón de Fuego se quedó mirándola sin pestañear.

—¿A las Rocas Altas? ¿Tú sola?

—Por supuesto. ¿A quién, de este hatajo de traidores, podía pedirle que me acompañara?

El joven tragó saliva y maulló delicadamente:

—Los miembros de tu clan te somos leales, Estrella Azul. Todos lo somos.

Ella negó con la cabeza tozudamente.

—He ido a las Rocas Altas para hablar con el Clan Estelar.

—Pero ¿por qué? —Corazón de Fuego estaba cada vez más confundido—. Yo creía que ya no querías compartir lenguas con el Clan Estelar.

La vieja gata se levantó.

—Y no quiero. Fui a desafiar a nuestros antepasados. Quería preguntarles cómo justificaban lo que me habían hecho, cuando yo los he servido toda mi vida y he intentado cumplir su voluntad. Y a exigirles una explicación por las cosas que están sucediendo en el bosque.

Corazón de Fuego la miró con incredulidad, asombrado de que se hubiera atrevido a desafiar a los espíritus de sus antepasados guerreros.

—Me he tumbado junto a la Piedra Lunar y el Clan Estelar ha acudido a mí —continuó ella—. No se han justificado… ¿cómo iban a hacerlo? No hay justificación para lo que me han hecho. Pero me han dicho algo…

Corazón de Fuego puso cara de expectación.

—¿Qué?

—Dicen que el mal anda suelto por el bosque. Me han hablado de una «manada». Aseguran que traerá más muerte y destrucción de las que el bosque ha visto jamás.

—¿A qué se referían? ¿Es que no ha habido ya bastante muerte y destrucción con el incendio y las inundaciones?

Estrella Azul bajó la cabeza.

—No lo sé.

—Pero ¡tenemos que averiguarlo! —exclamó el lugarteniente, nervioso—. Quizá se referían al perro… pero un perro no podría causar tanto daño. ¿Y eso de una «manada»? A lo mejor… sí, a lo mejor estaban hablando del Clan de la Sombra. Ya sabes que Estrella de Tigre juró vengarse de nosotros. Puede que esté planeando un ataque. O quizá sea Estrella Leopardina —añadió, con la

esperanza de que Estrella de Tigre hubiera perdido interés en perjudicar a su antiguo clan.

Estrella Azul se encogió de hombros.

—Quizá.

Corazón de Fuego entornó los ojos. No lograba entender por qué la gata no quería descifrar el significado de las palabras del Clan Estelar, ni planear cómo detener el ataque si éste se producía.

—Tenemos que hacer algo —insistió—. Podríamos poner vigilantes en las fronteras y redoblar las patrullas. —No estaba seguro de cómo iban a hacerlo con tan pocos guerreros—. Debemos asegurarnos de que siempre haya alguien de guardia en el campamento cuando… —Enmudeció al darse cuenta de que Estrella Azul no estaba escuchándolo. La gata permanecía inmóvil, con los ojos fijos en sus patas—. ¿Estrella Azul?

La líder levantó la vista; sus ojos eran estanques sin fondo de desesperación.

—¿De qué serviría? —preguntó con voz ronca—. El Clan Estelar ha decretado que vendrá la muerte. Una fuerza oscura recorre el bosque, y ni siquiera el propio Clan Estelar puede controlarla. O quizá no quiera. No hay nada que nosotros podamos hacer.

Corazón de Fuego se estremeció. ¿Sería cierto que el Clan Estelar no era lo bastante poderoso para impedir el desastre que se avecinaba? Durante unos segundos, casi llegó a compartir la desesperación de su líder.

Luego alzó la cabeza. Sentía como si estuviera intentando emerger de aguas oscuras.

—No —gruñó—. Me niego a creer eso. Siempre hay algo que un gato puede hacer, mientras tenga valor y lealtad.

—¿Valor? ¿Lealtad? ¿En el Clan del Trueno?

—Sí, Estrella Azul. —Procuró poner toda la fuerza de su convicción en la respuesta—. Excepto Estrella de Tigre, ningún gato ha intentado traicionarte jamás.

Estrella Azul le sostuvo la mirada un momento antes de mirar hacia otro lado. Agitó la cola con cansancio.

—Haz lo que quieras, Corazón de Fuego. No cambiará nada. Nada lo hará. Ahora déjame sola.

El lugarteniente se despidió con un murmullo. Al retroceder, reparó en las semillas de adormidera que Carbonilla había dejado allí, todavía colocadas pulcramente sobre una hoja. Las señaló con la cabeza.

—Cómete las semillas de adormidera, Estrella Azul —maulló—. Necesitas descansar. Mañana, lo verás todo mejor.

Tomó la hoja entre los dientes y, con cuidado, la puso al alcance de la líder. Ésta olfateó las semillas con desdén, pero, cuando se disponía a abandonar la guarida, Corazón de Fuego miró hacia atrás y vio que la gata había empezado a lamerlas.

Una vez fuera, se sacudió de arriba abajo, intentando librarse del creciente horror que había sentido mientras Estrella Azul le revelaba el mensaje del Clan Estelar. Sus patas lo llevaron instintivamente hacia la guarida de Carbonilla. Tendría que contarle a la curandera que Estrella Azul había regresado, y comentar con ella lo que le había contado.

Sólo entonces recordó que, más de una luna atrás, Carbonilla le había hablado de un sueño en que oía las palabras «manada, manada» y «matar, matar».



16

Carbonilla no supo decirle a Corazón de Fuego nada más, ni darle una idea de cuál podría ser el mal que rondaba por el bosque.

—El Clan Estelar no repetiría la advertencia si no fuese importante —maulló la curandera, posando su mirada azul en el lugarteniente—. Lo único que podemos hacer es estar ojo avizor.

—Por lo menos, Estrella Azul ha regresado sana y salva —dijo él, intentando animarla en vano.

Los dos eran conscientes de la amenaza informe y muda que se cernía sobre el clan al que amaban.

En los días siguientes, Corazón de Fuego hizo todo lo que pudo para organizar un sistema de patrullas que pudieran advertir con tiempo si el Clan de la Sombra o el del Río decidía atacar. Apenas había suficientes guerreros para las patrullas habituales y las tareas de vigilancia, y, a medida que avanzaba la estación, el joven notó que perdía pelo por la inquietud. La lluvia dio paso a un tiempo fresco y seco, pero todas las mañanas el suelo aparecía cubierto por una fina escarcha, y las hojas que quedaban seguían cayendo de los árboles. La breve recuperación del bosque había terminado, y las presas volvieron a escasear.

Una mañana, alrededor de media luna después de la confrontación con el Clan del Viento, Corazón de Fuego se disponía a salir al frente de la patrulla del alba con Fronde Dorado y Nimbo cuando Estrella Azul se les acercó desde su guarida.

—Yo encabezaré la patrulla esta mañana —anunció la líder, y se fue a esperar a la entrada del campamento.

—¿Estrella Azul va a encabezar una patrulla? —masculló Nimbo—. Ésta sí que es buena. ¡Atentos, que a lo mejor vemos erizos volando!

Corazón de Fuego le dio una colleja, aunque no pudo evitar sorprenderse tanto como su aprendiz al ver que Estrella Azul retomaba sus obligaciones con el clan.

—Muestra un poco de respeto —le ordenó—. Ella es tu líder, y ha estado enferma.

Nimbo refunfuñó. Corazón de Fuego estaba a punto de reunirse con la líder cuando se le ocurrió una idea.

—Escucha, Nimbo, tú quieres ser guerrero, ¿verdad? —le preguntó, y el gato blanco asintió con vehemencia—. Bien, pues ésta es tu oportunidad de impresionar a Estrella Azul. Nos llevaremos

también a otro aprendiz. Ve en busca de Zarpa Rauda.

Los ojos de Nimbo se iluminaron de emoción, y fue corriendo a la guarida de los aprendices.

Corazón de Fuego lo observó marcharse y luego se volvió hacia Fronde Dorado.

—¿Puedes ir por Rabo Largo? —Sabía que al guerrero atigrado le gustaría tener la ocasión de exhibir la destreza de su aprendiz—. Debe salir en una patrulla de caza. No te importa intercambiar tu tarea con la suya, ¿verdad?

—No, ningún problema, Corazón de Fuego.

Fronde Dorado desapareció en la guarida de los guerreros, y al cabo de un instante salió Rabo Largo. Los dos aprendices se unieron a sus mentores, y el grupo fue a donde esperaba Estrella Azul.

Ella sacudió la cola.

—¿Seguro que has escogido a los gatos apropiados, Corazón de Fuego? —inquirió con acidez, y sin aguardar respuesta y abrió la marcha fuera del campamento y barranco arriba.

Mientras seguía a la gata gris hacia la frontera con el Clan del Río, Corazón de Fuego casi podía imaginar que las últimas estaciones no habían existido y que él todavía era un joven guerrero de patrulla, sin ninguna de las responsabilidades que lo angustiaban ahora. Pero el bosque marcado por el incendio le recordó que ya no había vuelta atrás.

La escarcha estaba empezando a fundirse cuando el sol se elevó por encima del río, aunque las hojas seguían crujiendo bajo las patas de los gatos cuando éstos atravesaban zonas sombrías. Mientras avanzaban, Corazón de Fuego iba poniendo a prueba a los aprendices, preguntándoles qué veían y olían, para demostrar sus habilidades cazadoras a la líder. Los jóvenes respondían con seguridad, pero Estrella Azul no daba muestras de oírlos.

La líder del clan se detuvo cuando tuvieron el río a la vista y se quedó mirando la ribera opuesta.

—Me pregunto dónde estarán —murmuró, casi demasiado bajo para que Corazón de Fuego lo oyera—. ¿Qué andarán haciendo ahora?

El lugarteniente no necesitó ver la tristeza en los ojos de la gata para saber que estaba pensando en Vaharina y Pedrizo. Miró nervioso a los demás gatos, por si habían oído algo, pero Zarpa Rauda y Nimbo estaban olfateando una vieja madriguera de campañol, y Rabo Largo estaba observando los movimientos de una ardilla en lo alto de un árbol.

Al cabo de unos instantes, Estrella Azul empezó a seguir la frontera río arriba, en dirección a las Rocas Soleadas. Corazón de Fuego reparó en que no dejaba de lanzar miradas al territorio vecino, pero todo estaba tranquilo. No vieron ningún gato del Clan del Río.

Por fin tuvieron delante las Rocas Soleadas. Las piedras suavemente onduladas parecían desiertas. Entonces, mientras Corazón de Fuego las observaba, un gato saltó a lo alto desde el extremo opuesto y se quedó plantado allí, su silueta recortada contra el cielo.

Corazón de Fuego se quedó helado y notó un hormigueo al percibir peligro. Aunque no lograba distinguir el color del pelaje, resultaban inconfundibles aquella postura agresiva, la inclinación arrogante de la cabeza y la cola larga y sinuosa. Se trataba de Estrella Leopardina.

Un par de gatos más se unieron a la gata moteada. Al acercarse, Corazón de Fuego reconoció a Pedrizo, el lugarteniente del Clan del Río, y al guerrero Prieto.

—¡Estrella Azul! —bufó Corazón de Fuego—. ¿Qué está haciendo el Clan del Río en las Rocas

Soleadas?

Pero se le cayó el alma a los pies al ver la manera en que la gata estaba mirando al lugarteniente del clan rival… no era la mirada dura y desafiante de una líder ante gatos enemigos en su territorio, sino la mirada de admiración de una reina que ve cómo su adorado cachorro se ha convertido en un noble guerrero.

Estrella Azul continuó andando hasta alcanzar la base de la roca sobre la que esperaba Estrella Leopardina. Corazón de Fuego la siguió.

—¿Qué pretenden? —mascculló Nimbo, indignado, a sus espaldas—. ¡Las Rocas Soleadas son nuestras!

Corazón de Fuego le lanzó una mirada de advertencia para que guardara silencio. El aprendiz se quedó atrás junto con Zarpa Rauda y Rabo Largo mientras el lugarteniente se colocaba al lado de la líder.

—Buenos días, Estrella Azul —saludó Estrella Leopardina, muy segura de sí misma—. Llevo aguardando desde la puesta de la luna a que aparecieran gatos del Clan del Trueno, pero jamás habría esperado que uno de ellos fueras tú.

Había un deje de burla en su voz, y Corazón de Fuego se estremeció al ver que la líder de su clan podía ser ridiculizada tan abiertamente por otros líderes.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó la gata gris—. Las Rocas Soleadas pertenecen al Clan del Trueno. —Pero hablaba en voz baja y nada amenazante, como si en realidad no creyera en lo que estaba diciendo… o como si no le importara.

—Las Rocas Soleadas siempre han pertenecido al Clan del Río —replicó Estrella Leopardina—, aunque durante un tiempo hemos permitido al Clan del Trueno cazar aquí. Pero vuestro clan está en deuda con nosotros tras la ayuda que os brindamos en el incendio. Hoy reclamamos esa deuda. Vamos a recuperar las Rocas Soleadas.

A Corazón de Fuego se le erizó el lomo. Si Estrella Leopardina creía que podía apoderarse de las Rocas Soleadas sin pelear, ¡estaba muy equivocada! Se volvió en redondo y susurró:

—Zarpa Rauda, tú eres el más veloz. Regresa al campamento deprisa y trae refuerzos.

—Pero ¡yo quiero luchar! —protestó el aprendiz.

—Entonces, ¡ve y vuelve rápidamente!

El aprendiz corrió hacia los árboles. Estrella Leopardina lo observó entornando los ojos, y Corazón de Fuego supo que la gata se imaginaba adónde iba. Era esencial retrasar la batalla lo máximo posible.

—Sigue hablando con ella —le dijo en voz baja a Estrella Azul—. Zarpa Rauda ha ido en busca de ayuda.

No estaba muy seguro de si la líder lo había oído, pues la gata estaba mirando de nuevo a Pedrizo.

—Y bien, Estrella Azul —maulló Estrella Leopardina con voz desafiante—. ¿Estás de acuerdo? ¿Concedes al Clan del Río el derecho a las Rocas Soleadas?

La gata no contestó enseguida. Conforme se alargaba el silencio, más guerreros del Clan del Río subieron a lo alto de la roca para situarse junto a su líder. Al lugarteniente le dio un vuelco el

corazón cuando vio que uno de ellos era Látigo Gris. Sus ojos se clavaron en los de su viejo amigo, y en su expresión angustiada leyó un mensaje tan claro como si el guerrero gris lo hubiera gritado al cielo: «¡No quiero pelear contigo!».

—De ninguna manera —dijo Estrella Azul por fin, y, para alivio de Corazón de Fuego, su voz sonó firme—. Las Rocas Soleadas pertenecen al Clan del Trueno.

—Entonces, tendréis que luchar por ellas —gruñó Estrella Leopardina.

Corazón de Fuego oyó cómo Rabo Largo susurraba detrás de él:

—¡Nos harán picadillo!

En ese mismo momento, Estrella Leopardina lanzó un gañido espeluznante y se lanzó desde la roca sobre Estrella Azul.

Las dos gatas cayeron al suelo bufando y arañando. Corazón de Fuego corrió a ayudar a su líder, pero antes de alcanzarla un guerrero atigrado se abalanzó sobre él, derribándolo y clavándole los colmillos en el omóplato. Corazón de Fuego buscó la barriga del enemigo con las patas traseras, desesperado por que aflojara la presión, y le dio un zarpazo en la garganta. El atigrado lo soltó y retrocedió gañendo.

Corazón de Fuego giró en redondo, buscando a Estrella Azul, pero no logró divisarla. Rabo Largo se hallaba en medio de un aplastante grupo de gatos, pero, antes de que Corazón de Fuego pudiera ayudarlo, vio con el rabillo del ojo que Prieto corría hacia él. Consiguió esquivar las garras del guerrero y, cuando éste cayó torpemente, se le subió encima de un salto y le mordió una oreja con todas sus fuerzas.

Prieto arañó el suelo, intentando zafarse, pero Corazón de Fuego le dio un buen zarpazo en el lomo, aunque perdió a su presa cuando otro gato lo embistió por el costado. Cayó y notó que unos dientes se cerraban sobre su cola.

«Rabo Largo tenía razón —pensó desesperado—. ¡Van a hacernos papilla!».

Los gatos del Clan del Trueno se veían superados en número, y sin esperanzas. No había habido tiempo para que Zarpa Rauda llegara al campamento y regresara con ayuda. Mucho antes de que llegasen los refuerzos, la patrulla estaría vencida o aniquilada, y las Rocas Soleadas volverían a pertenecer al Clan del Río.

Corazón de Fuego se retorció con impotencia, luchando por tener espacio suficiente para usar las zarpas y los dientes. De pronto quedó libre; alguien había apartado a su atacante de un tirón. Se levantó de un salto y vio a Nimbo montado en el lomo de Prieto, agarrado con fuerza a su pelaje negro y con el salvaje brillo de la batalla en sus ojos. Prieto se alzó sobre las patas traseras, pero no logró deshacerse del aprendiz.

—¡Mira esto, Corazón de Fuego! —exclamó Nimbo—. Haz lo mismo que yo… ¡es muy fácil!

No había tiempo para que el lugarteniente contestara. Bufó un insulto al guerrero enemigo, que se alejó gimiendo entre las rocas, y se abalanzó sobre los gatos que se arremolinaban en torno a Rabo Largo. Le quitó un rival de encima al atigrado, y de pronto se encontró frente a Fronde Dorado; el joven guerrero acababa de irrumpir entre los árboles.

Corazón de Fuego dio un respingo de sorpresa y agradeció con fervor al Clan Estelar. Zarpa Rauda debía de haberse encontrado con la patrulla de caza, que estaría inspeccionando el terreno

cerca de las Rocas Soleadas, como Corazón de Fuego había ordenado tras la advertencia de Látigo Gris, y la habría mandado en su auxilio, llevándoles ayuda antes de lo esperado.

—¿Dónde está Estrella Azul? —preguntó Fronde Dorado.

—No lo sé.

Aprovechando la pausa, Corazón de Fuego miró alrededor en busca de su líder. Seguía sin haber ni rastro de ella, aunque sí vio a Estrella Leopardina encarándose a Tormenta Blanca sobre una roca, a unos pocos zorros de distancia.

Rabo Largo se levantó tambaleándose y se apoyó contra una roca mientras recuperaba el resuello. Le manaba sangre de un corte en la frente y había perdido un mechón de pelo en el costado, pero aún enseñaba los dientes con un gruñido, y siguió de buena gana a Fronde Dorado cuando éste se incorporó a la batalla.

Corazón de Fuego estaba a punto de unírseles cuando oyó que una voz lo llamaba por encima del fragor de la lucha.

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego!

Al volverse, vio a Látigo Gris agazapado en lo alto de la roca más cercana, con una expresión angustiada en su ancho rostro.

—¡Corazón de Fuego, ven aquí! —aulló.

El lugarteniente se preguntó si sería una trampa, y al punto se sintió avergonzado de sí mismo. Su amigo había evitado pelear con él cara a cara; jamás lo engañaría con una artimaña.

Subió por la lisa pendiente rocosa hasta llegar junto a Látigo Gris.

—¿Qué ocurre?

El guerrero señaló con el hocico hacia el otro lado.

—Mira.

Corazón de Fuego se asomó por el borde. Allí, la roca descendía de forma abrupta hasta una estrecha torrentera. Estrella Azul estaba acurrucada casi directamente debajo de él. La gata tenía el pelo alborotado y le sangraba una pata. A cada lado de la torrentera, cerrando cualquier vía de escape, estaban Vaharina y Pedrizo.

El lugarteniente del Clan del Río blandió sus zarpas ante Estrella Azul sin tocarla.

—¡Defiéndete! —gruñó el gato gris—, o juro por el Clan Estelar que te mataré.

Vaharina se le acercó por el otro lado, con la barriga pegada al suelo.

—¿Acaso te da miedo pelear con nosotros? —bufó la guerrera.

Estrella Azul no se movió, excepto para volver la cabeza de un gato a otro. Desde donde se encontraba, Corazón de Fuego no veía la expresión de la líder, pero sabía que ella jamás podría atacar a sus propios hijos.

—Tenía que advertirte —le susurró Látigo Gris al oído—. Me llamarán traidor, pero no podía dejar que mataran a Estrella Azul.

Corazón de Fuego le lanzó una mirada de gratitud. Su amigo ignoraba cuál era la verdadera relación entre Estrella Azul y aquellos dos miembros del Clan del Río. Su única motivación era la lealtad a su antigua líder.

Pero a Corazón de Fuego no le sobraba tiempo para pensar en las lealtades entremezcladas de

Látigo Gris. Tenía que salvar a Estrella Azul. Los gatos habían avanzado hasta casi tocarla, ambos con el pelo erizado y mostrando los colmillos entre gruñidos.

—¿Y tú te llamas a ti misma líder? —se mofó Pedrizo—. ¿Por qué no peleas?

Alzó una pata para propinarle un zarpazo en el omóplato. En el mismo instante, Corazón de Fuego saltó desde lo alto de la roca. Aterrizó con dureza en el fondo de la torrentera, casi encima de Pedrizo, obligándolo así a separarse de Estrella Azul. Al otro lado, Vaharina soltó un chillido desafiante y sacó las uñas.

—¡Deteneos! —gritó Corazón de Fuego—. No podéis hacer daño a Estrella Azul… ¡es vuestra madre!



17

Ambos gatos se quedaron de piedra, con los ojos azules desorbitados de la impresión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pedrizo con voz ronca—. Nuestra madre era Tabora.

—No; escuchad…

Corazón de Fuego arrimó a Estrella Azul a la pared rocosa y se plantó delante de ella. Seguía oyendo los aullidos y bufidos de la batalla al otro lado de la roca, pero de pronto le pareció que aquello no guardaba relación con lo que estaba sucediendo en la torrentera.

—Estrella Azul os dio a luz en el Clan del Trueno —maulló rápidamente—, pero no podía quedarse con vosotros, y vuestro padre, Corazón de Roble, os llevó al Clan del Río.

—¡No te creo! —Pedrizo soltó un gruñido cruel mostrándole los dientes—. Es una trampa.

—No; espera —terció Vaharina—. Corazón de Fuego no miente.

—¿Y cómo puedes saberlo? —repuso su hermano—. Es del Clan del Trueno. ¿Por qué íbamos a confiar en él?

Con las uñas desenvainadas, avanzó hacia Corazón de Fuego, que se preparó para el ataque, pero, antes de que Pedrizo pudiera saltar, Estrella Azul se colocó ante él y se encaró con sus hijos.

—Hijos míos, oh, hijos míos… —dijo con voz cálida. Corazón de Fuego vio que sus ojos resplandecían de admiración—. Ahora sois unos guerreros magníficos. Qué orgullosa estoy de vosotros.

Pedrizo lanzó una mirada a Vaharina; el temblor de sus orejas revelaba su incertidumbre.

—Dejad a Estrella Azul en paz —los instó Corazón de Fuego en voz baja.

Un súbito aullido los interrumpió.

—¡Corazón de Fuego! ¡Cuidado! —Era la voz de Látigo Gris.

El joven lugarteniente alzó la vista y vio que Estrella Leopardina estaba abalanzándose sobre él desde lo alto de la roca. El aviso de Látigo Gris le dio el tiempo justo para retroceder a trompicones, de modo que las zarpas de la gata apenas le arañaron el omóplato. Bufando, la líder enemiga lo embistió, dejándolo sin aire mientras lo tiraba al suelo.

Corazón de Fuego agarró el cuello de la gata con las patas delanteras mientras ella le arañaba la barriga con sus potentes patas traseras. Lo atravesó un intenso dolor y contraatacó a ciegas; sus uñas se hundieron en el pelaje de la enemiga. Durante unos segundos, lo único que vio fue el pelo moteado

de Estrella Leopardina; tenía la cara pegada contra él, casi lo asfixiaba, y luchó por respirar.

De pronto, Estrella Leopardina echó la cabeza atrás y liberó el cuello. Corazón de Fuego dejó de sentir el sofocante peso de la gata. Tras levantarse a duras penas, retrocedió hasta la roca, listo para cuando la líder volviera a saltar sobre él. La cabeza le daba vueltas de agotamiento, y notaba el latido de la sangre que manaba por una herida de la pata. De repente, ya no estaba seguro de poder ganar aquella batalla.

Miró alrededor en busca de Estrella Azul, pero ésta había desaparecido, al igual que Pedrizo y Vaharina. La líder del Clan del Río estaba delante de él, respirando ruidosamente y sangrando por el cuello y el costado. Para asombro de Corazón de Fuego, Látigo Gris se hallaba encima de ella, inmovilizándola con las patas delanteras.

—Lo tenía —resolló Estrella Leopardina casi incoherentemente de la rabia—. Te he oído. Le has avisado.

Látigo Gris soltó a su líder para que pudiera ponerse en pie.

—Lo lamento, Estrella Leopardina, pero Corazón de Fuego es mi amigo.

La gata sacudió el pelaje ensangrentado y fulminó con la mirada al guerrero gris.

—Siempre he estado en lo cierto contigo —bufó—. Nunca has sido leal al Clan del Río. Te doy una última oportunidad. Ataca ahora a tu amigo por mí, o abandona mi clan para siempre.

Látigo Gris se quedó mirándola abatido y Corazón de Fuego tragó saliva. ¿Estrella Leopardina iba a obligarlo a luchar contra su antiguo compañero de clan? El lugarteniente sabía que no tenía fuerza para vencer a un gato relativamente descansado… y, mucho más que eso, ¿cómo iba a levantar una zarpa contra su mejor amigo?

—¿Y bien? —gruñó Estrella Leopardina—. ¿A qué estás esperando?

Látigo Gris miró a Corazón de Fuego; sus ojos ámbar rebosaban angustia. Luego bajó la cabeza.

—Lo lamento, Estrella Leopardina. No puedo hacerlo. Castígame si quieres.

—¿Castigarte? —Tenía la cara contraída de furia—. Te sacaré los ojos; te abandonaré en el bosque para que te encuentren los zorros. ¡Traidor! Te…

Un coro de aullidos ahogó sus amenazas. Corazón de Fuego levantó la vista temiendo encontrarse con más enemigos a los que combatir. Pero apenas pudo creer lo que vio. Una oleada de gatos del Clan del Trueno iba ocupando la roca y descendiendo a la torrentera. Distinguió a Musaraña, Cebrado, Tormenta de Arena y Manto Polvoroso, y a Zarpa Rauda liderando a los demás aprendices. ¡Su pedido de auxilio había sido recibido y la ayuda estaba acudiendo por fin!

Estrella Leopardina echó un vistazo y huyó a toda prisa. Los gatos del Clan del Trueno la persiguieron con aullidos furiosos. Corazón de Fuego y Látigo Gris se quedaron mirándose.

—Gracias —maulló Corazón de Fuego al cabo de un momento.

Látigo Gris se encogió de hombros y se acercó. Cojeaba ligeramente y tenía el pelo desgarrado y cubierto de tierra.

—No tenía elección —susurró—. No podría haberte hecho daño, jamás.

A medida que se le aclaraba la cabeza, Corazón de Fuego reparó en que los sonidos de la batalla iban desvaneciéndose y que un denso silencio se cernía sobre las Rocas Soleadas, cargado con el hedor a sangre.

—Vamos. Tengo que ver qué ha pasado.

Avanzó por la torrentera, consciente de que Látigo Gris lo seguía de cerca. Al llegar al espacio abierto que había más allá de las rocas, vio a los guerreros del Clan del Río batiéndose en retirada por la ladera que llevaba al río. Prieto se lanzó al agua y empezó a nadar hacia la orilla opuesta.

Fronde Dorado y Tormenta de Arena estaban cerca de allí, y había más guerreros del Clan del Trueno en lo alto de las Rocas Soleadas, observando la huida de sus enemigos. Nimbo alzó la cabeza y soltó un aullido de puro triunfo.

Estrella Azul siguió a los gatos enemigos hasta la misma frontera del Clan del Río, con las orejas erguidas de determinación. Con una punzada de inquietud, Corazón de Fuego vio que la líder iba detrás de Pedrizo y Vaharina.

—Ahora que ya sabéis la verdad, debemos hablar —dijo la gata tras ellos—. Seréis bien recibidos en el Clan del Trueno. Ordenaré a mis guerreros que os conduzcan hasta mi guarida siempre que queráis verme.

Pero los dos hermanos se alejaron de ella y fueron hasta el borde del río. Pedrizo miró atrás antes de meterse en el agua.

—Déjanos en paz —gruñó—. Tú no eres nuestra madre, digas lo que digas.

Estrella Leopardina fue la última en cruzar la frontera.

—¡Mirad ahí! —espetó a sus guerreros, señalando con la cola a Látigo Gris, que estaba junto a Corazón de Fuego—. De no haber sido por ese traidor, las Rocas Soleadas serían nuestras de nuevo. Él ya no es miembro del Clan del Río. Si lo sorprendéis en nuestro territorio, matadlo.

Sin esperar respuesta, la líder dio media vuelta y cojeó rápidamente hacia el río.

Látigo Gris no dijo nada. Se quedó tan inmóvil como las rocas que había tras él, con la cabeza gacha.

Tormenta de Arena fue hasta Corazón de Fuego.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Sangraba por un zarpazo en el omóplato, pero su mirada era clara e inquisitiva.

Corazón de Fuego ansiaba regresar al campamento y acomodarse en la guarida de los guerreros para compartir lenguas con Tormenta de Arena, pero, por desgracia, tenía demasiadas cosas que hacer.

—Látigo Gris me ha salvado la vida —explicó—. Me ha quitado a Estrella Leopardina de encima.

—Ya, y por eso no puede regresar al Clan del Río. —La gata melada miró cómo los últimos gatos enemigos se lanzaban al río. Luego se volvió hacia Látigo Gris, con los ojos dilatados de preocupación—. Entonces, ¿qué va a hacer ahora? —murmuró.

Corazón de Fuego sintió una alegría repentina. Fuera lo que fuese lo que Látigo Gris sentía por sus cachorros, si no podía regresar con el Clan del Río, podría volver a casa. Luego la alegría se esfumó, y se le encogió el estómago de desazón. No era él quien podía tomar esa decisión ¿Permitiría ahora Estrella Azul que el guerrero gris regresara al Clan del Trueno? ¿Y cómo reaccionarían los demás guerreros?

Al mirar alrededor en busca de su líder, la vio subiendo la pendiente, cansada, y fue a reunirse

con ella.

—Estrella Azul…

Ella levantó la cabeza; en sus ojos se reflejaba la confusión.

—Ellos me odian, Corazón de Fuego.

El lugarteniente sintió una inmensa lástima. Con su preocupación por Látigo Gris, casi había olvidado cuánto debía de estar sufriendo su líder.

—Lo lamento —murmuró—. A lo mejor no debería habérselo dicho. Pero no se me ha ocurrido otra cosa.

—No pasa nada, Corazón de Fuego. —Para sorpresa del joven, la gata le dio un lametón en el omóplato—. Yo siempre he querido que lo supieran, pero no pensaba que fueran a odiarme por lo que hice. —Soltó un largo suspiro—. Regresemos al campamento.

No mostraba ninguna sensación de triunfo por el éxito al defender su derecho a las Rocas Soleadas. Cuando llegó al sitio en que estaban congregados sus gatos, la líder no dijo nada sobre la victoria, ni siquiera los felicitó por haber peleado tan bien. Su mente parecía seguir concentrada en sus hijos.

Corazón de Fuego subió la cuesta a su lado.

—Bien hecho —le dijo a Nimbo cuando éste saltó de la roca y aterrizó limpiamente junto a él—. Has luchado como un guerrero. Al igual que todos vosotros —añadió, alzando la voz mientras miraba alrededor, esperando compensar la indiferencia de la líder—. Tanto Estrella Azul como yo estamos muy orgullosos de vosotros.

—Gracias al Clan Estelar, hemos logrado derrotar al Clan del Río —maulló Fronde Dorado.

—No; gracias a nosotros —replicó Nimbo—. Los que hemos peleado somos nosotros. Yo no he visto a ningún guerrero del Clan Estelar a nuestro lado.

Estrella Azul giró la cabeza para mirar fijamente al aprendiz blanco con los ojos entornados. Corazón de Fuego pensó que iba a regañarlo, pero la expresión de la gata mostraba más interés que furia. A continuación, asintió levemente con la cabeza, pero no dijo nada.

Cuando los guerreros empezaron a moverse en dirección al campamento, Corazón de Fuego fue junto a Látigo Gris.

—Estrella Azul —maulló nervioso—, Látigo Gris está aquí.

La gata miró vagamente al guerrero gris. Por un momento, Corazón de Fuego temió que su mente estuviera fallando de nuevo, y que no recordara siquiera que Látigo Gris había abandonado un día el Clan del Trueno.

Entonces Cebrado se abrió paso hasta ellos.

—¡Fuera de nuestro territorio! —bufó a Látigo Gris, y añadió volviéndose hacia Estrella Azul—: Yo mismo lo echaré de aquí si quieres.

—Espera —ordenó la líder con un deje de su antigua autoridad—. Corazón de Fuego, explícame qué está ocurriendo.

El lugarteniente le contó cómo Látigo Gris lo había avisado del ataque de Estrella Leopardina y cómo se la había quitado de encima cuando estaba perdiendo el combate.

—También me ha llamado para que te ayudara cuando Vaharina y Pedrizo estaban a punto de

atacarte —agregó—. Yo le debo la vida. Por favor, Estrella Azul, deja que regrese al Clan del Trueno.

Látigo Gris miró a su antigua líder con un brillo de esperanza en sus ojos ámbar. Sin embargo, antes de que Estrella Azul pudiera contestar, Cebrado intervino rudamente:

—Él abandonó el clan por voluntad propia. ¿Por qué deberíamos dejar que ahora volviera arrastrándose?

—Yo no estoy arrastrándome, ni ante ti ni ante ningún gato —replicó Látigo Gris, y se volvió de nuevo hacia la líder—. Pero me gustaría regresar, Estrella Azul, si tú me aceptas.

—¡No puedes readmitir a un traidor! —bufó Cebrado—. Acaba de traicionar a su líder… ¿Cómo sabes que no te traicionará a ti a la primera ocasión?

—¡Lo ha hecho por Corazón de Fuego! —protestó Tormenta de Arena.

Cebrado soltó un resoplido desdeñoso.

Estrella Azul lo miró fríamente.

—Si Látigo Gris es un traidor —maulló, con todo el hielo de la estación sin hojas en la voz—, entonces es igual que todos vosotros. El clan está lleno de traidores, así que uno más no supondrá ninguna diferencia. —Giró en redondo hacia Corazón de Fuego; su cuerpo parecía haber recuperado la potencia de antaño—. ¡Tendrías que haber dejado que Vaharina y Pedrizo me mataran! —bufó—. Mejor una muerte rápida a manos de guerreros nobles que una vida alargada en un clan en el que no puedo confiar… ¡un clan condenado a la destrucción por el Clan Estelar!

Mientras hablaba, los otros gatos soltaron gritos ahogados, y Corazón de Fuego se dio cuenta de que muy pocos tenían idea de lo recelosa y desquiciada que se había vuelto Estrella Azul. Sabía que no serviría de nada intentar discutir con ella.

—¿Significa eso que Látigo Gris puede quedarse? —le preguntó.

—Que se quede o que se vaya, como prefiera —respondió con indiferencia.

Su instante de fortaleza se desvaneció, dejándole un aspecto más exhausto que nunca. Despacio, sin mirar a los ojos a ninguno de sus desazonados guerreros, la gata echó a andar en dirección al campamento.



18

Cuando Corazón de Fuego entró en el campamento, Pequeño Zarzo corrió hacia él, trastabillando casi por su ansiedad por recibir a los guerreros.

—¿Hemos ganado? —preguntó. Luego se detuvo, mirando a Látigo Gris con los ojos como platos—. ¿Quién es éste? ¿Un prisionero?

—No; es un guerrero del Clan del Trueno —contestó Corazón de Fuego—. Es una larga historia, Pequeño Zarzo, y ahora estoy demasiado cansado para explicártela. Dile a tu madre que te la cuente.

Pequeño Zarzo dio un paso atrás, un poco alicaído. El lugarteniente se quedó pensando: aunque el cachorro no lo recordara, había estado mamando junto a los hijos de Látigo Gris. Flor Dorada cuidó de ellos en los pocos días que pasaron en el Clan del Trueno tras la muerte de Corriente Plateada.

Cuando los dos guerreros pasaron ante él, el cachorro atigrado observó recelosamente a Látigo Gris, y luego se volvió hacia Pequeña Trigueña, que se le acercó corriendo:

—¡Mira! —exclamó Pequeño Zarzo—. Hay un nuevo gato en el clan.

—¿Quién es? —preguntó su hermana.

—Un traidor —respondió Cebrado, de camino a la guarida de los guerreros—. Aunque, bueno, según Estrella Azul, todos somos traidores.

Los dos gatitos se quedaron mirándolo desconcertados. Corazón de Fuego reprimió su rabia; no había tiempo para iniciar una discusión con Cebrado, pero éste no tenía por qué desahogar su furia con los cachorros. Sintiendo una insólita simpatía por Pequeño Zarzo, se volvió hacia él para decirle:

—Sí, hemos ganado. Las Rocas Soleadas siguen siendo nuestras.

El cachorro dio un salto de alegría.

—¡Genial! Voy a contárselo a los veteranos. —Y salió corriendo, con Pequeña Trigueña pisándole los talones.

—Ésos son los hijos de Estrella de Tigre, ¿verdad? —preguntó Látigo Gris con curiosidad, viéndolos marchar.

—Sí. —Corazón de Fuego no quería hablar de ellos en ese momento—. Vayamos a ver a Carbonilla para que nos cure las heridas.

Látigo Gris miró alrededor mientras cruzaban el claro calcinado.

—Nunca volverá a ser igual —musitó con tono triste.

—Seguro que sí, en la próxima estación de la hoja nueva —replicó Corazón de Fuego, intentando animarlo. Esperaba que su amigo se refiriera a la destrucción causada por el incendio, y no a la sensación de que jamás podría recuperar su antiguo lugar en el clan—. Todo crecerá de nuevo, y lo hará con más fuerza que antes.

Látigo Gris no contestó. No parecía tan contento como Corazón de Fuego había esperado, como si empezara a dudar de que su clan de nacimiento fuera a aceptarlo. Y el lugarteniente veía el dolor en sus ojos, lo que indicaba que el guerrero gris estaba empezando a echar de menos a sus hijos, a los que había renunciado. Después de todo, ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse de ellos.

Los guerreros que habían participado en la batalla iban congregándose en el claro de Carbonilla. Cuando Corazón de Fuego y Látigo Gris se acercaron, la curandera levantó la vista de una herida en el costado de Nimbo, sobre la que estaba aplicando telarañas.

—Ya está aquí Corazón de Fuego —maulló—. ¡Por el Clan Estelar!, parece como si hubieras estado luchando contra los monstruos del Sendero Atronador.

—Me siento exactamente así —gruñó él.

Al sentarse a esperar que Carbonilla lo examinara, notó cuánto le dolían las heridas. La que le había hecho Estrella Leopardina en la pata seguía sangrando, y se inclinó para limpiársela.

—¿En qué estabas pensando al traer a éste de vuelta al clan? —gruñó un gato. Al levantar la cabeza, Corazón de Fuego vio a Manto Polvoroso fulminando con la mirada a Látigo Gris—. No lo queremos aquí.

—¿Quiénes no lo queréis aquí? —preguntó el lugarteniente apretando los dientes—. Yo sí pienso que Látigo Gris pertenece a este clan, y Tormenta de Arena también, y… —Se interrumpió cuando Manto Polvoroso les dio la espalda con toda la intención.

Látigo Gris miró a su amigo con expresión apenada.

—No me aceptarán —maulló—. Es cierto: abandoné el clan, y ahora…

—Dales tiempo —intentó animarlo Corazón de Fuego—. Acabarán cambiando de opinión.

Para sus adentros, deseó poder creerlo. Gracias a la indiferencia de Estrella Azul, algunos gatos del clan no tendrían reparos en oponerse al regreso de Látigo Gris. «Un problema más que añadir a mis preocupaciones sobre lo que realmente está sucediendo en el bosque», pensó. ¿Qué esperanzas tendría el clan de sobrevivir a la destrucción que había profetizado el Clan Estelar si no estaban todos unidos?

Se preguntó si Látigo Gris conocería —por boca del curandero del Clan del Río— la oscura amenaza del bosque, la «manada» sobre la que el Clan Estelar les había advertido. Aunque se le erizaba el pelo de terror, sintió cierto consuelo por el hecho de que su amigo estuviera de vuelta, y porque podría confiar en él, ocurriera lo que ocurriese en el futuro. Empezó a lamerse la herida de nuevo, deseando poder disfrutar unos momentos del regreso del guerrero gris.

—Eso es; límpiatela —maulló Carbonilla acercándose. Le olfateó la pata y luego examinó rápidamente las demás heridas—. Estarás bien —le aseguró—. Te traeré algunas telarañas para la hemorragia, pero, aparte de eso, lo único que necesitas es descansar.

—¿Has visto a Estrella Azul? —le preguntó Corazón de Fuego cuando la curandera le llevó las telarañas y empezó a extendérselas sobre el corte—. ¿Está muy malherida?

—Tiene un mordisco en el bíceps. Le he aplicado una cataplasma de hierbas y se ha marchado a su guarida.

Corazón de Fuego se levantó a duras penas.

—Será mejor que vaya a verla.

—De acuerdo, pero si está dormida no la despiertes. Los asuntos del clan pueden esperar. Y mientras Corazón de Fuego hace eso —añadió, volviéndose hacia Látigo Gris—, te echaré un vistazo a ti. —Le dio un lametón en la oreja—. Me alegra que estés aquí de nuevo.

«Por lo menos alguien da la bienvenida a Látigo Gris», se dijo Corazón de Fuego mientras cruzaba el claro. Los otros cambiarían de opinión. Su amigo sólo necesitaba tiempo para demostrar que era otra vez un miembro leal del Clan del Trueno.

—¡Corazón de Fuego! —lo llamó Tormenta de Arena cuando se aproximaba a la guarida de Estrella Azul—. Musaraña y yo vamos a salir a cazar.

—Perfecto —respondió él.

—¿Te encuentras bien? —La gata se le acercó entornando los ojos—. Pensaba que estarías contento… hemos ganado la batalla y Látigo Gris ha vuelto a casa.

Corazón de Fuego restregó el hocico contra su costado. Sintió una punzada de alivio; la gata melada parecía haberlo perdonado por actuar a espaldas de Estrella Azul para organizar el encuentro con Estrella Alta.

—Lo sé… pero no estoy seguro de que todos los gatos acepten a Látigo Gris. Les costará olvidar que amó a una gata de otro clan y que luego nos abandonó.

Tormenta de Arena se encogió de hombros.

—Eso pertenece al pasado. Ahora él está aquí, ¿no? Pues tendrán que conformarse.

—¡Ésa no es la cuestión! —Corazón de Fuego se mostró más irritado de lo que pretendía debido al dolor y el cansancio—. Ahora mismo no podemos permitirnos riñas internas. ¿Es que no lo ves?

Tormenta de Arena se quedó mirándolo sin pestañear; sus ojos verde claro llamearon de furia.

—Pues perdona —le espetó—. Sólo intentaba ayudar.

—Tormenta de Arena, no…

Pero la gata ya había dado media vuelta y se encaminaba a la guarida de los guerreros, donde la esperaba Musaraña.

Sintiéndose más deprimido que antes, el lugarteniente fue a la cueva de Estrella Azul. Cuando miró a través de la entrada, pensó que la líder estaba dormida, acurrucada en su lecho, pero ella abrió sus ojos azules y levantó la cabeza.

—Corazón de Fuego —dijo con voz apagada—. ¿Qué quieres?

—Sólo informarte. —El joven entró en la guarida y se detuvo ante su líder—. Todos los gatos han regresado. Por lo que he visto, ninguno sufre heridas graves.

—Bien. —Y añadió—: Tu aprendiz ha peleado muy bien.

—Sí, así es. —Corazón de Fuego sintió una oleada de orgullo. A pesar de los problemas que había tenido con Nimbo en el pasado, nadie podía poner en duda su valor.

—Creo que es hora de ascenderlo a guerrero. Celebraremos su ceremonia de nombramiento a la puesta de sol.

Corazón de Fuego se llenó de esperanzas. ¿La líder había aceptado por fin que necesitaban nuevos guerreros? Pero su optimismo se esfumó como agua en arena cuando Estrella Azul añadió, torciendo la boca con desprecio:

—Tiene que haber una ceremonia, supongo. Para mí no significa nada, pero estos gatos son tan simplones que jamás aceptarían a Nimbo sin el ritual de siempre.

«¿Y cuánto significa la ceremonia para Nimbo? —se preguntó Corazón de Fuego—. ¿De verdad le importa algo el código guerrero?». Pensó que, si al aprendiz no le importaba nada, no se merecía convertirse en guerrero, por muy bien que hubiera combatido.

Pero Estrella Azul había tomado una decisión, y él no intentaría cambiarla. En vez de eso, sugirió:

—Zarpa Rauda también debería ser guerrero. Hoy se ha portado muy bien.

—Zarpa Rauda ha traído un mensaje al campamento; eso es trabajo de aprendiz. Todavía no está preparado para ser guerrero.

—Pero luego ha vuelto a la batalla —protestó el lugarteniente.

—¡No! —Estrella Azul sacudió la cola—. No puedo confiar en Zarpa Rauda. Nimbo es más fuerte y más valiente… Además, no se doblega ante el Clan Estelar como el resto de vosotros. El clan necesita más guerreros como él.

Corazón de Fuego quiso decir que lo último que necesitaba el clan era la falta de respeto que Nimbo mostraba hacia el Clan Estelar, pero no se atrevió. En vez de eso, inclinó la cabeza y retrocedió.

—Te veré a la puesta de sol —maulló, y fue a dar la noticia a Nimbo.

Su aprendiz, como cabía esperar, se quedó encantado ante la noticia de que iba a convertirse en guerrero por fin. Corazón de Fuego le explicó lo que debía hacer en la ceremonia y luego se dirigió a la guarida de los guerreros, en busca del descanso que tanto necesitaba. Pero entonces vio a Rabo Largo sentado con los aprendices delante de su dormitorio. Resopló. Aún había una cosa más que debía hacer antes de irse a dormir.

Mientras se acercaba a Rabo Largo, le hizo una señal con el hocico para que se reuniera con él donde los aprendices no pudieran oírlos.

—Rabo Largo —empezó, buscando las palabras apropiadas—, lo siento. Tengo malas noticias. Estrella Azul ha aceptado nombrar guerrero a Nimbo, pero…

—Pero a Zarpa Rauda no —murmuró el atigrado—. Es eso, ¿verdad?

—Lo lamento, Rabo Largo. He intentado convencer a Estrella Azul, pero no lo he conseguido.

—Lo que tú digas —bufó el guerrero—. Pero resulta muy raro que elija a tu aprendiz mientras ningunea al mío. ¡Zarpa Rauda jamás se largó a vivir con los Dos Patas!

—No voy a entrar en eso de nuevo —replicó Corazón de Fuego. Nimbo nunca había pretendido abandonar el clan, pero todos sabían que había visitado regularmente el poblado Dos Patas para que

le dieran comida, antes de que unos Dos Patas lo capturaran y encerrasen—. Estrella Azul dice que va a nombrar guerrero a Nimbo porque ha peleado bien, mientras que Zarpa Rauda…

—Ha hecho de mensajero. —El pelo atigrado de Rabo Largo se erizó—. ¿Y quién le encargó esa tarea? ¡Él se habría quedado a luchar si tú no lo hubieras mandado al campamento!

—Lo sé —admitió Corazón de Fuego, cansado—. Yo estoy tan desilusionado como tú. Haré todo lo que pueda para que Zarpa Rauda sea guerrero lo antes posible; te lo prometo.

—Si me creyera eso, ¡me creería cualquier cosa! —masculló Rabo Largo.

Le dio la espalda a Corazón de Fuego, arañó la tierra como si estuviera tapando sus excrementos y regresó a la guarida de los aprendices.

El sol estaba descendiendo tras los árboles cuando Corazón de Fuego salió de la guarida de los guerreros seguido de Látigo Gris. Dormir le había devuelto las fuerzas, e intentó sentirse optimista ante la ceremonia, aunque en realidad no le hacía demasiada ilusión.

Las sombras iban extendiéndose por el campamento. Corazón de Fuego vio que Estrella Azul ya había salido de su cueva. Para su alivio, la gata se movía con agilidad, y la herida en el bíceps no pareció dolerle cuando saltó a la Peña Alta.

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar vengan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan —llamó la líder.

Látigo Gris le dio a Corazón de Fuego un empujoncito amigable.

—Lo has hecho bien con Nimbo —maulló—. Jamás pensé que ese cachorro tan insoportable llegaría a convertirse en un buen guerrero.

El lugarteniente agradeció el cumplido de su amigo restregando el hocico contra su omóplato. Látigo Gris recordaba el disgusto que se llevó cuando Carbonilla tuvo el accidente, y sabía cuánto significaba para él tener un aprendiz que por fin estuviera listo para ser guerrero. Látigo Gris había visto cómo su propio aprendiz, Fronde, se convertía en guerrero hacía ya tiempo.

Muchos gatos ya estaban en el claro. La noticia del nombramiento de Nimbo debía de haberse propagado por el campamento. Carbonilla apareció procedente de su guarida y se instaló cerca del pie de la roca, mientras que Flor Dorada llevó a sus cachorros a sentarse en la primera fila. La camada de Sauce se quedó con ella cerca de la entrada de la maternidad.

Corazón de Fuego advirtió que los demás aprendices eran los últimos en unirse al círculo de congregados alrededor de la roca. Vio cómo Centellina empujaba a Zarpa Rauda para sacarlo de su guarida. Tras cruzar por fin el claro, el gato blanco y negro se quedó en un extremo de la multitud, y los demás aprendices se acomodaron a su alrededor.

El lugarteniente se sintió descorazonado. No era culpa de Nimbo que Estrella Azul lo hubiese elegido sólo a él. Para el aprendiz sería muy duro no recibir las felicitaciones de sus amigos cuando lo nombraran guerrero.

Pero Nimbo no parecía molesto. Salió parsimoniosamente de la guarida de los veteranos y se encaminó hacia Corazón de Fuego ondeando la cola, con los ojos relucientes de emoción.

El lugarteniente le susurró al oído:

—Estoy muy orgulloso de ti, Nimbo. Mañana puedes dirigir una partida de caza hacia el poblado Dos Patas y contárselo a Princesa.

Nimbo le lanzó una mirada entusiasta, pero, antes de que pudiera decir nada, Estrella Azul empezó a hablar.

—Nimbo, esta mañana has peleado muy bien contra el Clan del Río, y he decidido que ha llegado la hora de que ocupes tu lugar como guerrero en nuestro clan.

El joven gato blanco alzó la cara hacia la Peña Alta, mirando fijamente a su líder mientras ésta pronunciaba las palabras rituales.

—Yo, Estrella Azul, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz. Ha entrenado duro para aprender las normas de vuestro noble código, y yo os lo encomiendo a su vez como guerrero.

Su voz era áspera, y Corazón de Fuego pensó que simplemente estaba siguiendo un ritual que había dejado de tener sentido para ella. Desazonado, se preguntó si el Clan Estelar estaría dispuesto a cuidar de Nimbo, cuando ni éste ni su líder sentían ningún respeto por sus antepasados guerreros.

—Nimbo —continuó Estrella Azul—, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de tu vida?

—Lo prometo —respondió Nimbo con vehemencia.

Corazón de Fuego se preguntó si de verdad comprendía lo que estaba prometiendo. Estaba seguro de que Nimbo haría todo lo que pudiera para proteger al clan, porque aquellos gatos eran sus amigos, pero sabía que el joven no se vería impulsado a actuar por lealtad al código guerrero.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre guerrero —continuó Estrella Azul, pronunciando las palabras como si fueran espinas—. Nimbo, a partir de ahora serás conocido como Nimbo Blanco. El Clan Estelar se honra con tu valor y tu independencia, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.

Tras saltar de la Peña Alta, Estrella Azul se acercó a Nimbo Blanco para posar el hocico sobre su cabeza. Él le dio un lametón respetuoso en el omóplato, y luego fue a colocarse junto a Corazón de Fuego.

Aquél era el momento en que el clan debía saludar al nuevo guerrero coreando su nombre, pero reinaba el silencio. Corazón de Fuego empezó a oír murmullos desasosegados a su alrededor, como si los gatos hubieran percibido la falta de convicción con que Estrella Azul había seguido el ritual. Al lanzar una ojeada a los aprendices, en un extremo, descubrió que todos estaban mirando al suelo y que Zarpa Rauda se había puesto de espaldas a su antiguo compañero de dormitorio.

Nimbo Blanco estaba empezando a sentirse incómodo cuando Pecas, que lo había amamantado cuando era un cachorrito, se acercó a restregar el hocico contra el de él.

—¡Bien hecho, Nimbo Blanco! —exclamó—. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

Como si la gata hubiese dado una señal, Carbonilla y Látigo Gris se le unieron, y luego, por fin, los demás gatos empezaron a apiñarse alrededor, saludando a Nimbo por su nuevo nombre y felicitándolo. Corazón de Fuego soltó un suspiro de alivio, aunque advirtió que Rabo Largo no estaba por ningún lado y que los aprendices esperaron hasta el final para acercarse, encabezados por Centellina, y maullaron rápidamente y sin énfasis unas pocas palabras antes de escabullirse. Zarpa

Rauda no estaba entre ellos.

—Debes velar esta noche —le recordó Corazón de Fuego a su antiguo aprendiz, intentando sonar como si aquélla fuera una ceremonia de nombramiento más—. No olvides que debes guardar silencio hasta el amanecer.

Nimbo Blanco asintió y fue a colocarse en el centro del claro. Tenía la cabeza y la cola erguidas orgullosamente, pero Corazón de Fuego sabía que la ceremonia había quedado ensombrecida por los celos de los demás aprendices y por la evidente falta de fe de Estrella Azul.

Se preguntó cuánto podría sobrevivir el clan si su líder ya no honraba al Clan Estelar.



19

A la mañana siguiente, Corazón de Fuego esperó a que partiera la patrulla del alba antes de liberar a Nimbo Blanco de su vigilancia nocturna. Aún se notaba agarrotada la pata herida, pero la hemorragia había cesado.

—¿Todo en calma? —maulló—. ¿Quieres dormir, o estás en condiciones de salir a cazar? Podríamos ir al pinar para ver a Princesa.

Nimbo Blanco abrió la boca en un bostezo enorme, pero un segundo después se levantó de un salto.

—¡Vamos a cazar!

—De acuerdo. Nos llevaremos también a Tormenta de Arena. Ella ya conoce a Princesa.

Era consciente de que su estrecha amistad con Tormenta de Arena se había ido debilitando desde que él evitó el ataque al Clan del Viento. Deseaba restaurar su antiguo vínculo, e invitarla a cazar podría ser una buena manera de hacerlo.

Al mirar alrededor para ver si la gata ya había salido del dormitorio, reparó en que Manto Polvoroso iba hacia él, seguido de Frondina. Cuando estuvieron más cerca, el lugarteniente se dio cuenta de que el guerrero marrón parecía preocupado.

—Hay algo que deberías saber —anunció Manto Polvoroso—. Frondina, cuéntale a Corazón de Fuego lo que acabas de explicarme.

La aprendiza estaba cabizbaja y amasaba el suelo con las zarpas delanteras. Su indecisión dio tiempo al lugarteniente para preguntarse qué angustiaría a la joven y por qué había decidido confiar en Manto Polvoroso antes que en su mentor, Cebrado.

La segunda cuestión quedó respondida cuando el gato marrón inclinó la cabeza para dar un par de lametazos en la oreja de la aprendiza. Corazón de Fuego jamás había visto tan tierno al huraño guerrero.

—Tranquila —maulló Manto Polvoroso—, no hay nada que temer; Corazón de Fuego no se enfadará contigo. —La mirada fulminante que dedicó al lugarteniente, y que Frondina no vio, decía: «¡Más le vale no enfadarse!».

Los ojos verdes de la aprendiza lo miraron brevemente y se desviaron de nuevo.

—Se trata de Zarpa Rauda —maulló—. Él… —Vaciló para lanzar una mirada a Nimbo Blanco, y

continuó—: Estaba furioso porque Estrella Azul no lo hubiera nombrado guerrero. Anoche nos reunió a todos los aprendices en nuestra guarida. Dijo que jamás seríamos guerreros, a menos que hiciéramos algo tan valiente que Estrella Azul no pudiera seguir ninguneándonos.

Enmudeció de nuevo, y Manto Polvoroso murmuró:

—Continúa.

—Dijo que debíamos averiguar quién estaba matando presas en el bosque —maulló Frondina con voz temblorosa—. Dijo que tú no parecías preocupado por encontrar a nuestro enemigo. Quería que fuéramos a las Rocas de las Serpientes, porque allí es donde se han encontrado más restos de presas. Zarpa Rauda pensaba que podríamos hallar alguna pista.

—¡Qué idea de ratón descerebrado! —exclamó Nimbo Blanco.

—¿Y qué pensaban de eso el resto de los aprendices? —preguntó Corazón de Fuego, lanzándole una mirada de advertencia a Nimbo Blanco e intentando pasar por alto el frío nudo de aprensión que empezaba a sentir en el estómago.

—No lo sé. Todos queremos ser guerreros, pero también sabemos que no deberíamos hacer algo así sin órdenes y sin ir acompañados de al menos un guerrero. Al final, sólo se fueron Zarpa Rauda y Centellina.

—¿Tú los has visto irse durante tu vigilia? —preguntó Corazón de Fuego volviéndose hacia Nimbo Blanco.

Con semblante cada vez más preocupado, el joven guerrero negó con la cabeza.

—Zarpa Rauda dijo que Nimbo Blanco no repararía ni en un monstruo de Dos Patas irrumpiendo en el campamento —masculló Frondina—. Él y Centellina se escabulleron por los helechos que hay detrás de la guarida de los veteranos.

—¿Cuándo fue eso? —quiso saber Corazón de Fuego.

—No estoy segura… antes del amanecer. —Frondina elevó la voz como si fuera a gimotear como una cachorrita—. Yo no sabía qué hacer. Sabía que estaba mal, pero no quería delatarlos. Al final me sentía cada vez peor, y cuando vi a Manto Polvoroso, fui a contárselo todo. —Miró agradecida al guerrero marrón, que restregó el hocico contra su pelaje gris moteado.

—Tendremos que ir en su busca —decidió Corazón de Fuego.

—Yo también voy —maulló Nimbo Blanco; al lugarteniente lo asombró el fulgor de sus ojos azules—. Centellina está ahí fuera. Si algo le ha hecho daño, yo… ¡yo lo haré pedazos!

—De acuerdo —accedió Corazón de Fuego, sorprendido al ver que el joven guerrero mostraba claramente cuánto le importaba su antigua compañera de guarida—. Ve en busca de dos gatos más.

Mientras Nimbo Blanco salía disparado, Manto Polvoroso maulló:

—Nosotros también iremos.

—No quiero que los aprendices se vean implicados en esto. Frondina ya está demasiado alterada. ¿Por qué no te la llevas a cazar? Que os acompañen Ceniciento y Cebrado. El clan necesita carne fresca.

Manto Polvoroso lo miró largamente. Finalmente, asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Corazón de Fuego se preguntó si antes de partir debía informar a Estrella Azul, pero no deseaba

darle otra excusa para no nombrar guerrero a Zarpa Rauda. «Si conseguimos traerlos de vuelta, Estrella Azul no tendría por qué saberlo», pensó.

Además, no quería perder ni un instante. Nimbo Blanco ya estaba de regreso, con Tormenta de Arena y Látigo Gris a la zaga. «Justo los gatos que yo habría escogido», se dijo Corazón de Fuego, y lo invadió una cálida sensación ante la idea de que su amigo estaba en casa de nuevo y que juntos podrían cazar y pelear como antes. Los ojos del guerrero gris brillaban cuando se situó al lado de Corazón de Fuego, donde solía hacerlo antes. El lugarteniente deseó poder contar también con Tormenta Blanca —era el mentor de Centellina—, pero el viejo guerrero había salido con la patrulla del alba.

Tormenta de Arena parecía la misma de siempre, alerta y centrada en su misión.

—Nimbo Blanco nos lo ha contado —maulló enérgicamente—. Vámonos.

Corazón de Fuego lideró al grupo fuera del campamento y hasta lo alto del barranco. Casi al instante captaron el olor de Zarpa Rauda y Centellina, apuntando directamente a las Rocas de las Serpientes. No había necesidad de perder tiempo intentando seguir su rastro: lo único que tenían que hacer era llegar a las Rocas de las Serpientes lo antes posible.

«Pero será demasiado tarde —pensó Corazón de Fuego— si se han tropezado con lo que sea que está allí…».

Atravesó el bosque a la carrera, esparciendo hojas caídas. La rigidez de su pata herida había quedado olvidada. Látigo Gris corría cerca de él, y Corazón de Fuego se sintió reconfortado por encararse al peligro con su amigo al lado de nuevo, aunque hubieran cambiado muchas cosas.

Al acercarse a las Rocas de las Serpientes aminoró el paso e indicó con la cola a sus compañeros que hicieran lo mismo. Si aparecían precipitadamente sin saber a qué tenían que enfrentarse, no serían de ayuda para los aprendices. Debían tratar a aquella amenaza, fuera lo que fuese, como a cualquier otro enemigo. Pero algo en su interior gritaba que aquello era impredecible, más allá de cualquier código de clan, y que él se hallaba más en peligro de lo que había estado jamás. ¿Era así como se sentían los ratones y los conejos, sabiendo que la muerte podía estar acechando en el sotobosque?

Todo estaba en silencio. El lugarteniente no quería arriesgarse a llamar a los aprendices, no fuera a alertar a lo que se escondía allí. Se dijo que Zarpa Rauda debía de tener razón: aquél era el núcleo de la oscuridad que había envenenado el bosque. Pero empezó a dudar de sus propias hipótesis sobre cuál sería la amenaza. ¿De verdad podía un solo perro causar tanta muerte y destrucción?

Tan sigilosamente como si estuviera acechando una presa, se deslizó a través de la maleza hasta tener a la vista las Rocas de las Serpientes, lisas y de color arena. Se detuvo unos segundos a olfatear el aire. Captó una mezcla de olores: los de Zarpa Rauda y Centellina, todavía frescos; el olor más antiguo de otros gatos del Clan del Trueno; a perro, como se esperaba; pero sobre todos ellos dominaba el hedor a sangre recién vertida.

Tormenta de Arena se volvió a mirarlo con los ojos dilatados de temor.

—Algo espantoso ha sucedido.

A Corazón de Fuego lo invadió el horror. Estaba a punto de enfrentarse al origen del miedo que lo había acosado durante lunas, el enemigo sin rostro que había invadido su bosque. Casi era incapaz

de moverse.

Con una sacudida de la cola, indicó a sus compañeros que siguieran adelante. Avanzaron con la barriga pegada al suelo, con el propósito de ver sin ser vistos, hasta que las rocas estuvieron a sólo unos zorros de distancia.

Un árbol caído se interponía en su camino. Tras saltar a lo alto del tronco, Corazón de Fuego se encontró ante un espacio abierto y alfombrado de hojarasca. Le subió una bilis repugnante a la garganta al asimilar la escena que tenía delante. Las hojas estaban aplastadas por unas zarpas enormes, y en las ramas del árbol había terrones de tierra esparcida. En mitad del claro yacía el cuerpo blanco y negro de Zarpa Rauda, inmóvil, y un poco más allá el de Centellina.

—Oh, no —susurró Tormenta de Arena, que acababa de trepar al tronco junto a Corazón de Fuego.

—¡Centellina! —aulló Nimbo Blanco.

Sin esperar una orden de su lugarteniente, se lanzó al claro en dirección a la aprendiza.

Corazón de Fuego se puso tenso, temiendo que lo que había atacado a los aprendices apareciera entre los árboles, pero nada se movió. Sintiendo como si sus patas no le pertenecieran, saltó del tronco y se encaminó penosamente hacia Zarpa Rauda.

El aprendiz yacía de costado, las patas extendidas. Su pelaje blanco y negro estaba desgarrado y su cuerpo cubierto de heridas espantosas, hechas por colmillos mucho más grandes que los de cualquier gato. Seguía mostrando los dientes como si gruñera y exhibiendo una mirada rabiosa. Estaba muerto, y Corazón de Fuego vio que había caído luchando.

—Por el Clan Estelar, ¿quién ha hecho esto? —susurró el lugarteniente.

Durante lunas había tenido miedo, y ahora era mucho peor de lo que jamás habría imaginado. A Zarpa Rauda lo habían matado como si fuera una presa. Los cazadores del bosque se habían convertido en cazados. Algo había ocurrido en el bosque, el equilibrio de la vida había cambiado, y durante un momento sintió que el suelo se movía bajo sus patas.

Látigo Gris y Tormenta de Arena se quedaron mirando el cadáver de Zarpa Rauda, demasiado impactados para hablar. Corazón de Fuego sabía que Látigo Gris estaba recordando otro cuerpo cubierto de sangre, reviviendo todo el dolor por la muerte de Corriente Plateada.

—Qué pérdida tan inútil —murmuró el lugarteniente con tristeza—. Ojalá Estrella Azul lo hubiera nombrado guerrero. Ojalá yo le hubiera permitido pelear, en vez de mandarlo a…

Lo interrumpió un chillido de Nimbo Blanco.

—¡Corazón de Fuego! ¡Ven a ver esto! ¡Centellina no está muerta!

El lugarteniente cruzó el claro corriendo hasta Centellina. Su pelaje blanco y canela, que ella tenía siempre tan pulcramente aseado, estaba apelmazado con sangre seca. En un lado del rostro la piel estaba desgarrada, y había sangre donde debería estar el ojo. Tenía una oreja destrozada, y marcas de enormes garras en el hocico.

Corazón de Fuego oyó un gemido ahogado cuando Tormenta de Arena llegó tras él.

—No… —susurró la guerrera melada—. ¡Oh, por el Clan Estelar, no!

El lugarteniente pensó que Nimbo Blanco estaba equivocado y que Centellina estaba muerta, hasta que vio el leve movimiento de su respiración y la sangre que burbujeaba en sus fosas nasales.

—Ve en busca de Carbonilla —ordenó a la guerrera.

Tormenta de Arena salió disparada mientras Látigo Gris se quedaba al lado de Zarpa Rauda, con todos los sentidos alerta por si regresaba el temible enemigo. Corazón de Fuego siguió observando a la malherida Centellina. De algún modo, su miedo había desaparecido. No sentía otra cosa que una calma helada y una determinación feroz de vengar a los jóvenes aprendices. Le pidió al Clan Estelar que estuviera con él y que le diera la fuerza para desatar toda la furia de sus antepasados guerreros sobre aquello que había cometido tal tropelía.

Nimbo Blanco se ovilló junto a la inconsciente aprendiza y empezó a lamerle la cara y las orejas.

—No te mueras, Centellina —suplicó—. Ahora estoy contigo. Carbonilla está de camino. Debes aguantar un poco más.

Corazón de Fuego jamás lo había visto tan destrozado. Deseó que el gato blanco no tuviera que sufrir el mismo dolor que él cuando murió Jaspeada, o el mismo que Látigo Gris cuando perdió a Corriente Plateada.

Una oreja de Centellina se sacudió bajo la tierna lengua de Nimbo Blanco. El ojo que le quedaba se entreabrió y volvió a cerrarse.

—Centellina. —Corazón de Fuego se le acercó más y habló con urgencia—: Centellina, ¿puedes decirnos quién os ha hecho esto?

La aprendiza abrió más el ojo y le clavó una mirada vidriosa.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió el joven lugarteniente—. Habla.

Un fino gemido brotó de Centellina, un gemido que poco a poco se transformó en palabras. Corazón de Fuego se quedó mirándola horrorizado cuando comprendió lo que estaba diciendo.

—Manada, manada… —musitó la gata—. Matar, matar…



20

—¿Vivirá? —preguntó Corazón de Fuego, angustiado.

Carbonilla soltó un suspiro de agotamiento. Había llegado a las Rocas de las Serpientes tan rápido como le permitían sus patas desiguales. Después había hecho todo lo posible por taponar con telarañas las peores heridas de Centellina para detener la hemorragia, y le había dado semillas de adormidera para el dolor. Al final, la aprendiza se había recuperado lo suficiente para que la arrastraran por el bosque hasta el campamento, y ahora yacía inconsciente en un hueco entre los helechos que había cerca de la guarida de Carbonilla.

—No lo sé —admitió la curandera—. He hecho todo lo que he podido. Ahora Centellina depende del Clan Estelar.

—Es una gata fuerte —maulló Corazón de Fuego, intentando tranquilizarse a sí mismo.

Al mirar ahora a Centellina, acurrucada entre los helechos, le parecía cualquier cosa menos fuerte. Parecía más pequeña que un cachorro, apenas un bultito peludo. Corazón de Fuego casi se esperaba que cada inhalación de la gata fuera la última.

—Incluso aunque se recupere —le advirtió Carbonilla—, quedará espantosamente marcada. No he podido salvarle una oreja y un ojo. No sé si podrá ser guerrera alguna vez.

Corazón de Fuego asintió. Tuvo náuseas al obligarse a mirar el lado herido del rostro, ahora cubierto de telarañas. Todo aquello le recordaba al accidente de Carbonilla, cuando Fauces Amarillas le comunicó que su joven aprendiza jamás llegaría a curarse del todo.

—Centellina ha dicho algo de la «manada» —murmuró—. Me pregunto qué es lo que vio en realidad.

Carbonilla negó con la cabeza.

—Es lo que he estado temiendo todo este tiempo. Hay algo acechándonos en el bosque. Lo he oído en mis sueños.

—Lo sé. —Al lugarteniente se le tensaron los músculos de arrepentimiento—. Debería haber hecho algo hace tiempo. El Clan Estelar también le mandó esa advertencia a Estrella Azul.

—Pero Estrella Azul ya no siente ningún respeto por nuestros antepasados guerreros. Me sorprende incluso que los escuchara.

—¿Tú crees que ésa es la razón de que haya pasado esto? —Corazón de Fuego se volvió hacia la

curandera.

—No. El Clan Estelar no ha enviado este mal, estoy segura.

En ese instante, un ruido en el túnel de helechos anunció la llegada de Nimbo Blanco.

—Creo que te he dicho que descansaras —maulló Carbonilla.

—No podía dormir. —El joven guerrero fue a instalarse entre los helechos junto a su amiga—. Quiero estar con Centellina. —Inclinó la cabeza para darle un suave lametón—. Duerme bien, Centellina. Sigues siendo preciosa —murmuró—. Vuelve con nosotros. No sé dónde estás ahora, pero tienes que volver.

Siguió lamiéndola un rato más y luego levantó la cabeza para fulminar con la mirada a Corazón de Fuego.

—¡Todo esto es culpa tuya! —le espetó—. Centellina y Zarpa Rauda deberían haber sido nombrados guerreros, y así no habrían salido por su cuenta.

El lugarteniente le sostuvo la mirada.

—Sí, lo sé —maulló—. Y lo intenté; créeme.

Se interrumpió al oír unas leves pisadas de otro gato. Al darse la vuelta, vio que se acercaba Estrella Azul. Él había pedido a Tormenta de Arena que fuera en su busca; la guerrera melada llegó detrás de la líder al claro de Carbonilla.

Estrella Azul se detuvo junto a Centellina y se quedó mirándola en silencio. Nimbo Blanco levantó la cabeza desafiante, y durante unos segundos Corazón de Fuego pensó que iba a acusarla de las horribles heridas de la aprendiza, pero el joven no abrió la boca.

Estrella Azul parpadeó un par de veces antes de preguntar:

—¿Se está muriendo?

—Eso depende del Clan Estelar —respondió Carbonilla, mirando de reojo a Corazón de Fuego.

—¿Y qué compasión podemos esperar del Clan Estelar? —gruñó la líder—. Si depende de nuestros antepasados, Centellina morirá.

—Sin haber llegado a ser guerrera —intervino Nimbo Blanco en voz baja y pesarosa; dicho esto, continuó lamiendo el omóplato de su amiga.

—No necesariamente —respondió Estrella Azul de mala gana—. Hay un ritual (por suerte, poco usado) mediante el cual, si un aprendiz valioso está agonizando, puede ser nombrado guerrero para que llegue al Clan Estelar con su nombre guerrero. —La gata vaciló.

Corazón de Fuego contuvo la respiración con incredulidad. ¿De verdad podría Estrella Azul dejar a un lado su rabia hacia sus antepasados para reconocer la importancia del Clan Estelar en la vida de un guerrero? ¿Estaba a punto de admitir que había negado a Centellina el estatus de guerrera que se merecía?

Nimbo Blanco volvió a mirar a la gata gris.

—Entonces, hazlo —gruñó.

Estrella Azul no reaccionó mal por el hecho de que el guerrero más joven le diera órdenes. Mientras Corazón de Fuego y Carbonilla contemplaban la escena, arrimándose para reconfortarse con el contacto, y Tormenta de Arena se acercaba como testigo silenciosa, la líder del clan inclinó la cabeza y empezó a hablar.

—Solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. Ella ha aprendido el código guerrero y ha dado su vida al servicio de su clan. Que el Clan Estelar la reciba como guerrera. —Entonces hizo una pausa y sus ojos refulgieron de fría furia—. Será conocida como Cara Perdida, para que todos los gatos sepan qué hizo el Clan Estelar para arrebatárnosla —gruñó.

Corazón de Fuego se quedó mirándola horrorizado. ¿Cómo podía la líder utilizar a la malherida aprendiza en su guerra contra los espíritus de sus antepasados?

—Pero ¡es un nombre muy cruel! —protestó Nimbo Blanco—. ¿Y si Centellina sobrevive?

—Entonces tendremos más razones todavía para recordar lo que nos ha hecho el Clan Estelar —replicó Estrella Azul en apenas un susurro—. Tendrán a esta guerrera como Cara Perdida, o nada.

Nimbo Blanco le sostuvo la mirada un momento más, con desafío en los ojos, pero al cabo bajó la cabeza como si supiese que era inútil discutir.

—Que el Clan Estelar la reciba con el nombre de Cara Perdida —concluyó Estrella Azul, y se inclinó para tocarle levemente la cabeza con la nariz—. Bueno, ya está hecho —murmuró.

Como si el contacto la hubiera reanimado, Cara Perdida abrió su único ojo, que quedó anegado por un pavor horroroso. Durante un momento, la joven luchó por despertar del todo.

—¡Manada, manada! —exclamó con voz ahogada—. ¡Matar, matar!

Estrella Azul retrocedió con el pelo erizado.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir? —preguntó.

Pero Cara Perdida cayó inconsciente de nuevo. La líder miró ansiosa a Carbonilla y Corazón de Fuego.

—¿Qué quería decir? —insistió.

—No lo sé —maulló la curandera, inquieta—. Eso es lo único que dice.

—Pero, Corazón de Fuego, yo te conté… —La gata gris estaba haciendo un gran esfuerzo por hablar—. Los antepasados del Clan Estelar me mostraron un peligro en el bosque, y lo llamaban «manada». ¿Es esa manada la que ha hecho esto?

Carbonilla evitó su mirada y se fue a examinar a Cara Perdida. Corazón de Fuego buscó una respuesta que satisficiera a su líder. No quería que Estrella Azul supiese que sus gatos estaban siendo cazados igual que presas por un enemigo sin nombre y sin rostro. Pero sabía que no se conformaría con palabras tranquilizadoras y vacías.

—Nadie lo sabe —contestó por fin—. Advertiré a las patrullas que estén alerta, pero…

—Pero si el Clan Estelar nos ha abandonado, las patrullas no nos ayudarán —terminó Estrella Azul despectivamente—. Quizá ha mandado esta manada para castigarme.

—¡No! —Carbonilla se encaró con su líder—. El Clan Estelar no ha mandado a la manada. Nuestros antepasados se preocupan por nosotros y jamás trastornarían la vida del bosque ni destruirían a todo un clan por una sola desavenencia. Estrella Azul, debes creer en eso.

La gata gris no le hizo caso. Se acercó a Cara Perdida y se quedó mirándola.

—Perdóname —maulló—. Yo he atraído la ira del Clan Estelar sobre ti.

Luego dio media vuelta y se marchó a su guarida.

Casi en el mismo instante en que desaparecía la líder, un aullido desgarrador inundó el claro principal. Corazón de Fuego atravesó los helechos a la carrera: Rabo Largo y Látigo Gris acababan

de llegar con Zarpa Rauda para enterrarlo. Cuando el cuerpo blanco y negro quedó dispuesto en el centro del claro, su mentor se tumbó junto a él, tocándolo con el hocico en la posición ritual de duelo. Flor Dorada, madre de Zarpa Rauda, se sentó a su lado, mientras sus hermanastros, Pequeño Zarzo y Pequeña Trigueña, contemplaban la escena con ojos despavoridos.

Corazón de Fuego sintió una nueva oleada de pena. Rabo Largo había sido un buen mentor para Zarpa Rauda, y no se merecía el dolor que estaba sufriendo.

Tras regresar a la guarida de Carbonilla, vio que Tormenta de Arena se había acercado a la curandera, que estaba aplicando nuevas telarañas a las ya empapadas de sangre.

—A lo mejor se recupera —maulló la guerrera—. Si hay alguien que pueda ayudarla eres tú, Carbonilla.

La curandera alzó la vista y parpadeó.

—Gracias, Tormenta de Arena, pero las hierbas curativas tienen un efecto limitado. Y si Cara Perdida vive, puede que no me lo agradezca.

Se volvió hacia Corazón de Fuego, que captó su temor a que la gata herida no lograse sobreponerse a su aspecto, espantosamente cambiado. ¿Qué futuro le esperaba a una gata cuyas cicatrices le recordarían siempre la pesadilla que había vivido?

—Yo cuidaré de ella igualmente —juró Nimbo Blanco, que dejó de lamer a su amiga para mirarlos un instante.

Corazón de Fuego se sintió orgulloso. Si su antiguo aprendiz mostrara la misma lealtad incondicional al código guerrero, podría ser uno de los mejores guerreros del Clan del Trueno.

Tormenta de Arena restregó delicadamente el hocico contra Cara Perdida y luego retrocedió.

—Iré por algo de carne fresca para ti y Nimbo Blanco —le dijo a Carbonilla—. Y traeré también una pieza para Cara Perdida. A lo mejor le apetece algo si despierta. —Decididamente optimista, salió del claro de la curandera.

—Yo no quiero comer nada —maulló Nimbo Blanco con voz apagada—. Tengo el estómago revuelto.

—Necesitas dormir —repuso Carbonilla—. Te daré unas semillas de adormidera.

—Tampoco quiero semillas de adormidera. Quiero quedarme con Cara Perdida.

—No te estoy preguntando qué es lo que quieres; te estoy diciendo lo que necesitas. Ayer pasaste la noche en vela, ¿recuerdas? —Con más delicadeza, añadió—: Prometo que te despertaré si hay algún cambio.

Mientras la gata iba en busca de las semillas, Corazón de Fuego lanzó a Nimbo Blanco una mirada comprensiva.

—Carbonilla es la curandera —señaló—. Sabe qué es lo mejor.

Nimbo Blanco no contestó, pero cuando Carbonilla regresó con una cabeza seca de adormidera y la sacudió delante de él, se tragó las semillas sin rechistar. Agotado, se ovilló muy cerca de Cara Perdida y cayó dormido al cabo de unos segundos.

—Jamás pensé que Nimbo Blanco se preocuparía tanto por otro miembro del clan —murmuró Corazón de Fuego.

—¿Es que no te habías dado cuenta? —A pesar de su desazón, en los ojos azules de Carbonilla

apareció un brillo risueño—. Nimbo Blanco ya lleva una estación entera detrás de Centellina… La ama de verdad, ¿sabes?

Al ver a los dos jóvenes acurrucados juntos, Corazón de Fuego se lo creyó.

Se encaminó al montón de carne fresca. El sol ya estaba casi en su cénit, pero, aunque sus rayos descendían radiantes sobre el claro, apenas alcanzaban a calentar. La estación sin hojas había llegado al bosque.

Habían pasado días desde que Zarpa Rauda resultó muerto y Cara Perdida herida. Corazón de Fuego acababa de ir a visitarla, y la joven seguía aferrándose a la vida. Carbonilla empezaba a ser cautelosamente optimista; quizá lograría sobrevivir. Nimbo Blanco pasaba casi todo el tiempo con ella. El lugarteniente lo había liberado temporalmente de sus tareas como guerrero para que pudiese cuidar de la malherida.

Mientras cruzaba el claro, el lugarteniente vio que Látigo Gris salía de la guarida de los guerreros y se dirigía al montón de carne fresca. Cebrado lo adelantó y lo empujó a un lado para hacerse con un conejo. Manto Polvoroso, que ya estaba eligiendo su propia presa, miró con hostilidad a Látigo Gris; éste vaciló, sin querer acercarse hasta que los otros dos se marcharon a comer junto a la extensión de ortigas.

Corazón de Fuego apretó el paso para alcanzar a su amigo.

—No les hagas caso —masculló—. Esos dos tienen el cerebro en la cola.

Látigo Gris le lanzó una mirada agradecida antes de escoger una urraca del montón.

—Comamos juntos —propuso Corazón de Fuego. Tras elegir un campañol, fue hacia una zona soleada cerca de la guarida de los guerreros—. Y no te preocupes por ésos —añadió—. No pueden mostrarse hostiles eternamente.

Látigo Gris no pareció muy convencido, pero no dijo nada, y los dos amigos se pusieron cómodos para comer. Al otro extremo del claro, Pequeña Trigueña y Pequeño Zarzo estaban jugando con los tres hijos de Sauce. Corazón de Fuego sintió una punzada de pena al recordar que Cara Perdida jugaba a veces con ellos, como si estuviese deseando tener cachorros. ¿Alguna vez podría tener su propia camada?

—No me acostumbro a cómo se parece ese cachorro a su padre —maulló Látigo Gris después de observar un rato a los gatitos.

—Mientras no se comporte como él…

Corazón de Fuego se puso tenso cuando Pequeño Zarzo derribó a una hija de Sauce mucho más pequeña que él, pero se relajó de nuevo al ver que la cachorrita parda se levantaba de un salto y se abalanzaba juguetonamente sobre el atigrado.

—Ya debe de ser hora de hacerlo aprendiz —señaló Látigo Gris—. Él y Pequeña Trigueña son mayores que… —Enmudeció, y sus ojos ámbar se empañaron de tristeza.

Su amigo supo que estaba pensando en sus hijos, que se habían quedado en el Clan del Río.

—Sí, ya es hora de que piense en sus mentores —coincidió, esperando distraerlo de sus recuerdos agridulces—. Le preguntaré a Estrella Azul si puedo ser el mentor de Pequeño Zarzo.

¿Quién crees que…?

—¿Tú serás el mentor de Pequeño Zarzo? —Látigo Gris se quedó mirándolo sin pestañear—. ¿Te parece una buena idea?

—¿Y por qué no? —repuso Corazón de Fuego, sintiendo un hormigueo—. Ahora que Nimbo Blanco es guerrero, ya no tengo ningún aprendiz.

—Porque Pequeño Zarzo no te cae bien. No te culpo por eso, pero ¿no estaría mejor con un mentor que se fiara de él?

El lugarteniente dudó. Había algo de verdad en las palabras de su amigo, pero no podía encargarle esa tarea a ningún otro gato. Él debía tener a Pequeño Zarzo bajo su guía, para asegurarse de que mantendría su lealtad al Clan del Trueno.

—La decisión está tomada —maulló secamente—. Quería preguntarte quién sería adecuado para Pequeña Trigueña.

Látigo Gris hizo una pausa, como si quisiera seguir discutiendo, pero luego se encogió de hombros.

—Me sorprende que tengas que preguntármelo. Hay una candidata obvia —contestó. Al ver que su amigo no decía nada, aclaró—: ¡Tormenta de Arena, ratón descerebrado!

Corazón de Fuego tomó un bocado de campañol para darse tiempo de pensar una respuesta. Tormenta de Arena era una guerrera experimentada. Había sido aprendiza al mismo tiempo que, Látigo Gris, Manto Polvoroso y él, y era la única de los cuatro que jamás había tenido un aprendiz a su cargo. Aun así, por alguna razón se sentía reacio a encomendarle a Pequeña Trigueña.

Tras engullir el campañol, maulló:

—Es que le medio prometí a Fronde Dorado que sería el mentor de Copito de Nieve. Lo justo es que le pregunte a Estrella Azul si él puede ser el mentor de Pequeña Trigueña, por la desilusión tan grande que se llevó hace poco. Además, es un guerrero estupendo y hará un buen trabajo.

A Látigo Gris le brillaron los ojos de orgullo; Fronde Dorado había sido su aprendiz, y estaba encantado de oír lo bien que le iba al joven guerrero. Pero luego agitó las orejas con incredulidad.

—Venga, Corazón de Fuego. Ésa no es la verdadera razón, y lo sabes.

—¿Qué quieres decir?

—No quieres confiarle Pequeña Trigueña a Tormenta de Arena por temor a lo que podría hacerle Estrella de Tigre.

Mirando al guerrero gris, Corazón de Fuego supo que estaba en lo cierto. Esa razón había estado en su mente, pero él se había negado a admitirla, incluso ante sí mismo.

—Tú quieres protegerla —continuó Látigo Gris.

—¿Y qué tiene eso de malo? Estrella de Tigre ya ha conseguido que Cebrado saque a los cachorros del campamento para que lo conozcan. ¿Crees que la cosa terminará ahí? ¿Crees que se contentará con verlos en las Asambleas?

—No, no lo creo. —Látigo Gris soltó un resoplido exasperado—. Pero ¿qué pensará Tormenta de Arena? Ella no es una bonita y frágil minina doméstica, no es de las que se esconden detrás de guerreros grandes y fuertes. Tormenta de Arena sabe cuidar de sí misma.

Corazón de Fuego se encogió de hombros, incómodo.

—Tendrá que aceptar la decisión. Estoy seguro de que Estrella Azul accederá a que Fronde Dorado se ocupe de Pequeña Trigueña.

Los ojos ámbar de Látigo Gris relucieron previendo problemas.

—Tú eres el lugarteniente. Pero a Tormenta de Arena no le gustará nada —predijo.

—¿Tú quieres ser el mentor de Pequeño Zarzo? —preguntó Estrella Azul.

Corazón de Fuego se hallaba en la guarida de la líder. Acababa de abordar el tema de los nuevos aprendices, sugiriendo que deberían celebrar la ceremonia de nombramiento a la puesta de sol.

—Sí —contestó—. Y que Fronde Dorado sea el mentor de Pequeña Trigueña.

Estrella Azul lo observó entornando los ojos.

—Un traidor como mentor del hijo de un traidor —dijo con voz ronca. Era evidente que no le interesaba quién se encargaría de Pequeña Trigueña—. Muy apropiado.

—Estrella Azul, ahora no hay traidores en el clan —intentó tranquilizarla Corazón de Fuego, apartando sus recelos sobre Pequeño Zarzo.

Ella sorbió por la nariz desdeñosamente.

—Haz lo que quieras, Corazón de Fuego. ¿Por qué va a importarme lo que suceda en este nido de canallas?

Corazón de Fuego renunció a razonar con ella y salió de la guarida para regresar al claro. El sol ya estaba descendiendo, y el clan había empezado a reunirse a la espera de la ceremonia. Corazón de Fuego vio a Fronde Dorado y lo llamó.

—Creo que estás preparado para tener un aprendiz —anunció—. ¿Te gustaría ser el mentor de Pequeña Trigueña?

A Fronde Dorado se le iluminó la mirada.

—¿Ha… hablas en serio? —tartamudeó—. ¡Sería genial!

—Harás un buen trabajo. ¿Sabes lo que debes hacer en la ceremonia?

Se interrumpió al ver que Tormenta de Arena salía de la guarida de los guerreros y se encaminaba hacia él.

—Espera aquí, Fronde Dorado —dijo—. Regreso en un momento.

Y fue al encuentro de la gata melada.

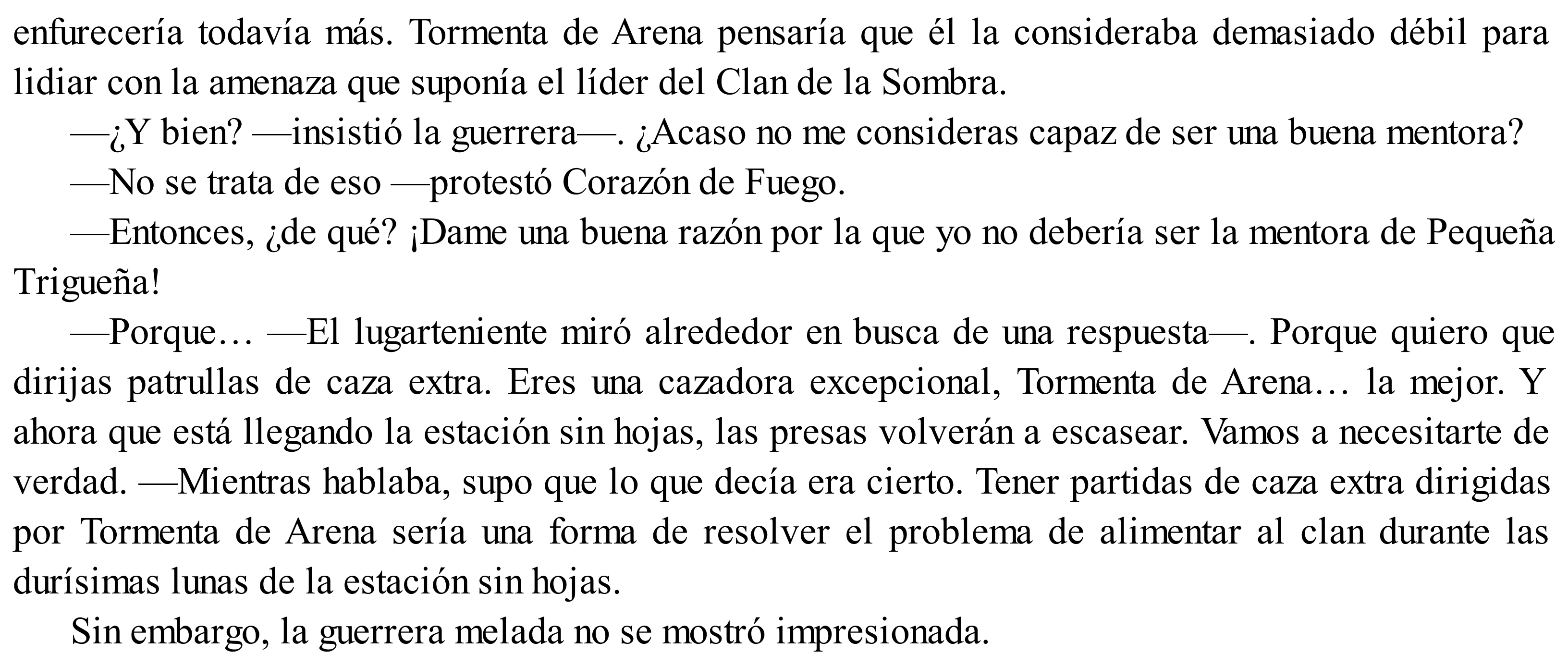
—¿Qué es eso que me ha dicho Látigo Gris? —quiso saber Tormenta de Arena en cuanto él pudo oírla—. ¿Es cierto que le has preguntado a Estrella Azul si Fronde Dorado puede ser el mentor de Pequeña Trigueña?

El lugarteniente tragó saliva. Los ojos verdes de la guerrera llameaban de ira, y tenía erizado el pelo de los omóplatos.

—Sí, es cierto… —empezó.

—Pero ¡yo tengo más experiencia que él!

Corazón de Fuego reprimió el impulso de contarle la verdad, de explicarle que estaba haciéndolo por su bien y por ninguna otra razón. Pero si le decía que no iba a ser la mentora de Pequeña Trigueña porque él deseaba protegerla de posibles problemas con Estrella de Tigre, ella se



enfurecería todavía más. Tormenta de Arena pensaría que él la consideraba demasiado débil para lidiar con la amenaza que suponía el líder del Clan de la Sombra.

—¿Y bien? —insistió la guerrera—. ¿Acaso no me consideras capaz de ser una buena mentora?

—No se trata de eso —protestó Corazón de Fuego.

—Entonces, ¿de qué? ¡Dame una buena razón por la que yo no debería ser la mentora de Pequeña Trigueña!

—Porque… —El lugarteniente miró alrededor en busca de una respuesta—. Porque quiero que dirijas patrullas de caza extra. Eres una cazadora excepcional, Tormenta de Arena… la mejor. Y ahora que está llegando la estación sin hojas, las presas volverán a escasear. Vamos a necesitarte de verdad. —Mientras hablaba, supo que lo que decía era cierto. Tener partidas de caza extra dirigidas por Tormenta de Arena sería una forma de resolver el problema de alimentar al clan durante las durísimas lunas de la estación sin hojas.

Sin embargo, la guerrera melada no se mostró impresionada.

—Sólo estás poniendo excusas —maulló despectivamente—. No hay ninguna razón para que no dirija partidas de caza y sea, al mismo tiempo, la mentora de Pequeña Trigueña. Ella es inteligente y rápida, y estoy segura de que también se convertirá en una cazadora excepcional.

—Lo lamento. Ya le he dicho a Fronde Dorado que se encargue de Pequeña Trigueña. Le pediré a Estrella Azul que te encomiende uno de los cachorros de Sauce cuando haya pasado la peor parte de la estación sin hojas. ¿De acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo —bufó Tormenta de Arena—. Yo no he hecho nada para que me ningunees de ese modo. No me olvidaré de esto fácilmente, Corazón de Fuego.

Dicho esto, dio media vuelta y fue a reunirse con Escarcha y Pecas. Corazón de Fuego fue tras ella, pero se detuvo de inmediato. No había nada que pudiera decir, y, además, Estrella Azul acababa de aparecer para convocar la ceremonia.

Mientras el clan se iba congregando, Corazón de Fuego reparó en Látigo Gris, no muy lejos de la Peña Alta, solo. Musaraña pasó junto a él como si no existiera para ir a sentarse con las otras gatas. Frustrado por la manera en que el clan seguía negándose a aceptar a su amigo, Corazón de Fuego deseó ir a consolarlo, pero tuvo que quedarse donde estaba, listo para participar en la ceremonia. Un momento después, aparecieron Nimbo Blanco y Tormenta Blanca por el túnel que llevaba a la guarida de la curandera, y se colocaron al lado del guerrero gris, para alivio del lugarteniente.

Carbonilla los siguió cojeando y se encaminó hacia Corazón de Fuego apresuradamente. Cuando estuvo cerca, el joven vio que sus ojos azules centelleaban.

—Buenas noticias, Corazón de Fuego —dijo la gata—. Cara Perdida acaba de despertarse y ha podido comer algo de carne fresca. Creo que va a ponerse bien.

El lugarteniente ronroneó encantado.

—Eso es estupendo, Carbonilla. —Pero, aunque la noticia suponía un alivio, no pudo evitar preguntarse cómo reaccionaría Cara Perdida cuando se enterara de que había quedado espantosamente marcada.

—Ya se ha incorporado, y está intentando limpiarse ella sola —continuó Carbonilla—, pero sigue estando muy alterada. Tendrá que permanecer unos días más en mi guarida.

—¿Ha dicho algo sobre lo que la atacó?

La curandera negó con la cabeza.

—He tratado de preguntárselo, pero pensar en eso todavía la angustia demasiado. En sus pesadillas aún grita «manada» y «matar».

—El clan necesita saberlo —le recordó Corazón de Fuego.

—Pues el clan tendrá que esperar —replicó Carbonilla tajantemente—. Cara Perdida necesita paz y tranquilidad para recuperarse.

Corazón de Fuego quería preguntarle cuándo creía que Cara Perdida estaría en condiciones de hablar con él, pero tenía que prestar atención a la ceremonia. Flor Dorada salió de la maternidad flanqueada por sus dos hijos. Corazón de Fuego vio que los había aseado con especial esmero. El pelo de Pequeña Trigueña relucía como una llama al sol poniente, y el pelaje atigrado oscuro de Pequeño Zarzo tenía una pátina brillante. De camino hacia la Peña Alta, la gatita iba dando saltos de alegría, pero su hermano parecía tranquilo y avanzaba con la cabeza y la cola bien altas.

Corazón de Fuego se preguntó si ése habría sido el aspecto de Estrella de Tigre cuando lo nombraron aprendiz. ¿Habría sido también como una promesa de valentía y de una larga vida al servicio de su clan? ¿Tuvieron su líder y su mentor alguna idea de lo que estaba destinado a ser?

Estrella Azul llamó a los dos cachorros para que se situaran al pie de la Peña Alta. Corazón de Fuego advirtió que la gata estaba más alerta que de costumbre, como si ni siquiera ella pudiese ser indiferente a la idea de tener más guerreros que lucharan por el clan.

—Fronde Dorado —empezó—. Corazón de Fuego dice que estás preparado para tener tu primer aprendiz. Serás el mentor de Zarpa Trigueña.

Con un aspecto casi tan nervioso como su nueva aprendiza, Fronde Dorado dio unos pasos adelante, y Zarpa Trigueña corrió a su encuentro.

—Fronde Dorado —continuó la líder—, has demostrado ser un guerrero leal y reflexivo. Espero que hagas lo posible por transmitir esas cualidades a Zarpa Trigueña.

Mentor y aprendiza entrechocaron las narices y luego se retiraron a un extremo del claro mientras Estrella Azul se volvía hacia Corazón de Fuego.

—Ahora que Nimbo Blanco es guerrero —siguió la gata—, estás libre para tomar otro aprendiz. Serás el mentor de Zarzo.

La líder lo miró con un extraño fulgor en los ojos y él comprendió, horrorizado, que Estrella Azul recelaba de sus motivos para querer entrenar al hijo de Estrella de Tigre. Intentó sostener la fría mirada de su líder sin amilanarse. Pensara lo que pensase Estrella Azul, él sabía que sus motivos eran la lealtad al Clan del Trueno.

Zarzo se dirigió hacia su mentor, y Corazón de Fuego avanzó para reunirse con él en el centro del círculo de gatos. Contemplando los ojos del nuevo aprendiz, vio en ellos un ardiente entusiasmo que, al mismo tiempo, suponía un aliciente y un desafío.

«¡Qué gran guerrero será! —pensó Corazón de Fuego, y añadió para sus adentros—: ¡Ojalá no fuera hijo de Estrella de Tigre!».

—Corazón de Fuego, has demostrado ser un guerrero de insólito valor y mente rápida —maulló Estrella Azul entornando los ojos—. Estoy convencida de que transmitirás todo lo que sabes a este

joven aprendiz.

El lugarteniente inclinó la cabeza para tocar con su nariz la de Zarzo. Mientras guiaba al nuevo aprendiz a un extremo del claro, Zarzo le preguntó:

—¿Qué hacemos ahora, Corazón de Fuego? Quiero aprenderlo todo: a pelear, a cazar, todo sobre los otros clanes…

A pesar de sus recelos, el lugarteniente tuvo que admitir que era evidente que Zarzo no sabía nada de la antigua hostilidad entre su mentor y su padre. Eso era gracias a Flor Dorada, que estaban observándolos con una expresión indescifrable. Corazón de Fuego supuso que a la reina no le habría hecho demasiada gracia que él decidiera entrenar al hijo de Estrella de Tigre. ¿Y qué pasaría cuando el propio Estrella de Tigre se enterara? Sentía los ojos de Cebrado clavados en él; sabía que el guerrero oscuro daría la nueva noticia a Estrella de Tigre en la siguiente Asamblea, si no antes.

—Todo a su tiempo —prometió al ansioso aprendiz—. Mañana saldremos con Fronde Dorado y con tu hermana para hacer un recorrido por nuestro territorio. Luego aprenderéis dónde están las fronteras y cómo reconocer los olores de los otros clanes.

—¡Genial! —exclamó Zarzo con un chillido emocionado.

—Pero, de momento —añadió Corazón de Fuego mientras Estrella Azul concluía la ceremonia —, puedes ir a conocer a los demás aprendices. No olvides dormir en su guarida esta noche.

Agitó la cola para dejarlo marchar, y Zarzo salió disparado hacia su hermana, mientras los otros gatos empezaban a apiñarse a su alrededor, felicitando a los dos nuevos aprendices y llamándolos por su nombre.

Mientras contemplaba la escena, Corazón de Fuego vio que Látigo Gris se encaminaba hacia él. Cuando su amigo pasó al lado de Tormenta de Arena, ésta le preguntó:

—Látigo Gris, ¿no te da pena que no te hayan confiado un aprendiz?

—En parte. —Sonó incómodo y miró a Corazón de Fuego de reojo mientras hablaba—. Pero no puedo esperar encargarme de ninguno durante un tiempo. La mitad del clan no me ha aceptado todavía.

—Entonces, la mitad del clan son estúpidas bolas de pelo —declaró Tormenta de Arena, dándole un lametazo en la oreja.

Látigo Gris se encogió de hombros.

—Sé que tendré que demostrar mi lealtad antes de volver a ser mentor. Y tú tendrás pronto un aprendiz —añadió, como si pudiera leerle el pensamiento—, en cuanto estén listos los hijos de Sauce.

Una expresión de disgusto cruzó la cara de Tormenta de Arena. Corazón de Fuego se preguntó si debería intentar hablar con ella otra vez, pero cuando la gata advirtió que él se acercaba dubitativo, se volvió hacia Látigo Gris y maulló bien alto:

—¡Andando, vamos a ver si queda algo de carne fresca! Corazón de Fuego se detuvo y vio abatido cómo Tormenta de Arena se levantaba para encaminarse al montón de carne. Látigo Gris la siguió, lanzando una mirada de inquietud a su amigo.

Al ver cómo la guerrera le volvía la espalda, el lugarteniente sintió una amarga desilusión. Por mucho que probara, todos sus intentos de reavivar el viejo vínculo entre Tormenta de Arena y él


parecían estar fracasando. La echaba de menos, y sentía una clase de soledad que no podría aliviar ninguno de los gatos que se movían a su alrededor.



21

—No os acerquéis más —advirtió Fronde Dorado—. Este lugar es muy peligroso.

Él y Corazón de Fuego, junto con sus dos aprendices, se hallaban al borde del Sendero Atronador. Zarzo y Zarpa Trigueña arrugaron la nariz por el amargo olor.

—A mí no me parece peligroso —maulló Zarzo.

A modo de prueba, alargó una pata para posarla sobre la superficie oscura y pétrea.

En ese mismo instante, Corazón de Fuego notó que el suelo temblaba con el rugido de un monstruo.

—¡Atrás! —gruñó.

Zarzo retrocedió de un salto a la seguridad del arcén mientras el monstruo pasaba a toda prisa, agitando su pelaje con una ráfaga de aire caliente y apestoso.

A Zarpa Trigueña se le pusieron los ojos como platos del susto.

—¿Qué ha sido eso? —maulló.

—Un monstruo —explicó Corazón de Fuego—. Llevan Dos Patas en sus entrañas, pero nunca abandonan el Sendero Atronador, así que estáis bastante seguros… siempre que os mantengáis alejados de él. —Miró a Zarzo con severidad—. Cuando un guerrero te diga que hagas algo, obedece. Pregunta todo lo que quieras, pero después.

El aprendiz asintió arañando el suelo.

—Sí, Corazón de Fuego.

Ya estaba recuperándose de la impresión. El lugarteniente tuvo que admitir que muchos gatos más experimentados se habrían aterrorizado al encontrarse tan cerca de un monstruo. Desde que habían dejado el campamento por la mañana, Zarzo se había mostrado valiente, curioso y ansioso por aprender.

Tormenta de Arena, Látigo Gris y Tormenta Blanca habían salido en la patrulla del alba, mientras Corazón de Fuego y Fronde Dorado llevaban a sus aprendices a conocer el territorio del Clan del Trueno. El lugarteniente advirtió que se movía con un sigilo extraordinario por los senderos, antes tan familiares, obsesionado con las sombras y temeroso de que, en cualquier momento, pudiera encontrarse cara a cara con la oscura presencia que rondaba el bosque.

Se había mantenido bien lejos de las Rocas de las Serpientes, pues no quería correr riesgos en

aquel maldito lugar con los dos aprendices. Sabía que pronto tendría que hacer algo con la amenaza que acechaba allí, pero esperaba a que Cara Perdida estuviera lo bastante bien para contarles exactamente qué la había atacado. En lo más profundo de su ser, Corazón de Fuego no podía evitar preguntarse si, cuando eso sucediera, sus guerreros serían capaces de enfrentarse al problema.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Zarpa Trigueña, apuntando con la cola al bosque que había al otro lado del Sendero Atronador.

—Ése es el territorio del Clan de la Sombra —respondió Fronde Dorado—. ¿Puedes captar su olor?

Una fría brisa llevaba el olor del Clan de la Sombra hacia ellos. Zarzo y Zarpa Trigueña abrieron la boca para saborearlo.

—Sí, ya lo habíamos olido antes —anunció la aprendiza.

—¿Ah, sí? —Fronde Dorado lanzó una mirada de asombro a Corazón de Fuego.

—Cuando Cebrado nos llevó a la frontera para que conociéramos a nuestro padre —explicó Zarzo.

—Yo los vi. —Corazón de Fuego quería que Fronde Dorado supiera que aquello no era una novedad para él—. Supongo que no podemos culpar a Estrella de Tigre por querer ver a sus hijos —añadió, obligándose a ser comprensivo.

Fronde Dorado no respondió, pero pareció algo preocupado, como si compartiera los recelos de Corazón de Fuego por la relación de Estrella de Tigre con aquellos dos jóvenes del Clan del Trueno.

—¿Podemos ir ahora a ver a nuestro padre? —preguntó Zarpa Trigueña ilusionada.

—¡No! —Fronde Dorado pareció escandalizado—. Los gatos de un clan no entran sin más en el territorio de otro. Si nos sorprendiera una patrulla, sería un gran problema.

—No si les decimos que Estrella de Tigre es nuestro padre —replicó Zarzo—. La última vez tenía ganas de vernos.

—Fronde Dorado os ha dicho que no —espetó Corazón de Fuego—. Y si pillo a alguno de los dos poniendo una pata al otro lado de la frontera, ¡os cortaré la cola!

Zarpa Trigueña dio un salto atrás, como si pensara que iba a llevar a cabo la amenaza en ese mismo instante.

Los ojos ámbar de Zarzo se clavaron en los del lugarteniente varios segundos.

—Corazón de Fuego —maulló entonces, dubitativo—. Hay algo más, ¿verdad? ¿Por qué nadie nos habla de nuestro padre? ¿Por qué se marchó del Clan del Trueno?

El lugarteniente se quedó mirando a su aprendiz. No veía la manera de esquivar una pregunta tan directa. Tiempo atrás, le había prometido a Flor Dorada que les contaría a sus hijos la verdad, pero había esperado tener algo más de tiempo para pensar en qué decir exactamente.

Intercambió una rápida mirada con Fronde Dorado, el cual susurró:

—Si no se lo cuentas tú, lo hará otro.

El guerrero tenía razón. Había llegado el momento de cumplir la promesa hecha a Flor Dorada. Tras carraspear para aclararse la garganta, maulló:

—De acuerdo. Busquemos un sitio donde descansar y os lo contaré.

Se alejó varios saltos de conejo del Sendero Atronador, hasta una hondonada resguardada por

matas de helechos, amarillos y quebradizos ya por las heladas de la estación sin hojas. Los aprendices lo siguieron con los ojos dilatados de curiosidad.

Corazón de Fuego comprobó que no hubiera olor a perro antes de acomodarse sobre la hierba seca, escondiendo las patas delanteras debajo del pecho. Fronde Dorado se quedó en la parte alta del terreno, haciendo guardia por los posibles peligros, del perro o del territorio del Clan de la Sombra, tan cercano.

—Antes de hablaros de vuestro padre —empezó—, quiero recordaros que el Clan del Trueno está orgulloso de vosotros. Los dos seréis unos guerreros estupendos. Lo que voy a contaros ahora no cambiará nada de eso.

La curiosidad de los aprendices se transformó en desazón al oír eso. Corazón de Fuego supo que estarían preguntándose qué iba a pasar.

—Estrella de Tigre es un gran guerrero —continuó—. Y siempre quiso ser líder de un clan. Antes de abandonar el Clan del Trueno, era nuestro lugarteniente.

Los ojos de Zarzo centellearon de emoción.

—Cuando sea guerrero, también me gustaría ser lugarteniente.

Corazón de Fuego sintió un hormigueo ante aquella evidencia de la ambición de su aprendiz, tan parecida a la de Estrella de Tigre.

—Guarda silencio y escucha.

Zarzo inclinó la cabeza obedientemente.

—Como estaba diciendo, Estrella de Tigre ha sido siempre un gran guerrero —prosiguió Corazón de Fuego, obligándose a lanzar las palabras al frío aire—. Pero un día hubo un combate contra el Clan del Río por las Rocas Soleadas, y Estrella de Tigre aprovechó la batalla para matar a Cola Roja, que entonces era el lugarteniente de nuestro clan. Echó la culpa a un guerrero del clan enemigo, pero nosotros descubrimos qué había sucedido en realidad.

Hizo una pausa. Los dos aprendices estaban mirándolo sin pestañear, con expresión incrédula y horrorizada.

—¿Quieres decir… que Estrella de Tigre mató a un gato de su propio clan? —preguntó Zarpa Trigueña a duras penas.

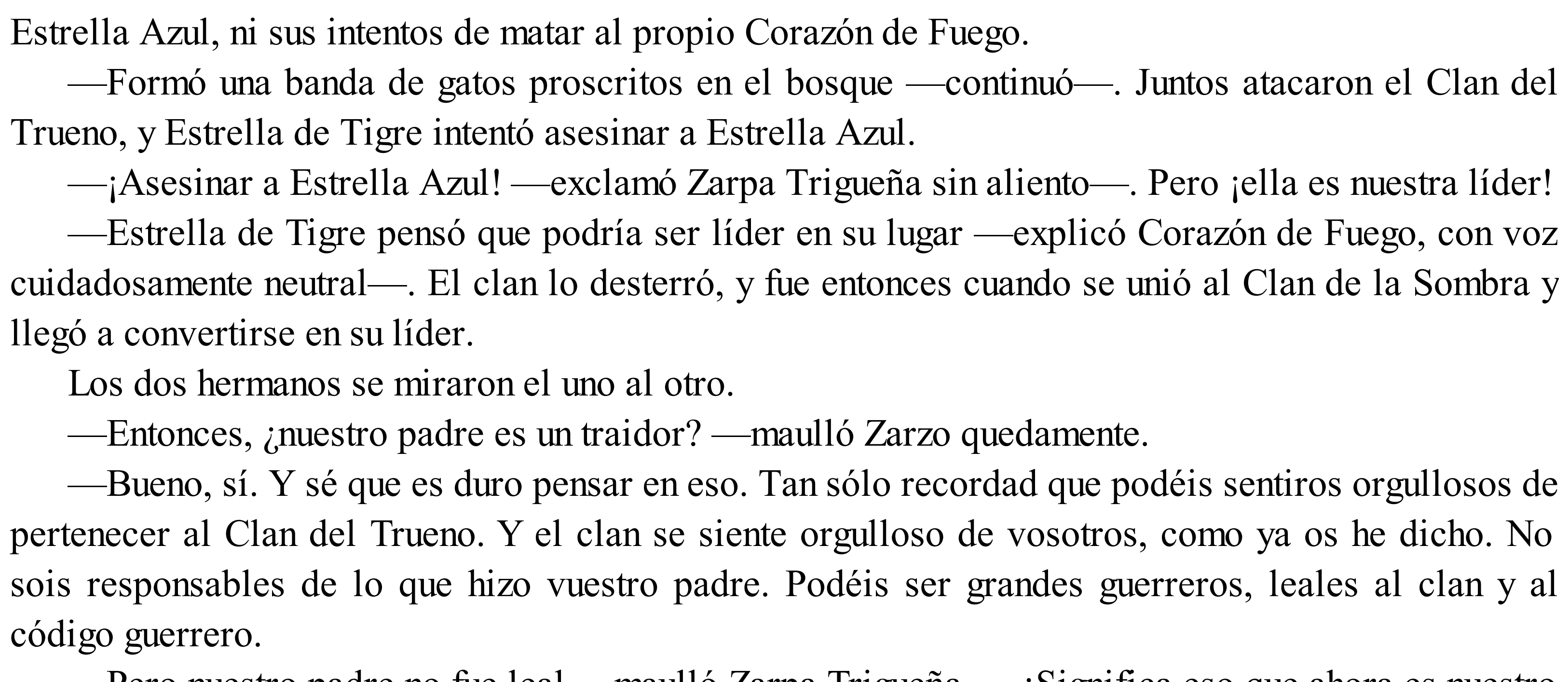
—¡No me lo creo! —exclamó Zarzo con un grito de angustia.

—Es cierto —maulló Corazón de Fuego, sintiéndose mareado por el esfuerzo de contarles la verdad sobre la traición de su padre, ajustándose a la insistencia de Flor Dorada sobre que el relato fuera imparcial y no alejara a los pequeños de su clan de nacimiento—. Estrella de Tigre esperaba ocupar el puesto de Cola Roja como lugarteniente, pero Estrella Azul escogió a un gato llamado Corazón de León.

—¿Y Estrella de Tigre mató también a Corazón de León? —preguntó Zarzo con voz temblorosa.

—No, no lo hizo. Corazón de León murió en una batalla contra el Clan de la Sombra. Entonces, Estrella de Tigre sí se convirtió en lugarteniente, pero eso no era suficiente para él. Él quería ser líder.

Hizo una nueva pausa, preguntándose cuánto decir. Decidió que no hacía falta amargarlos con la historia de cómo Carbonilla había resultado herida en una trampa tendida por Estrella de Tigre para


Estrella Azul, ni sus intentos de matar al propio Corazón de Fuego.

—Formó una banda de gatos proscritos en el bosque —continuó—. Juntos atacaron el Clan del Trueno, y Estrella de Tigre intentó asesinar a Estrella Azul.

—¡Asesinar a Estrella Azul! —exclamó Zarpa Trigueña sin aliento—. Pero ¡ella es nuestra líder!

—Estrella de Tigre pensó que podría ser líder en su lugar —explicó Corazón de Fuego, con voz cuidadosamente neutral—. El clan lo desterró, y fue entonces cuando se unió al Clan de la Sombra y llegó a convertirse en su líder.

Los dos hermanos se miraron el uno al otro.

—Entonces, ¿nuestro padre es un traidor? —maulló Zarzo quedamente.

—Bueno, sí. Y sé que es duro pensar en eso. Tan sólo recordad que podéis sentiros orgullosos de pertenecer al Clan del Trueno. Y el clan se siente orgulloso de vosotros, como ya os he dicho. No sois responsables de lo que hizo vuestro padre. Podéis ser grandes guerreros, leales al clan y al código guerrero.

—Pero nuestro padre no fue leal —maulló Zarpa Trigueña—. ¿Significa eso que ahora es nuestro enemigo? —preguntó con ojos aterrados.

Corazón de Fuego la miró.

—Todos los gatos de los demás clanes deben tener muy presentes sus propios intereses —respondió delicadamente—. Eso es lo que significa la lealtad al clan. Ahora vuestro padre es leal al Clan de la Sombra, al igual que vuestra obligación es ser leales al Clan del Trueno.

Hubo un silencio durante unos segundos, y al cabo Zarpa Trigueña se incorporó y se dio unos lametazos en el pecho.

—Gracias por contárnoslo, Corazón de Fuego. ¿Es… es cierto eso de que el resto del clan está orgulloso de nosotros?

—Por supuesto que sí —aseguró el lugarteniente—. No olvidéis que el clan descubrió todo esto cuando vosotros erais unos recién nacidos, y nadie ha querido castigaros jamás, ¿no?

Zarpa Trigueña le hizo un guiño de agradecimiento. Al mirar a Zarzo, Corazón de Fuego advirtió que tenía la vista clavada en el cielo, entre las arqueadas hojas de los helechos. No había forma de descifrar las emociones que reflejaban sus ojos ámbar.

—¿Zarzo? —preguntó Corazón de Fuego inquieto, pero el joven no reaccionó. Deseando tranquilizarlo, continuó—: Trabajad duro y sed leales a vuestro clan, y nadie os culpará por lo que hizo vuestro padre.

Zarzo bajó la cabeza de golpe y miró a su mentor con toda la hostilidad que Corazón de Fuego había visto en Estrella de Tigre. Nunca se había parecido más a su padre.

—Pero en realidad no es cierto, ¿verdad? —bufó el aprendiz—. Tú sí nos culpas. No me importa lo que digas ahora. He visto la forma en que me miras. Crees que seré un traidor como mi padre. ¡Tú nunca confiarás en mí, haga lo que haga!

Corazón de Fuego se quedó mirándolo fijamente, incapaz de negar sus acusaciones. Durante unos segundos, no tuvo ni idea de qué decir. Mientras vacilaba, Zarzo se levantó de un salto y atravesó los helechos hasta lo alto de la ladera, donde aguardaba Fronde Dorado. Zarpa Trigueña lanzó una mirada asustada a Corazón de Fuego y corrió tras su hermano.

El lugarteniente oyó que Fronde Dorado maullaba:

—¿Listos para partir? Seguiremos la frontera hasta los Cuatro Árboles. —Hizo una pausa antes de gritar—: ¡Corazón de Fuego!, ¿estás listo?

—Ya voy —contestó él.

Al ir tras los aprendices, notó un gran peso en el corazón. No sabía si había logrado explicarles el verdadero significado de la lealtad, o si sólo había conseguido alejarlos más del Clan del Trueno y de él mismo.

Mientras guiaban a los aprendices a través de su territorio, Corazón de Fuego no dejaba de buscar señales del misterioso mal que habitaba en el bosque. No vio nada; no había olores insólitos ni rastro de presas despedazadas. La amenaza, fuera cual fuese, se había escondido de nuevo, y eso aún le daba más miedo. ¿Qué sería aquello que podía provocar daños tan horribles y luego desvanecerse en las profundidades del bosque como si nunca hubiera existido?

«Debo hablar con Cara Perdida en cuanto pueda», decidió. Estaba convencido de que los gatos todavía eran posibles presas, y sólo era cuestión de tiempo que otro resultara cazado.

Al salir al claro la mañana siguiente temprano, Corazón de Fuego vio que la patrulla del alba ya estaba preparándose para partir. Látigo Gris y Tormenta de Arena esperaban junto a la entrada del túnel de aulagas, mientras Manto Polvoroso llamaba a Ceniciento ante la guarida de los aprendices.

Corazón de Fuego corrió hacia la entrada, pero antes de llegar oyó que Tormenta de Arena le decía a Látigo Gris en voz bien alta:

—Estoy harta de esperar. Nos vemos en lo alto del barranco. —Y sin mirar a Corazón de Fuego, dio media vuelta y desapareció.

El lugarteniente sintió que lo inundaba la tristeza y se detuvo ante el túnel, saboreando el olor de Tormenta de Arena, que ya se había ido.

—Dale tiempo —maulló Látigo Gris, tocándole el omóplato con la nariz—. Ya se le pasará.

—No lo sé. Desde aquella reunión con el Clan del Viento…

Se interrumpió al ver que llegaban Manto Polvoroso y Ceniciento, y se apartó para que el resto de la patrulla siguiera a Tormenta de Arena. Por lo menos, Manto Polvoroso parecía haber aceptado el regreso de Látigo Gris, hasta el punto de salir a patrullar con él. A lo mejor, lo único que necesitaba su amigo para volver a formar parte del clan era tiempo.

Corazón de Fuego cruzó el claro hasta la guarida de Carbonilla. Cara Perdida estaba sentada en una zona soleada, y Nimbo Blanco se hallaba a su lado, limpiándola con delicadeza. Las heridas de sus costados estaban sanando limpiamente, y su pelaje canela y blanco estaba creciendo de nuevo. Mientras se acercaba, Corazón de Fuego pensó durante un segundo que casi volvía a ser la misma de siempre. Pero entonces la gata levantó la cabeza, y, por primera vez, el lugarteniente vio la parte herida de su rostro sin la protección de las telarañas.

A lo largo de la mejilla de Cara Perdida había unos cortes recién cicatrizados, donde el pelo no crecería nunca más. El ojo había desaparecido, y la oreja había quedado reducida a unos jirones. Corazón de Fuego descubrió lo espantosamente apropiado que era su nuevo nombre, y la recordó

como era antes, alegre y vivaracha. Sintió una furia ardiente en el estómago. ¡Debía expulsar a aquella amenaza del bosque!

Al acercarse a Cara Perdida, ésta soltó un débil quejido y se encogió contra Nimbo Blanco.

—Tranquila —maulló Nimbo Blanco dulcemente—. Sólo es Corazón de Fuego. —Tras alzar la vista hacia su antiguo mentor, le explicó—: Has llegado por su lado ciego. Se asusta cuando alguien hace eso, pero está cada día mejor.

—Así es —confirmó Carbonilla, saliendo de su guarida. Tras acercarse cojeando a Corazón de Fuego para que Cara Perdida no pudiera oírlos, añadió—: Para ser sincera, no hay mucho más que pueda hacer por ella. Sólo necesita tiempo para recuperar las fuerzas.

—¿Cuánto? —preguntó el lugarteniente—. Necesito hablar con ella… y ya es hora de que Nimbo Blanco retome sus obligaciones como guerrero. Sé que Tormenta de Arena lo quiere para su grupo de caza. —Miró al joven compasivamente, admirado todavía por su lealtad hacia Cara Perdida.

Carbonilla se encogió de hombros.

—Dejaré que Cara Perdida decida cuándo está preparada para abandonar mi guarida. ¿Has pensado en lo que pasará ahora con ella?

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Oficialmente es guerrera…

—¿Y tú crees que sería feliz en la guarida de los guerreros, entre brutos como vosotros? —maulló Carbonilla exasperada—. Todavía necesita que cuiden de ella.

—Creo que podría ir a vivir con los veteranos, al menos mientras se pone fuerte de nuevo —dijo la voz de Nimbo Blanco. El joven se había unido a Corazón de Fuego y la curandera—. Cola Pintada sigue lamentándose de la muerte de Copito de Nieve en la guarida de los veteranos. Le haría bien tener a alguien a quien cuidar.

—¡Es una idea brillante! —exclamó Corazón de Fuego.

—Yo no estoy segura —objetó Carbonilla—. ¿Qué va a pensar Cola Pintada? Ya sabes lo quisquillosa y orgullosa que es. No le gustará la idea de que estés haciéndole un favor al intentar distraerla por la muerte de Copito de Nieve.

—Déjame a mí a Cola Pintada —repuso el lugarteniente—. Le diré que es ella la que está haciéndome un favor a mí al cuidar de Cara Perdida.

—Eso podría funcionar —aprobó la curandera—. Y cuando Cara Perdida esté un poco mejor, podría ayudar a los veteranos y así dejar libres a los aprendices para otras tareas.

—Vamos a preguntárselo —propuso Nimbo Blanco, que corrió al lado de la joven gata y se apretó contra ella—. Cara Perdida, Corazón de Fuego quiere hablar contigo.

—Cara Perdida, soy Corazón de Fuego. —El destrozado rostro de la gata se volvió hacia él—. ¿Te gustaría vivir una temporada con los veteranos? Me quitarías una gran preocupación de encima si pudieras echarles una mano… Los aprendices ya tienen mucho trabajo.

Cara Perdida se sacudió nerviosamente y miró a Nimbo Blanco con su único ojo.

—No tengo que hacerlo, ¿verdad? Yo no soy una veterana.

Nimbo Blanco restregó el hocico contra su rostro herido.

—Nadie te obligará a hacer nada que tú no quieras.

—Pero estarías haciéndome un gran favor —se apresuró a añadir Corazón de Fuego—. Cola Pintada sigue llorando la pérdida de Copito de Nieve, y le beneficiaría mucho tener cerca a una gata joven y enérgica. —Al ver que Cara Perdida vacilaba, continuó—: Es sólo hasta que recuperes todas tus fuerzas.

—Y cuando vuelvas a estar en forma, yo te ayudaré a entrenar —intervino Nimbo Blanco—. Estoy seguro de que podrás cazar con tu ojo y tu oreja buenos. Sólo hará falta un poco de práctica.

El rostro de la gata se iluminó esperanzado, y al cabo asintió despacio.

—De acuerdo, Corazón de Fuego. Si ésa es la manera de poder ser útil…

—Lo es, te lo prometo. Y, Cara Perdida… —añadió, tras agacharse a su lado y darle un lametón —, ¿hay algo que puedas contarme de aquel día en el bosque? ¿Viste qué te atacó?

La confianza de la joven se esfumó de golpe, y volvió a encogerse contra Nimbo Blanco.

—No me acuerdo —gimoteó—. Lo lamento, Corazón de Fuego, no me acuerdo.

Nimbo Blanco le lamió la cabeza para reconfortarla.

—No pasa nada. No tienes que pensar en eso ahora mismo.

El lugarteniente intentó disimular su decepción.

—No importa. Si se te ocurre algo, dímelo enseguida.

—Yo sí voy a decirte algo ahora —gruñó Nimbo Blanco—: cuando descubramos quién le hizo esto, lo haré picadillo. Prometido.



22

La luna llena cruzaba el cielo tras unas nubes deshilachadas mientras Estrella Azul guiaba a sus guerreros a la Asamblea. Corazón de Fuego se sentía inquieto. A pesar de su declaración de guerra al Clan Estelar, la líder había insistido en acudir.

—¿Cómo voy a fiarme de que tú guíes al clan? —había bufado Estrella Azul cuando el lugarteniente fue a preguntarle qué guerreros debía llevarse.

Corazón de Fuego se había limitado a inclinar la cabeza acatando su decisión, pero aún le dolía la idea de que su líder estuviera convencida de que era un traidor.

También tenía sus dudas por haber incluido a Látigo Gris, pero su amigo le había suplicado que le permitiera ir.

—¡Por favor, Corazón de Fuego! Podré pedir información sobre mis hijos —había maullado.

Corazón de Fuego sabía que Látigo Gris incitaría la hostilidad del Clan del Río al aparecer tan poco tiempo después de la batalla en las Rocas Soleadas, y casi había tenido la esperanza de que Estrella Azul se negara. Pero la líder del Clan del Trueno se limitó a sacudir la cola despectivamente.

—Déjalo venir. Todos vosotros sois traidores, así pues, ¿qué más da?

Ahora Corazón de Fuego estaba apretujado entre los demás guerreros del Clan del Trueno, siguiendo a Estrella Azul ladera abajo. Al llegar al claro, lo primero que vio fue a Estrella de Tigre y Estrella Leopardina sentados juntos, contemplando con aprobación cómo un grupo de sus aprendices peleaban en broma. Corazón de Fuego sintió un hormigueo al verlos uno al lado de otro. Aún no tenía pruebas de que Estrella de Tigre estuviera tramando una venganza contra su antiguo clan, pero desde luego Estrella Leopardina sentiría rencor tras la derrota de su clan en las Rocas Soleadas.

—Has hecho un buen trabajo —le dijo Estrella Leopardina a su colega—. Esos jóvenes aprendices son fuertes, y han aprendido muy bien los movimientos de lucha.

Estrella de Tigre ronroneó muy ufano.

—Hemos hecho algunos progresos —admitió—, pero todavía hay un largo camino por delante.

Un par de aprendices rodaron enzarzados hasta los pies de sus líderes, y Estrella Leopardina retrocedió un poco para darles más espacio. Era indudable que los miembros jóvenes del Clan de la

Sombra estaban bien alimentados y en forma. Corazón de Fuego apenas podía creer que fueran las mismas criaturas escuálidas que estuvieron a punto de morir cuando la enfermedad asoló su clan. Intercambió una mirada de inquietud con Látigo Gris. Estaba seguro de que, más pronto o más tarde, el Clan del Trueno tendría que enfrentarse a aquellos hábiles luchadores en una batalla.

A una palabra de Estrella de Tigre, los aprendices dejaron su refriega fingida y se sentaron para lamerse el pelo alborotado. Los dos líderes se encaminaron a la Gran Roca. Corazón de Fuego reparó en que Estrella Azul ya estaba esperando al pie del peñasco, pero no vio a Estrella Alta, el líder del Clan del Viento.

Mientras los gatos del Clan del Trueno se dispersaban para reunirse con guerreros de otros clanes, Corazón de Fuego advirtió que Látigo Gris se acercaba corriendo a una rolliza gata parda, y captó en ella el olor del Clan del Río. Sintió una punzada de nerviosismo. Confiaba absolutamente en su amigo, aunque sabía que siempre tendría una pata en el clan vecino mientras sus hijos estuvieran allí. Pero algunos guerreros del Clan del Trueno dudarían de su lealtad si lo veían hablar tan animadamente con una gata del Clan del Río.

—Musgosa, ¿cómo estás? —saludó Látigo Gris a la gata—. ¿Cómo se encuentran mis hijos?

—Acaban de convertirse en aprendices —contestó Musgosa con orgullo—. Ahora se llaman Plumilla y Borrasquino.

—¡Eso es genial! —Sus ojos amarillos relucían cuando se volvió hacia Corazón de Fuego—. ¿Has oído lo que ha dicho Musgosa? Mis hijos ya son aprendices. —Miró alrededor—. No están aquí, ¿verdad?

Musgosa negó con la cabeza.

—Su nombramiento es demasiado reciente para eso. Quizá la próxima vez. Les diré que has preguntado por ellos, Látigo Gris.

—Gracias. —Su entusiasmo se desvaneció, reemplazado por angustia—. ¿Qué pensaron cuando no volví de la batalla?

—En cuanto supieron que no estabas muerto, lo llevaron bien —contestó la gata parda—. No fue exactamente una sorpresa. Todos los gatos del Clan del Río sabíamos que acabarías volviendo a tu clan.

Látigo Gris parpadeó sorprendido.

—¿De verdad?

—Claro. Con todo el tiempo que pasabas cerca de la frontera soñadoramente, o mirando al otro lado del río… Con todas las historias que les contabas a tus hijos sobre ti y Corazón de Fuego cuando erais aprendices… No costaba mucho ver que tu corazón jamás había abandonado el Clan del Trueno.

Látigo Gris parpadeó de nuevo.

—Lo lamento, Musgosa.

—No tienes por qué —replicó ella briosamente—. Y puedes estar seguro de que tus hijos estarán bien cuidados. Yo los vigilaré; además, Vaharina y Pedrizo son sus mentores.

—¿En serio? —A Látigo Gris se le iluminó la mirada de nuevo—. ¡Es estupendo!

Corazón de Fuego sintió una punzada de resquemor. Vaharina y Pedrizo eran grandes guerreros,

pero se preguntó por qué habrían accedido a ser los mentores de los hijos de Látigo Gris. Vaharina había sido gran amiga de su madre, Corriente Plateada, así que podría sentir cierto interés. Pero tanto ella como su hermano habían reaccionado con tal animosidad al saber que Estrella Azul era su madre que a Corazón de Fuego lo sorprendía que quisiesen tener algo que ver con cachorros que eran medio del Clan del Trueno. ¿Sería posible que quisieran enseñarles a ser especialmente hostiles hacia el clan de su padre?

—Les dirás lo orgulloso que estoy de ellos, ¿verdad? —maulló Látigo Gris ansiosamente—. Y recuérdales que deben hacer todo lo que les digan sus mentores, ¿vale?

—Por supuesto que lo haré. —Musgosa soltó un ronroneo tranquilizador—. Sé que Vaharina te ayudará a estar en contacto con ellos. A Estrella Leopardina podría no gustarle, pero… bueno, si no se entera, no le hará daño.

Corazón de Fuego tenía sus dudas: tras rechazar a Estrella Azul, Vaharina podría no querer seguir relacionándose con el Clan del Trueno. El lugarteniente sospechaba que la guerrera se sentiría más leal que nunca al Clan del Río y a Tabora, la gata a la que siempre había querido como si fuera su madre.

—Gracias, Musgosa —maulló Látigo Gris—. No olvidaré lo que has hecho.

Miró alrededor al oír un aullido procedente de lo alto de la Gran Roca: la señal de que empezaba la reunión.

Al volverse, Corazón de Fuego vio que los cuatro líderes ya estaban juntos; sus pelajes brillaban a la luz de la luna mientras observaban a los gatos congregados a sus pies. Corazón de Fuego prestó poca atención mientras los líderes iniciaban formalmente la Asamblea. En vez de eso, se preguntó si Estrella Azul mencionaría el horrible asalto a Zarpa Rauda y Centellina, y si alguno de los otros líderes tendría noticias semejantes. Casi esperaba que sí, porque eso demostraría que la fuerza oscura del bosque no era una amenaza para el Clan del Trueno solamente y que, por tanto, no la había enviado el Clan Estelar para castigar a Estrella Azul por haber desafiado a sus antepasados. Corazón de Fuego no podía evitar pensar que era algo mayor incluso que eso, una sombra gigantesca que abarcaba el bosque entero, algo que no conocía el código guerrero y que veía a los gatos como simples presas.

Cuando Estrella Alta terminó de hablar, Estrella de Tigre dio un paso adelante. Explicó brevemente cómo progresaba el programa de entrenamiento del Clan de la Sombra, que había nacido una nueva camada y que tres aprendices habían ascendido a guerreros.

—El Clan de la Sombra vuelve a ser fuerte de nuevo —concluyó—. Ya estamos preparados para tomar parte activa en la vida del bosque.

Corazón de Fuego se preguntó si eso significaría «preparados para atacar a nuestros vecinos». Aguardó, con el alma en vilo, a que Estrella de Tigre diera razones para expandir su territorio. El líder del Clan de la Sombra había hecho una pausa y estaba mirando a los gatos reunidos como si tuviera algo particularmente importante que decir.

—Tengo una petición que hacer —anunció—. Muchos sabéis que cuando dejé el Clan del Trueno, en la maternidad había dos hijos míos. Eran demasiado pequeños para viajar, y estoy agradecido al Clan del Trueno por los cuidados que les han dado. Pero ya es hora de que se reúnan

conmigo en el clan al que pertenecen legítimamente. Estrella Azul, te pido que me entregues a Zarzo y Zarpa Trigueña.

Varios guerreros del Clan del Trueno elevaron aullidos de protesta antes de que Estrella de Tigre terminara de hablar. Corazón de Fuego estaba demasiado atónito para unirse a sus compañeros. Desde hacía tiempo, le preocupaba que a Estrella de Tigre no le bastase con ver a sus hijos en las Asambleas, pero jamás se habría esperado una petición pública para que se los entregaran.

Estrella Azul se incorporó y aguardó a que el ruido se apagara para responder.

—Por supuesto que no —maulló—. Son hijos del Clan del Trueno. Ahora son aprendices y se quedarán en el lugar al que pertenecen.

—¿El Clan del Trueno? —espetó Estrella de Tigre con voz desafiante—. Creo que no, Estrella Azul. Ellos me pertenecen, y serán mis guerreros quienes se hagan cargo de su entrenamiento.

Corazón de Fuego pensó que, según ese razonamiento, los hijos de Látigo Gris deberían volver al Clan del Trueno, aunque suponía que Estrella Azul no querría reabrir ese debate con el Clan del Río. Se sintió aliviado al ver que Estrella Azul no iba a amilanarse fácilmente.

—Tu preocupación es natural, Estrella de Tigre. Pero puedes estar seguro de que Zarpa Trigueña y Zarzo recibirán el mejor entrenamiento posible en el Clan del Trueno.

Estrella de Tigre hizo una nueva pausa, recorriendo el claro con la mirada, y cuando habló de nuevo no fue sólo para Estrella Azul, sino para toda la audiencia de gatos.

—La líder del Clan del Trueno me dice lo bien entrenados que estarán mis hijos bajo su guía… cuando el Clan del Trueno tiene un pésimo historial cuidando de sus miembros más jóvenes. Un cachorro cazado por un halcón. Un aprendiz muerto salvajemente y otro permanentemente mutilado cuando los mandaron a una misión sin ningún guerrero. ¿A alguien le extraña que me preocupe la seguridad de mis hijos?

Gritos horrorizados sonaron por todo el claro. Corazón de Fuego se quedó mirando al líder del Clan de la Sombra sin dar crédito. ¿Cómo sabía lo de Zarpa Rauda y Centellina? Era demasiado reciente para que hubiese llegado a oídos del Clan de la Sombra, excepto… «¡Cebrado!», pensó el lugarteniente, flexionando las garras de rabia. ¡Ese guerrero traicionero debía de haber ido directamente a Estrella de Tigre para contárselo todo!

Corazón de Fuego estaba tan furioso que se perdió la respuesta de Estrella Azul, y cuando volvió a concentrarse, Estrella de Tigre estaba hablando de nuevo.

—Yo no veo qué tiene de difícil —maulló suavemente—. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que el Clan del Trueno entregara cachorros a otro clan, ¿verdad que no, Estrella Azul?

Corazón de Fuego sintió que el miedo le atenazaba el estómago. Estrella de Tigre estaba refiriéndose indirectamente a Vaharina y Pedrizo, pues Tabora le había hablado de los cachorros nacidos en el Clan del Trueno. Agradeció al Clan Estelar que Estrella de Tigre no supiera el nombre de los cachorros ni quién era su madre. Pero lo poco que sabía el atigrado era mucho más de lo que sabía el resto del clan.

Miró de reojo a Pedrizo, que estaba sentado a sólo unas colas de distancia. El gato gris azulado se había incorporado, con la cabeza bien recta, y estaba mirando fijamente hacia la Gran Roca. Pero sus ojos no estaban clavados en Estrella de Tigre, según advirtió Corazón de Fuego, sino en Estrella

Azul, y en ellos había un odio puro.

Hundiendo las garras en el suelo, el joven lugarteniente esperó la respuesta de su líder. Se dio cuenta de lo alterada que estaba. Cuando por fin consiguió contestar, parecía que las palabras se le clavaran en la garganta como espinas.

—El pasado es el pasado —declaró la gata—. Debemos juzgar cada situación individualmente. Pensaré con detenimiento en lo que has dicho, Estrella de Tigre, y te daré mi respuesta en la próxima Asamblea.

Corazón de Fuego dudaba que Estrella de Tigre consintiera en esperar una luna entera, pero, para su sorpresa, el líder del Clan de la Sombra inclinó la cabeza y retrocedió un paso.

—Muy bien —accedió—. Una luna más… pero sólo una.



23

Avanzaba cautelosamente por el pinar hacia el poblado Dos Patas. La noche anterior había llovido mucho, de forma que se le pegaban a las patas ceniza mojada y despojos quemados. Todos sus sentidos estaban alerta, no por posibles presas, sino por cualquier señal de que la amenaza oscura del bosque fuera a aparecer para atacar al pequeño grupo de gatos, como había atacado a Zarpa Rauda y Cara Perdida.

La gata herida iba siguiendo a Corazón de Fuego, con Nimbo Blanco al lado, mientras Látigo Gris cerraba la marcha, vigilando cualquier cosa que pudiera saltar sobre ellos por detrás. Iban a visitar a Princesa, la madre de Nimbo Blanco. El joven guerrero había insistido en que los acompañara Cara Perdida.

—Tendrás que salir del campamento en algún momento —había maullado—. No vamos a acercarnos ni remotamente a las Rocas de las Serpientes. Yo me aseguraré de que estés a salvo.

A Corazón de Fuego lo asombraba cuánto confiaba Cara Perdida en Nimbo Blanco. Estaba obviamente aterrorizada por la idea de abandonar el refugio del campamento. Daba un salto por cada ruido, por cada crujido de hojas bajo sus patas, pero aun así seguía adelante. Corazón de Fuego creyó ver en ella el retorno del valor que había mostrado cuando era Centellina.

Cuando tuvieron a la vista la verja trasera de los jardines de Dos Patas, Corazón de Fuego hizo una señal con la cola para que sus compañeros se detuvieran. No podía ver a Princesa, pero al abrir la boca para saborear el aire captó su olor.

—Esperad aquí —ordenó a los demás—. Estad ojo avizor y llamadme si hay problemas.

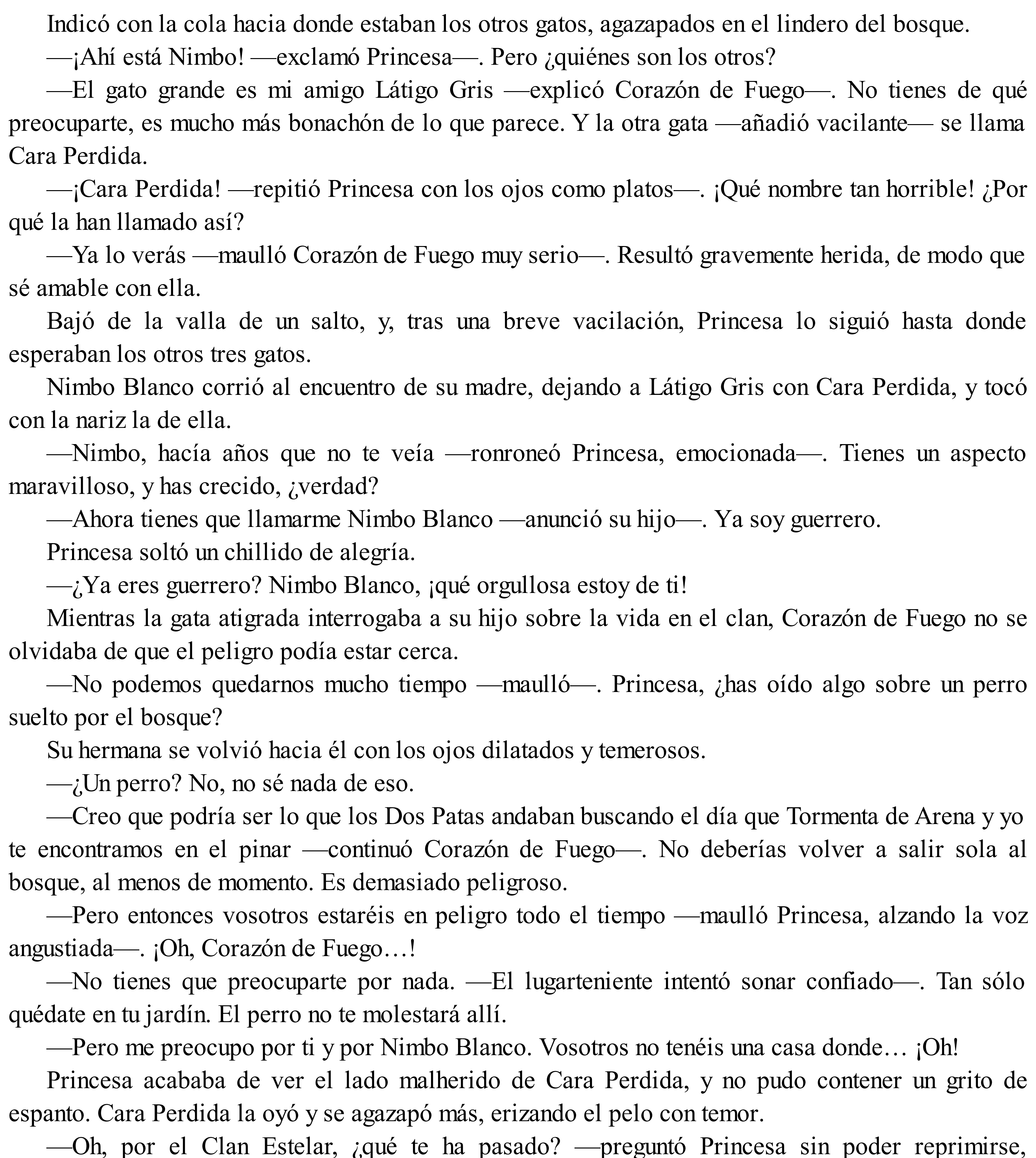
Tras asegurarse de nuevo de que no había olores recientes de perros ni de Dos Patas, cruzó a la carrera el espacio de campo abierto y saltó a la valla de Princesa. Un destello blanco entre los arbustos lo alertó, y al cabo de un instante apareció su hermana, avanzando melindrosamente por el césped mojado.

—¡Princesa! —la llamó sin levantar mucho la voz.

Ella se detuvo y alzó la vista. En cuanto vio a Corazón de Fuego, corrió a la valla y subió de un salto.

—¡Corazón de Fuego! —ronroneó, restregándose contra él—. ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás?

—Estoy bien —respondió el lugarteniente—. Te he traído unas visitas… Mira.


Indicó con la cola hacia donde estaban los otros gatos, agazapados en el lindero del bosque.

—¡Ahí está Nimbo! —exclamó Princesa—. Pero ¿quiénes son los otros?

—El gato grande es mi amigo Látigo Gris —explicó Corazón de Fuego—. No tienes de qué preocuparte, es mucho más bonachón de lo que parece. Y la otra gata —añadió vacilante— se llama Cara Perdida.

—¡Cara Perdida! —repitió Princesa con los ojos como platos—. ¡Qué nombre tan horrible! ¿Por qué la han llamado así?

—Ya lo verás —maulló Corazón de Fuego muy serio—. Resultó gravemente herida, de modo que sé amable con ella.

Bajó de la valla de un salto, y, tras una breve vacilación, Princesa lo siguió hasta donde esperaban los otros tres gatos.

Nimbo Blanco corrió al encuentro de su madre, dejando a Látigo Gris con Cara Perdida, y tocó con la nariz la de ella.

—Nimbo, hacía años que no te veía —ronroneó Princesa, emocionada—. Tienes un aspecto maravilloso, y has crecido, ¿verdad?

—Ahora tienes que llamarme Nimbo Blanco —anunció su hijo—. Ya soy guerrero.

Princesa soltó un chillido de alegría.

—¿Ya eres guerrero? Nimbo Blanco, ¡qué orgullosa estoy de ti!

Mientras la gata atigrada interrogaba a su hijo sobre la vida en el clan, Corazón de Fuego no se olvidaba de que el peligro podía estar cerca.

—No podemos quedarnos mucho tiempo —maulló—. Princesa, ¿has oído algo sobre un perro suelto por el bosque?

Su hermana se volvió hacia él con los ojos dilatados y temerosos.

—¿Un perro? No, no sé nada de eso.

—Creo que podría ser lo que los Dos Patas andaban buscando el día que Tormenta de Arena y yo te encontramos en el pinar —continuó Corazón de Fuego—. No deberías volver a salir sola al bosque, al menos de momento. Es demasiado peligroso.

—Pero entonces vosotros estaréis en peligro todo el tiempo —maulló Princesa, alzando la voz angustiada—. ¡Oh, Corazón de Fuego…!

—No tienes que preocuparte por nada. —El lugarteniente intentó sonar confiado—. Tan sólo quédate en tu jardín. El perro no te molestará allí.

—Pero me preocupo por ti y por Nimbo Blanco. Vosotros no tenéis una casa donde… ¡Oh!

Princesa acababa de ver el lado malherido de Cara Perdida, y no pudo contener un grito de espanto. Cara Perdida la oyó y se agazapó más, erizando el pelo con temor.

—Oh, por el Clan Estelar, ¿qué te ha pasado? —preguntó Princesa sin poder reprimirse, arañando el suelo con las zarpas.

—Cara Perdida salió a enfrentarse con el perro —respondió Nimbo Blanco—. Fue muy valiente.

—¿Y él te hizo eso? ¡Oh, pobrecilla! —Se le dilataron aún más los ojos al asimilar todo el horror de las heridas de la guerrera: el rostro destrozado, el ojo perdido y la oreja mutilada—. Y lo mismo podría pasaros a cualquiera de vosotros…

Corazón de Fuego apretó los dientes. Todo lo que decía su hermana era de lo más inapropiado, y Cara Perdida estaba mirándola con una profunda tristeza en su único ojo. Nimbo Blanco se restregó contra su costado y frotó su nariz contra ella para reconfortarla.

—Es hora de que nos vayamos —decidió Corazón de Fuego—. Nimbo Blanco sólo quería contarte sus novedades. Será mejor que regreses a tu jardín, Princesa.

—Sí… sí, lo haré. —Dio un paso atrás, con los ojos clavados todavía en Cara Perdida—. ¿Vendrás otro día a verme, Corazón de Fuego?

—En cuanto pueda —prometió él, y añadió para sus adentros: «Pero vendré solo».

Princesa retrocedió más, y luego dio media vuelta y corrió hacia la valla. Subió de un salto y se detuvo un instante para maullar:

—¡Adiós!

Y desapareció en la seguridad de su jardín.

Nimbo Blanco soltó un largo suspiro.

—Qué bien ha ido —maulló con amargura.

—No puedes culpar a Princesa —le dijo Corazón de Fuego—. Ella no entiende en realidad en qué consiste la vida de clan. Sólo ha visto algunos de sus peores aspectos, y no le gustan.

—¿Qué se puede esperar de una minina doméstica? —gruñó Látigo Gris—. Vámonos a casa.

Nimbo Blanco dio un empujoncito delicado a Cara Perdida. Cuando se levantó, la joven gata maulló con timidez:

—Corazón de Fuego, Princesa parecía asustada de mí. Quiero… —Se le quebró la voz. Tras tragar saliva, empezó de nuevo—. Quiero verme. ¿Hay cerca algún charco donde pueda mirarme?

Corazón de Fuego sintió una punzada de lástima por la gata, pero también admiración por su valor al querer enfrentarse a lo que era ahora. Se volvió hacia Nimbo Blanco, deseando que el joven lo guiara en qué hacer.

Nimbo Blanco miró un momento alrededor y luego apretó el hocico contra el omóplato de Cara Perdida.

—Ven conmigo —maulló.

La condujo hacia un árbol, entre cuyas raíces la lluvia de la noche anterior había formado un charco, y luego la acercó hasta el borde de la reluciente agua. Juntos miraron hacia abajo. Nimbo Blanco no retrocedió ante lo que veía reflejado, y Corazón de Fuego sintió una nueva oleada de calidez hacia su antiguo aprendiz.

Cara Perdida permaneció rígida varios segundos, contemplando la superficie del agua. Su cuerpo se puso tenso y su único ojo se dilató.

—Ahora ya lo veo —maulló al cabo en voz queda—. Lamento que los demás gatos se alteren cuando me ven.

Corazón de Fuego observó cómo Nimbo Blanco apartaba a la gata de la espantosa visión y le cubría el lado herido del rostro con lametones lentos y suaves.

—Para mí sigues siendo preciosa —le dijo—. Y siempre lo serás.

Corazón de Fuego se sintió embargado de pena por la joven gata y de orgullo por Nimbo Blanco, por ser tan fiel a ella. Tras acercarse, maulló:

—Cara Perdida, no importa qué aspecto tengas. Nosotros seguimos siendo tus amigos.

Ella inclinó la cabeza agradecida.

—¡Cara Perdida! —bufó Nimbo Blanco. El veneno de su voz sorprendió a Corazón de Fuego—. Odio ese nombre —siseó—. ¿Qué derecho tiene Estrella Azul a recordarle lo sucedido cada vez que un gato hable con ella? Bueno, pues yo no pienso volver a usarlo. Y si Estrella Azul protesta, ya puede… ¡puede irse a comer caracoles!

Corazón de Fuego sabía que debería reñir al joven guerrero por sus irrespetuosas palabras, pero no guardó silencio. Compartía el punto de vista de Nimbo Blanco. Cara Perdida era un nombre de lo más cruel, un símbolo de la continua guerra de Estrella Azul contra el Clan Estelar, y se había escogido sin la menor consideración a la gata que debía llevarlo. Pero la joven había recibido ese nombre en una ceremonia formal presenciada por el Clan Estelar, y no había nada que Corazón de Fuego pudiera hacer al respecto.

—¿Vamos a quedarnos aquí todo el día? —preguntó Látigo Gris.

Corazón de Fuego soltó un profundo suspiro.

—No. Vámonos.

Se acercaba el momento en que él y sus guerreros tendrían que enfrentarse a lo que los había convertido en presas en su propio territorio.

Corazón de Fuego soñó que estaba recorriendo un bosque durante la estación de la hoja nueva. El sol se colaba entre los árboles, formando motivos moteados de luz y sombra que variaban cuando la brisa agitaba las hojas. Él se detenía para olfatear el aire. Muy débilmente, distinguía un aroma dulce y familiar, y lo recorría un escalofrío de alegría.

—¿Jaspeada? —susurraba—. Jaspeada, ¿estás ahí?

Durante un momento le parecía ver unos relucientes ojos que lo miraban desde una mata de helechos. Un aliento cálido le acariciaba la oreja, y una voz murmuraba:

—Corazón de Fuego, acuérdate del enemigo que nunca duerme.

Entonces la visión se desvaneció, y el lugarteniente se encontró en la guarida de los guerreros, con la fría luz de la estación sin hojas que entraba a través de las ramas.

Aferrándose todavía a los últimos retazos del sueño, se estiró y se sacudió de encima restos de musgo. Habían pasado varias lunas desde la primera vez que Jaspeada le advirtió que tuviese cuidado con el enemigo que nunca dormía. Había sido poco después de que Estrella de Tigre atacara el campamento del Clan del Trueno con su banda de proscritos, cuando Corazón de Fuego esperaba que el destierro del traicionero lugarteniente lo hubiera mandado lejos de allí para siempre.

Pensar en Estrella de Tigre le hizo recordar la última Asamblea. No había duda de que el antiguo lugarteniente quería a Zarzo y Zarpa Trigueña, y, a pesar de lo que le había dicho a Estrella Azul, Corazón de Fuego estaba convencido de que no estaría dispuesto a esperar. Aunque no le sorprendía del todo la exigencia de Estrella de Tigre, el lugarteniente no se planteaba siquiera la posibilidad de entregarle a sus hijos. Una parte de él se sentiría aliviada de verlos marchar, de poner fin a sus propios sentimientos de desconfianza y culpabilidad, pero eran miembros del Clan del Trueno, y el

código guerrero decía que el clan debería hacer cualquier cosa para conservarlos.

Un sonido en el lecho contiguo le indicó que Tormenta de Arena se estaba despertando. La miró intranquilo.

—Tormenta de Arena… —empezó.

La gata melada lo fulminó con la mirada mientras se sacudía y se levantaba.

—Me voy a cazar —le espetó—. Eso es lo que tú quieres, ¿no? —Sin aguardar una respuesta, fue a despertar a Manto Polvoroso—. Venga, perezosa bola de pelo —maulló—. Todas las presas morirán de viejas antes de que salgas de aquí.

—Iré a buscar a Nimbo Blanco por ti —se ofreció Corazón de Fuego a toda prisa, y salió de la guarida.

Era evidente que Tormenta de Arena no iba a recibir con agrado ninguno de sus intentos de ser amable.

El día era gris y frío, y cuando se detuvo a saborear el aire, una gota de lluvia le cayó en la cara. En el extremo más alejado del claro estaban Zarzo y Zarpa Trigueña, sentados ante su guarida con los demás aprendices.

—Zarzo, ¡luego saldremos a cazar! —anunció Corazón de Fuego.

Su aprendiz se levantó, inclinó la cabeza dándose por enterado y volvió a sentarse de espaldas a él. Corazón de Fuego suspiró. A veces le daba la sensación de que todos los gatos del clan tenían alguna razón para estar disgustados con él.

Se encaminó a la guarida de los veteranos, suponiendo que Nimbo Blanco estaría con Cara Perdida. Aunque la gata ya llevaba unos días con los antiguos guerreros, Nimbo Blanco seguía pasando con ella todo el tiempo que le quedaba libre. Cuando Corazón de Fuego llegó al árbol caído y hueco —y ahora carbonizado— junto al que vivían los veteranos, vio al guerrero blanco sentado cerca de la entrada. Tenía la cola enroscada alrededor de las patas, y observaba a Cara Perdida, que estaba inspeccionando el pelo de Cola Moteada en busca de garrapatas.

—¿Cara Perdida está bien? —murmuró Corazón de Fuego para que la joven no pudiera oírlo.

—Por supuesto que está bien —espetó otra voz.

Corazón de Fuego se volvió y se encontró con Cola Pintada. La expresión desolada que reflejaba su rostro desde la muerte de Copito de Nieve había desaparecido. Su genio no se había dulcificado, pero sus ojos brillaban con afecto al mirar a Cara Perdida.

—Es una joven estupenda. ¿Has descubierto qué la dejó herida?

Corazón de Fuego negó con la cabeza y a continuación maulló:

—Es de gran ayuda que puedas cuidar de ella, Cola Pintada.

La veterana sorbió por la nariz.

—Hum. A veces tengo la sensación de que es ella la que cree que tiene que cuidar de mí.

Miró muy seria al lugarteniente, que se salvó de tener que responder gracias a Tuerta.

—¿Querías algo, Corazón de Fuego? —le preguntó la gata más anciana del clan, interrumpiendo su aseo.

—He venido a buscar a Nimbo Blanco. Tormenta de Arena ya está lista para salir a cazar.

—¿Qué? —Nimbo Blanco se levantó de un salto—. ¿Por qué no lo has dicho antes? ¡Tormenta de

Arena me arrancará las orejas si la hago esperar!

Y se marchó corriendo.

—Cerebro de ratón —mascullό Cola Pintada, pero Corazón de Fuego sospechaba que le tenía tanto afecto al joven guerrero como todos los demás veteranos.

Tras despedirse de Cara Perdida y Tuerta, Corazón de Fuego regresó al claro a tiempo de ver cómo Tormenta de Arena se disponía a salir a la cabeza de la partida de caza. Pecas estaba despidiéndose de ellos, contemplando con orgullo a su hijo adoptivo.

—Tendrás cuidado, ¿verdad, Nimbo Blanco? —maulló con inquietud—. Nadie sabe qué es lo que hay ahí fuera.

—No te preocupes. —Nimbo Blanco la tocó cariñosamente con la cola—. Si nos encontramos con el perro, lo traeré como carne fresca.

En la entrada del campamento, la patrulla se cruzó con Rabo Largo, que acababa de llegar. El guerrero claro temblaba como si tuviera frío y sus ojos estaban desorbitados. Alarmado, Corazón de Fuego cruzó el claro para reunirse con él.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

Rabo Largo se estremeció.

—Corazón de Fuego, hay algo que debo contarte.

—¿Cuál es el problema?

Al acercarse más, el lugarteniente captó un olor inesperado en el pelo de Rabo Largo: la pestilencia del Sendero Atronador. Aquel olor acre era inconfundible, y su alarma se transformó en recelo.

—¿Dónde has estado? —gruñó—. ¿En el Clan de la Sombra, tal vez, para ver a Estrella de Tigre? No intentes negarlo; ¡tu pelo apesta al Sendero Atronador!

—No es lo que crees. —Rabo Largo parecía preocupado—. De acuerdo, he tomado esa dirección, pero no me he acercado al Clan de la Sombra. He ido a las Rocas de las Serpientes.

—¿A las Rocas de las Serpientes? ¿Para qué? —Corazón de Fuego no estaba seguro de poder creer nada de lo que le dijera aquel gato.

—Allí he captado el olor de Estrella de Tigre. Dos o tres veces últimamente.

—¿Y no me habías informado de eso? —Notó que se le erizaba el pelo de furia—. Un gato de otro clan se adentra en nuestro territorio… aún más: un asesino y un traidor, ¿y tú no me informas?

—Yo… yo pensé… —tartamudeó Rabo Largo.

—Ya sé lo que pensaste —gruñó Corazón de Fuego—. Pensaste: «Se trata de Estrella de Tigre. Él puede hacer lo que le apetezca». No me mientas. Cebrado y tú erais sus aliados cuando estaba en el Clan del Trueno, y seguís siéndolo. O Cebrado o tú le contasteis lo de Zarpa Rauda y Cara Perdida… No intentes negarlo.

—Fue Cebrado. —Rabo Largo amasó la tierra seca con las zarpas.

—Para que ese traidor de Estrella de Tigre pudiera acusar a Estrella Azul de negligencia delante de toda la Asamblea —concluyó Corazón de Fuego ceñudo—. Y para que lo ayudarais a sacar a un par de aprendices de nuestro clan. Es eso, ¿verdad? Estáis conspirando junto con Estrella de Tigre para robarnos a sus hijos.

—No… no; te equivocas. Yo no sé nada de eso. Cebrado y Estrella de Tigre se reúnen a menudo al borde del Sendero Atronador, pero no me cuentan de qué hablan —explicó con expresión resentida—. En cualquier caso, esto no tiene nada que ver con Zarzo y Zarpa Trigueña. He ido a las Rocas de las Serpientes para averiguar qué estaba haciendo Estrella de Tigre allí. Y he descubierto algo que debes ver con tus propios ojos.

Corazón de Fuego se quedó mirándolo sin pestañear.

—¿Quieres que te acompañe a las Rocas de las Serpientes… donde admites haber captado el olor de Estrella de Tigre? ¿Es que crees que estoy loco?

—Pero…

—¡Silencio! —bufó el lugarteniente—. Cebrado y tú siempre habéis sido aliados de Estrella de Tigre. ¿Por qué debería fiarme de lo que me dices ahora?

Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas. Estaba convencido de que Rabo Largo y Cebrado pretendían tenderle una trampa, igual que la que Estrella de Tigre había preparado para Estrella Azul junto al Sendero Atronador. Si fuera un ratón descerebrado y acompañase a Rabo Largo hasta las Rocas de las Serpientes, tal vez no regresara nunca más.

Advirtió que sus patas lo habían llevado hasta el claro de Carbonilla. Al abrirse paso entre los helechos, la curandera asomó la cabeza por la grieta de la roca.

—¿Quién…? ¡Corazón de Fuego! ¿Qué ocurre?

El lugarteniente se detuvo, procurando mantener su rabia bajo control.

Los ojos azules de Carbonilla se dilataron consternados; la gata se le acercó para restregarse contra su costado.

—Tranquilo, Corazón de Fuego. ¿Qué te ha puesto en ese estado?

—Es sólo… —Señaló con la cola el claro principal—. Rabo Largo. Estoy convencido de que él y Cebrado están conspirando contra el clan.

Carbonilla entornó los ojos.

—¿Y por qué piensas eso?

—Rabo Largo quiere atraerme hasta las Rocas de las Serpientes. Dice que ha captado el olor de Estrella de Tigre allí. Creo que están tendiéndome una trampa.

La cara de la curandera reflejó desolación, pero cuando habló sus palabras no fueron las que él esperaba:

—¿Sabes que suenas casi como Estrella Azul?

El lugarteniente abrió la boca para replicar, pero no pudo. Pero ¿qué quería decir Carbonilla? Él no se parecía ni remotamente a Estrella Azul, con su miedo irracional a que todos los gatos del clan estuvieran intentando traicionarla. ¿O quizá sí se le parecía? El joven se obligó a relajarse, permitiendo que el pelo de sus omóplatos se alisara de nuevo.

—Vamos, Corazón de Fuego —maulló Carbonilla—. Si Rabo Largo pretendiera atraerte a una trampa urdida por Estrella de Tigre, ¿te habría dicho que había captado su olor? ¡Ni siquiera Rabo Largo es tan descerebrado!

—Yo… supongo que no —admitió de mala gana.

—Entonces, ¿por qué no vas a preguntarle de qué se trata? —Al ver que él vacilaba, añadió—:

Sé que Rabo Largo y Cebrado eran amigos de Estrella de Tigre cuando él estaba aquí, pero ahora Rabo Largo sí parece ser leal al Clan del Trueno. Además, si se siente tentado de traicionar al clan, tú no ayudarás negándote a escucharlo cuando intenta contarte algo. Eso es casi como empujarlo hacia Estrella de Tigre.

—Lo sé —dijo Corazón de Fuego con un suspiro—. Lo lamento, Carbonilla.

La curandera soltó un leve ronroneo y le tocó la nariz con la suya.

—Ve a hablar con él. Yo te acompaño.

Preparándose, Corazón de Fuego regresó al claro principal mirando alrededor. Lo recorrió un escalofrío al pensar que ya podría haber empujado a Rabo Largo a salir en busca de Estrella de Tigre, pero cuando miró en la guarida de los guerreros lo encontró allí, acurrucado junto a Tormenta Blanca.

—Tormenta Blanca, tienes que escucharme —estaba maullando Rabo Largo cuando entraron el lugarteniente y Carbonilla. En su voz había un miedo real—. Corazón de Fuego cree que soy un traidor y no querrá tener nada que ver conmigo.

—Bueno, parece que has estado reuniéndote con Estrella de Tigre y contándole nuestras novedades —señaló el viejo guerrero.

—No he sido yo, sino Cebrado —protestó Rabo Largo.

Tormenta Blanca se encogió de hombros, como si no le interesara discutir.

—De acuerdo, adelante. ¿Cuál es el problema?

—Hay perros viviendo en las Rocas de las Serpientes —anunció Rabo Largo.

—¿Perros? —lo interrumpió Corazón de Fuego—. ¿Los has visto?

Los dos guerreros alzaron la vista cuando el lugarteniente se les acercó, seguido de Carbonilla.

—¿Seguro que quieres oírlo? —preguntó Rabo Largo con tono acusador—. No irás a soltarme otra vez que estoy conspirando, ¿verdad?

—Te pido perdón por eso. Cuéntame lo del perro.

—Perros —puntualizó el guerrero—. Toda una manada de perros.

Al lugarteniente se le heló la sangre, pero no dijo nada, y Rabo Largo continuó.

—Ya te he dicho que había captado el olor de Estrella de Tigre en las Rocas de las Serpientes. Pensé que debía avisarle del peligro que corría allí… y quería saber qué estaba haciendo al internarse tanto en el territorio del Clan del Trueno. Bueno, pues ya lo he descubierto. —Se estremeció.

—Continúa —lo instó Corazón de Fuego. Comprendió cuánto se había equivocado: Rabo Largo sí tenía noticias importantes que dar.

—¿Conoces las cuevas? Yo estaba acercándome cuando vi a Estrella de Tigre, pero él no me vio a mí. Creía que había ido a robar presas, porque arrastraba un conejo muerto, pero lo dejó justo delante de la entrada de la cueva. —Enmudeció, y los ojos se le empañaron de terror, como si estuviera viendo algo invisible para los demás gatos.

—¿Y entonces? —inquirió Tormenta Blanca.

—Entonces, una… criatura salió de la cueva. Juro que era el perro más grande que he visto en mi vida. Olvidaos de esos estúpidos chuchos que acompañan a los Dos Patas. Éste era gigantesco. Sólo

le vi las patas delanteras y la cabeza… con unas enormes mandíbulas babeantes, y unos colmillos que no podéis ni imaginar. —Se le desorbitaron los ojos de pavor al recordarlo—. Agarró el conejo y se lo llevó al interior de la cueva. Sonaba como si allí hubiera más perros, todos peleando por el conejo. Costaba entender lo que decían, pero creo que era: «manada, manada» y «matar, matar».

Corazón de Fuego se quedó paralizado de terror, y Carbonilla maulló quedamente:

—Ésas eran las palabras de mi sueño.

—Y lo que decía Cara Perdida —añadió Corazón de Fuego.

Por lo menos ya sabía qué terribles criaturas habían atacado a la joven gata. Recordó que el Clan Estelar había advertido a Estrella Azul de una manada. Rabo Largo había descubierto la verdadera naturaleza del mal que habitaba en el bosque, la fuerza que había convertido a los gatos en presas; a los cazadores, en cazados. No era un solo perro, separado de sus Dos Patas, sino toda una manada de bestias salvajes. Corazón de Fuego no podía imaginar de dónde procedían, pero sabía que el Clan Estelar jamás habría desatado tal destrucción ni habría puesto en peligro el equilibrio vital en todo el bosque.

—¿Y dices que Estrella de Tigre dio de comer a esos perros? —le preguntó a Rabo Largo—. ¿Qué cree que está haciendo?

—No lo sé —admitió el guerrero—. Después de dejar el conejo, saltó a lo alto de la roca. No creo que el perro lo haya visto. Y luego se marchó.

—¿Has hablado con él?

—No, Corazón de Fuego, claro que no. Él ni se enteró de que yo estaba allí. Te lo juro por lo que prefieras… por el Clan Estelar, por la vida de Estrella Azul… no entiendo qué se propone Estrella de Tigre.

Su miedo convenció a Corazón de Fuego. Él esperaba que Estrella de Tigre intentara llevarse a sus hijos, pero aquello era algo mucho más complicado. ¿Cómo había llegado a pensar que el líder del Clan de la Sombra había olvidado su rencor hacia el Clan del Trueno? Comprendió que debería haber temido más a Estrella de Tigre. De algún modo, su viejo enemigo estaba ligado a la fuerza oscura del bosque. Aun así, Corazón de Fuego ignoraba qué quería Estrella de Tigre de los perros o qué podía ganar alimentándolos.

—¿Tú qué piensas? —le preguntó a Tormenta Blanca.

—Creo que deberíamos investigar —respondió el viejo guerrero, ceñudo—. Y me pregunto cuánto sabrá Cebrado de todo esto.

—Yo también —coincidió Corazón de Fuego—. Pero no voy a preguntárselo. Si está conchabado con Estrella de Tigre, no nos contará nada de provecho. —Volviéndose hacia Rabo Largo, añadió—: No te atrevas a decir una sola palabra de esto a Cebrado. Mantente lejos de él.

—Lo… lo haré —tartamudeó el atigrado.

—Necesitamos saber por qué Estrella de Tigre está arriesgándose a alimentar a esos perros con carne fresca —continuó Tormenta Blanca—. Si quieres organizar una patrulla para ir a las Rocas de las Serpientes, te acompañaré.

Corazón de Fuego miró a lo alto, observando la luz.

—Hoy ya es demasiado tarde —decidió—. Cuando llegáramos a las Rocas de las Serpientes,



estaría anocheciendo. Pero saldremos mañana al amanecer. Averiguaré qué se trae Estrella de Tigre entre manos, aunque sea lo último que haga.



24

Salió de la guarida de los guerreros y se detuvo. Miró al otro lado del claro: Tormenta de Arena estaba junto a la mata de ortigas, engullendo una pieza de carne fresca. Ya había elegido a algunos de los guerreros que quería que lo acompañaran a las Rocas de las Serpientes, pero todavía no había hablado con Tormenta de Arena. Se sentía reacio a arriesgar la vida de la guerrera en aquella peligrosa misión, y temía que ella se negara a ir si eso implicaba seguir sus órdenes. Sin embargo, no se imaginaba ir sin ella.

Tras respirar hondo, se acercó a la mata de ortigas y se sentó junto a la gata.

Tormenta de Arena se tragó el último bocado de ardilla.

—¿Corazón de Fuego? ¿Qué ocurre?

En voz baja, él le contó lo que Rabo Largo había descubierto en las Rocas de las Serpientes.

—Quiero que vengas con nosotros —concluyó—. Eres rápida y valiente, y el clan te necesita.

La gata clavó en él sus ojos verdes, pero Corazón de Fuego no pudo descifrar su expresión.

—Te necesito —se apresuró a precisar, temiendo que ella fuera a rechazarlo—. Por el bien de Estrella Azul y por el bien del clan. Sé que las cosas no han ido bien entre nosotros desde que impedí la batalla con el Clan del Viento. Pero confío en ti. Pienses lo que pienses de mí, hazlo por el clan.

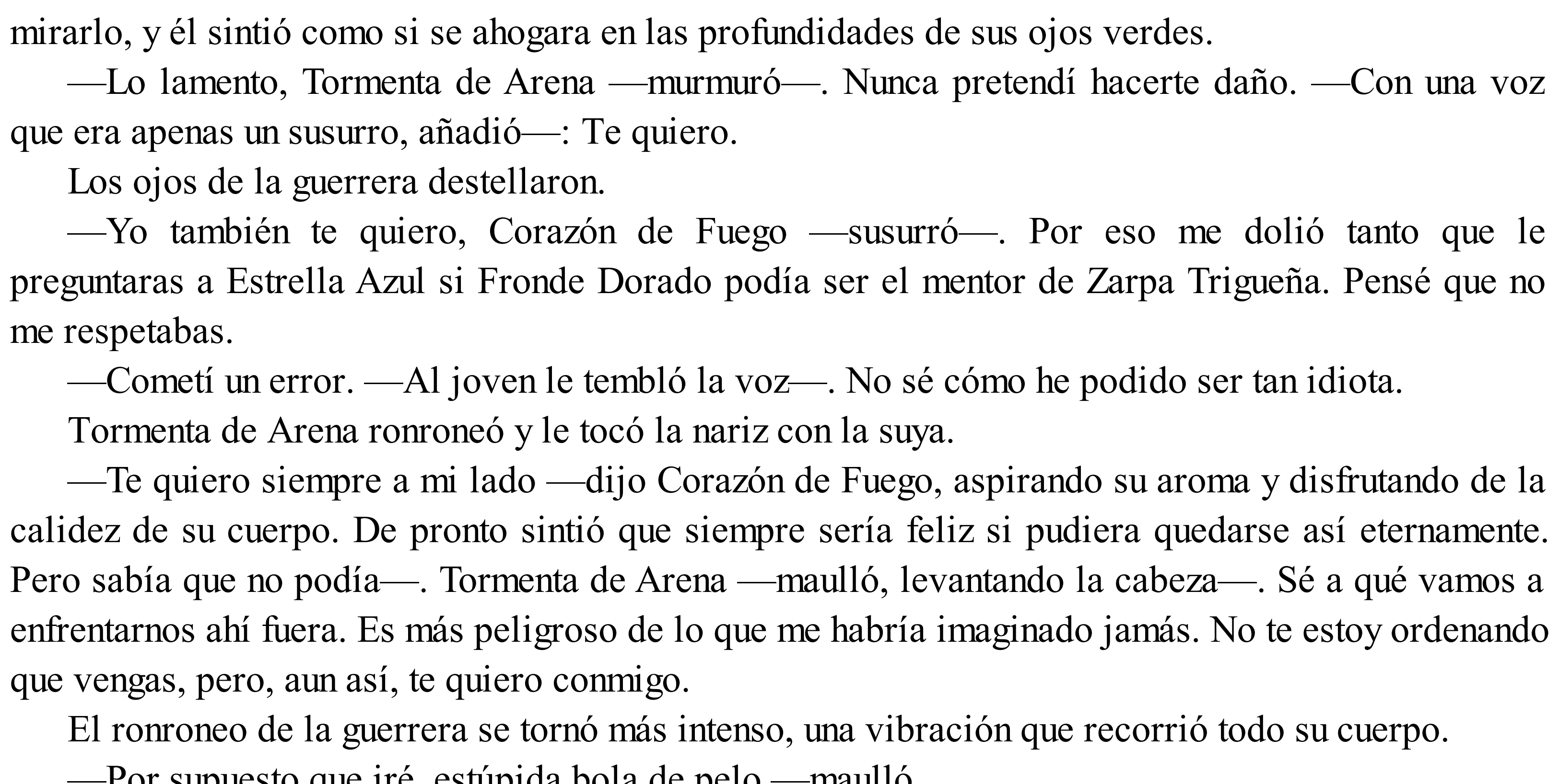
Tormenta de Arena asintió lentamente. Parecía pensativa, y en el corazón del lugarteniente empezó a crecer una semilla de esperanza.

—Sé por qué no querías pelear contra el Clan del Viento —empezó la guerrera—. En cierto modo, pensaba que tenías razón. Pero fue muy duro saber que habías actuado a espaldas de Estrella Azul y sin contárnoslo a los demás.

—Lo sé, pero…

—Pero tú eres el lugarteniente —lo interrumpió Tormenta de Arena, levantando una pata para pedirle silencio—. Tú tienes responsabilidades que el resto de nosotros no puede entender. E imagino lo dividido que te habrás sentido: entre tu lealtad a Estrella Azul y tu lealtad al clan. —Vacilando, añadió, mirándose las patas—: Yo también estaba dividida. Quería ser leal al código guerrero y quería serte leal a ti, Corazón de Fuego.

Él se sintió demasiado embargado por la emoción para responder. Alargó el cuello para apretar la cabeza contra su costado, y, para su alegría, ella no se apartó. En vez de eso, levantó la vista para



mirarlo, y él sintió como si se ahogara en las profundidades de sus ojos verdes.

—Lo lamento, Tormenta de Arena —murmuró—. Nunca pretendí hacerte daño. —Con una voz que era apenas un susurro, añadió—: Te quiero.

Los ojos de la guerrera destellaron.

—Yo también te quiero, Corazón de Fuego —susurró—. Por eso me dolió tanto que le preguntaras a Estrella Azul si Fronde Dorado podía ser el mentor de Zarpa Trigueña. Pensé que no me respetabas.

—Cometí un error. —Al joven le tembló la voz—. No sé cómo he podido ser tan idiota.

Tormenta de Arena ronroneó y le tocó la nariz con la suya.

—Te quiero siempre a mi lado —dijo Corazón de Fuego, aspirando su aroma y disfrutando de la calidez de su cuerpo. De pronto sintió que siempre sería feliz si pudiera quedarse así eternamente. Pero sabía que no podía—. Tormenta de Arena —maulló, levantando la cabeza—. Sé a qué vamos a enfrentarnos ahí fuera. Es más peligroso de lo que me habría imaginado jamás. No te estoy ordenando que vengas, pero, aun así, te quiero conmigo.

El ronroneo de la guerrera se tornó más intenso, una vibración que recorrió todo su cuerpo.

—Por supuesto que iré, estúpida bola de pelo —maulló.

Esa noche, Corazón de Fuego puso doble vigilancia en el campamento, y él mismo pasó la noche en vela en el centro del claro. Lo invadió una creciente sensación de horror al oír el viento susurrando entre los árboles desnudos. Parecía llevarle la voz de Jaspeada, murmurando sobre el enemigo que nunca dormía: Estrella de Tigre, los perros… o ambos. El enemigo estaba a punto de desatar su furia, y ningún gato estaba a salvo. Corazón de Fuego sabía que al día siguiente podía ver la destrucción final de su clan.

Mientras observaba la luna en lo alto, Carbonilla salió de su guarida y fue a sentarse junto a él.

—Si vas a encabezar la patrulla de mañana, deberías dormir un poco —le aconsejó la curandera—. Necesitarás todas tus fuerzas.

—Lo sé, pero no creo que pueda dormir. —Volvió a alzar la vista hacia la luna y las resplandecientes estrellas del Manto Plateado—. Todo parece muy pacífico ahí arriba. Pero aquí abajo…

—Sí —murmuró Carbonilla—. Aquí abajo puedo notar cómo crece el mal. El bosque está oscuro por él, y el Clan Estelar no puede ayudarnos. Es cosa nuestra.

—Entonces, ¿tú no crees que el Clan Estelar nos haya enviado esa manada para castigarnos?

Ella lo miró; sus ojos relucían con el reflejo de la luz de la luna.

—No, no lo creo. —Se inclinó hacia él y restregó el hocico contra su cara—. No estás solo —aseguró—. Yo estoy contigo. Y también lo está el resto del clan.

Él deseó que la curandera estuviera en lo cierto. El clan sobreviviría sólo si estaba unido y se enfrentaba al peligro hecho una piña. Los gatos del clan lo habían apoyado en la batalla que no se entabló contra el Clan del Viento, pero ¿se unirían a él para enfrentarse a la manada?

Al cabo de un momento, Carbonilla preguntó:

—¿Qué vas a decirle a Estrella Azul?

—Nada. Por lo menos, hasta que echemos un vistazo a las Rocas de las Serpientes. No sirve de nada angustiarla. Ahora mismo no… no tiene la fuerza necesaria para sobrellevar esto.

Ella estuvo de acuerdo y siguió montando guardia con él hasta que la luna empezó a descender. Entonces maulló:

—Corazón de Fuego, como curandera, te digo que debes descansar. Lo que pase mañana puede determinar el futuro de este clan, y necesitamos que todos nuestros guerreros estén en plena forma.

A su pesar, el lugarteniente debía admitir que Carbonilla tenía razón. Tras darle un lametón de despedida, se encaminó a la guarida de los guerreros y se ovilló sobre el musgo al lado de Tormenta de Arena. Pero su descanso fue intermitente, y sus sueños, oscuros. Una vez creyó ver a Jaspeada saltando hacia él, y el corazón se le llenaba de alegría, pero antes de que ella lo alcanzara se convertía en un perro enorme, de grandes mandíbulas y ojos como llamas. Corazón de Fuego se despertó temblando y vio que la primera luz del alba empezaba a teñir el cielo. «Ésta puede ser la última aurora que vea en mi vida —pensó—. La muerte nos está esperando ahí fuera».

Al levantar la cabeza, descubrió que Tormenta de Arena estaba sentada a su lado, observándolo mientras dormía. Al ver el amor que reflejaban sus ojos, Corazón de Fuego sintió una nueva energía por todo su cuerpo. Se incorporó y le dio un tierno lametón en la oreja.

—Ya es la hora —maulló.

Preparándose para lo que lo esperaba, despertó a los gatos que había escogido para la patrulla hasta las Rocas de las Serpientes. Nimbo Blanco se levantó prácticamente de un salto, sacudiendo la cola ferozmente al pensar en enfrentarse a las criaturas que habían herido a Cara Perdida.

Pecas, que estaba durmiendo cerca del joven, se despertó con él y lo siguió hasta un extremo de la guarida.

—Que el Clan Estelar os acompañe —maulló, quitándole del pelo restos de musgo.

Nimbo Blanco restregó el hocico contra el de ella.

—No te preocupes —tranquilizó a su madre adoptiva—. Te lo contaré todo cuando volvamos.

Corazón de Fuego despertó a Tormenta Blanca, y luego fue a donde dormía Látigo Gris, sobre un montón de brezo. Empujándolo con una pata, murmuró:

—Vamos.

Látigo Gris parpadeó y se incorporó.

—Igual que en los viejos tiempos —maulló, en un vano intento de sonar animado—. Tú y yo, cargando contra el peligro de nuevo. —Tocó con la frente el omóplato de su amigo—. Gracias por elegirme, Corazón de Fuego. Estoy muerto de miedo, pero demostraré que soy leal al Clan del Trueno, te lo prometo.

Corazón de Fuego se restregó brevemente contra él y lo dejó limpiándose a toda prisa mientras iba a despertar a Rabo Largo. El atigrado claro se estremeció al abandonar su lecho, pero su mirada era decidida.

—Te demostraré que puedes confiar en mí —prometió en voz baja a Corazón de Fuego.

El lugarteniente asintió, todavía medio avergonzado por no haber escuchado a Rabo Largo el día anterior.

—El clan te necesita, Rabo Largo —maulló—. Mucho más de lo que te necesitan Estrella de Tigre y Cebrado; créeme.

Al guerrero se le iluminó la mirada al oír eso, y siguió a Corazón de Fuego, junto con los demás, hasta la mata de ortigas. Todos comieron algo mientras el lugarteniente les recordaba lo que Rabo Largo había contado el día anterior.

—Vamos a ir a investigar —maulló—. No podemos decidir cómo deshacernos de esos perros hasta que sepamos exactamente a qué nos enfrentamos. No vamos a atacarlos, todavía no… ¿entendido, Nimbo Blanco?

Éste lo miró con ojos llameantes y no contestó.

—No vendrás con nosotros, Nimbo Blanco, a menos que prometas hacer lo que te digo sin rechistar.

—Oh, vale. —La punta de su cola se agitaba con irritación—. Quiero hacer picadillo hasta el último perro, pero lo haré a tu manera, Corazón de Fuego.

—Bien. —Paseó la mirada por el resto de la patrulla—. ¿Alguna pregunta?

—¿Y si nos tropezamos con Estrella de Tigre? —quiso saber Tormenta de Arena.

—¿Con un gato de otro clan en nuestro territorio? —Corazón de Fuego enseñó los dientes—. Sí, podéis atacarlo.

Nimbo Blanco soltó un gruñido de satisfacción.

Tras engullir el último bocado de su pieza, Corazón de Fuego condujo al grupo fuera del campamento. Aunque el sol ya casi había salido, el cielo estaba cubierto de nubes, y las sombras seguían siendo densas entre los árboles. Había un intenso olor a conejo no muy lejos del campamento, pero Corazón de Fuego no le prestó atención. No había tiempo para cazar.

Los guerreros avanzaron cautelosamente en fila india, con Corazón de Fuego a la cabeza y Tormenta Blanca vigilando en la retaguardia. Después de lo que les había contado Rabo Largo, el lugarteniente sintió con más fuerza que nunca que el bosque familiar se había convertido en un sitio lleno de peligro, y notó un hormigueo ante un posible ataque.

Todo estaba tranquilo hasta que llegaron cerca de las Rocas de las Serpientes. Corazón de Fuego estaba considerando la mejor manera de aproximarse a las rocas cuando Látigo Gris maulló:

—¿Qué es eso?

Se internó en una mata de helechos secos. Al cabo de un momento, Corazón de Fuego oyó su voz, tensa y ronca:

—Ven a ver esto.

El lugarteniente siguió el sonido y encontró a Látigo Gris agachado junto a un conejo muerto. Lo habían degollado, y tenía el pelo rígido con la sangre seca.

—La manada ha estado matando de nuevo —maulló Rabo Largo muy serio.

—Entonces, ¿por qué no se han comido la presa? —preguntó Tormenta de Arena, acercándose a olfatear el cuerpo marrón grisáceo. De pronto se puso tensa—. ¡Corazón de Fuego, aquí huele al Clan de la Sombra!

El lugarteniente abrió la boca para llevar la brisa del bosque hasta las glándulas del paladar. Tormenta de Arena tenía razón. El olor era débil pero inconfundible.

—Estrella de Tigre mató a este conejo —murmuró— y luego, lo dejó aquí. Me pregunto para qué.

Recordó que Rabo Largo lo había visto alimentando a la manada con conejo, y recordó también el intenso olor a conejo que los había seguido durante todo el camino desde el campamento del Clan del Trueno. Apartándose de la presa muerta, llamó a Nimbo Blanco con un movimiento de la cola.

—Vuelve sobre nuestros pasos por donde hemos venido —ordenó—. Vas a buscar conejos muertos. Si encuentras alguno, mira si hay algún otro olor, y regresa a contármelo. Tormenta Blanca, ve con él.

Observó cómo los dos guerreros se retiraban, y entonces se volvió hacia Látigo Gris.

—Quédate aquí a vigilar esta presa. Tormenta de Arena y Rabo Largo, acompañadme.

Más cautelosamente todavía y deteniéndose a olfatear el aire cada pocos pasos, Corazón de Fuego fue acercándose a las Rocas de las Serpientes. No tardaron mucho en descubrir otro conejo muerto, expuesto sobre una roca, con el mismo olor delator de Estrella de Tigre a su alrededor. Para entonces, ya tenían a la vista la entrada de la cueva. Logró distinguir la forma de otro conejo tendido al borde del espacio abierto que había delante de la caverna. No había ni rastro de la manada.

—¿Dónde están los perros? —masculló.

—En esa cueva —respondió Rabo Largo—. Ahí es donde vi que Estrella de Tigre dejaba el conejo ayer.

—Cuando salgan, verán el conejo justo ahí y olerán a este otro… —Corazón de Fuego estaba pensando en voz alta—. Y luego está el que ha descubierto Látigo Gris… —De pronto lo entendió todo, y fue como el impacto de una roca. Apenas podía respirar de miedo—. Ya sé lo que van a encontrar Tormenta Blanca y Nimbo Blanco. Estrella de Tigre ha dejado un rastro de conejos directo hasta el campamento.

Rabo Largo se encogió y los ojos de Tormenta de Arena se desorbitaron de pavor.

—¿Quieres decir que pretende guiar la manada hasta nosotros?

A Corazón de Fuego lo asaltaron imágenes de perros enormes y babeantes descendiendo por el barranco e irrumpiendo a través del muro de helechos en el pacífico campamento. Vio mandíbulas cerrándose, cuerpos felinos desmadejados y lanzados al aire, cachorros aullando mientras fauces crueles se abalanzaban sobre ellos… Se estremeció.

—Sí. Vamos, ¡tenemos que neutralizar el rastro!

Ni una orden directa del mismísimo Clan Estelar habría hecho que Corazón de Fuego intentara recuperar el conejo que estaba cerca de la entrada de la cueva, pero sí tomó el que se hallaba sobre la roca, y luego fue a donde aguardaba Látigo Gris. Dejó su carga lo justo para maullar:

—Agarra ese conejo. Tenemos que avisar al clan.

Irguiendo las orejas de asombro, Látigo Gris obedeció. Se encaminaron hacia el campamento, y antes de haber recorrido unos zorros de distancia, Corazón de Fuego reparó en que Tormenta Blanca y Nimbo Blanco iban a su encuentro, deslizándose con sigilo a través del sotobosque.

—Hemos encontrado dos conejos más —informó Nimbo Blanco—. Y los dos apestaban a Estrella de Tigre.

—Entonces id por ellos. —Rápidamente, Corazón de Fuego les explicó cuáles eran sus

sospechas—. Los lanzaremos a un arroyo y desharemos el rastro.

—Todo eso está muy bien —maulló Tormenta Blanca—. Podemos llevarnos los conejos, pero ¿qué pasa con el olor?

Corazón de Fuego se quedó de piedra. El miedo estaba volviéndolo idiota. El olor a conejo y la sangre derramada guiarían igualmente a la manada hasta el campamento del Clan del Trueno.

—Trasladaremos los conejos de todos modos —decidió a toda prisa—. Eso podría retrasar un poco a los perros. Pero tenemos que regresar y advertir al clan. Deberán abandonar el campamento.

Atravesaron el bosque a la carrera, con las orejas erguidas por si oían a la manada detrás de ellos, en dirección al campamento. Pronto tuvieron más conejos de los que podían llevar. «Estrella de Tigre debe de haber pasado la noche entera cazando para conseguir tantos», pensó Corazón de Fuego ceñudo.

—Dejémoslos todos aquí —propuso Tormenta de Arena cuando todavía estaban a cierta distancia del barranco. Respiraba pesadamente y tenía una garra rota, pero sus ojos relucían con determinación, y Corazón de Fuego supo que la gata correría sin cesar si él se lo pidiera—. Si los perros encuentran un buen festín, se pararán a comérselo.

—Buena idea —maulló Corazón de Fuego.

—Quizá habría sido mejor dejarlos más cerca de la cueva —señaló Tormenta Blanca con preocupación en los ojos—. Eso podría haber impedido que los perros llegaran hasta el campamento.

—Cierto, pero no hay tiempo. Los perros podrían estar ya de camino. No queremos tropezarnos con ellos.

Tormenta Blanca coincidió asintiendo. Dejaron el montón de conejos bien visibles sobre el rastro y salieron disparados. El lugarteniente notó que el corazón le latía como enloquecido. Debería haber sabido que su viejo enemigo estaría conectado con la fuerza oscura que amenazaba el bosque. Sólo el Clan Estelar sabía cómo Estrella de Tigre había descubierto que los perros estaban en las Rocas de las Serpientes, pero estaba utilizándolos para destruir al clan que odiaba. Mientras corría entre los árboles, Corazón de Fuego temía que fuera demasiado tarde para detener a su enemigo.

Se paró en lo alto del barranco.

—Separaos —ordenó a sus guerreros—. Aseguraos de que no haya carne fresca cerca del campamento.

Descendieron el barranco cubriendo todos los lados. Nimbo Blanco iba adelantado, y Corazón de Fuego vio que frenaba en seco no muy lejos de la entrada del campamento. Se había quedado mirando algo que había en el suelo.

—¡No! ¡No! —La voz del joven guerrero era un aullido ensordecedor, y a Corazón de Fuego se le erizó el pelo de espanto—. ¡No! —aulló Nimbo Blanco de nuevo—. ¡Corazón de Fuego!

El lugarteniente corrió al lado del joven. Nimbo Blanco estaba rígido, con todo el pelo erizado, como estuviese frente a un enemigo. Tenía los ojos clavados en un bulto de pelaje atigrado que yacía a sus pies.

—¿Por qué? —aulló Nimbo Blanco—. ¿Por qué ella?

Corazón de Fuego sabía la respuesta, pero le costó hablar por la rabia y la pena.

—Porque Estrella de Tigre quiere que la manada pruebe el sabor de la sangre de gato —dijo al fin con voz ronca.

La gata muerta que yacía ante ellos era Pecas.



25

Nimbo Blanco y Tormenta de Arena llevaron el cadáver de Pecas hasta el campamento, pero no había tiempo para el ritual de duelo. Al parecer, la gata había salido a cazar sola muy temprano, y los otros sólo habían notado que estaba tardando en volver. Su entierro fue un acto apresurado, del que se encargaron Nimbo Blanco y los dos hijos de Pecas, Frondina y Ceniciento, mientras Corazón de Fuego convocaba una reunión de clan.

Regresaron cuando Corazón de Fuego estaba al pie de la Peña Alta, esperando a que acudieran los demás gatos. Nimbo Blanco empezó a pasearse de un lado a otro, sacudiendo la cola con fiereza.

—¡Voy a despellejar a Estrella de Tigre! —juró—. Esparciré sus entrañas desde aquí hasta las Rocas Altas. Estrella de Tigre es mío, Corazón de Fuego; no lo olvides.

—Y tú no olvides que estás bajo mis órdenes. Ahora mismo tenemos que ocuparnos de la manada de perros. Ya nos preocuparemos después de Estrella de Tigre.

Nimbo Blanco enseñó los dientes en un bufido de frustración, pero no discutió.

Mientras tanto, el clan se iba congregando en una conmocionada y silenciosa multitud. Carbonilla apareció desde la guarida de Estrella Azul y se acercó a Corazón de Fuego cojeando con brío.

—Estrella Azul está durmiendo —maulló—. Será mejor contarle todo esto cuando ya tengamos un plan, ¿no te parece?

Corazón de Fuego asintió, preguntándose cómo reaccionaría la líder al descubrir que todos sus temores sobre Estrella de Tigre eran ciertos. ¿La espantosa confirmación la llevaría a la locura definitivamente? Dejando a un lado sus preocupaciones, Corazón de Fuego se dispuso a dirigirse al clan.

—Gatos del Clan del Trueno —empezó—. Esta mañana hemos descubierto que hay una manada de perros viviendo en nuestro territorio, en las cuevas de las Rocas de las Serpientes.

Se oyeron murmullos entre los gatos reunidos, junto con algunos maullidos desafiantes. El lugarteniente supuso que apenas lo creían, pero aún tenía que dar noticias peores. No pudo evitar mirar a Cebrado, pero la expresión del guerrero oscuro era indescifrable, y Corazón de Fuego ignoraba cuánto sabía ya.

—Estrella de Tigre ha estado alimentando a los perros —continuó, intentando mantener la voz tranquila— y ha dejado un rastro de conejos muertos para conducirlos directamente a nuestro

campamento. Todos sabéis qué había al final de ese rastro.

Ladeó la cabeza hacia el lugar —fuera del campamento— en que habían enterrado a Pecas.

Cuando brotó un coro de aullidos, tuvo que pedir silencio con un movimiento de la cola. No pudo evitar reparar en Flor Dorada, que escuchaba cabizbaja lo que había hecho Estrella de Tigre, y luego miró instintivamente a sus hijos. Zarpa Trigueña lo miraba fijamente con expresión horrorizada, pero Zarzo escondía la cara. El lugarteniente se preguntó si estaría tan conmocionado como su hermana, o si una parte de él admiraría a su padre por haber tramado un plan tan audaz.

Cuando logró que lo escucharan de nuevo, prosiguió:

—Hemos intentado destruir el rastro, pero los conejos han estado ahí toda la noche, y la manada seguirá el olor que han dejado. Debemos irnos todos… veteranos, cachorros, todos. Si los perros llegan al campamento, no deben encontrarnos aquí.

Más sonidos de abatimiento, esta vez en un murmullo bajo y nervioso.

La veterana Cola Moteada, que de joven había sido una bonita gata leonada, preguntó:

—¿Adónde vamos a ir?

—A las Rocas Soleadas —contestó Corazón de Fuego—. Una vez allí, trepad a los árboles más altos que encontréis. Si los perros os siguen, creerán que han perdido la pista en las rocas y no os buscarán.

Para su alivio, el clan se tranquilizó un poco al darles las órdenes definitivas, aunque seguían rotos de dolor por Pecas. Sus hijos, los aprendices Frondina y Ceniciento, estaban apretados el uno contra el otro, con expresión aturdida. Corazón de Fuego agradeció al Clan Estelar que el día, aunque frío y gris, fuera seco y que no hubiese gatos enfermos o demasiado pequeños para el viaje.

—¿Y qué pasa con la manada de perros? —preguntó Manto Polvoroso—. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Corazón de Fuego vaciló. Sabía que la manada era demasiado fuerte para que sus guerreros la atacaran directamente. Estrella de Tigre jamás los habría atraído hasta el campamento si no hubiese estado seguro de eso. «Clan Estelar, ayúdame», suplicó en silencio. Y como si sus antepasados guerreros lo hubieran oído, se le ocurrió una idea.

—¡Ya está! —susurró—. Cambiaremos el rastro. —Cuando los gatos que tenía más cerca se quedaron mirándolo sin pestañear, él repitió en voz más alta—: ¡Cambiaremos el rastro!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tormenta de Arena, abriendo mucho sus ojos verdes.

—Justo lo que he dicho. Estrella de Tigre quiere conducir a los perros hasta nuestro campamento. Dejaremos que lo haga. Y cuando lleguen, estaremos esperándolos… para conducirlos hasta el desfiladero.

No muy lejos de los Cuatro Árboles, en el extremo más lejano del territorio del Clan del Trueno, el río espumeaba entre escarpados precipicios. Allí, la corriente era rápida y fuerte, y había afiladas rocas ocultas justo debajo de la superficie del agua. Si allí se habían ahogado gatos, ¿por qué no perros?

—Tendremos que atraer a los perros hasta el borde —continuó Corazón de Fuego. Los detalles del plan iban tomando forma en su cabeza mientras hablaba—. Necesitaré guerreros que corran muy deprisa. —Sus ojos verdes recorrieron a los gatos que lo rodeaban—. Látigo Gris, Tormenta de

Arena, Musaraña y Rabo Largo. Manto Polvoroso. Y yo también. Con eso debería bastar. Los demás, reuníos en la entrada del campamento, preparados para partir.

Mientras los gatos que no había nombrado empezaban a obedecer sus órdenes, Corazón de Fuego vio que Frondina y Ceniciento se abrían paso hasta él.

—Corazón de Fuego, queremos ayudar —le dijo Frondina clavando en él sus ojos conmocionados y suplicantes.

—He dicho guerreros —le recordó él con dulzura.

—Pero Pecas era nuestra madre —protestó Ceniciento—. Por favor, Corazón de Fuego. Queremos hacerlo por ella.

—Sí. Llévatelos contigo —intervino Tormenta Blanca con voz grave—. Su furia los volverá temerarios.

Corazón de Fuego dudó, pero luego vio la vehemente mirada del guerrero blanco y asintió.

—De acuerdo.

—¿Y qué pasa conmigo? —quiso saber Nimbo Blanco, empezando a sacudir la cola de nuevo.

—Escúchame, Nimbo Blanco —maulló el lugarteniente—. No puedo llevarme a todos mis mejores guerreros para atraer a los perros. Algunos tenéis que quedaros a cuidar del resto del clan. —Al ver que el joven abría la boca para protestar, se apresuró a continuar—: No te estoy dando un trabajo fácil. Si fracasamos, es probable que te veas luchando con los perros… y puede que también con el Clan de la Sombra. Piensa, Nimbo Blanco —insistió, viendo que no parecía convencido—. ¿Qué mejor forma de vengarte de Estrella de Tigre que asegurándote de que su plan fracasa y el Clan del Trueno sobrevive?

Nimbo Blanco guardó silencio un momento, con el rostro crispado de dolor y rabia por Pecas.

—Y no te olvides de Cara Perdida —maulló Corazón de Fuego quedamente—. Ahora ella te necesita más que nunca.

El joven guerrero se irguió al oír el nombre de su amiga herida y miró al otro lado del claro. Cara Perdida se dirigía a la entrada cojeando, guiada por Cola Pintada y los demás veteranos. Su único ojo estaba desorbitado, y resollaba de terror.

—Muy bien. —Nimbo Blanco sonó absolutamente decidido—. Haré lo que me dices.

—Gracias —maulló el lugarteniente, y cuando el joven salió corriendo hacia Cara Perdida, exclamó—: ¡Confío en ti, Nimbo Blanco!

Mientras observaba a los gatos que se iban agrupando, captó un movimiento más allá de la multitud. Cebrado estaba colándose por un agujero del seto de espino, seguido de cerca por Zarpa Trigueña y Zarzo.

Corazón de Fuego corrió hacia allí y consiguió alcanzarlos mientras avanzaban entre los espinos.

—¡Cebrado! —espetó—. ¿Adónde crees que vas?

El guerrero oscuro se volvió. Hubo un destello de alarma en sus ojos, pero se enfrentó al lugarteniente con descaro.

—No creo que las Rocas Soleadas sean un lugar seguro —maulló—. Me llevaba a estos dos jóvenes a un sitio mejor. Ellos…

—¿Qué sitio mejor? —preguntó Corazón de Fuego desafiante—. Si conoces uno, ¿por qué no lo

compartes con el resto del clan? A menos que quieras decir que estás llevándolos a Estrella de Tigre. —Invadido por la furia, habría querido saltar sobre Cebrado y clavarle las uñas, pero se obligó a mantener la calma—. Por supuesto, el líder del Clan de la Sombra no quiere que sus hijos sean devorados por los perros de la manada —maulló, dando voz a sus pensamientos—. Vas a llevarlos a su lado antes de que los perros lleguen aquí, ¿verdad? ¡Supongo que planeasteis todo esto en la última Asamblea!

Cebrado no contestó. Se le ensombreció la mirada, y no fue capaz de mirar a Corazón de Fuego a los ojos.

—Cebrado, me das asco —bufó el lugarteniente—. Sabías que Estrella de Tigre pretendía conducir la manada de perros hasta nosotros… ¡y no le dijiste ni una palabra a nadie! ¿No sientes ninguna lealtad hacia tu clan?

—¡Yo no lo sabía! —protestó Cebrado levantando la cabeza—. Estrella de Tigre me pidió que le llevara a sus hijos, pero no me dijo por qué. Yo no sabía nada de la manada. ¡Lo juro por el Clan Estelar!

Corazón de Fuego se preguntó qué valor tendría un juramento por el Clan Estelar en boca de aquel guerrero traicionero. Giró en redondo para encararse a los aprendices, que estaban mirándolo con ojos desorbitados y aterrados.

—¿Qué os ha dicho Cebrado?

—Na… nada, Corazón de Fuego —tartamudeó Zarpa Trigueña.

—Sólo que fuéramos con él —añadió su hermano—. Ha dicho que conocía un buen lugar para esconderse.

—¿Y vosotros lo habéis obedecido? —preguntó Corazón de Fuego con dureza—. ¿Es que Cebrado es ahora el líder del clan? ¿O es que alguien lo ha nombrado vuestro mentor sin que yo me enterara? Seguidme, todos.

Dio media vuelta y abrió la marcha hacia donde estaba el clan, agrupándose cerca de la entrada del campamento. Se sintió algo sorprendido al ver que Cebrado lo seguía, al igual que Zarzo y Zarpa Trigueña. Corazón de Fuego sabía que, antes o después, tendría que ajustar cuentas con el guerrero oscuro, pero en esos momentos no había tiempo.

Al llegar junto a los demás gatos, llamó a Fronde Dorado sacudiendo la cola.

—Fronde Dorado —maulló—. Te hago responsable de estos dos aprendices. No les quites los ojos de encima, pase lo que pase. Y si Cebrado se atreve tan sólo a olisquearlos, quiero saberlo.

—Sí, Corazón de Fuego —contestó el guerrero con expresión desconcertada.

Y, empujando con suavidad a los aprendices, los guió hacia delante, entre los demás gatos.

Al ver que Tormenta Blanca se acercaba, Corazón de Fuego fue hacia él señalando a Cebrado con la cabeza.

—Vigila a ése —le ordenó—. No me fío ni de un solo pelo de su pelaje.

Luego llamó a los guerreros que había escogido para correr delante de la manada.

—Si aún no habéis comido, os recomiendo que lo hagáis ahora —maulló—. Necesitaréis todas vuestras fuerzas. Saldremos enseguida, pero primero tengo que hablar con Estrella Azul.

Al volverse hacia la guarida de la líder, reparó en que Carbonilla estaba a su lado.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó la curandera.

Él negó con la cabeza.

—No. Ve a ayudar a que los demás se preparen para partir. Haz lo que puedas para tranquilizarlos.

—No te preocupes, Corazón de Fuego —contestó la gata—. Me llevaré unos cuantos remedios básicos, por si acaso.

—Buena idea. Dile a Espino que te ayude. Podréis marcharos en cuanto Estrella Azul esté lista para unirse a vosotros.

Cuando se asomó al interior de la guarida, la líder estaba despierta y atusándose el pelo.

—¿Sí, Corazón de Fuego? ¿Qué ocurre?

El lugarteniente entró en la guarida e inclinó la cabeza.

—Estrella Azul, hemos descubierto la verdad sobre el mal que habita en el bosque —empezó cuidadosamente—. Sabemos qué es la «manada».

Estrella Azul se incorporó y lo observó con mirada firme mientras él le contaba lo que la patrulla había visto esa mañana. Conforme avanzaba el relato, el rostro de la gata se transformó en una máscara de espanto, y Corazón de Fuego volvió a temer que el descubrimiento la llevara a la locura.

—Así que Pecas está muerta —murmuró cuando Corazón de Fuego hubo terminado. Con amargura, añadió—: Pronto, el resto del clan la seguirá. El Clan Estelar ha enviado a Estrella de Tigre a destruirnos. Nuestros antepasados no van a ayudarnos ahora.

—Quizá no, Estrella Azul, pero no vamos a darnos por vencidos —replicó Corazón de Fuego, intentando no ser presa del pánico—. Tú debes guiar al clan hasta las Rocas Soleadas.

Estrella Azul agitó las orejas.

—¿Y de qué servirá eso? No podemos vivir en las Rocas Soleadas, e incluso allí nos atrapará la manada.

—Si mi plan funciona, no estaréis allí mucho tiempo. Escucha.

Corazón de Fuego le contó cómo esperaba atraer a los perros a través del bosque para que se ahogaran en el desfiladero.

La mirada de la líder parecía distraída, fija en algo que Corazón de Fuego no podía ver.

—De modo que quieres que vaya a las Rocas Soleadas como una veterana —maulló.

El lugarteniente vaciló. Decirle a Estrella Azul lo que debería hacer era mucho más difícil que dar órdenes a Nimbo Blanco.

—Como una líder —la corrigió—. Sin ti allí, el clan será presa del pánico y se dispersará. Te necesitan para mantenerse unidos. Además, no olvides que ésta es tu última vida. Si la pierdes, ¿qué haría el clan sin ti?

La gata dudó.

—Muy bien —maulló al cabo.

—Entonces, deberíamos irnos ya.

Estrella Azul asintió y salió la primera de la guarida. El grueso del clan —todos los gatos que Corazón de Fuego no había escogido para que lo acompañaran— ya estaba apiñado cerca de la entrada del campamento. Mientras la líder iba a reunirse con ellos, Corazón de Fuego agitó la cola

para llamar a Tormenta Blanca.

—Quédate al lado de Estrella Azul —maulló en voz baja—. Cuídala.

Tormenta Blanca inclinó la cabeza.

—Puedes confiar en mí, Corazón de Fuego.

La mirada que intercambió con el lugarteniente demostraba que comprendía perfectamente lo débil que era la mente de la líder. Después fue a colocarse junto a Estrella Azul, que ya estaba encabezando la salida del campamento.

Mientras observaba al guerrero, viejo pero todavía vigoroso, al lado de Estrella Azul, a Corazón de Fuego le impresionó lo frágil que parecía la líder. Pero su presencia tranquilizaría a los demás gatos al verla entre ellos, especialmente a los veteranos.

Cuando el último miembro del clan hubo salido al barranco, Corazón de Fuego se volvió hacia los guerreros que quedaban, agazapados junto a la carbonizada extensión de ortigas. Látigo Gris y Tormenta de Arena le sostuvieron la mirada, con los ojos llenos de determinación y miedo a partes iguales. Corazón de Fuego recordó la última vez que habían evacuado el campamento, cuando el incendio, y que tres gatos no habían regresado.

Pero sabía que esa clase de pensamientos sólo lo llevarían al pánico. Tenía que ser fuerte por el bien de su clan. Tras acercarse a los guerreros, maulló:

—¿Estáis preparados? Entonces, en marcha.



26

Al llegar a lo alto del barranco, Corazón de Fuego se detuvo y se volvió hacia Frondina y Ceniciento.

—Vosotros dos, esperad aquí —ordenó—. En cuanto veáis a los perros, corred derechos al desfiladero. Tormenta de Arena será vuestro relevo. Cuando la veáis, trepad a un árbol, y luego, cuando los perros capten el olor de Tormenta de Arena y desaparezcan, encaminaos a las Rocas Soleadas.

Observó a los dos aprendices. Sus ojos relucían de rabia; habían olvidado momentáneamente el dolor por la muerte de su madre en su deseo de vengarla. Corazón de Fuego esperó que recordaran sus instrucciones y no los atenazara el pánico, o, peor aún, que no intentaran atacar a los perros por su cuenta.

—El clan confía en vosotros —añadió—. Y todos estamos orgullosos de vosotros.

—No os defraudaremos —prometió Frondina.

Corazón de Fuego los dejó allí y se internó con los demás en el bosque. Plantó las orejas por si oía algún sonido de los perros, pero ahora el bosque parecía a la expectativa bajo un silencio sofocante, tan siniestro como cualquier alarido o estruendo entre la maleza. Mientras avanzaban bajo los árboles, el sonido de sus propias respiraciones y sus tenues pisadas parecía antinaturalmente ruidoso.

El lugarteniente volvió a detenerse al cabo de poco.

—Tormenta de Arena, tú esperarás aquí —maulló—. No quiero que esos dos aprendices tengan que correr mucho tiempo. Tú eres el miembro más rápido del clan… Tendrás que tomar una buena ventaja sobre esos perros para darnos a los demás una oportunidad. ¿De acuerdo?

Tormenta de Arena asintió.

—Puedes confiar en mí.

Le rozó brevemente el hocico con el suyo. No había tiempo de más palabras, pero su amor por él ardía en sus ojos verdes, y Corazón de Fuego sintió una oleada de miedo por ella.

Alejándose a su pesar, llevó al resto de sus guerreros a lo largo de una línea que se extendía hasta el desfiladero, y fue dejándolos a intervalos regulares: el siguiente, Rabo Largo, después, Manto Polvoroso, y luego Musaraña. Al final, él y Látigo Gris se quedaron solos en la frontera con el

Clan del Río, todo lo cerca que podían del precipicio sin abandonar su propio territorio.

—Bueno, Látigo Gris —maulló Corazón de Fuego deteniéndose—. Tú te esconderás aquí. Si todo va bien, Musaraña traerá los perros hasta ti. Cuando lleguen, dirígete a la parte más escarpada del desfiladero. Yo estaré delante de ti, esperando para relevarte en el tramo final.

—Eso ya será en el territorio del Clan del Río. —Látigo Gris sonó dubitativo—. ¿Qué pensará Estrella Leopardina al respecto?

—Con un poco de suerte, Estrella Leopardina no tendrá que saber nada de esto —contestó su amigo, recordando cómo la líder del Clan del Río había amenazado a Látigo Gris con la muerte si volvía a pisar el territorio vecino—. Ahora no podemos preocuparnos de ese asunto. Quédate escondido en tu lado de la frontera, y si ves una patrulla no dejes que descubran que estás aquí.

Látigo Gris asintió y se agachó para arrastrarse por debajo de las ramas de un espino.

—Buena suerte —maulló mientras desaparecía.

Corazón de Fuego le deseó suerte a su vez y siguió adelante, más cautelosamente, internándose en el territorio del Clan del Río. No vio gatos rivales, pero sí captó olores recientes, lo que sugería que la patrulla del alba ya había pasado por allí. Por fin encontró un lugar donde ocultarse, un hueco al pie de una roca, y se instaló allí a esperar. Todo el bosque estaba en silencio, excepto por el lejano rugido del agua en el desfiladero.

Corazón de Fuego no pudo evitar preguntarse dónde estaría Estrella de Tigre en esos momentos. Se imaginó que a salvo en el territorio del Clan de la Sombra, aguardando a que aniquilaran a su antiguo clan. Después de eso podría descender como un ave carroñera y apoderarse del territorio del Clan del Trueno, regodeándose en su venganza perfecta.

El cielo seguía cubierto de nubes, de modo que no podía calcular el paso del tiempo, pero a medida que iban transcurriendo los segundos, empezó a preocuparlo que algo hubiera salido mal. ¿Por qué estaban tardando tanto? ¿Los perros habrían atrapado a alguno de sus guerreros? Se imaginó a Tormenta de Arena despedazada por aquellas crueles mandíbulas y arañó el duro suelo, metiendo y sacando las uñas. Tuvo que contenerse para no regresar a ver qué había sucedido. «¿Y si todo esto ha sido un gran error?», se preguntó. ¿Habría abocado a su clan a un peligro todavía mayor?

Entonces, por encima del ruido del río, oyó unos ladridos lejanos; ladridos que fueron acercándose rápidamente. La fuerza oscura había cobrado su propia voz por fin, empezando a ladrar mientras la manada se abatía sobre los gatos que se habían convertido en sus presas. El sonido se volvió más fuerte aún, hasta que dio la impresión de que llenaba todo el bosque, y Látigo Gris apareció a la carrera con el estómago casi pegado al suelo.

Apenas a unos zorros detrás de él iba el líder de la manada. Corazón de Fuego jamás había visto un perro como aquél. Era enorme, prácticamente el doble que cualquier chucho de Dos Patas. Mientras corría, sus músculos se tensaban potentemente bajo su corto pelaje negro y marrón. Sus fauces abiertas mostraban dos hileras de colmillos crueles, y llevaba la lengua colgando. Ladraba roncamente mientras mordía el aire tras el veloz Látigo Gris.

—¡Que el Clan Estelar me ayude! —susurró Corazón de Fuego, y salió disparado de su escondrijo.

Tuvo el tiempo justo para ver cómo Látigo Gris se abalanzaba al árbol más cercano; después de

eso, sólo pudo correr. Los ladridos parecieron redoblarse, y notó el aliento caliente del líder de la manada contra sus patas traseras.

Por primera vez, Corazón de Fuego se preguntó qué haría al llegar al desfiladero. Había pensado que se escabulliría a un lado en el último momento, para dejar que los desprevenidos perros cayeran directamente por el borde. Pero ahora se dio cuenta de que aquello podría no funcionar; los perros estaban mucho más cerca de lo que había imaginado.

Quizá él mismo tendría que saltar por el precipicio.

«Si eso es lo que hace falta para salvar al clan, entonces será lo que haga», se prometió ceñudo.

El desfiladero ya estaba cerca. Al salir de entre los árboles, Corazón de Fuego no vio nada más que un suave césped entre él y el borde del precipicio. Al mirar rápidamente por encima del hombro, descubrió que estaba dejando atrás a los perros, de modo que redujo un poco el paso para que le dieran alcance. La manada apareció como un torrente detrás de su líder; todos ladraban con la lengua colgando.

—¡Manada, manada! ¡Matar, matar!

Esas palabras desgarraron a Corazón de Fuego como si fueran colmillos.

Entonces, un potente impacto lateral lo derribó. Se debatió en vano para incorporarse, pero una enorme zarpa lo tenía inmovilizado por el cuello. Una voz le gruñó al oído:

—¿Vas a alguna parte, Corazón de Fuego?

Era Estrella de Tigre.



27

Luchó desesperadamente por liberarse, sacudiendo las patas traseras para arañar la barriga de su enemigo. El líder del Clan de la Sombra apenas se movió. Su hedor colmaba la boca y la nariz de Corazón de Fuego, y sus ojos ámbar relucían de odio clavados en los del lugarteniente.

—Saluda al Clan Estelar de mi parte —gruñó Estrella de Tigre.

—¡Sólo después de ti! —replicó Corazón de Fuego sin aliento.

Para su asombro, el atigrado lo soltó. Al ponerse en pie, el lugarteniente vio que su enemigo daba media vuelta para saltar al árbol más cercano. Antes de entender qué estaba ocurriendo, oyó un aullido ensordecedor y notó que el suelo temblaba bajo sus patas. Al volverse, vio que el líder de la manada se abalanzaba sobre él con las fauces bien abiertas. No había tiempo para escapar. Corazón de Fuego cerró los ojos y se preparó para reunirse con el Clan Estelar.

Sintió que lo atravesaba el dolor cuando unos afilados dientes se cerraron sobre su pescuezo. Sus extremidades se agitaron impotentemente cuando el perro lo levantó del suelo para sacudirlo de un lado a otro. Se retorció en el aire tratando de arañar ojos, quijadas, lengua, pero sus frenéticas zarpas no daban en el blanco. El bosque giraba a su alrededor. Captó más ladridos; el hedor a perro estaba por todas partes.

—¡Clan Estelar, ayúdame! —suplicó Corazón de Fuego con un aullido de terror y desesperación. No se trataba sólo de su propia muerte, sino del fin de todo su clan. Su plan había fracasado—. Clan Estelar, ¿dónde estás?

De pronto, sonó un aullido cerca. Corazón de Fuego fue lanzado al suelo, y el golpe lo dejó sin resuello. La presión sobre su cuello había desaparecido. Aturdido, alzó la mirada y vio que una figura gris azulada chocaba contra el costado del perro líder.

—¡Estrella Azul! —chilló.

La fuerza del impacto de la gata mandó al perro trastabillando hasta el mismo borde del precipicio. Sus ladridos se transformaron en un agudo gañido de pavor, mientras sus enormes patas trataban de encontrar un asidero en la hierba. La blanda tierra se hundió bajo su peso, y el perro cayó, pero, mientras desaparecía, sus mandíbulas atraparon una pata de Estrella Azul, a la que el perro arrastró consigo.

Otros dos perros, que iban pisando los talones a su líder, tampoco pudieron frenar a tiempo. Se

abalanzaron a ciegas al desfiladero y se esfumaron, aullando, mientras el resto de los perros paraban en seco, mudando sus ladridos en gemidos lastimeros. Antes de que Corazón de Fuego consiguiera ponerse en pie, lo que quedaba de la manada se apartó del precipicio y huyó al bosque.

Corazón de Fuego se acercó al borde tambaleándose y miró hacia abajo. El agua espumeaba a sus pies. Durante un segundo, entrevió la boca abierta del líder de la manada, luchando entre las olas, antes de desaparecer de nuevo.

—¡Estrella Azul! —gritó el lugarteniente.

¿Qué estaba haciendo allí su líder? Él la había mandado a las Rocas Soleadas junto con el resto del clan.

Demasiado impresionado para moverse, Corazón de Fuego observó el río. De repente, vio que en la superficie del agua aparecía una pequeña cabeza, y unas patas agitándose con fiereza. ¡Estrella Azul aún estaba viva! Pero la corriente la arrastraba río abajo, y Corazón de Fuego sabía que la gata estaba demasiado débil para nadar mucho tiempo.

Sólo había una cosa que pudiera hacer.

—¡Estrella Azul, aguanta! ¡Ya voy! —gritó, y descendió por la escarpada ladera del desfiladero para lanzarse al río.

El agua lo atenazó como si fuera una gigantesca zarpa y lo llevó de un lado a otro. El frío helador de la corriente lo dejó sin aliento. Intentó nadar pataleando furiosamente, pero la fuerza del río lo hundió. Había perdido de vista a Estrella Azul antes de entrar en el agua; ahora no podía ver nada excepto la espuma que burbujeaba a su alrededor.

En cuanto logró sacar la cabeza, luchó por tomar aire y consiguió mantenerse a flote mientras la veloz corriente lo arrastraba río abajo. Entonces volvió a ver a Estrella Azul, a unos zorros de distancia, con el pelo pegado al cuerpo y la boca abierta. Moviendo las patas con fuerza, Corazón de Fuego cubrió el espacio que los separaba, y cuando la líder empezó a hundirse de nuevo, él la agarró por el pescuezo.

El peso extra lo empujó hacia el fondo. Todos los instintos de Corazón de Fuego le gritaban que soltase a Estrella Azul y salvara su propia vida, pero se obligó a aguantar, mientras forzaba las patas para volver a sacar a la líder a la superficie. Estuvo a punto de perderla cuando algo chocó con ellos; vio a un perro girando en la corriente, con los ojos vidriosos de terror mientras manoteaba con impotencia hasta desaparecer de nuevo.

Una repentina sombra pasó sobre ellos y luego quedó atrás; la corriente los había arrastrado por debajo del puente de Dos Patas, alejándolos del peligroso desfiladero. Corazón de Fuego pudo ver ya las riberas del río e intentó ir hacia allí, pero le dolían las patas de agotamiento. Estrella Azul era como un peso muerto, incapaz de ayudarse a sí misma. El lugarteniente sabía que no podía soltarla para tomar más aire, y todos sus sentidos empezaron a difuminarse cuando se le hundió la cabeza de nuevo.

Apenas consciente, hizo un último y gran esfuerzo, pataleando en el agua. Pero, cuando volvió a asomar a la superficie, no pudo ver la orilla y perdió todo el sentido de la orientación. Se le agarrotaron las patas del pánico al saber que iba a ahogarse.

De pronto, el peso de Estrella Azul se aligeró. Parpadeando contra el agua que se le metía en los

ojos, vio otra cabeza en el río, a su lado, aferrando con fuerza a su líder. Reconoció el pelaje gris azulado, y casi dejó de nadar de la sorpresa.

¡Era Vaharina!

En ese mismo momento, oyó la voz de Pedrizo al otro lado:

—Suéltala. Ya la tenemos nosotros.

Corazón de Fuego lo hizo y dejó que Pedrizo ocupara su lugar. Los dos gatos del Clan del Río impulsaron a Estrella Azul hacia la orilla. Sin la necesidad de sujetar a su líder, Corazón de Fuego pudo nadar tras ellos hasta notar el lecho del río bajo las zarpas. Ahora estaban en un terreno más llano, pues la corriente los había alejado del escarpado desfiladero, y el lugarteniente llegó chapoteando a la seguridad de la ribera, en el lado del Clan del Río.

Tosiendo y resollando, llevó aire a sus contraídos pulmones; luego se sacudió el agua de encima y miró alrededor para ver qué había pasado con Estrella Azul. Vaharina y Pedrizo la habían dejado tumbada de costado sobre los guijarros. Le goteaba agua de las mandíbulas abiertas, y no se movía.

—¡Estrella Azul! —exclamó Vaharina.

—¿Está muerta? —preguntó Corazón de Fuego con voz ronca, acercándose a trompicones.

—Creo que…

Un estridente aullido interrumpió a Pedrizo.

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego! ¡Cuidado!

Era la voz de Látigo Gris. Al darse la vuelta, el lugarteniente vio que Estrella de Tigre estaba cruzando a la carrera el puente de Dos Patas, con el guerrero gris pisándole los talones. Cuando el líder del Clan de la Sombra viró bruscamente hacia la ribera, Látigo Gris lo adelantó y giró en redondo para encararse a él.

—¡Quédate donde estás! —gruñó—. No los toques.

La rabia dio fuerzas a Corazón de Fuego. Su líder yacía en la orilla mientras su última vida se consumía. Daba igual lo que ella hubiera dicho o hecho: seguía siendo su líder, y él nunca había pretendido que muriera por el bien del clan. ¡Y todo aquello era culpa de Estrella de Tigre!

Corrió por la ribera hasta colocarse junto a Látigo Gris, y el líder del Clan de la Sombra se detuvo a un par de zorros de distancia. Era evidente que estaba pensando si debía enfrentarse a los dos al mismo tiempo.

A sus espaldas, el lugarteniente oyó que Vaharina exclamaba con voz ahogada:

—¡Corazón de Fuego! ¡Está viva!

Él le enseñó los dientes a Estrella de Tigre.

—Da un paso más, y te arrojaré al río con los perros —gruñó—. Látigo Gris, asegúrate de que no se acerca.

Su amigo asintió sacando las uñas, y Estrella de Tigre soltó un largo bufido de furia y frustración.

Corazón de Fuego volvió corriendo al lado de Estrella Azul. Seguía tumbada sobre los guijarros, aunque ahora el pecho le subía y le bajaba con respiraciones entrecortadas.

—¿Estrella Azul? —susurró—. Estrella Azul, soy Corazón de Fuego. Ahora ya estás bien. Estás a salvo.

Ella entreabrió los ojos, que se desviaron a los dos guerreros del Clan del Río. En un primer

momento no los reconoció, pero luego se le dilataron los ojos, enternecidos de orgullo.

—Vosotros me habéis salvado —murmuró.

—Chist. No intentes hablar —le aconsejó Vaharina.

Estrella Azul no pareció oírla.

—Quiero deciros algo… Quiero pediros perdón por haberos mandado lejos de mí. Corazón de Roble me prometió que Tabora sería una buena madre para vosotros.

—Y lo fue —maulló Pedrizo secamente.

Corazón de Fuego se puso tenso. La última vez que los dos hermanos habían hablado con Estrella Azul, le dirigieron palabras envenenadas, llenas de odio por lo que ella había hecho. ¿La emprenderían ahora con ella, indefensa como estaba?

—Le debo mucho a Tabora —continuó Estrella Azul. Su voz era débil e irregular—. Y también a Corazón de Roble, por educaros tan bien. Os he observado mientras crecíais y he visto cuánto tenéis que dar al clan que os adoptó. —La recorrió un escalofrío, y dejó de hablar un instante—. Si yo hubiese tomado una decisión distinta, le habríais dado toda vuestra fuerza al Clan del Trueno. Perdonadme —pidió con voz quebrada.

Vaharina y Pedrizo intercambiaron una mirada dubitativa.

—Estrella Azul ha sufrido mucho por su decisión. —Corazón de Fuego no pudo evitar intervenir—. Por favor, perdonadla.

Durante unos segundos, los hermanos siguieron dudando. Al cabo, Vaharina inclinó la cabeza para lamer el pelo de su verdadera madre, y Corazón de Fuego sintió que le temblaban las patas de alivio.

—Te perdonamos, Estrella Azul —murmuró la guerrera.

—Te perdonamos —repitió Pedrizo.

Pese a lo débil que estaba, Estrella Azul empezó a ronronear de felicidad. Corazón de Fuego notó un nudo en la garganta cuando los dos gatos del Clan del Río se agacharon junto a la líder del Clan del Trueno —su madre— para compartir lenguas con ella por primera vez.

Un bufido rabioso de Látigo Gris lo hizo volverse. Estrella de Tigre había avanzado un paso; el enorme atigrado tenía los ojos desorbitados de pasmo. Corazón de Fuego comprendió que, hasta ese mismo momento, Estrella de Tigre no había sabido quién era la madre de los cachorros que el Clan del Trueno había entregado al Clan del Río.

—No des ni un paso más, Estrella de Tigre —siseó—. Esto no tiene nada que ver contigo.

Al devolver su atención a Estrella Azul, vio que a la líder se le estaban cerrando los ojos y que su respiración se estaba volviendo más rápida y superficial.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó angustiado a Vaharina—. Ésta es su última vida, y ahora no lograría llegar al campamento del Clan del Trueno. ¿Alguno de vosotros podría ir a buscar a vuestro curandero?

—Es demasiado tarde para eso —respondió Pedrizo en voz baja y amable—. Estrella Azul ha emprendido el camino al Clan Estelar.

—¡No! —protestó Corazón de Fuego. Se agachó junto a su líder y apretó el hocico contra el de ella—. ¡Estrella Azul! ¡Estrella Azul… despierta! Iremos a buscar ayuda… Tú aguanta un poco más.



Ella abrió los ojos, pero no miraba al lugarteniente, sino a algo que estaba por encima de su omóplato. Su mirada era clara y rebosaba paz.

—Corazón de Roble —murmuró la gata—. ¿Has venido por mí? Estoy preparada.

—¡No! —volvió a protestar Corazón de Fuego.

Sus recientes problemas con Estrella Azul se esfumaron. Sólo recordaba a la noble líder que había sido, sabia y ejemplar, y a la mentora que le había enseñado cuando llegó al clan como gato doméstico. Y al final, el Clan Estelar había sido considerado con ella. Estrella Azul había abandonado las sombras para morir con la misma nobleza con que había vivido, salvando a su clan con el sacrificio de su propia vida.

—Estrella Azul, no nos dejes —le suplicó.

—Debo hacerlo —susurró ella—. He participado en mi última batalla. —Resollaba al esforzarse en hablar—. Cuando he visto al clan en las Rocas Soleadas, los fuertes ayudando a los débiles… sabiendo que tú y los demás habíais ido a enfrentaros a la manada… he sabido que mi clan era leal. He sabido que el Clan Estelar no nos había dado la espalda. He sabido… —Se le quebró la voz, y luchó por continuar—. He sabido que no podía dejarte solo frente al peligro.

—Estrella Azul… —A Corazón de Fuego le tembló la voz por el dolor de la despedida, pero aun así lo alegraba saber que su líder no lo consideraba un traidor.

La gata clavó en él sus ojos azules. El lugarteniente pensó que ya podía ver en ellos el resplandor del Clan Estelar.

—El fuego salvará el clan —murmuró la líder, y él recordó la misteriosa profecía que había oído en sus primeros tiempos en el Clan del Trueno—. Tú nunca lo has entendido, ¿verdad? —continuó—. Ni siquiera cuando te di tu nombre de aprendiz, Zarpa de Fuego. Yo misma dudé cuando el incendio arrasó el campamento, pero ahora veo la verdad. Corazón de Fuego, tú eres el fuego que salvará al clan.

El lugarteniente no pudo hacer otra cosa que mirar fijamente a su adorada líder. Sentía como si todo su cuerpo se hubiera convertido en piedra. Por encima de su cabeza, el viento deshizo las nubes, dejando que un rayo de sol incidiera sobre su pelaje como una llama, al igual que había sucedido en el claro del campamento cuando llegó por primera vez al clan, hacía ya muchas lunas.

—Serás un gran líder. —La voz de Estrella Azul era apenas un susurro—. Uno de los más grandes que el bosque haya conocido jamás. Tendrás la calidez del fuego para proteger a tu clan, y la ferocidad del fuego para defenderlo. Serás Estrella de Fuego, la luz del Clan del Trueno.

—¡No! No puedo. No sin ti, Estrella Azul.

Pero era demasiado tarde. Estrella Azul suspiró levemente, y la luz de sus ojos se apagó. Vaharina musitó un quejido y hundió el hocico en el pelo de su madre. Pedrizo se agachó a su lado, cabizbajo.

—¡Estrella Azul! —maulló Corazón de Fuego desesperadamente, pero no hubo respuesta.

La líder del Clan del Trueno había consumido su última vida y se había ido a cazar con el Clan Estelar eternamente.

El joven lugarteniente se levantó con las patas entumecidas. Tuvo que hundir las garras en la tierra cuando la cabeza empezó a darle vueltas; por un momento temió que el cielo fuera a caérsele

encima. Notaba un hormigueo en la piel, y le pareció que su desbocado corazón iba a estallarle en el pecho.

—Corazón de Fuego —murmuró Látigo Gris—. Oh, Corazón de Fuego.

El guerrero gris había dejado a Estrella de Tigre para acercarse silenciosamente a presenciar la muerte de su líder. Entonces, Corazón de Fuego vio que la mirada ámbar de su amigo estaba fija en él con expresión reverencial, y cuando sus ojos se encontraron, Látigo Gris inclinó la cabeza con el más profundo respeto. Corazón de Fuego se quedó rígido de espanto, deseando protestar; quería el consuelo de su viejo y despreocupado amigo, no aquel reconocimiento formal de un guerrero al líder de su clan.

Algo más allá, Estrella de Tigre observaba a los gatos apiñados en la orilla, con asombro y furia en los ojos. Antes de que Corazón de Fuego pudiera decir nada, el líder del Clan de la Sombra dio media vuelta y corrió al puente de Dos Patas, de regreso a su territorio.

Corazón de Fuego lo dejó marchar. Él tenía que ocuparse de los miembros de su propio clan, que estarían aterrorizados y angustiados, antes de ajustar viejas cuentas. Pero lo que Estrella de Tigre había hecho ese día no lo olvidaría fácilmente; ningún gato del Clan del Trueno lo olvidaría.

—Tenemos que ir por algunos gatos más —le dijo a Látigo Gris con voz ronca—. Debemos llevar el cuerpo de Estrella Azul al campamento.

Su amigo inclinó la cabeza de nuevo.

—Sí, Corazón de Fuego.

—Nosotros os ayudaremos —se ofreció Pedrizo, levantándose.

—Para nosotros sería un honor —añadió Vaharina con los ojos empañados de pena—. Nos gustaría ver cómo nuestra madre descansa en paz en su clan.

—Gracias a los dos —maulló Corazón de Fuego.

Luego respiró hondo, se irguió y se sacudió el pelo, que ya estaba secándose. Sintió como si todo el peso del clan hubiera descendido sobre sus hombros, y aun así, en apenas un segundo, empezó a parecerle posible aguantarlo.

Ahora era el líder del Clan del Trueno. Con la muerte del perro líder, la amenaza de la manada había desaparecido del bosque, y su clan estaba esperándolo, sano y salvo, en las Rocas Soleadas. Tormenta de Arena también estaría esperándolo.

—Vamos —le dijo a Látigo Gris—. Regresemos a casa.



Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, Los gatos guerreros.